Mons. MIGUEL DE ANDREA
Obispo de Temnos

Catolicismo social

OBRAS COMPLETAS

TOMO IV

EDITORIAL DIFUSION S. A.
BUENOS AIRES



Obras Completas
de Monseñor de Andrea

SUMARIO DE LOS OTROS VOLUMENES

I

El Evangelio y la Actualidad. Primera parte. (Editado.)

II

El Evangelio y la Actualidad. Segunda parte. (Editado.)

III

La Perturbación Social contemporánea.

Las causas. — Su estado actual. — Fatales consecuencias. — Medios de evitarlas. — La Paz Social Argentina. — Europa, la Argentina, la Familia. — La sociología Católica según el pensamiento de Pío XI. — Las ideas del Cardenal Verdier. — El pensamiento republicano de Fray Justo Santa María de Oro. — Cincuentenario de la Vida Religiosa del R. P. G. Palau, S. J. — Armonía internacional. — (Editado.)

V

Reinado de Cristo.

La Estigmatizada de Baviera. — Teresa Neumann. — Sus estigmas. — La ciencia ante sus extraordinarias victorias eucarísticas. — La Pasión en Oberammergau. — La Hora de la Caridad (Congreso Eucarístico de 1934). — Sermones de Soledad y Resurrección. — La libertad esencial. — (En Prensa.)

Monseñor Dr. Miguel de Andrea
Obispo de Temnos

OBRAS COMPLETAS

Tomo IV

EDITORIAL DIFUSION
Callao 575
Buenos Aires

Con las debidas licencias.

QUEDA HECHO EL DEPOSITO QUE MARCA LA LEY

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINE



CATOLICISMO SOCIAL

I
EL CATOLICISMO EN LA SOCIOLOGIA

1

LA ENCICLICA "RERUM NOVARUM" Y LA ACTUALIDAD ARGENTINA

La cátedra desde la cual habitualmente ejerzo la función del Apostolado de la palabra, es la más sublime de cuantas hay en la tierra. Se la llama, del Espíritu Santo. Desde ella se expande el Verbo de Dios, la palabra divina.

La tribuna desde la cual me cabe la honra de hablar en este destacado homenaje, que tanto obliga la gratitud de la Iglesia, por ser tributado a uno de sus más gloriosos Pontífices, es la más eminente después de aquélla. A esta tribuna de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, como a toda cátedra universitaria, corresponde la misión noble y excelsa de difundir autorizadamente la verdad.

Hablaré, pues, desde ésta, como acostumbro hacerlo desde aquélla, es decir: con sumo respeto, pero también con absoluta libertad. Libertad que no debo preocuparme de obtener de nadie, porque emerge de esta misma cátedra. El objeto de toda cátedra universitaria, dije, es la verdad. Y la verdad es quien da la libertad. "Veritas liberabit vos". La libertad surge de las entrañas mismas de la verdad.

* * *

Considero que el supremo de los homenajes glorificadores de la más luminosa de las Encíclicas Pontificias del orden económicosocial, debería ser el que aún no le ha sido suficientemente tributado en nuestro país: el de la inmediata y posi-

tiva aplicación de sus normas, para el bienestar efectivo de nuestro pueblo.

Según esto, la mejor apología que puedo hacer de ella, consiste en demostrar que la implantación efectiva de sus normas, comporta la realización de la única gran tarea que espera y reclama de todos los argentinos, la hora llena de inquietudes y peligros en que nos toca actuar. Esa gran tarea la constituyen, a mi modo de ver, estas tres conquistas: *la rehabilitación de la justicia, la inviolabilidad de la libertad* y *el perfeccionamiento de la democracia.*

Trataré de demostrarlo.

La implantación de las normas de la Encíclica "Rerum Novarum", comporta desde luego *la rehabilitación de la justicia.*

El individualismo religioso de la Reforma constituyó un hecho histórico trascendente. Tuvo muchas y graves consecuencias. Una de ellas fué el individualismo económico. Individualismo, no es individualidad. Individualidad es una propiedad sagrada y fecunda. En su virtud la persona humana elabora su dignidad y su grandeza. Pero individualismo, es el abuso y la deformación de la individualidad. El individualismo económico incita al hombre a lanzarse, en una carrera desenfrenada, hacia la conquista de los bienes terrenales. Frente a lo que considera su derecho de adquirirlos, no reconoce otros derechos, ni divinos, ni humanos. Tal es el origen del Capitalismo.

Capitalismo, no es capital. El capital es una cosa lícita, útil, necesaria. Pero el capitalismo es el abuso del capital. Y el abuso del capital, es siempre a expensas del trabajo.

Y ¿qué es el trabajo? De acuerdo con las enseñanzas de la Encíclica, el trabajo es la actividad personal y necesaria del hombre, puesta en ejercicio para la conservación y la dignificación de su existencia y de la de su familia. Es una actividad personal y por ello el trabajo, sea del espíritu sea del músculo, exige el mismo respeto y la misma inviolabilidad que la persona humana. Es además una actividad necesaria, porque es el medio con que la naturaleza ha armado al hombre para la conservación de su existencia y por lo mismo tiene el derecho y el deber de esperar y de exigir que sea retribuída con una remuneración suficiente.

La teoría liberal, por lo tanto, que deja librado el monto

de la retribución al convenio establecido entre el patrón y el obrero, es inaceptable, porque puede ser y frecuentemente es, violatorio de la justicia. El trabajador de la inteligencia y del brazo, puede verse precisado a aceptar una remuneración insuficiente, acosado por la perspectiva de una mayor miseria, y en tal caso se halla en la dura necesidad de tolerar un despojo y de someterse a una repudiable servidumbre. Existe una justicia, afirma la Encíclica, superior y anterior al convenio, justicia que por ser natural y divina no es lícito violar, sin incurrir en delito. "El salario cercenado al jornalero, dice el Libro divinamente inspirado, clama al Dios de las venganzas". Y muchas veces las venganzas humanas, pretenden anticiparse a las divinas. Así, cuando el Capitalismo, auxiliado por el perfeccionamiento de la máquina y de la industria, hubo creado y multiplicado el proletariado, se levantó aquella voz que dijo: "Proletarios del mundo, uníos". Uníos, ¿para qué? Para proceder al exterminio del capital. Desde entonces quedó entablado en el mundo, un duelo gigantesco de orden económico social. Y este duelo fué también un hecho trascendente. Se inició entre clase y clase: la clase asalariada y la clase capitalista. Se extendió, luego, entre clase y nación, y últimamente entre nación y nación. ¿Acaso la ambición de predominio del poderío económico, no está pretendiendo marcar a los gobiernos el rumbo que debe seguir su política exterior e interior? ¿Acaso no se confiesa ya, sin reticencias, que se está luchando desesperadamente para libertar al mundo de la opresión del Capital? ¿Acaso la guerra por la sustitución de regímenes políticos, no se promueve, porque, según se afirma, los unos son más refractarios que los otros a los manejos del capitalismo de esta o de aquella procedencia?

Y este ajetreo universal de orden económico, ¿acaso no se produce sin tener para nada en cuenta la justicia? ¡Ah!, la fuerza desorbitada que está sacando de su quicio al mundo, es indudablemente de orden económico. Pero esta fuerza, es a su vez un efecto. La causa es esencialmente moral; es la violación inmanente de la justicia. ¡El mundo se está despedazando y está sufriendo mucho porque ha pecado y continúa pecando mucho contra la justicia, la justicia conmutativa, la justicia social y la justicia internacional! Y de este hecho evidente y doloroso, surge, precisamente, el derecho, y

mejor aún, el deber de la Iglesia de intervenir en la solución de los grandes problemas contemporáneos de orden económicosocial. ¿Tiene acaso la Iglesia otra misión más perentoria y más sagrada en este mundo que la de la rehabilitación de la justicia?

Véase cómo la aplicación de las normas de la "Rerum Novarum" en el desenvolvimiento de la vida económica trae aparejada la rehabilitación de la justicia. Y véase también la gran razón que nos explica por qué Pío XII no se cansa de repetir al mundo que la fuerza de las armas puede imponer la paz, pero no la puede ni crear, ni perpetuar. "Opus justicie, pax". ¡La paz es fruto de la justicia!

I

La inviolabilidad de la libertad

Salgo al encuentro de un posible equívoco. La Iglesia es enemiga del liberalismo. Pero liberalismo, no es libertad. La Iglesia es enemiga del liberalismo porque lo es de todos los corruptores y de todas las corrupciones. Todas las cosas, aún las más nobles y sagradas pueden, desgraciadamente, adulterarse y corromperse, por defecto y por exceso. El liberalismo es el exceso de la libertad. Y el exceso desfigura de tal manera la belleza de la libertad, que le cambia no sólo la esencia sino también el nombre: a la libertad desenfrenada se la denomina licencia.

Y como la Iglesia es la defensora más heroica de la inviolabilidad de la libertad en el mundo, no puede dejar de ser enemiga del liberalismo que es el corruptor de la libertad.

La libertad, como fácilmente se comprende, no es una facultad discrecional. La frontera de la libertad está constituída por el derecho de Dios y por el derecho del hombre. No hay libertad contra el derecho.

El liberalismo es la conspiración inmanente contra la inviolabilidad de esa frontera divina y humana. El liberalismo sirve para evidenciar la demostración de la necesidad de la autoridad. Autoridad y libertad, no se excluyen, se complementan. La libertad es necesaria para la existencia de la autoridad y la autoridad es imprescindible al ejercicio de la libertad. Si no hubiera libertad, ¿qué objeto tendría la auto-

ridad? Y si no existiera autoridad, ¿cómo se aseguraría la libertad?

* * *

Dije que la Iglesia es la defensora más heroica de la inviolabilidad de la libertad, en este mundo. En efecto: La libertad, según la doctrina de la Iglesia, es el don supremo de Dios al hombre, después del de la vida. Más aún: la vida sin libertad, ni siquiera vale la pena de ser vivida. Sin libertad no puede haber ni santidad. No hay santidad sin virtud, no hay virtud sin responsabilidad y no hay responsabilidad sin libertad. Por eso el cristianismo, desde que hizo su entrada en el mundo, se constituyó en paladín de la libertad. Con los primeros cristianos, se inició en el mundo el Martirologio de los héroes de la libertad. Y ese heroísmo lo conquistaban no matando sino muriendo. El héroe auténtico de la libertad no es el que mata, sino el que muere por ella, es decir: el mártir. El martirio es la culminación de la libertad, porque es el gesto supremo del hombre que no vacila en dar la vida por mantener la libertad.

Jesucristo nos enseñó a pedirla y a mantenerla. En la oración que nos compuso, después de hacernos implorar todos los días el aliento necesario para la vida del cuerpo y del alma, nos enseña a pedir la libertad. Pero nos la hace pedir a Dios que es quien la da, no a los hombres que nos la pretenden quitar. Respecto de éstos, según la frase de un católico argentino de los más eminentes, "la libertad no se implora, se arrebata".

Al terminar el Padrenuestro, decimos a Dios todos los días de la vida, y los sacerdotes teniendo bajo los ojos la piedra del altar que guarda reliquias de mártires: "líbranos de todo mal". El mal, señores, es siempre una servidumbre. Si es físico, es la servidumbre del cuerpo, si es moral, es la esclavitud del alma. ¡De esas dos servidumbres queremos y debemos sentirnos siempre libres los cristianos!

Ahora bien: niéguese al hombre el derecho de propiedad sobre un pedazo de tierra, y quítesele además el derecho al fruto de su propio trabajo, y yo pregunto, ¿a qué queda reducido? Es dura la palabra y más duro el concepto: ¡Un hombre semejante, queda reducido a la condición de esclavo! ¡Y

en esa condición se encuentran millones de argentinos en toda la extensión del territorio de la patria!

* * *

Después de la larga serie de intervenciones doctrinarias y disciplinarias de la Iglesia para abolir la esclavitud, no existen documentos Pontificios que más la exalten como institución humanitaria, que los destinados a reivindicar los derechos que corresponden a todo trabajador para asegurarle la necesaria independencia.

Son tres las independencias necesarias para que queden en salvo la soberanía de la nación y la dignidad de la persona humana: la independencia nacional, de la cual disfrutamos en su plenitud, ¡y quiera Dios que para siempre! los argentinos, desde el 9 de julio de 1816; la independencia moral, que es la que hace a los ciudadanos libres de verdad; y la independencia económica, requisito indispensable para la efectividad de la independencia moral. Ya es axiomática la verdad de que un cierto bienestar en la vida es indispensable hasta para la práctica de la virtud.

Yo quisiera que cada una de estas tres independencias fuera el contenido de cada una de las palabras del segundo de los versos de nuestro himno, para que dijéramos una verdad completa al cantar a los hombres de los cuatro vientos del mundo:

"Oíd, ¡mortales! el grito sagrado: ¡Libertad, Libertad, Libertad!"

Y bien: ¡la Encíclica "Rerum Novarum" que propende a la conquista efectiva de la independencia económica para todos los trabajadores de la República, es el heraldo de la inviolabilidad de la libertad en la patria!

II

El perfeccionamiento de la democracia

Voy a tocar el punto neurálgico del organismo político. Bien sé los riesgos a que con ello me expongo. No importa. Anuncié al principio que según mi norma invariable, hablaría con sumo respeto. Conviene añadir ahora, que lo haré tam-

bién, como siempre, con toda valentía. Los riesgos no deben servir para deprimirla sino al contrario para acrecerla. Ni el respeto, pues, cohibirá la valentía, ni la valentía disminuirá el respeto.

Para entendernos mejor, me permito adelantar la definición de los términos. *Perfeccionamiento* no es, desde luego, sustitución; sino, por el contrario, consolidación. *Democracia es* el régimen de gobierno, en cuya constitución y desempeño participa el pueblo sin exclusivismos de clase. Este régimen político es reconocido por la Iglesia como respetable y legítimo.

León XIII, en otra de sus luminosas Encíclicas, "Diuturnum", anunció al mundo, en circunstancias históricas, que todos los regímenes políticos ya de esencia monárquica, ya republicana, son igualmente admisibles, siempre que dejen en salvo los derechos divinos y humanos.

Estoy, pues, emplazado dentro del más auténtico clasicismo sociológico de la Iglesia, al propugnar por el perfeccionamiento de la democracia.

* * *

En la historia de los regímenes políticos las generaciones futuras leerán que al promediar el siglo XX, una amenaza de muerte enfrentó a la democracia. No me refiero tan sólo a la democracia argentina sino a la democracia universal. Y por lo que respecta a la amenaza, no aludo únicamente a la exterior, sino también, y principalmente, a la intestina. A mi modo de ver, cuando se tràta de instituciones, es más temible que la hostilidad que les viene de afuera, la decadencia que emerge de adentro. Ahora bien: la decadencia que emerge de adentro, ¿es causada por alguna falla consubstancial a la democracia? Si fuera así, habría que desesperar del destino de la democracia. Pero no, señores, no. Esa falla proviene de una enfermedad parasitaria, que se ha adherido a la democracia como puede adherirse a cualesquiera de los regímenes políticos. Esa enfermedad, es la falsa filosofía de la vida: es, en términos teológicos: la concupiscencia de la vida. Y si nos decidimos a combatirla, si acertamos a extirpar esa adherencia morbosa, afirmo que la democracia se podrá consolidar y podrá sobrevivir.

Ello se obtendrá por medio del perfeccionamiento de la democracia.

Para que este perfeccionamiento sea efectivo, debe realizarse conjuntamente en el orden individual y en el orden institucional. El uno es indispensable complemento del otro. Y sólo si ambos progresan paralelamente, se obtendrá el perfeccionamento integral. El perfeccionamiento individual es el más necesario y más urgente. Las instituciones no son tan corruptoras de los individuos como los individuos de las instituciones. No es la democracia por sí misma quien pervierte a los hombres, son los hombres quienes abusan y desprestigian la democracia. Olvidan los hombres que ningún régimen político exige tanto la generalización de la cultura moral de los individuos, como el régimen democrático, porque ningún otro otorga al pueblo tanta participación en la constitución y el desempeño del gobierno. Y ¡qué contrasentido!, los mismos que se pregonan defensores de la democracia liberal, son los que niegan a millones de padres de familia, la libertad de hacer aprender a sus hijos en las escuelas que ellos sostienen, los rudimentos de la moral cristiana, principio insustituíble de la perfectibilidad individual.

* * *

La desilusión y el desencanto que han sido su fatal consecuencia, está despertando en nuestros contemporáneos y principalmente dentro de las filas de la juventud, un afán de reformas. Afán saludable, si se orientara a la conquista de una, que volvería innecesarias a todas las demás: ¡la reforma individual de los hombres! ¿Pero cómo reformarlos? ¿Por qué medio? Yo no conozco más que uno. Los que sepan de otros, harían bien en apresurarse a proponerlos. Porque no hay tiempo que perder. El único que yo conozco es el de la moral. ¿De qué moral? De la moral con sanción. Sin sanción no hay ni ley, ni moral. Y tampoco sé que exista otra moral con sanción suficiente, fuera de la moral cristiana.

La más funesta de las crisis del orden individual, es la de la conciencia, ¡y la conciencia hace crisis, cuando le falta el principio vital de la moral cristiana!

* * *

Pero el perfeccionamiento debe ser también de orden institucional. ¿Cómo se consolida la democracia? Perfeccionándola. ¿Y cómo se la perfecciona? ¿Acaso solamente declamando

contra los regímenes totalitarios y dictatoriales? ¡No! Esto es una cooperación puramente negativa. Para consolidar la democracia se necesita además una contribución positiva. Se requiere comprobar con los hechos su aptitud y su capacidad para aumentar la cultura moral y el bienestar material del pueblo.

Lo único que puede procurar la consolidación de la democracia es el convencimiento que el pueblo adquiera de su eficacia positiva y benéfica.

En consecuencia: para que el pueblo se decida a ser el positivo sostén de la democracia, ¡la democracia debe empeñarse en llegar a ser la efectiva rehabilitación del pueblo!

* * *

Para el perfeccionamiento de la democracia se requiere también que nos armemos de coraje para proceder sin contemplaciones a corregir los excesos en que ha venido incurriendo. Es una hora de gran responsabilidad y debemos proceder con mucha elevación de espíritu. Libertémonos de la funesta obsesión de los prejuicios.

Procedamos con honestidad intelectual. No atribuyamos todo lo malo a aquello que nos interesa combatir, y todo lo bueno a aquello que nos place defender. En los dos regímenes políticos que se están disputando el gobierno del mundo, hay excesos. En los totalitarios, de absolutismo; en los democráticos, de liberalismo. ¡Y la democracia, si quiere rehabilitarse, tiene que volverse, como lo proclaman ya los más eminentes demócratas del mundo, sincera y profundamente cristiana!

* * *

La democracia, en fin, para consolidarse, necesita otro perfeccionamiento: el de su desarrollo integral. Lo que más ha contribuído al desprestigio de la democracia, es el habérsela limitado al campo exclusivamente político. Hasta ahora, se había hecho consistir la aspiración suprema de la democracia, en la conquista del sufragio universal. ¡Y una vez obtenida, la segunda aspiración consistió en halagar a las masas para merecer su voto! Con tales procedimientos se han venido reduciendo los derechos del hombre y mutilando la persona

humana. ¡Cómo! ¿El hombre, entonces, no tendrá otros derechos que los que le corresponden como elector o como electo, para depositar un voto político periódicamente en la urna o eventualmente en el parlamento? ¿El ciudadano, entonces, no tiene otra actividad, otro valor, otra representación? ¿Y sus demás facultades? ¿Y las actividades que insume en la creación y multiplicación de las fuerzas vivas que son la base verdadera y sólida de la grandeza de la patria, no merecerán ser tenidas en cuenta? ¿Y las organizaciones profesionales, continuarán siendo consideradas como una cantidad despreciable? ¿Por qué habrán de ser tenidas en menos que las exclusivamente políticas?

¿Acaso la democracia, que tanto se preocupa del derecho de orden político, del voto de los electores que constituyen minoría en la población, puede desinteresarse de los derechos de orden económico y social de éstos, y de todos los habitantes de la República que, con las mujeres y los niños constituyen la inmensa mayoría?

Creo que bastan estas consideraciones para dejar demostrado cómo la Encíclica "Rerum Novarum", al propiciar la creación y el reconocimiento de las organizaciones profesionales, contribuye al perfeccionamiento y por lo tanto, a la consolidación de la democracia. En otras palabras: para la culminación del perfeccionamiento de la democracia el requisito indispensable es el de volverla más democrática.

* * *

He ahí un programa de orden político económico y social, digno de tentar el patriotismo de los argentinos. Lo entrego a la opinión desde esta cátedra honrosa, en esta hora incierta en que otros se empeñan en orientar, preferentemente, a la juventud, hacia algo, al parecer, inmediato, pero que aún no ha sido revelado y que se ignora si ha sido seriamente meditado.

Aquí se trata del perfeccionamiento de la democracia. Aquellos a quienes aludo, prefieren su sustitución. ¿Pero cuál es la construcción con la cual pretenden sustituirla? ¡Si no la anuncian, hay derecho a suponer que no la tienen y que lo que pretenden es dar un salto en el vacío, lo que debe calificarse como una imperdonable temeridad!

Y si los que avanzan por esa senda, lo hacen deslumbrados por el espejismo de lo que se ha dado en llamar *gobierno de fuerza,* les diré que conceden a la fuera una virtud que ni la lógica, ni la experiencia permiten aceptar.

¡Creo sinceramente que ningún argentino y más aún, que ningún católico puede ser seducido por el ideal de un gobierno de fuerza! Hagamos una aclaración: hay gobierno *de fuerza* y hay gobierno *con fuerza.* Gobierno de fuerza, es aquél en que la fuerza se sirve del gobierno para el avasallamiento de libertades y derechos; gobierno con fuerza, es, en cambio, aquel en que el gobierno se sirve de la fuerza para la efectividad y salvaguardia de los mismos.

Dije que a ningún argentino y a ningún católico puede seducir como un ideal, un gobierno de fuerza, porque donde impera la fuerza, se oprime o se suprime la libertad y donde se comienza por suprimir la libertad, se termina por establecer la esclavitud.

En cambio, todos coincidimos en anhelar y en exigir un gobierno con fuerza. Un gobierno sin fuerza, es un gobierno incapaz.

¡Y no sé si hay en el mundo una Constitución, que en la misma medida que la argentina, sea generadora de un gobierno con fuerza!

Este capítulo quedaría inconcluso, si no dejara claramente definida mi posición en la actualidad argentina.

Salgo al encuentro de cualquier posible sofisma y digo que no se trata de establecer la posición de la Iglesia. Ningún hombre, ningún católico, por caracterizado que sea, tiene el derecho ni la posibilidad de comprometer la posición de la Iglesia. Ella la tiene definida, como lo hemos recordado, y siempre que considera necesario u oportuno adoptar una actitud, lo hace por sí misma, de acuerdo con su misión divina, sin atar su destino a las instituciones humanas, que son hijas del tiempo, y por lo tanto efímeras como él. La Iglesia es de la eternidad y participa de su consistencia imperturbable en medio de las mutaciones del tiempo.

Me refiero a mi posición como ciudadano argentino y como católico, apostólico, romano, que vive y actúa en este segundo cuarto del siglo XX; a mi posición de hijo sumiso de la Iglesia y de ciudadano fervoroso de la República, a mi posición de secuaz, sin reservas, del lábaro de la Cruz de Cristo

y de la bandera de mi patria. Y digo, que esa posición, no puede ni debe ser establecida, ni por los acontecimientos profundamente perturbadores de esta hora del mundo, graves, pero accidentales y transitorios, ni por los hombres que los producen y los explotan. Mi posición ha quedado firmemente establecida el día en que me cupo el privilegio de nacer sobre el suelo bendito de esta mi Patria terrena y el día en que al ser regenerado por las aguas bautismales, tuve la dicha de renacer bajo el cielo adorable de mi patria celeste.

Nací bajo un régimen republicano y por ende esencialmente democrático, ¡y si intentara subvertirlo apelando a la violencia o aceptando cualquier complicidad con ella, sería un subversivo y un revolucionario, reo de lesa conciencia y de lesa Patria!

* * *

¿Quiere decir todo esto, que la Constitución es irreformable? No, señores, no. No hubo, ni hay ni habrá institución humana que no sea perfectible. Pero aun cuando la nuestra adolezca de alguna deficiencia, sobre todo desde el punto de vista católico, ¿es éste el momento propicio para intentar su reforma? ¿Hay acaso serenidad en los espíritus, claridad en las visiones, desinterés en los móviles, abnegación en el patriotismo de la mayoría de los argentinos? ¡Cuidado con poner la mano sobre el Arca de la Alianza!

¡Espíritu luminoso y ardiente de Esquiú, gloria inmaculada de la Iglesia y de la Patria, ilumina las inteligencias y enciende los corazones de todos nuestros compatriotas! Tú les pedías con triunfadora elocuencia en una hora memorable, que a pesar de todos y de todo, depusieran sus divergencias transitorias y se decidieran a respetar la Constitución y a unirse en torno a ella para triunfar del peligro de las discordias intestinas. Hoy que a éstas se suman las provocadas por disensiones exteriores, es necesario que se haga más sagrada y se vuelva más indisoluble la unión entre todos los verdaderos argentinos. No nos dividamos exagerando los puntos en los cuales disentimos; aproximémonos, más bien, alrededor de aquellos en los cuales coincidimos. Queden expuestos a la luz del día los que se resistan a coincidir en el logro del bienestar del pueblo y de la estabilidad y el engrandecimiento de la Patria.

Cuando el porvenir señale la oportunidad de la reforma y ella se haya obtenido por los medios pacíficos y legítimos que la misma Constitución previsoramente establece, todos sabremos acatarla como el nuevo Evangelio de la Patria.

Por ahora estamos apenas en la iniciación de las conquistas a que ella nos estimula. Baste recordar el campo infinito que abre a la actividad de las más nobles ambiciones, con este solo enunciado contenido en su preámbulo: "Afianzar —dice— la justicia y promover el bienestar general".

* * *

Séame permitido poner término a este significativo homenaje al inmortal León XIII, con una evocación de otro Pontífice de su estirpe y de su escuela, Pío XII, el mártir incruento de la guerra.

La escena se desarrolla a la luz del sol, bajo un cielo azul, sobre la espaciosa explanada circular de la cual parten como arterias de vida, las avenidas que recorren en todas direcciones el verde y frondoso bosque de Palermo. Al pie de la Cruz, grandiosa y blanca, que se yergue con majestad en su centro, aparece el Cardenal Legado. Dirige la mirada hacia adelante, la pasea en todas direcciones y ve toda aquella dilatada superficie cubierta de docenas de millares de niños argentinos, cuyas túnicas blancas simbolizan la albura inmaculada de sus almas, convertidos en transparentes sagrarios de la Divina Eucaristía. El Legado Pontificio, el Papa de hoy, se emociona, eleva las manos bendicientes, levanta los ojos al cielo, los cubren dos lágrimas que semejan dos gotas de luz, bajadas de él, y con una voz cuyo acento continúa conmoviéndonos, exclama: "¡Esto es el Paraíso!"

¡Que esta expresión sea un voto y este voto una profecía! Por fortuna lo es y ha comenzado a cumplirse. A gentes de los cuatro vientos del mundo, presas del anhelo de refugiarse en el seno maternal de esta tierra prometida, se las oye decir en todas las lenguas: "es un Paraíso".

¡En cambio a nadie se le oye expresar lo mismo respecto a otras, en las cuales imperan regímenes que algunos de los nuestros codician!

¡Que, no obstante las deficiencias que lamentamos, y tenemos el deber de subsanar, podamos continuar diciendo indefinidamente: esto es un Paraíso!

¡Y que pronto podamos también decir, refiriéndonos a otras naciones: "por fin han dejado de ser como un infierno! ¡Porque la patria argentina simbolizada en su bandera formada de cielo y de sol, quiere que la bienandanza y la paz, sean no sólo para ella, sino como el cielo y el sol, para todo el mundo!"

Conferencia pronunciada en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales el 4 de setiembre de 1941

2

HACIA LA JUSTICIA SOCIAL

Gracias a la honrosa invitación de la Juventud de la Acción Católica Argentina, subo a esta tribuna que es para mí de evocaciones nostálgicas. Hace más de un cuarto de siglo, con muchos de los que se hallan presentes, la habíamos conquistado en buena ley y desde ella fraternizábamos con el pueblo. Lo iniciábamos entonces en las soluciones del catolicismo social, contenidas en la magistral encíclica "Rerum Novarum". Al reaparecer, ahora, me correspondería comenzar así: "Como decíamos ayer..."

Después de la cátedra sagrada, la que más obliga a la honestidad y a la verdad es la del pueblo. Desde ella cábeme la satisfacción y el honor de exaltar en sus Bodas de Oro la aparición de la Encíclica "Rerum Novarum" del inmortal León XIII. En ese Papa "Lumen in cælo", se tocaron los dos extremos. El vuelo de su genio lo levantaba por encima de las cumbres intelectuales de su época, y su sentido de la realidad, lo hacía descender a la profundidad de los valles en que se debate el pueblo, habiendo merecido por ello el título de "Papa de los Obreros".

Su Encíclica es la Constitución para la nueva organización del mundo económico, el Código de Justicia Social, la Carta Magna del trabajo, la redención del pueblo.

El pueblo sabe que su ley fundamental es la del trabajo y por eso bendice a todo aquél que la rehabilita y enaltece.

El pueblo no rehuye el trabajo: no se rebela contra él.

Todo lo contrario: el pueblo protesta contra la falta de trabajo y contra la explotación del trabajo.

* * *

He dicho que la Encíclica es la Constitución para la nueva organización del mundo económico. Desde hace tiempo en ese mundo se había venido produciendo un gran desequilibrio. Y vencidas ya las últimas resistencias, ese mundo cruje, se resquebraja y se desmorona. El desequilibrio a que me refiero es el introducido por el individualismo, entre los dos elementos imprescindibles de la estabilidad económicosocial: el Capital y el Trabajo.

¿Qué es el Capital? Un fruto del trabajo. El capital es, por lo tanto, hijo del trabajo. Pero este hijo, una vez independizado y robustecido, cayó en la tentación de explotar sin miramientos a su padre. Y el padre que jamás envejece, que nunca muere y, que por ser ley de su vida rejuvenece siempre, es decir, el Trabajo, resolvió sumar sus fuerzas para estrangular al hijo, que es el Capital.

He ahí el duelo formidable que se entabló en el mundo a raíz de la pretendida panacea de la gran Revolución. Aquella gran Revolución cometió, en nombre de la libertad, una gran injusticia. Apoyó al fuerte y sacrificó al débil. Prodigó todas las franquicias al capital y se las negó al trabajo. Y hasta negó a los trabajadores el derecho de asociarse, a fin de que no pudieran defenderse.

Pero luego surgió una voz: "Trabajadores de todo el mundo, uníos". La unión comenzó y se lanzó a la reacción por medio de la acción directa, ya que se le negaba la del derecho y de la ley. Como toda reacción violenta fué excesiva, y llegó al otro extremo, traspasando también los límites de la justicia. Y la guerra económica, unas veces incruenta y otras cruenta, se extendió por todo el mundo.

* * *

En la hora actual se ha vuelto trágica. Pero, ¿cómo? ¿La guerra actual que lo está destruyendo todo, es económico-social? ¿No es más bien, como afirman muchos, una guerra de sustitución de regímenes políticos? ¡No, señores, no! ¿Acaso

los regímenes políticos que se han establecido en algunas naciones no han sido ideados e impuestos como exigencias extremas de las angustiosas situaciones económicosociales de los pueblos?

Y hoy mismo, en el inmenso y confuso debate, ¿no es cierto que sus causantes tratan de justificarse invocando estas fórmulas: libertad de comercio, monopolio del mar, predominio en el aire, devolución u ocupación de colonias, derecho de expansión y de conquista, exigencia de espacio vital? ¿Y todas estas fórmulas, no acusan una inmensa inquietud de orden económicosocial? ¿Acaso, no se confiesa públicamente que ciertos regímenes políticos deben ser substituídos por otros, que se prestan menos a los manejos del capitalismo?

Me sobran los dedos de la mano para contar los hombres que tienen entre las suyas el destino del mundo. Pues bien: uno de ellos, hace diez días, ha dicho textualmente: "Luchamos, no sólo para nosotros, sino también para librar al mundo de la conspiración capitalista". Y si se quiere un testimonio imparcial, que es al mismo tiempo el más autorizado, óigase al augusto Pío XII cuando dice al mundo que para alcanzar una paz duradera, debe fundarse en la justicia, pero que no habrá justicia si no se matan los gérmenes de las desigualdades irritantes del mundo económicosocial.

* * *

León XIII, levantó hace cincuenta años su vuelo de águila y con su mirada profética sondeó el porvenir del mundo. Lo presentía trágico, y nos quiso evitar nuestra gran tragedia. Para ello dictó la norma. La única norma segura. La de la Justicia Social. La Encíclica "Rerum Novarum" es el más perfecto cuerpo de doctrina económicosocial, cuya alma es la justicia.

Bien está, pues, que a esta nueva cruzada de la juventud se la haya denominado de "Justicia Social". ¿No hubiera sido mejor de Caridad? ¡No! ¿Cómo se podría comenzar por exigir la caridad, de un mundo habituado a faltar a la justicia?

El imperio de la Justicia: he aquí la gran tarea para nuestra hora. Cada día tiene su afán. El nuestro debe ser el de la justicia, el de la justicia social. Sólo con ella, gracias a la cual puede convertirse en una realidad el bienestar mate-

rial y el mejoramiento moral del pueblo, tendremos paz social y, añadiré también, paz política y civil. Porque sólo con un programa cristiano y humano como el de la justicia social, lograremos el apaciguamiento de los ánimos y la conciliación de los espíritus.

* * *

Entre nosotros está ocurriendo algo que debe conjurarse a tiempo para evitar desgarramientos funestos dentro de la familia argentina.

Observo que se está desperdiciando tiempo y malogrando energías, en la discusión de problemas extraños, en detrimento de los nuestros. Miramos demasiado hacia afuera y poco o nada para adentro. A causa de ello sobran quienes pretenden convertirnos en beligerantes, como si fuéramos colonos o vasallos de naciones extranjeras.

Vientos que proceden de lejos arremolinan a nuestros ciudadanos. Y éstos, con una ligereza sorprendente, se dejan polarizar en torno a soluciones que impusieron las condiciones extremas y fronterizas del caos, a que se vieron empujadas viejas naciones de otros continentes.

¡No, señores, no! A nosotros no nos corresponden soluciones demagógicas o totalitarias, soviéticas o imperialistas. A problemas argentinos corresponden soluciones genuinamente argentinas. No tenemos problemas de clase, de raza, de conquista, o de espacio. No necesitamos invadir fronteras. No necesitamos espacio para nuestra población, sino población para nuestro espacio.

* * *

Comprendo que es muy fácil dejarse seducir por soluciones inmediatas, sobre todo cuando con ellas se persiguen propósitos políticos. Es la tentación de los que pretenden comerse el fruto, sin haber desbrozado la tierra, sin haberla roturado, ni fecundado con el sudor de la propia frente. Pero los que queremos servir con desinterés al pueblo y no servirnos del pueblo, venimos a ratificarle públicamente nuestro firme propósito de continuar bregando por soluciones laboriosas y pacientes, pero positivas y benéficas. Al pueblo no le interesan las aventuras de orden estatal o político. ¡El pueblo quiere

pan, quiere la seguridad de su pan de cada día, y no robado, ni recibido de limosna, sino ganado honradamente con el sudor de su frente, y quiere trabajo, pero no defraudado ni vilipendiado por los que lo cotizan como una mercancía y piensan que basta compensarlo con lo indispensable para su conservación, como se hace con la máquina, a fin de que no se rompa, o con la bestia, para que no se muera de hambre! De ahí nuestro afán por la sanción de leyes que mejoran, dignifican y redimen al pueblo, extinguiendo en su seno la miseria que es el germen más fecundo de la revolución social.

* * *

He ahí la gran aspiración de la Iglesia, proclamada por los grandes pontífices León XIII y Pío XI. Nada de polarizarnos en extremismos de derecha ni de izquierda; de arriba ni de abajo. Nuestra posición, la única auténtica, nos la señala la Cruz y el Cristo que se dejó enclavar en ella por todos.

No nos obsesionen los problemas de la vieja Europa. Sírvanos, empero, la experiencia de su gran desastre para enseñarnos cómo sucumben las civilizaciones que de cristianas no conservaron nada más que el nombre. Roguemos por ella a fin de que renazca de sus cenizas, pero con los ojos y el corazón puestos acá, donde puede y debe germinar nuestra salud, que tal vez alcance también hasta allá.

Discurso pronunciado en la gran Concentración realizada en la Plaza del Once, en la conmemoración cincuentenaria de la Encíclica "Rerum Novarum", el 15 de mayo de 1941

3

EL MALESTAR SOCIAL CONTEMPORANEO

Esos aplausos que no he merecido todavía, y que tal vez no pueda merecer, los interpreto como corresponde, dirigiéndolos a mi patria, la República Argentina.

Excelentísimos señores gobernadores, señoras, señores: Voy a comenzar mi improvisado compromiso, haciendo una pú-

blica confesión, y tras la confesión, como va acompañada también del arrepentimiento, ha de venir vuestra absolución.

Yo no había venido a Bilbao a hablar. Había venido a buscar reposo para mi cuerpo y para mi alma; había venido a extasiar mis miradas en la contemplación de las bellezas panorámicas de vuestra admirable naturaleza; había venido a retemplar mis energías consagradas a la reconquista de la santa libertad, condición indispensable de todo progreso, al pie del Arbol de Guernica, cuya savia se renueva y perpetúa en sus vástagos para significar que la sangre pura y generosa de vuestros antepasados se renueva y perpetúa también en las venas de vuestros hijos; había venido a doblar mis rodillas ante la imagen bendita de la Virgen de Begoña, ante la cual los grandes vizcaínos que se prosternaban antes de partir, eran tocados en sus frentes puras por su bendición maternal, bendición que, al llegar ellos hasta nuestras tierras lejanas, nos alcanza a nosotros también. Había venido a confraternizar con el clero modelo de esta tierra, lo que era para mí una satisfacción singularísima, puesto que los hijos del más grande de los hijos de Guipúzcoa fueron precisamente quienes me dieron la formación eclesiástica, y fué también un modesto pero santo sacerdote de estas regiones quien consolidó mi vocación sacerdotal. Había venido a gozar en la contemplación estática de las fuentes puras de los grandes apellidos de que están cuajadas las páginas de nuestra historia en el pasado y de las que relatan los progresos de nuestra civilización en el presente.

I

El apellido

Vosotros nos habéis dado a nosotros lo más grande que puede dar el hombre en el mundo: su apellido. La sociedad, dice un escritor, se compone de tres elementos: de los muertos, de los que viven y de los que han de vivir después. Nosotros vivimos de las generaciones pasadas; trabajamos por conservar y acrecentar su herencia y deseamos legarlas a las que nos sucedan. Por lo tanto, una Patria no es grande si no sabe amar su tradición, al mismo tiempo que aspira a su progreso.

Y ¿qué es el apellido? ¿Habéis pensado alguna vez en lo

que significa esa cosa que parece tan pequeña, pero que en sí misma es tan grande? El apellido es, al mismo tiempo, la tradición y el progreso, es el pasado y es el futuro. El hombre que viene a la vida con un apellido manchado, viene de antemano vencido; y el que viene en pos de un apellido inmaculado, nace a la vida recibiendo en su frente la luz de la virtud y del honor en su propia cuna.

Vosotros nos habéis dado esta cosa, y yo había venido a gozarme en la contemplación de sus fuentes originarias; yo había venido también a respirar a pulmones llenos, libremente, la libertad, la moral, el catolicismo, en esta atmósfera fortificante como si estuviese también saturada del hierro espiritual que circunda esta sociedad afianzada en el retazo más precioso del solar de nuestra raza.

Y como todas estas cosas se hacen mejor callando, yo había venido a callar, no había venido a hablar.

Pero, alevosamente, se confabulan las señoras con los jóvenes, y me presentan un asalto formidable, y ¿quién se resiste a las damas? y ¿quién se resiste a los jóvenes?

II

La palabra

He hecho, pues, mi confesión y espero vuestra absolución. Me han pedido que hable: voy a hablar. Hablar, es decir, dar en definitiva lo mejor que tiene el hombre. Yo creo que el hombre no tiene en sí mismo nada que le asemeje más a Dios que la palabra.

En Dios hay una doble palabra, por decirlo así: el Verbo, el Verbo íntimo, el que en el interior de su infinita esencia contempla las maravillas de su naturaleza, también infinita, y cuando llega la hora preestablecida, ese Verbo íntimo en cierta manera lo irradia hacia fuera en cuanto, mediante acto de su voluntad, prodúcense de la nada las maravillas de la creación. Así el hombre: el hombre tiene un Verbo íntimo, pues, para concretar su pensamiento oculto en el fondo del santuario de su conciencia. A todo el mundo está vedado penetrar en los interiores de ese Santuario de la conciencia humana.

Ningún hombre posee inteligencia suficiente para descu-

brir el pensamiento secreto de otro hombre. Se ha dicho que las inteligencias se pueden clasificar en tres categorías, según que alcancen a la parte nada más que exterior y superficial de los acontecimientos y los seres, según que las penetren un tanto y según que lleguen hasta su fondo; inteligencias las primeras superficiales, las segundas medianas y las terceras profundas. Pero no hay ninguna inteligencia profunda capaz de penetrar en el Santuario recóndito del alma del hombre, reservado sólo a Dios.

El hombre se complace en su pensamiento íntimo y secreto, y cuando llega una hora preestablecida en la que se decide a manifestar hacia afuera las bellezas de su interior, mueve sus labios, abre las puertas del alma y habla: y pronuncia su palabra. Y cuando esa palabra está llena de imágenes parece uno de esos fuegos de artificio, que cuando se desata en las alturas estalla y cae convertido en cascada de luces de todos los matices y de todos los colores; y cuando esa palabra no va solamente llena de imágenes, sino que también va henchida de ideas y preñada de poder, entonces, si fulgura en los labios de uñ orador, entusiasma a un auditorio y lo levanta hasta el éxtasis; y si en los labios de un guerrero, empuja a un ejército y lo lleva a la victoria. Por eso se ha dicho que la palabra es tanto más hermosa cuanto más se asemeje al pensamiento, el pensamiento al alma y el alma a Dios.

Y si la palabra es tan hermosa y si está tan llena de poder dado por Dios, si Dios ordena las cosas hacia el bien, ¿por qué —se dirá— acontece que hay tanto mal en el mundo? ¿Por qué tanta intriga, tantas calumnias, tanta desgracia, tanto dolor debido a la palabra hablada o escrita? ¿Por qué será que del mismo foco ha de brotar la luz que ilumina y el rayo que mata? ¿Por qué será que de la misma fuente han de brotar las aguas dulces y las aguas amargas? ¿Por qué ha de ser la palabra el órgano de la verdad y el instrumento de la mentira, del amor y del odio, de la vida y de la muerte, de la paz y de la guerra?

Cuando se pregunte esto, sabiendo que todo es debido a la palabra y por lo tanto a la lengua, inmediatamente los hombres maliciosos contestan: "Pero ¿por qué, por qué ha de ser? Por la misma razón que lo es en todo el mundo. El mal

de la palabra, el mal de la lengua existe en el mundo desde que existe la mujer".

¡Pobre mujer! Se lleva gran parte de la culpa de los pecados de la lengua, pero es necesario ser caballeros; distribuir las responsabilidades y recordar aquella frase que aligera un tanto a la mujer de su pretendida culpa. "Si en materia de lengua hay algunas mujeres que parecen hombres, en cambio hay muchos hombres que parecen mujeres".

III

El malestar social, las luchas sociales

Daré, pues, lo mejor que el hombre puede dar de sí, cuando lo hace con sinceridad y valentía apostólicas, es decir, la palabra; y mi palabra va a versar según me lo piden, sobre algo concerniente al estado social contemporáneo, a este malestar, a esta inquietud, a este estado casi permanente de luchas sociales.

Y naturalmente, debiendo conformarme a ese deseo, echaré mano de los pensamientos, abarcándolos, emitidos precisamente hace pocos días en Madrid, puesto que las necesidades son más o menos iguales en todo el mundo; y voy a dividir en dos partes esta conferencia preguntando en la primera cómo y por qué se engendra y se desarrolla ese malestar social que afecta a la humanidad, y en la segunda cómo y dónde podríamos encontrar la solución, el remedio eficaz para preservarnos de la catástrofe.

Naturalmente, son muchas las escuelas hoy en boga, filosóficas y sociológicas, cada una de las cuales quiere para sí el monopolio de la verdadera explicación y del único remedio.

Algunos dicen, como exponía yo, que el malestar social es debido a las desigualdades de orden económico existente. Basta un brevísimo análisis para darse cuenta de que esta causa puede contribuir, puede ser un factor, pero no es la causa suficiente para explicar por sí sola el malestar social contemporáneo. Estudiamos la historia de la humanidad y vemos que en todos los pueblos han existido siempre pobres y ricos, vemos que en todos esos pueblos esas riquezas han venido perpetuándose en virtud de la herencia, que todos esos pueblos han admitido de hecho la existencia de la desigual-

dad económica entre los hombres, por la sencilla razón de que debían admitir la desigualdad intelectual y física. Por lo demás, el sólo hecho de que si se improvisa artificiosamente una igualdad absoluta en un grupo de hombres, desde el punto de vista económico, inmediatamente después la desigualdad renace, por efecto de la desigualdad de talento, de salud y de actividad entre los hombres, demuestra que para mantener la igualdad artificialmente sería necesario presionar, violentar y mantener, bajo el imperio inexorable y humillante de la fuerza, a la naturaleza humana. Pero es necesario recordar que el equilibrio que se establece por la equivalencia momentánea de esfuerzos contrapuestos no es estable y lejos de preparar la paz engendra la guerra. Luego es demostración evidente de que la desigualdad económica, por sí sola, no es causa suficiente y total para engendrar ese malestar social que en todas partes se siente.

IV

Las desigualdades sociales

Otros dicen: la causa más irritante del malestar social es, no precisamente la desigualdad económica, sino las diferencias, las desigualdades sociales; la desigualdad de las situaciones sociales, más que la de las condiciones económicas.

Pero volvemos a estudiar la historia de la humanidad y encontramos que en todas partes, que en todas las épocas, en todos los pueblos han reconocido la existencia de la desigualdad de las condiciones sociales. En todas partes ha habido siempre jefes y súbditos, caudillos y masas. Y decía yo en Madrid y puedo repetir aquí, con mayor libertad aún, Duques y Condes ayer, intelectuales y capitalistas hoy, el hecho es que, aun cuando las desigualdades sociales no están reconocidas en las leyes, están admitidas necesariamente por la práctica, y cuando una sociedad enloquecida y ebria de ensueños igualitarios pretendió borrar de su seno las desigualdades de las situaciones y condiciones sociales, no fué como sabéis bien vosotros, para suprimirlas totalmente, sino tan sólo para reemplazarlas, y para reemplazarlas no ya con una nueva condición social, sino con algo más irritante todavía, con la dictadura de una clase social estableciendo en plena demo-

cracia convertida en demagogia, la tiranía más vergonzosa que han podido contemplar los siglos durante la historia, que es la dictadura del proletariado. Demuéstrase entonces que ni la desigualdad económica por sí sola, ni la desigualdad de las condiciones sociales son capaces para producir estas inquietudes, este malestar social.

V

Causa del malestar social: la ambición

A mi modo de ver hay que ir mucho más hondo. Los que buscan en esto las causas del mal son inteligencias superficiales o medianas.

¡Oh! El mal está mucho más hondo. Hay que dirigir una mirada mucho más profunda a la esencia misma del organismo humano. ¿Será entonces también la causa de orden moral? ¿Será el veneno de la ambición? Ya nos vamos acercando a la verdad. Y aún todavía no aparece completa.

La ambición he dicho. Es evidente que un deseo desmedido, y no otra cosa es la ambición, exacerba el instinto de lucha; y si este deseo desmedido, si esa ambición, a manera de virus social, se diluye y abarca las distintas clases sociales, naturalmente comienza a engendrarse el malestar social. Pero —seguidme con interés—, si la ambición de que estoy tratando fuese solamente la ambición individual, la propia ambición de un hombre aislado, distinta de la que devora a otro hombre, habría lucha; pero sería una lucha entre hombre y hombre, mas no sería una lucha entre clase y clase. Para que se produzca la lucha entre clase y clase es necesario que se trate de una ambición que tenga para muchos objetivos comunes, que se reconcentre la ambición de muchos en puntos de vista de interés general.

Y esto no basta todavía. La ambición verdadera supone que el hombre cree tener derecho a algo que actualmente no posee. Por lo tanto, la ambición capaz de engendrar la lucha social es aquella que se funda en el concepto que se tiene del propio derecho y del deber ajeno. Depende, por lo tanto, del concepto que el hombre tiene formado de la vida, depende del concepto que tiene formado de la naturaleza humana. De consiguiente, la ambición capaz de engendrar la lucha social

no es simplemente la envidia, no nace simplemente en el corazón, en la voluntad, no; nace en la inteligencia, es decir, en la región donde se forman los conceptos del hombre.

VI

Concepto del derecho y del deber

Hay un concepto que es fundamental y cuya doble faz tiene una importancia extraordinaria en la cuestión que estamos examinando. Es el concepto que tiene el hombre de lo que puede exigir como tal de otro hombre y lo que debe darle en cambio: el concepto de las relaciones jurídicas de las personas entre sí, el concepto del derecho y del deber.

Este concepto es innato en todo hombre, no se podría suprimir jamás. Y si dudáis, mirad al niño. Ved con qué gestos tan diversos, con qué tonos tan distintos reclama lo que simplemente le agrada y aquello que considera como suyo, como propio, que nadie le puede arrebatar sin injusticia.

Yo tengo derechos y tengo deberes, ello es verdad. Pero, ¿cuáles son éstos y cuáles son aquéllos?

¡Ah! Ya entramos en otra cuestión de orden superior. Porque la medida de mis derechos me la da otro concepto anterior y superior al concepto del derecho y del deber, y es el concepto que yo tengo formado de la vida, el concepto que el hombre tiene formado de la naturaleza humana.

VII

Origen y destino del hombre

El límite del derecho y del deber me lo da la idea que yo me había formado de mi origen o de mi destino, de mi materialidad o de mi espiritualidad, de mi inmortalidad o de mi nada para después de mis días; de si puedo satisfacer todas las aspiraciones de mi naturaleza en este mundo o si debo esperar para satisfacerlas plenamente, en un mundo ultraterreno, de si no hay otro fin de mis actos que mi sola conciencia, o de si hay un juez supremo de todas las conciencias humanas.

Naturalmente, si vosotros creéis en vuestro origen y destino ultraterrenos, si estáis convencidos de que en este mundo es imposible llegar a satisfacer todas las aspiraciones, pero que un mundo ulterior os está reservado para que satisfagáis en él la sed infinita de felicidad que os devora el alma, si estáis convencidos de que no es vuestra conciencia el único juez de vuestros actos, sino que sobre ella hay un juez supremo de las conciencias, ante el cual no tiene nada que ver el cohecho ni el valimiento personal, entonces vosotros en bien de la comunidad cederéis más de una vez vuestro estricto derecho y seréis bastante indulgentes, muchas veces, en la exigencia de los deberes que ligan a los otros hombres a vuestra persona.

VIII

La lucha

Mas si rechazáis todas estas creencias del alma, del orden moral, entonces, necesariamente, sentiréis la necesidad de satisfacer todas vuestras aspiraciones en esta vida, para que vuestra vida no resulte incompleta, y aspiraréis a la dicha, os lanzaréis hacia ella, y siempre que otra persona os oponga su derecho, esos dos derechos, el vuestro, a vuestra dicha y el de vuestro contrario a la suya, entrarán inmediatamente en conflicto, tratarán de dominarse el uno sobre el otro y estallará, necesariamente, la lucha, tanto más terrible y tanto más tenaz, cuanto que ambos combatientes se considerarán fundados sobre igual derecho.

Ahora bien, consideremos otro orden de cosas; es evidente que si en una sociedad hay hombres de iguales condiciones económicas y de situaciones sociales semejantes, esa semejanza los unirá para la defensa y el desarrollo de sus intereses comunes.

Esto es natural y esto es legítimo. Podría haber entre ellos divergencias más o menos accidentales y secundarias, pero en lo fundamental, en la defensa de sus intereses comunes los veréis unirse siempre como un ejército.

IX

La burguesía, el proletariado

Ahora bien, suponed que en esa misma sociedad, y ello es la realidad de lo que está pasando, hay hombres que venden su trabajo y hombres que lo compran, hombres que cobran su salario y hombres que lo pagan, hombres que ejercen en la producción un papel intelectual y dirigente y hombres que ejecutan una función manual y subordinada. Y entonces veréis vosotros cómo automáticamente esos hombres se van separando y se van polarizando alrededor de sus intereses comunes. Y ¿qué tendremos después? Tendremos lo siguiente: la suma de las ambiciones individuales de los hombres que dan, pero que aspiran siempre a dar lo menos posible, formará de un lado lo que algunos denominan la burguesía; y la suma de las ambiciones individuales de los hombres que reciben y que aspiran a recibir siempre lo más posible, formará de otro lado, aquello que denominan el proletariado.

Y así surgen de las entrañas de la sociedad, las desigualdades económicas, más inevitables, porque son más naturales, que las antiguas castas privilegiadas, y tanto más activas en la defensa de sus derechos, cuanto más frecuentes son los motivos de roce, y, entonces, formados esos dos grandes ejércitos, ¿cómo admirarnos de sus primeros encuentros y de sus primeras luchas? Luchas tan terribles algunas de ellas, que un sociólogo moderno ha podido denominarlas "canibalismo social".

X

El liberalismo ante la lucha social

Y el liberalismo, frente a las primeras luchas, y ante los primeros encuentros de los ejércitos sociales en el mundo, el liberalismo sectario que había engendrado la licencia en el orden económico, ha comenzado a espantarse de los resultados y ante esos primeros asaltos sangrientos ha apelado ¿sabéis a qué? ¡A la fuerza!

¡Ah! Cuidado, señores. Es por lo menos la terrible comprobación de la falta de lógica en que incurren todos aque-

llos que, según uno de vuestros grandes tribunos, ¡levantan cadalsos a las consecuencias después de haber erigido tronos a los principios!

Creo que he hablado con bastante claridad. Al menos procuro que sea siempre el tono característico de mis exposiciones la sencillez en la forma, la claridad en la expresión; porque yo no creo como algunos dicen que el grado de talento, de genio, hay que juzgarlo y medirlo por el grado de obscuridad que se pone en la expresión de las ideas.

Cierta pluma sarcástica escribió una vez: "cuando los discípulos no le entienden al maestro y el maestro no se entiende a sí mismo, entonces se le cree metafísico".

XI

Remedio del malestar social

Ahora, bueno es que nos preocupemos del remedio del mal, de este malestar, del cual sentimos, a veces, algunos paréntesis saludables, pero que no deben servir para ilusionarnos respecto a la conquista de una pacificación definitiva.

Así como para la explicación del mal hay varios sistemas, así también para proporcionar el remedio y dar la solución, hay varias tentativas.

Cualquiera que sea el género de auditorio a que me debo dirigir, me creo con derecho a esperar que se prestará una fe absoluta a la solución que nos propone directamente Cristo fundador de la civilización cristiana. El la formó, con sus doctrinas, con su moral y con su sangre. El, entonces, está en posesión del secreto de salvarla cuando esté enferma de muerte.

Poco me entretendré en seguir a los filósofos. Seguiré directamente a mi Maestro, Cristo, y os expondré lo que ya he hecho en otras partes: el secreto de la solución del problema, abriendo aquel viejo libro donde están consignados el origen y el fin de todos los movimientos humanos y donde está consignado el germen de la solución de todos los conflictos individuales y colectivos, el Evangelio.

Yo creo que vosotros, cristianos, vais a gozar, como he gozado yo cuando he podido descubrir todas las maravillas que se encierran en aquellas páginas admirables del Evangelio

que vulgarmente conocemos, con bastante superficialidad, con la simple denominación de la multiplicación de los panes y de los peces.

Pero es necesario ahondar y profundizar porque Jesús no ha hecho las cosas al acaso, ni para ser tristemente recompensadas con la superficial interpretación humana.

Cristo no ha establecido sus doctrinas ni hecho sus obras, sino con una profundidad maravillosa, y yo veo en el relato de esa página a Jesús jugando con todos los sistemas económicos que van desfilando a través de los siglos. Veo después cómo los interpreta, cómo los desprecia.

XII

Amor de Cristo al pueblo

Se encuentra Jesús frente a una multitud necesitada, frente a un pueblo sacudido por un problema económico, frente a un pueblo que tiene hambre, que necesita pan. ¡El problema del pan, señores; el problema de la subsistencia, de la alimentación, el terrible problema que cuando se apodera de las turbas hace tambalear aun a aquellos tronos que se habían mantenido más firmes ante los pujantes embates de la fuerza!

Frente a ese problema se encuentra Jesús. ¡Ah! Se trata de una muchedumbre que padece y que padece necesidades materiales en el momento, y dice: Me siento conmovido, emocionado, ante el espectáculo de esta muchedumbre, siento una emoción profunda hasta lo más recóndito de mis entrañas.

Desde luego, llamo la atención sobre este grito de Jesús. ¡Compasión, piedad, emoción, amor por la multitud, por la muchedumbre! Tal vez nunca os habéis fijado que este grito es único en la historia del mundo.

El corazón del hombre ama por instinto, por naturaleza, pero ama, describiendo a su alrededor algunos círculos concéntricos y colocándose siempre en su centro. El primer círculo que describe en su amor el corazón humano, está formado por aquellos que le están ligados por los vínculos de una misma sangre: sus parientes. El segundo círculo que describe lo constituyen aquellos que le están ligados por los vínculos de un mismo afecto: los amigos. El tercero, más dilatado, tal vez,

pero más tenue y más débil, lo forman aquellos con los cuales está ligado también en cierta manera, pero que para significar que en esas ligaduras tiene más parte la inteligencia que el corazón denominan simplemente: los conocidos. Más allá de los círculos del parentesco, de la amistad y de la relación personal, la muchedumbre anónima, la multitud ignota y la humanidad desconocida ante la cual permanece indiferente, sin latir, el corazón humano.

Sin embargo, el amor cristiano debe amar a la muchedumbre hasta el heroísmo, hasta el sacrificio. Pero eso es imposible, me diréis, porque para eso se requiere un milagro.

¡Ah! bien, se requiere un milagro, ¡pero el milagro se realiza todos los días, todas las horas, en todos los instantes, porque gracias a la luz de la fe cristiana, el corazón humano, en cada desconocido, descubre a Dios!

Jesús fué el primero en revelar esta doctrina. Dijo: me emociona hasta el sacrificio, hasta la muerte, la miseria de la multitud; de la multitud, señores, es decir, ¡quienes quiera que sean los que la constituyen, como quiera que piensen, de donde quiera que vengan!

XIII

Los excesos del proletariado: sus verdaderas causas

Por lo tanto, y ved aquí la primera consecuencia: Comete una injusticia todo aquél que al ser llamado a colaborar para mejorar las condiciones materiales y morales del proletariado pretexta los excesos en que incurre. ¡Los excesos! Seamos justos, seamos imparciales, sepamos distribuir valientemente las responsabilidades a quienes correspondan.

Yo sostengo que no hay ningún exceso en que haya incurrido la pobre multitud trabajadora y extraviada que no se vea justificado, o, por lo menos, explicado en las doctrinas enseñadas por algún profesor universitario más o menos aplaudido en el mundo.

Se ha enseñado desde las cátedras universitarias que la familia es una institución artificial, que el amor libre es la forma suprema de la unión propagadora de la especie. Y entonces, ¿por qué admirarnos de que los extremistas pretendan suprimir y borrar la institución de la familia?

Se ha dicho que el capital y la propiedad privada es un

hecho social establecido e impuesto por el imperio de los más fuertes. Pues entonces es lógico que los comunistas intenten destruir el capital y abolir la propiedad que perpetúan en el mundo el imperio de esa fuerza.

Se ha enseñado desde las cátedras universitarias que el patriotismo encierra un concepto antihumanitario; pues entonces, es lógico que los que se deciden a sacar las consecuencias agoten su propia patria, conculquen y denigren su bandera, su tradición, sus características y hasta su honor.

¡Ah, señores, la anarquía de los hechos es hija de la anarquía de las ideas, y yo no veo cómo se podrá adjudicar mayor responsabilidad a los pobres brazos que ejecutan que a la razón que los impulsa!

Pero ese amor cristiano que nosotros debemos buscar para la solución de este problema, no es naturalmente un amor platónico, idealista, que se queda en la región del sentimiento. El amor eminentemente cristiano debe ser un amor efectivo, práctico, activo.

Por eso, Cristo dice: Me enternece la multitud, esta multitud que sufre, tiene hambre, necesita pan. Entonces es necesario darle de comer, y darle inmediatamente. Y propone este problema a sus discípulos: Es necesario alimentar a esta multitud, y alimentarla inmediatamente.

Los discípulos me parece que en esos momentos están representando ante el pensamiento del Maestro, a la sabiduría, la influencia social y el poder humanos: y, naturalmente, los discípulos se inquietan ante esta extraña requisitoria del Maestro. Pero Jesús les provoca a que le presenten las soluciones que a ellos se les ocurran.

XIV

La solución del escéptico

Se adelanta uno y propone la primera solución, el primer remedio, el más rápido, el más expeditivo, el más cómodo, que es naturalmente también el más egoísta.

Y dice: "Pues, Maestro, despidamos a esa muchedumbre, que se marche cada uno a su casa y que se las entiendan como puedan". No os admiréis demasiado del egoísmo de esta primera solución, que, como veis, no es una solución sino sim-

plemente una manera de evadirla. Al presente es la misma respuesta que nos están dando muchos hombres egoístas, cuya colaboración nosotros necesitamos para la solución de los problemas del proletariado. ¿Para qué? Es la respuesta que solemos recoger frecuentemente de sus labios. Hombres escépticos que no creen ya en la eficacia de ningún remedio ni en la posibilidad de ninguna reacción. Hombres estériles para la vida social que no aportan al triunfo del bien o a la derrota del mal ni el concurso de su brazo, ni la luz de su inteligencia, ni la influencia de su dinero. Hombres de antemano vencidos, prematuramente cansados de la vida, avejentados del alma. Tales son los tipos que nos presenta la historia en los momentos de todas las decadencias sociales: en los últimos días de la libertad de Grecia, antes de ser vencida por Alejandro; horas antes de que Roma viese caer deshecho su Imperio; momentos antes de que Constantinopla cayese en manos de los turcos; y de que Francia y la Europa entera viesen derrumbarse para siempre el antiguo régimen. Prototipos de la inercia en presencia de los más grandes peligros que por otra parte ni siquiera advierten. Ejemplares del egoísmo, que viven de la sociedad y no para la sociedad. Derrotistas de todas las causas, que con sus palabras pesimistas y sus ejemplos enervantes no hacen más que restar un número crecido de soldados a la cruzada de la pacificación social. Hombres que, en el verdadero sentido de la palabra, no llegan ni siquiera a ser hombres para su época, porque, como ellos mismos lo dicen reeditando en pleno siglo XX aquella frase de Horacio, ¡se contentan con ser uno de la grey de Epicuro! ¡Ah, señores! Si estos escépticos, si esos egoístas llegaran a formar su escuela, no servirían sino para comprobar toda la tremenda tristeza que se encierra en esta frase: "¡A las sociedades no hay que matarlas, ellas solas se mueren!"

XV

La solución del cesarista

Preséntase luego otro discípulo que propone esta segunda solución: "Maestro, echemos mano de las reservas que tenemos en común, de las limosnas dadas por la naciente cristiandad, es decir, del pequeño tesoro de nuestra comuni-

dad". Pero súbitamente cae en la cuenta de la ineficacia del sistema y añade :"Aun cuando nosotros dispusiésemos de doscientos dineros de plata (y era mucho menor la suma de que disponían), no podríamos adquirir la cantidad de pan necesaria para esta multitud necesitada".

Es, señores, el sistema económico que muchos proponen también en nuestros días. Son aquellos que pretenden que todos los conflictos del malestar del proletariado y de la sociedad deben trasladarse al Estado para su solución: que el Estado apele a sus arcas, a sus haberes, a sus rentas y provea las necesidades públicas. Pero esta, no es una solución. En primer lugar la experiencia del mundo nos está enseñando en todas partes que los servicios sociales del Estado resultan necesariamente insuficientes.

Por lo demás, esto es irse directamente al cesarismo, y el cesarismo no ha sido ni será jamás un remedio para la sociedad, sino una nueva enfermedad. El que nos indica por lo tanto, al cesarismo, no nos encamina hacia un remedio sino hacia otra enfermedad. Quiere decir, entonces, que ya no hay esperanzas en nada ni en nadie, porque las sociedades particulares y los individuos que las formas ya no se sienten capaces ni de aspirar a remediar el mal que las aqueja, y vencidos y desilusionados de sí mismos inician con la propia la decadencia general.

Los cesaristas están condenados al fracaso de antemano, porque tienen un falso concepto de la sociedad; al hipertrofiar extraordinariamente su cabeza absorbiendo todas las energías vitales del resto del organismo social, pretenden darnos una sociedad con una cabeza enorme, gigantesca y con un cuerpo raquítico que se debilita y agota cada vez más, es decir, una sociedad enferma, maniática, atacada de la manía del suicidio. Este segundo sistema, por lo tanto, no ofrece una solución satisfactoria.

XVI

La solución comunista

Y viene un tercer discípulo y dice: "Maestro, aquí, entre la multitud, hay uno que tiene cinco panes y dos peces"; es decir, hay uno que para sí mismo tiene más de lo que le hace falta; hay uno que tiene algo que le sobra; esto es, en medio

de los pobres del proletariado, de la muchedumbre necesitada, hay ricos. Pero en seguida lo asalta el desaliento, y añade: "Aun cuando repartiéramos esta provisión no bastaría para saciar a la multitud".

Es la misma solución económica, que ha ensayado ya un sistema que no puedo llamar moderno, porque ya se manifiesta envejecido y desprestigiado. Hace poco tiempo, casi cuestión de años, podría decir, casi cuestión de meses, nosotros teníamos que apelar a todos los esfuerzos de la inteligencia, a todos los recursos de la lógica, para hacer comprender a los alucinados hijos del pueblo las fallas fundamentales del sistema comunista, pero hoy ya no nos es necesario el raciocinio filosófico porque estamos en posesión del argumento histórico. Después de haberlo implantado en todos sus detalles, después de haber arrebatado todos los capitales y abolido las propiedades privadas; *la dictadura del proletariado,* impuesta provisionalmente, subsiste, monopoliza la prensa, se ejerce en la escuela y en todas las instituciones de cultura. Un cuarto de siglo de implantación no le ha permitido al régimen conceder las libertades elementales de asociación, de prensa, de palabra, de que gozan los obreros en muchos países censurados por el comunismo. Tampoco ha elevado su nivel de vida, ni mejorado su vivienda. Las soluciones totalitarias del comunismo poco diferencian de las que ofrece el cesarismo.

XVII

Crítica de esas soluciones

He aquí las diversas soluciones que se presentaron a Jesús y he aquí en síntesis todas las soluciones que van presentando los sistemas económicos modernos.

Fallan, fracasan, ¿por qué? Resumamos. Al exponer yo las causas del malestar social, dije que no eran solamente sociales, solamente económicas, sino más profundas, que eran morales, que eran fruto de la ambición desordenada que había invadido a las diversas clases, las bajas y las altas. Fallan los sistemas de solución. ¿Por qué? Porque en todos esos remedios concurren elementos exclusivamente económicos y el problema no es exclusivamente económico, es también eminentemente moral.

Están, pues, agotados los recursos de la sabiduría, de la influencia social y del poder humanos. Es decir, están agotados los recursos de que disponen los hombres abandonados a sí mismos. Pero la hora de la impotencia del hombre es la hora de la omnipotencia de Dios.

XVIII

La solución de Cristo

Jesús ya ha hecho el examen de todos los sistemas incompletos y va a proponer, con el ejemplo y la palabra, el suyo, humano y divino a la vez. Lo primero que hace, después de haber atraído sobre sí la mirada de las turbas famélicas y las miradas de los discípulos que proponen soluciones, como ahora concentra las miradas del mundo, lo primero que hace, es levantar sus ojos divinos al cielo. ¡Al cielo! En la solución del problema deben entrar también factores morales: deben colaborar las virtudes y éstas no brotan de abajo, de la materia, como el azúcar o el vitriolo, sino de arriba, de Dios.

Para establecer el equilibrio de los factores económicos se necesita el reinado de dos virtudes, virtud de la justicia y de la caridad.

Jesús levanta sus ojos al cielo como para colmarlos, a pesar de ser divinos, de justicia y de amor. Y luego mira a la turba y mira al rico y deja caer en medio el germen de la caridad y la justicia. Ahora, señores, ahora sí vengan los factores económicos porque ya existen también los morales que nos deben guir en la solución de estos problemas. Ahora puede multiplicar el pan...

He dicho justicia y caridad y a propósito dije primero justicia y luego caridad. Porque debo rechazar la inculpación infundada y pueril que nos hacen los adversarios, cuando nos dicen que nosotros predicamos la caridad con detrimento de la justicia. ¡Qué error! ¡La caridad en detrimento de la justicia! ¡Pero si nosotros sostenemos que es imposible la caridad sin el previo reinado de la justicia! ¿Cómo puede pretender hacer caridad, el que empieza por faltar a la justicia?

Justicia, justicia social, en el verdadero sentido de la palabra, y luego caridad para hacer efectivos los sacrificios que

ello comporta. Justicia, pues, y caridad, y no habléis tampoco, diría a nuestros adversarios, contra la caridad, porque indicáis que no la conocéis; confundís la caridad con la limosna.

La limosna puede ser el fruto de la caridad, pero no es la caridad.

Digo que la limosna puede ser el fruto de la caridad, porque puede ser también el fruto no de la caridad sino del egoísmo. En cuanto a la limosna se refiere, nosotros sostenemos que la mejor limosna que se puede hacer a un hombre es levantarle y ayudarle a colocarse en condiciones de no necesitarla.

Y ahora, como dije, puede Jesús multiplicar. ¿Multiplicar, qué? Porque Jesús con la misma facilidad podía multiplicer, puesto que era Dios, unas cosas u otras, unos elementos u otros; levanta la diestra que crea y que conserva, que fecunda y vivifica, que desarrolla y que transfigura; levanta la diestra y bendice. ¿Acaso las monedas? Pudo bendecirlas también, porque era Dios, pero no bendijo las monedas.

XIX

El oro, el dinero, el lujo

El oro, el dinero es un valor convencional ideado por el hombre y yo no sé si ese oro, si ese valor convencional ideado por el hombre lo ha sido más para bien o para mal de la moral en el mundo. Lo que si sé es que siempre que el dinero, que el oro se olvida de su fin es un elemento que fragua la corrupción de las costumbres y la corrupción de las conciencias.

La corrupción de las costumbres. ¿Sabéis por qué? Porque el lujo es imposible sin el oro, el oro trae el lujo y el lujo trae la molicie y la molicie trae la sensualidad, y por lo tanto, la corrupción de las costumbres. Porque como es necesario alimentar la vida de los sentidos (pues tal es la vida de la sensualidad y ella es imposible sin el oro) se hace necesario ir a buscarlo y se le busca donde quiera que se encuentra.

Por eso siempre que se estudie el fin del Imperio romano, siempre se encuentra uno con los restos gigantescos de ese gran cadáver, y al remover aquellos restos se ve mucho fango en el oro y mucho oro en el fango; hubo corrupción de las costumbres, pero la hubo también de las conciencias, y la

corrupción de las conciencias fué provocada por la corrupción de las costumbres.

¡Y cuántas veces habéis visto vosotros y he visto yo en diversos países, a hombres que delante de sus consejos levantaban una balanza infame y colocaban oro y más oro, hasta establecer primero el equilibrio y hasta romperlo luego! ¡Cuántas veces habéis visto que, en su apreciación, ha pesado más el platillo en que se ponía oro que el otro en que se colocaba, su conciencia, su patria, la amistad, el parentesco, el honor y Dios!

XX

El trabajo

No bendijo, pues, Jesucristo ese valor convencional que se presta a tantos abusos, cuando equivoca su fin, y que va dejando un reguero de sangre en el mundo, como las monedas arrojadas por Judas. Bendijo el pan, el trabajo, el fruto honorable y regenerante del trabajo humano.

Bendijo el trabajo. ¡Qué hermoso simbolismo!

Dios bendice el trabajo honrado y venerable de los hombres, y por eso bendijo el pan y lo multiplicó, multiplicando las riquezas legítimas.

Y como primero había depositado el germen de la Justicia y de la Caridad en el rico cristiano, vino el momento de la distribución equitativa de las reservas de las riquezas y toda la turba se alimentó sin que el rico padeciera detrimento, porque se recogió el sobrante y era mucho más de lo que antes poseía.

Justicia y Caridad, pues, para que mediante ellas se llegue a la distribución equitativa de los beneficios en el mundo. He ahí la grande y la única solución cristiana. A ella tendemos, a ella vamos decididamente.

XXI

Recriminaciones injustas

Por eso muchas veces parecerá que nosotros nos vamos con exceso a la defensa de los derechos de los obreros; y no es así. En definitiva, la defensa de los derechos de los obreros,

siempre que de derechos se trate, es la defensa de los derechos legítimos del capital.

Por eso decía yo: ¡Ah! Nosotros estamos soportando una tarea bien ingrata, y bien difícil, en esta hora de evolución en el mundo. Bien difícil y bien ingrata porque se nos ataca por la derecha y se nos ataca por la izquierda. Se nos pega de arriba y se nos amenaza de abajo. De la derecha, los que quieren ser más católicos que el Papa, dicen que nos vamos demasiado adelante, que casi somos socialistas cuando defendemos los derechos de los obreros.

Los socialistas, los extremistas, dicen a su vez que somos aliados incondicionales del capital cuando defendemos los suyos, pues que los tiene bien legítimos y sagrados. Pero esto quiere decir que atacados por los extremos estamos en el medio, estamos entonces en la verdad.

Y por eso yo les decía algunas veces: Vosotros los de arriba no nos recriminéis demasiado cuando nos veais trabajar con los de abajo. Vosotros los de abajo no nos recriminéis tampoco cuando veais que nos acercamos a los de arriba; vosotras, torres, cúpulas del edificio social y económico, no nos recriminéis cuando los sacerdotes y Obispos descendemos hasta los de abajo, porque es necesario velar porque no se carcoman los cimientos, pues si ellos se pudren, vosotras os desplomaríais formando con los suyos un cúmulo de ruinas.

Y vosotros, a vuestra vez, los de abajo, vosotros, valles profundos, no nos recriminéis cuando veais que nos acercamos a los de arriba, porque los valles no deben recriminar al sol cuando éste toca con sus rayos y dora las cumbres nevadas de las montañas. ¡Porque si las besa con sus rayos de calor y de luz no es sino para derretir sus nieves y convertirlas en agua cristalina que baja luego a llevar la fecundidad a sus praderas!

XXII

El apoyo de la mujer

Y en esta tarea, que ya ha hecho su manifestación en el mundo con una brillante historia que nos hace gozar con la contemplación anticipada de su fulgurante cenit, nos acompañan muchos, muchos decididos y valientes. Vosotros todos, venís a decírmelo así con vuestra presencia. Es para mí

ésta una corona magnífica. Nos acompañan señoras y nos han secundado con su instinto avizor y admirable las mujeres cristianas. Precisamente las iniciadoras, con los jóvenes, de esta conferencia que he tenido el honor de exponer ante vosotros.

Por eso cuando yo veo que de otras regiones que no son las vuestras quieren importarse aquí doctrinas exóticas que no tienen ni deben tener aquí razón de ser, doctrinas materialistas y ateas, me siento tentado de decirles: doctrinas materialistas y ateas que pretendéis venir a perturbar la paz social de esta gran nación: acordaos de aquella profecía del Génesis cuando la serpiente del error y del mal se creía para siempre victoriosa sobre el linaje humano.

Acordaos de aquella profecía del Génesis, cuando Dios dijo: Sellaré enemistades eternas entre tí y la mujer, —dijo a la serpiente del error y del mal,— entre tus hijos y los suyos.

La verdadera lucha, por lo tanto, doctrinas materialistas y ateas, no está, como vosotras pretendéis hacer creer, entre vosotras y la religión. ¡No!, podéis contar, debéis contar por lo menos, con un enemigo que es para vosotras más formidable todavía: la mujer.

XXIII

El poder de la juventud

Cuentan por enemigo a la mujer y cuentan por enemigo, también, a la juventud, a los jóvenes estudiantes, a los jóvenes propagandistas, los herederos de los gloriosos apellidos de los grandes vizcaínos del pasado y del presente, de ayer, de hoy y de mañana, los jóvenes, los jóvenes esos, los que todavía no reflexionan suficientemente quizá, pero por eso son más entusiastas, porque todo lo que quitan a la reflexión lo dan al entusiasmo.

¡La juventud! Yo voy a relataros brevemente lo que hicimos con un puñado de jóvenes, allí en aquella hija predilecta de España, en la República Argentina, mi Patria.

Eran los días en que celebrábamos nosotros nuestro centenario patrio. El monarca de España había desprendido, por decirlo así, momentáneamente, de su corona una de sus más preciadas joyas, la Infanta Isabel, y la había enviado para que nuestra patria la luciera en su pecho en los días de su gloria.

Pero ciertas doctrinas importadas, materialistas, ateas y exóticas también, habían jurado ahogar en sangre nuestras fiestas centenarias y habían públicamente manifestado que no dejarían aparecer los colores celeste y blanco de nuestra bandera nacional. Y eran los momentos de las bombas y de los atentados, y el pánico se había apoderado de todas las sociedades: todos vacilaban...

Veinticuatro horas después, la víspera de la celebración del centenario, prodújose una reacción colosal, y los colores de la bandera nacional salieron y el celeste y blanco venció a las iras exóticas y venció haciendo alarde de victoria, triunfando por medio de la debilidad. Venció saliendo desde luego colocada en el pecho de nuestros niños y sobre el corazón de las mujeres, y como si esto no bastase, la bandera nacional flameó también sobre cada una de nuestras casas públicamente, como sobre otras tantas ciudadelas del honor nacional, del patriotismo. Y como si eso no fuera suficiente, cincuenta mil hombres, entre los que figuraban muchos de vuestros apellidos, enarbolaron la bandera nacional y levantándola en alto circularon por las amplias avenidas de nuestra Buenos Aires.

En cierta manera yo me quedé asombrado y me preguntaba después: ¿Qué es esto, qué es esto que pasa, qué es lo que ha pasado? ¿Es acaso que mi Patria se ha subido al celeste y blanco del cielo, o es que el celeste y blanco del firmamento ha bajado para envolver entre sus pliegues la gloria de mi Patria?

Y cuando llegó la hora de discernir responsabilidades tuve que subir al púlpito de la Catedral de Buenos Aires y dije: Sí, estamos orgullosos de nuestro éxito, de nuestro triunfo, pero el éxito se debe a la juventud, se debe a los jóvenes valientes y dignos que fueron los primeros en salir a la calle. Y agregaba: Arquímedes decía: dadme una palanca y un punto de apoyo, y daré la vuelta al mundo. Nosotros hemos tenido esa palanca y ese punto de apoyo, que ha dado la vuelta al mundo de la Patria; la palanca, es el patriotismo; el punto de apoyo, el pecho de la juventud.

XXIV

El individualismo destructor

Cooperad a esta tarea de organización nacional del catolicismo. ¡Fuera el individualismo!

Hay en el clero, también hay entre los católicos, inteligencias brillantes que fulminan centellas contra el individualismo teórico, pero que en la práctica ellos resultan individualistas. Hablan contra los cismáticos, contra los que no admiten la supremacía del Pontificado romano, y ellos son los cismáticos prácticos, porque cuando habla el Pontífice y hablan los Obispos discuten su autoridad y pretenden imponer su propio pensamiento.

¡Fuera individualismos! Es necesario que ensanchemos el círculo de la acción. El individualismo es quien fomenta el espíritu de capillita, espíritu de sacristía, espíritu raquítico, pequeño, que ahoga las grandes ideas, en que las viejas beatas o las beatas viejas parece que contagian a todos los demás en forma tal que asumen caracteres de grandes luchas las discusiones sobre si es más oloroso el perfume de su capillita o si chorrean más o alumbran menos los cirios que iluminan sus altares.

Acabemos con ese espíritu de capillita y tengamos espíritu más generoso y en todo tengamos espíritu de catedral, de agrupación para las grandes formaciones, y así, cuando suene la hora de la adhesión de los individuos y la adhesión de las sociedades no se discuta el predominio de la autonomía, de la independencia: todos a una formen el gran ejército de la cruzada pacificadora del orden social, porque el peligro está cerca y una vez que éste estalle, ¿pensáis vosotros que su sonido podrá ser la señal de la organización cristiana?

Es necesario organizarnos a tiempo, y yo, hablando hoy en Bilbao, hoy día de Pascua de Resurrección, debo despedirme, y lo haré diciendo una cosa. Ante todo de lo íntimo de mi alma sacerdotal auguro a vosotros, señoras y señores, clero, pueblo y autoridades, unas felices Pascuas. Dios os las dé muy felices a vosotros, a vuestras familias, a vuestra Raza; y yo me alejo contento, lleno de esperanzas magníficas porque he tocado el alma del pueblo bilbaíno y he sentido palpitar su nobleza.

En el día de Resurrección, las fuerzas del Imperio romano fueron enviadas a ponerse frente a la tumba de Cristo para impedir con las bayonetas su Resurrección. ¡Qué insensatez! Es como si se mandaran soldados a los confines del horizonte para que con sus armas impidan que el sol por las mañanas rasgue las tinieblas de la noche y vuelva a extender el imperio de su luz. Así, pues, cuando fuerzas exóticas pretendan perturbar la paz social, entonces la virtud de vuestros corazones, la sangre de vuestras venas, la fuerza de vuestra voluntad, poseerán como el sol un empuje suficiente para incorporarse, y frustrar para siempre esas tentativas de donde quiera que vengan, haciendo brillar sin eclipses sobre el territorio de la Patria la luz esplendorosa de la pacificación social.

Conferencia pronunciada en el Teatro Arriaga, el día 16 de abril de 1922, en un acto organizado por la Acción Católica de la Mujer y la Federación de Estudiantes Católicos de Vizcaya

4

CAUSAS QUE FAVORECEN LA DIFUSION DEL COMUNISMO

En la humanidad todo es movido por el espíritu. *Mens agitat molem.* ¿Quién podrá expresar el género de torturas a que los materialistas someten su propia razón para obligarla a aceptar el materialismo histórico? Todos los fenómenos sociales se derivan de previas posiciones ideológicas.

El liberalismo doctrinario de los últimos siglos debía por lo tanto necesariamente producir sus efectos en la vida social.

En toda sociedad actúan tres grandes fuerzas, en las cuales están contenidas todas las actividades humanas. Estas fuerzas son: la política, la económica y la espiritual. De la jerarquía, la armonía y la colaboración de esas tres fuerzas, dimana el bienestar común, que es el fin de la sociedad humana.

El liberalismo introdujo la separación de aquellas tres fuerzas, inducido por la convicción de que nada favorecería tanto el desenvolvimiento de cada una, como su respectiva li-

bertad. Aplicaba al progreso de la vida colectiva, la misma teoría que había proclamado para el desenvolvimiento individual.

La crisis social que actualmente preocupa en todo el universo es originada por la disgregación de las fuerzas aludidas. Pero la extrema gravedad a que ha llegado en nuestros tiempos, es producida principalmente por el funcionamiento defectuoso de una de ellas: de la fuerza económica. ¿Y cuál es la causa del mal funcionamiento de la fuerza económica? También una disociación, causada por el mismo liberalismo individualista. La disociación entre los dos elementos que la constituyen, es decir: el divorcio entre el capital y el trabajo. Esta ruptura ha precipitado el desastre.

¿Y cuál es el factor que ha causado esta disociación? Lo descubriremos muy bien, valiéndonos de un ejemplo utilizado por Tristán de Athayde. Es doblemente oportuno porque lo toma de Descartes, cuyo "Discurso del Método" cumple su tercer centenario. La síntesis de la reforma filosófica cartesiana puede expresarse así: Descartes ha substituído al conocimiento del ser, el de la idea; ha rechazado la evidencia objetiva, reemplazándola por la subjetiva. Hay principios de evidencia inconcusos, aceptados por el sentido común de la humanidad, como por ejemplo, el de que una cosa no puede ser y no ser a un mismo tiempo y bajo un mismo aspecto. Pero él impuso su duda sistemática, mediante la hecatombe de todas aquellas evidencias. De conformidad con su sistema filosófico, en el orden especulativo se produce el desplazamiento del sentido común y se lo reemplaza por el sentido subjetivo. Todo se halla en el sujeto y todo debe referirse a él y derivarse de él. El hombre, como ya lo había dicho Pitágoras, comenzó a ser la medida de todas las cosas.

* * *

Pasemos ahora del orden metafísico al orden sociológico e inmediatamente podemos constatar que en la economía, se ha pasado del bien común al bien subjetivo, del bien de la comunidad al bien del individuo.

El único ideal en la vida económica comenzó a ser por lo tanto, el beneficio individual. La riqueza dejó de ser considerada como un medio de bienestar social y pasó a ser tenida como un fin de utilidad particular. El individualismo o si

se quiere, el subjetivismo económico es, pues, el germen del capitalismo moderno.

La fuerza espiritual habría podido intervenir para evitar los excesos, pero ya el liberalismo había consumado la desvinculación de las fuerzas entre sí, y de acuerdo con sus dictámenes, nada tenía que hacer la fuerza religiosa y moral en el desenvolvimiento de la vida económica.

Exactamente lo mismo aconteció con la fuerza política. El Estado, imbuído en la misma doctrina de libertad, traicionó su misión de velar por el bien común de la Sociedad. Reconoció al Capital todo derecho a preponderar en la vida económica. Y hasta se llegó a considerar el bien individual como elemento de progreso social. En efecto, abundaron los economistas que sostuvieron que el bienestar social debía seguirse, como por añadidura, del bienestar individual.

* * *

A este estado de ideas y de cosas hay que sumar la colaboración decisiva de dos factores poderosos, que precipitaron las desastrosas consecuencias que debían producir aquellas teorías esencialmente liberales: en el orden político-social, la Revolución Francesa, y en el orden económico-social, el fenómeno del maquinismo. La Revolución Francesa destruye en nombre de la libertad las corporaciones que mantenían asociados al capital y al trabajo, constituyendo por eso mismo la base del equilibrio económico. Y el predominio de la máquina, absorbe al individuo y le resta significación e importancia. El capitalismo había surgido del principio del predominio del bien propio como elemento formal y al sumársele la máquina como elemento material, precipitó y consumó no sólo la disociación entre el capital y el trabajo, sino también la preponderancia ilimitada de aquél sobre éste. Todo el orden jerárquico entre los factores económicos, quedó, no sólo disgregado sino también invertido. El factor hombre, es decir, el eminente, pasó a ser el ínfimo. ¡Son terribles las revanchas de las violaciones del orden natural! ¡La bandera del individualismo ha venido a servir de mortaja al individuo!

* * *

Era lo que forzosamente tenía que suceder. El capital adquirió una importancia primordial y pasó a ser considerado como el primer factor de la producción. Y el trabajo, o lo que es lo mismo, el hombre, como un simple instrumento en las manos del capital. El trabajo, que es la actividad personal del hombre, quedó desplazado: ¡bajó a ocupar el sitio de una mercancía! El hombre fué también disminuído. Se desconoció el atributo de su dignidad personal y de su valor humano. ¡Había dejado de valer como persona y por ese camino llegaría a dejar de valer hasta como individuo, para pasar a valer sólo como instrumento! El mismo Comte pudo constatar con toda verdad el hecho de la negación del hombre individual: "el hombre es una abstracción, sólo la colectividad es una realidad". ¡Véase cómo el capitalismo inaugura el proceso del aniquilamiento del individuo!

* * *

La primera consecuencia de todo esto ha sido la concentración del capital en pocas manos y la generalización de la indigencia en el mundo de los trabajadores.

El capital, libre de trabas, porque a Dios no se las aceptaba y porque el Estado no se las imponía, se adjudicó la casi totalidad de los beneficios de la producción, creando así la "irritante desigualdad en la distribución de la riqueza". Desigualdad originada en "la falta absoluta de justicia y de caridad".

Los que tan injustamente procedían en la adjudicación de los beneficios, desafiaban temerariamente esta horrible admonición del Espíritu Santo: "Mirad que el jornal que defraudasteis a los trabajadores clama, y el clamor de ellos, suena en los oídos del Dios de los ejércitos". (Jac. V. 4).

Debo insistir en llamar la atención sobre un hecho que no se quiere comprender. En las filas del pueblo —a él me refiero porque a él me limita el tema de mi lección—, en las filas del pueblo, el campo mejor dispuesto para los cultivos revolucionarios, es el estómago más que el cerebro. ¡El vehículo popular del comunismo, no es la ideología, es la miseria, es el hambre!

Acabo de tener la confirmación experimental de todo

esto. Si en un platillo de la balanza pongo todos mis discursos de treinta y siete años y en el otro el aumento que acabamos de obtener en el salario de la pobre costurera a domicilio, inicuamente explotada, éste pesará mucho más en la apreciación del pueblo y en la modificación favorable de su mentalidad, por haber constatado que cuando la doctrina social de la Iglesia es aplicada, crea de hecho su positivo bienestar

* * *

Pues bien, si se había rechazado toda intervención de la fuerza espiritual y de la fuerza política en el desarrollo del capital, ¿con qué derecho se pretendería introducirla en el desenvolvimiento del trabajo? El trabajo, por lo tanto, quedaba en libertad para utilizar todos los medios y apelar a todos los recursos para terminar con esa abusiva preponderancia y aniquilar sus perniciosas consecuencias. Y así, después de haber consumado la disociación entre los dos elementos de la producción, el capital y el trabajo, se llegó a la última y fatal etapa, es decir: a la lucha.

Esta lucha gigantesca y trágica entre el capital y el trabajo, es el signo de los tiempos actuales. Y es también la principal entre las causas que han favorecido la rápida difusión del comunismo.

* * *

Otro factor de una repercusión de proyecciones incalculables en las multitudes populares ha contribuído poderosamente a precipitar su difusión: "La vida de placer y de molicie".

Me parece que no es necesario ningún razonamiento para llevar a los espíritus de quienes me escuchan, la convicción de la verdad que hay en el fondo de esta afirmación. Prefiero que se escuche el gemido de Pío XI al consignar esta causa de difusión del comunismo: "Mas cuando vemos, dice, por un lado una muchedumbre de indigentes, por varias razones ajenas a ellos, verdaderamente oprimidos por la miseria, y por otro lado y junto a ellos, a tantos que se divierten desconsideramente y malgastan enormes sumas en cosas inútiles,

no podemos menos de reconocer con dolor que no solamente no se observa la justicia, sino que tampoco se ha profundizado suficientemente el precepto de la caridad cristiana y que no es vivido en la práctica diaria... Por ende, para asegurar la vida eterna y poder eficazmente socorrer a los menesterosos, es necesario retornar a una vida más modesta, renunciar a los goces, a menudo pecaminosos, que el mundo ofrece hoy con tanta profusión y olvidarse de sí mismo, por amor al prójimo... Mas la caridad, agrega el Papa, no será nunca verdadera caridad, si no se observa siempre la justicia". En efecto, jamás se debe profanar la caridad, haciéndola servir de pantalla para ocultar la falta de justicia.

Yo no sé si los directamente aludidos por el Santo Padre y antes que por él, por el mismo Jesucristo, continuarán desoyendo sus advertencias saludables durante mucho tiempo; porque me parece que los acontecimientos se disponen a imponer lo que no se quiso voluntariamente practicar. Una mano misteriosa está escribiendo de nuevo, pero esta vez con letras de sangre y fuego, sobre las ostentaciones del placer y la molicie, estas fatídicas palabras: ¡Mane, Tecel, Fares!

A esto sólo quiero añadir que la vida de placer y de molicie, causa un doble efecto singularmente funesto. En el grupo de los que la viven, es decir, en los de arriba, absorbe las energías y por lo tanto debilita las resistencias. Y en los que la observan, es decir, en los de abajo, aumenta la indignación y multiplica la violencia.

Y un tercer efecto: afianza en el pueblo la convicción que sus seductores le infunden, acerca de la corrupción de la aristocracia. ¡Y, téngase mucho cuidado, porque nada enceguece tanto como el deslumbramiento!...

* * *

Vivimos, pues, actualmente, en medio de una civilización establecida sobre la coexistencia de individuos, colectividades y fuerzas que actúan separadamente y en plena libertad y aun en plena licencia, porque no las regula ninguna norma ni natural ni sobrenatural, ni política ni religiosa. En medio de una civilización que ha desvinculado, disociado e invertido los elementos de bienestar material y moral que Dios había ordenado y unido. En medio de una civilización

esto. Si en un platillo de la balanza pongo todos mis discursos de treinta y siete años y en el otro el aumento que acabamos de obtener en el salario de la pobre costurera a domicilio, inicuamente explotada, éste pesará mucho más en la apreciación del pueblo y en la modificación favorable de su mentalidad, por haber constatado que cuando la doctrina social de la Iglesia es aplicada, crea de hecho su positivo bienestar

* * *

Pues bien, si se había rechazado toda intervención de la fuerza espiritual y de la fuerza política en el desarrollo del capital, ¿con qué derecho se pretendería introducirla en el desenvolvimiento del trabajo? El trabajo, por lo tanto, quedaba en libertad para utilizar todos los medios y apelar a todos los recursos para terminar con esa abusiva preponderancia y aniquilar sus perniciosas consecuencias. Y así, después de haber consumado la disociación entre los dos elementos de la producción, el capital y el trabajo, se llegó a la última y fatal etapa, es decir: a la lucha.

Esta lucha gigantesca y trágica entre el capital y el trabajo, es el signo de los tiempos actuales. Y es también la principal entre las causas que han favorecido la rápida difusión del comunismo.

* * *

Otro factor de una repercusión de proyecciones incalculables en las multitudes populares ha contribuído poderosamente a precipitar su difusión: "La vida de placer y de molicie".

Me parece que no es necesario ningún razonamiento para llevar a los espíritus de quienes me escuchan, la convicción de la verdad que hay en el fondo de esta afirmación. Prefiero que se escuche el gemido de Pío XI al consignar esta causa de difusión del comunismo: "Mas cuando vemos, dice, por un lado una muchedumbre de indigentes, por varias razones ajenas a ellos, verdaderamente oprimidos por la miseria, y por otro lado y junto a ellos, a tantos que se divierten desconsideramente y malgastan enormes sumas en cosas inútiles,

no podemos menos de reconocer con dolor que no solamente no se observa la justicia, sino que tampoco se ha profundizado suficientemente el precepto de la caridad cristiana y que no es vivido en la práctica diaria... Por ende, para asegurar la vida eterna y poder eficazmente socorrer a los menesterosos, es necesario retornar a una vida más modesta, renunciar a los goces, a menudo pecaminosos, que el mundo ofrece hoy con tanta profusión y olvidarse de sí mismo, por amor al prójimo... Mas la caridad, agrega el Papa, no será nunca verdadera caridad, si no se observa siempre la justicia". En efecto, jamás se debe profanar la caridad, haciéndola servir de pantalla para ocultar la falta de justicia.

Yo no sé si los directamente aludidos por el Santo Padre y antes que por él, por el mismo Jesucristo, continuarán desoyendo sus advertencias saludables durante mucho tiempo; porque me parece que los acontecimientos se disponen a imponer lo que no se quiso voluntariamente practicar. Una mano misteriosa está escribiendo de nuevo, pero esta vez con letras de sangre y fuego, sobre las ostentaciones del placer y la molicie, estas fatídicas palabras: ¡Mane, Tecel, Fares!

A esto sólo quiero añadir que la vida de placer y de molicie, causa un doble efecto singularmente funesto. En el grupo de los que la viven, es decir, en los de arriba, absorbe las energías y por lo tanto debilita las resistencias. Y en los que la observan, es decir, en los de abajo, aumenta la indignación y multiplica la violencia.

Y un tercer efecto: afianza en el pueblo la convicción que sus seductores le infunden, acerca de la corrupción de la aristocracia. ¡Y, téngase mucho cuidado, porque nada enceguece tanto como el deslumbramiento!...

* * *

Vivimos, pues, actualmente, en medio de una civilización establecida sobre la coexistencia de individuos, colectividades y fuerzas que actúan separadamente y en plena libertad y aun en plena licencia, porque no las regula ninguna norma ni natural ni sobrenatural, ni política ni religiosa. En medio de una civilización que ha desvinculado, disociado e invertido los elementos de bienestar material y moral que Dios había ordenado y unido. En medio de una civilización

que, al prescindir de la caridad y la justicia, ha vaciado sus entrañas de todo germen de vida superior. En medio de una civilización fundada en la más diametral oposición a esta máxima de Jesucristo: "Buscad ante todo el reino de Dios y su Justicia". En medio de una civilización, en fin, que ha dejado de serlo, pero que, para desprestigio del cristianismo, continúa llamándose cristiana. Y sin embargo abundan quienes en nombre del catolicismo afirman que para conservar una tal civilización, deberíamos apelar a todos los medios y llegar a todos los extremos, aun al de exterminar a sus adversarios. ¡Afirmación menguada y peregrina, que sin embargo nunca habían formulado respecto de los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia! ¡Afirmación extraña y opuesta al Evangelio de Aquel, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva!

La posición del catolicismo social no debe ser, por lo tanto, la de una defensa totalitaria y ciega de la actual civilización. Sería una temeridad hacer incidir sobre la Iglesia la responsabilidad de los excesos en que aquélla incurre y de las deficiencias de que adolece. La posición del catolicismo social es la de la reforma integral de la actual civilización, la de su total restauración en Cristo.

Por consiguiente, contra la civilización de nuestros días se yerguen dos conceptos opuestos entre sí: el comunismo y el catolicismo social. Uno y otro sostienen la necesidad de dar a la vida social un contenido de comunidad. Tal es el empeño de dos escuelas, de dos filosofías: la del comunismo que es materialista y la del catolicismo social que es espiritualista.

Pero el comunismo no sólo no se halla exento de los excesos propios del capitalismo, sino que además los lleva al último extremo. Hemos dicho que el capitalismo considerando al trabajo como una mercancía y al hombre como un instrumento, ha disminuído en el individuo la personalidad humana. Pero el comunismo no sólo la disminuye sino que además la vilipendia y aniquila.

Oigamos a Pío XI en la magistral Encíclica que estudiamos: "El comunismo despoja al hombre de su libertad, principio espiritual de su conducta moral, y priva a la persona humana de toda dignidad y de todo freno moral contra el impulso de los ciegos instintos. No se reconoce al individuo

frente a la colectividad, derecho alguno natural de la personalidad humana, la que en el comunismo no es más que una simple rueda y engranaje del sistema..."

Siendo así, ¿podría afirmarse, sin salirse de la lógica, que hay entre el capitalismo y el comunismo una oposición real, desde el punto de vista doctrinario e ideológico? El comunismo, como dice un sociólogo eminente, no contraría ni los fundamentos ni los métodos del capitalismo. La oposición es más bien de clases que de regímenes. El capitalismo venía colocando la abundancia de las riquezas en pocas manos; el comunismo pone la totalidad de las riquezas y la propiedad general en menos manos, exclusivamente en las de aquellos que detentan el poder. Desde este punto de vista el comunismo es el ultracapitalismo. El capitalismo había sido el comunismo de la burguesía; el comunismo viene a ser el capitalismo del proletariado. No es el caso de una eliminación de la aristocracia, sino de una sustitución. Dice el sociólogo citado: Así como a la aristocracia del nacimiento en la época feudal, siguió la aristocracia del dinero en la época burguesa, sucederá a ésta, la aristocracia del trabajo en la época proletaria.

* * *

Síguese de todo esto una trascendental consecuencia. Los que aceptan los principios de que deriva la filosofía del capitalismo, no pueden sino por interés rechazar la del comunismo. De la misma manera quienes se consideren con el deber de atacar los fundamentos del comunismo, no pueden sino por conveniencias, dejar de combatir los del capitalismo. El condenar por lo tanto al comunismo no implica auspiciar el capitalismo, como tampoco el combatir el capitalismo equivale a favorecer el comunismo.

Tal es la posición desde la cual los católicos, salvando a la sociedad, trabajarán por el prestigio de la Iglesia.

Lo que señala, pues, nuestra posición no es simplemente una línea divisoria económica, sino una demarcación espiritual, una línea religiosa. Los campos están divididos entre los que reducen el problema social a un problema económico, llámense comunistas o capitalistas, y los que ven además un problema espiritual y moral. Entre los sin Dios y los

con Dios. Entre los que desean una civilización laica o atea y los que la quieren total y verdaderamente cristiana.

* * *

¿Y cuál es, prácticamente, el programa que nos debemos trazar para restablecer la jerarquía, la coordinación y la colaboración de las tres fuerzas: la fuerza política, la fuerza èconómica y la fuerza religiosa, base insustituíble y única para el bienestar común, que es el fin de la sociedad? No debemos trazarnos ninguno. ¿Por qué? Porque nos ha sido trazado ya. Nos lo ha trazado la autoridad Suprema, la autoridad Pontificia, la autoridad del Vicario de Jesucristo, en estas palabras que con inmenso júbilo de mi alma voy a pronunciar. Las normas que traza, contienen para mí el valor de una sanción. Programa doctrinario y práctico, completo y sintético, que señala con toda claridad y precisión lo que se debe evitar y lo que se debe hacer. Helo aquí:

"En esta misma Encíclica nuestra, dice el Papa (se refiere a la *"Divini Redemptoris"*), hemos mostrado que los medios para salvar al mundo actual del desastre a que el liberalismo amoral nos ha llevado, no consisten en la lucha de clases y en el terror, ni tampoco en el abuso autocrático del poder estatal; sino en la penetración de la justicia social y del sentimiento de amor cristiano en el orden económico y en el orden social. Hemos mostrado cómo una sana prosperidad sólo puede obtenerse aplicando los verdaderos principios de un sano corporatismo que respete la debida jerarquía social y cómo todas las corporaciones deben unirse en armónica unidad, inspirándose en el principio del bien común de la sociedad".

Y agrega: "La misión más genuina y principal del poder público y civil, consiste precisamente en promover con eficacia esta armonía y la colaboración de todas las fuerzas sociales".

Aquí también puedo abonar la doctrina con la experiencia. "Una sana prosperidad sólo puede obtenerse aplicando los verdaderos principios de un sano corporatismo", dice el Papa. Pues bien: esta sana prosperidad relativamente obtenida, ha bastado para inmunizar contra el virus comunista a la parte del pueblo que entre nosotros se halla organizada.

Tengo aquí a la disposición de quienes deseen documentarse, una copia de la circular de la Juventud Comunista para el Trabajo Femenino. El procedimiento que aconseja seguir está inteligente, astuta y minuciosamente expuesto. Era la voz de orden del Comunismo, dada a fines del año 1936. Los propagandistas se entregaron a su acción proselitista. La contestación que fueron obteniendo de las numerosas empleadas cuya adhesión procuraron, fué casi en todos los casos del tenor siguiente: "soy católica y me encuentro beneficiada y feliz en la institución a que pertenezco. Usted pierde su tiempo". La campaña proselitista del comunismo quedó suspendida. Este sector de la sociedad compuesto de hijas y a la vez madres del pueblo, estaba inmunizado. Las empleadas de las diversas profesiones, cuya adhesión se había intentado, eran socias de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas.

* * *

Me parece que cualquier comentario, en lugar de esclarecer o vigorizar, correría peligro de oscurecer o debilitar la claridad y precisión de las normas de este programa magistral propuesto por el Papa. Por lo tanto, si el pueblo es tan fácilmente seducido por la seguridad que se le infunde de hallar en otros campos muy apartados de la Iglesia, el remedio de sus grandes males, si se alista en número desconcertante en las organizaciones sindicalistas de contenido marxista, es porque los obligados a conocer y sobre todo a aplicar las normas establecidas en las Encíclicas de los Papas, traicionan su vocación, abandonando en la hora precisa que más imperiosamente se lo reclama, el cumplimiento de su deber.

En nuestro país (el dato es oficial) existen cincuenta y dos sindicatos autónomos, absolutamente ajenos a toda idea católica, con 72.834 trabajadores asociados y 221 sindicatos de tendencia marxista, con 289.123 trabajadores afiliados. Es decir: solamente en el mundo del trabajo, 361.957 obreros organizados al margen de la Iglesia y contra la Iglesia. ¡Y se ha afirmado que en nuestro país no hay ambiente para la acción sindical! Del hecho que dejo consignado, saque cada cual la consecuencia que corresponda...

* * *

Deliberadamente he dejado para el fin la tercera de las causas de la difusión del comunismo: "Ignorancia religiosa - Desconocimiento de las Encíclicas y negligencia en difundirlas y aplicarlas".

Quiero que la denuncie, no mi palabra, sino una cuyo eco debe quedar resonando en el fondo de todas las conciencias, la palabra augusta del Papa. Dice así: "A fin de dar a esta acción social mayor eficacia, es necesario promover el estudio de los problemas sociales a la luz de la doctrina de la Iglesia y difundir sus enseñanzas bajo la égida de la autoridad por Dios constituída en la misma Iglesia. Si el modo de proceder de algunos católicos en el campo económico-social ha dejado que desear, ha sido a menudo porque no conocían suficientemente las enseñanzas de los Sumos Pontífices en esta materia y no habían meditado en ellas. Por esto es sumamente necesario que en todos los medios de la sociedad se promueva una intensa acción social proporcionada al diverso grado de cultura intelectual, y se procure con gran solicitud e ingenio la más amplia difusión de las enseñanzas de la Iglesia aun en la clase trabajadora".

Reconozcamos la verdad que alguna vez nos echan en cara nuestros adversarios, cuando nos dicen que no nos hemos esmerado en estudiar, difundir y aplicar las Encíclicas de los Papas.

No hemos sido a este respecto ni discípulos, ni maestros, ni apóstoles. Nos hemos contentado a lo sumo con encasillarlas en nuestra mente para servirles de Archivos, cuando no de Panteones. ¡Y eso que las doctrinas y las normas dadas en las Encíclicas, si no comprometen la fe, por no ser definiciones "ex cathedra", gravan sin embargo la conciencia!

* * *

Sé que conocéis y admiráis a un maestro insigne y ejecutor infatigable de la sociología católica, el P. Rutten. Varias veces he recibido sus inspiraciones y sus confidencias, en Roma y en Bruselas. Su adhesión inconmovible a la Santa Sede, ha sido ratificada en no pocas ocasiones con actos de heroísmo. Son por lo tanto prestigiosas y autorizadas sus pa-

labras a este respecto. "Cuando el Papa —dice él— en su calidad de Maestro Supremo y de Pastor de la Iglesia universal, condena por ejemplo el comunismo y lo enfrenta con la doctrina social de la Iglesia, esta doctrina obliga a todos los fieles; y el carácter obligatorio del asentimiento, reviste condiciones de especial gravedad, cuando el Papa declara que no sólo tiene el derecho, sino también el deber de formular con autoridad soberana la doctrina social de la Iglesia". "El silencio respetuoso, que consistiría en no rechazar ni criticar la doctrina propuesta, es, por consiguiente, inadmisible en esta materia".

* * *

He terminado mi cometido. No sé si hubiera correspondido coronar esta lección formulando conclusiones. De todas maneras, quedan en ella claramente insinuadas. Sólo quiero agregar que tal vez estemos en tiempo de preservarnos de las catástrofes que nos han de sobrevenir, si se dejan correr las cosas. La mejor y la única vacuna que puede inmunizar al pueblo contra el virus comunista, es la dignificación moral y el bienestar material del pueblo. Estoy seguro que, con el auxilio de Dios lograremos este resultado si nos formamos y si actuamos, según lo establece la jerarquía, procediendo en afectuosa dependencia y de perfecto acuerdo los fieles con los Párrocos, los Párrocos con los Obispos, los Obispos con el Papa, y el Papa con Jesucristo, porque *"Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat"*.

Conferencia-lección pronunciada en la primera semana nacional de Estudios Sociales, organizada por la Acción Católica Argentina del 31 de octubre al 6 de noviembre de 1937

están en pugna. No habrá paz estable sobre la tierra mientras los espíritus no se desarmen, acorten las distancias y se concilien. El gran deber de la hora presente consiste en propender a la comunión espiritual entre las almas. La filosofía humana se lo ha propuesto muchas veces a lo largo de la historia sin haberlo logrado nunca con la suficiente amplitud y con la estabilidad necesaria.

La idea que desarrollo en este párrafo está inspirada en la lectura de un trabajo de Lacordaire sobre *La sociedad intelectual pública fundada por la doctrina católica.*

Su adaptación resulta de una impresionante actualidad. La filosofía humana ha intentado en diversos períodos de la historia establecer la asociación universal de las inteligencias. Lo intentaron la filosofía racionalista, la filosofía herética y la filosofía autocrática.

La filosofía racionalista no lo ha logrado porque es esencialmente incapaz de ello. Emanada de la razón pura carece de autoridad para imponerse. La razón de uno por regla general, se halla en pugna con la razón de otro. ¿Y de dónde se haría dimanar el título que acredite a una la supremacía sobre la otra? La filosofía racionalista puede, a lo sumo, crear escuelas. ¿Y qué es una escuela? La reunión de algunos discípulos alrededor de las opiniones de algún maestro. Y la experiencia enseña, que hasta los veinte años y un poco más, es fácil mantener discípulos, pero desde los cuarenta en adelante es muy difícil. A esa edad Aristóteles ya no jura por Platón, sino por sí mismo y el hombre que no jura por sí, no jura por nadie. A cierta altura de la edad o de la fama, es rarísimo el hombre que declare ser discípulo de otro hombre.

La filosofía herética, ha fracasado también tan estrepitosamente como la filosofía racionalista. Herejías ha habido siempre y las habrá hasta el fin. Pero la herejía no ha logrado ni puede lograr la universalidad. Por su naturaleza tiende a todo lo contrario: a la disgregación, al separatismo y en definitiva, por la fuerza de la lógica, al individualismo que es el penúltimo azote de la paz de la humanidad.

En nuestros días se ha intentado de nuevo fundar el imperio de las inteligencias por medio de la filosofía autocrática.

Los hombres han pensado de esta manera: la unidad de los pueblos no puede establecerse sino sobre la unidad de las inteligencias. Pero esta unidad no ha podido lograrse ni por

la razón ni por la libertad; tratemos de imponerla por cualquier medio y si es necesario, por el de la fuerza. Así se fundó el mahometismo; así se estableció el paganismo. "Mahoma empleó la cimitarra sin siquiera cuidarse de disimularla bajo una vaina". El paganismo impuso la fusión de dos sociedades, absolutamente inconfundibles: la sociedad civil y la sociedad religiosa. La filosofía autocrática pretende implantar de nuevo en nuestros días, esta creación de la fuerza, con el establecimiento del neopaganismo.

IV

¿Carecemos entonces de una filosofía humana capaz de polarizar inteligencias en torno suyo? Sí, desgraciadamente. Por lo que a mí respecta, declaro con toda sinceridad, no conocerla.

Pero con la misma sinceridad con que confieso no conocer filosofía humana alguna dotada de tal virtud, declaro que conozco y profeso una, que es humana y al mismo tiempo divina: la filosofía del Evangelio, la filosofía católica. Hizo su presentación hace dos mil años. El resultado de su primer ensayo fué magnífico. Las verdades que proclamó ni son superficiales respecto de los problemas, ni limitadas respecto de los hombres o de los pueblos. Son fundamentales: encarnan los problemas básicos del origen, del destino y de la función de la vida. Si las inteligencias coinciden sólo en las soluciones de problemas sin trascendencia, la comunión espiritual será efímera como la de las fracciones y de los partidos. Y respecto de los hombres y de los pueblos, las verdades enunciadas por la filosofía católica son universales. De lo contrario, sólo servirían para privilegio de algunos y para establecer una casta o una academia.

Y por el hecho de ser fundamentales y de ser ilimitadas, el mundo vió surgir la sociedad universal de las inteligencias. Procedían éstas de los hombres más diversos: de niños y de ancianos, de pobres y de ricos, de débiles y de fuertes, de ignorantes y de sabios. Y de los pueblos más opuestos: de judíos y de samaritanos, de griegos y de romanos, de religiosos y de paganos. Y las multitudes heterogéneas fundidas en la misma creencia, comenzaron a profesar su fe, cantando:

Credo in unam, sanctam, catholicam et apostolicam ecclesiam. Creo en la unidad, la santidad, la apostolicidad y la universalidad de la Iglesia. ¡Es decir, creo en la sociedad universal de las almas!

¿Y de qué medio se valieron? No del raciocinio puramente humano que anarquiza, ni de la herejía que separa, ni de la fuerza que oprime. Dejaron en salvo la libertad de la razón y respetaron la razón de la libertad. Conformaron la propia vida con las verdades que creyeron y de esa manera demostraron que eran irrefutables. Por los frutos se conocen los árboles. Haciendo venerables las virtudes, volvieron amables las verdades. Y las propagaban sin imposiciones y sin violencias. La filosofía católica no tiene nada que ver con la filosofía autocrática.

V

¿Por qué hoy no se puede hacer como se hizo entonces? ¡Los tiempos han cambiado! ¡Indudablemente! ¡Y los hombres han cambiado más aún! Pero la virtud del cristianismo no ha disminuído. Y su verdad no ha variado. Todo depende del saber adaptarlas a las necesidades de los tiempos y de los hombres. Los tiempos y los hombres del paganismo no eran fáciles a la penetración del espíritu cristiano. Y los de hoy tampoco. Y para informarlos del espíritu vital que les corresponde, basta con adquirir una comprensión tan real como sea posible respecto de ellos y formar una resolución firme y generosa de parte de nosotros. La verdad católica no es para una edad ni para una parte de la humanidad. Es para siempre y para todos.

En nuestros días obsérvase este fenómeno. Cuando las gentes de buena fe, leen u oyen decir que los Papas en sus Encíclicas están dando directivas precisas para la solución de los gravísimos problemas económicosociales que están decidiendo de la suerte del mundo, lo interpretan como una novedad en la Iglesia. Desde cierto punto de vista tienen razón. Pero es preciso advertir que la novedad corresponde a los problemas no a la conducta de la Iglesia. La Iglesia extrae de la mina del Evangelio de la cual es depositaria, los tesoros exigidos por cada nueva modalidad de los tiempos. Las adaptaciones de la verdad que correspondieron a los problemas de los siglos pa-

sados, los guarda en el redil de la historia. Deja en él las noventa y nueve ovejas y sale en busca de la que se halla afuera, es decir, del problema nuevo.

La Iglesia en este mundo es militante. Debe encarar todos los problemas que lo agitan. Y el problema económicosocial también.

Si el estado económicosocial se ha convertido en problema, en el más formidable de los problemas, ha sido por una causa moral, es decir: porque se ha conculcado la justicia. Y la más imperiosa de las funciones de la Iglesia es precisamente la rehabilitación de la justicia.

Esto no implica que deba ser en menoscabo de su función espiritual y religiosa, que es su función primaria auténtica y directa.

¿Quién puede dudar de la supremacía de lo espiritual sobre lo corporal? ¿Quién puede ignorar la superioridad del perfeccionamiento moral sobre el material? Pero deducir de esto que se debe descuidar o posponer lo material, es un sofisma. A las almas sólo se llega por los cuerpos. Los cultores del bienestar material, no por eso dejan de ser promotores del moral. Todo lo contrario: facilitan extraordinariamente el adelanto moral, ya que un cierto grado de bienestar material, es absolutamente indispensable para la práctica de la virtud. Pretender lo contrario, es salirse de la realidad. ¿Quién puede decir que la misión de Jesucristo no fué eminentemente espiritual? Con todo, cuando se le fué a pedir que declarara si era en verdad el Mesías auténtico, dió la prueba diciendo: "Id a decir lo que habéis visto y lo que habéis oído: los ciegos ven, los sordos oyen, los leprosos quedan curados, los paralíticos andan, los muertos resucitan". Todos éstos son bienes temporales. Y agregó: "Los pobres son evangelizados"; lo que debe significar también: a los esclavos se les restituye la libertad, y a los desheredados, los derechos.

VI

Pero, ¿cómo se llegará en el mundo a la restauración de la justicia? Son muchos los que piensan que puede llegarse por medio de una modificación política. No quiero referirme a las innovaciones introducidas en Europa con el propósito

confesado de restaurar la justicia. Estamos malgastando muchas energías en la discusión de problemas propios de Europa en detrimento de tantos que son genuinamente nuestros y que van quedando sin ninguna solución en porciones inmensas del territorio de la República. Es necesario mirar menos hacia afuera y más hacia adentro. Nuestro campo es suficientemente amplio para moderar la pretensión de salirnos de él. A más de que, es más prudente ocuparse de la propia casa que preocuparse por la de los demás.

Dentro de nosotros abundan los que piensan que para la restauración de la justicia se imponen cambios políticos. No simplemente por medio de sustitución de partidos, sino por medio de cambios fundamentales. Cambios de regímenes. Parece sin embargo que la justicia no se restaura ni con cambio de partidos, ni con cambio de regímenes. El enfermo no sana con cambios de postura. Por lo demás, la sana doctrina sostiene que todos los regímenes, todas las formas de gobierno, son aceptables, siempre que dejen salvos los derechos de Dios y los derechos naturales de los hombres, derechos que precisamente por ser naturales son divinos y por lo mismo inviolables. El único cambio que producirá como consecuencia la restauración de la justicia, es el cambio fundamental de los hombres. Y no me refiero solamente a los hombres políticos, porque el mal no radica exclusivamente en la política. Me refiero a los hombres en general, porque la injusticia se halla también en las otras actividades de la vida, en la vida económica y en la vida social. La poderosa corriente que se mueve en el fondo de la colectividad humana, es empujada por una poderosa e incontenible aspiración hacia la justicia. El pueblo no se entrega, mientras no descubre el hambre y la sed de la justicia. Mas, una vez que la comprueba, se nos confía hasta saciar nuestro deseo de salvarlo.

Pero, ¿cómo es posible llegar a cada hombre y mejorar a cada individuo? No basta educarlos cuando niños o jóvenes. El poder del medio es incontrastable. Y como deben actuar en la vida económica, política y social, hay que prepararles el medio en que deberán desenvolverse. De lo contrario, llegados a él, se malograrán por acción de contagio. De ahí la necesidad de asociarlos, de agruparlos por profesiones.

Son dos los sistemas que se proponen: el de la acción individual y el de la acción social. Ambos son necesarios.

¿Cuál es la diferencia esencial entre los dos sistemas? El de la acción individual, pretende el mejoramiento de la profesión por medio del individuo. El de la acción social, tiende al mejoramiento del individuo por medio de la asociación gremial. El primer sistema es indudablemente más lento y más dificultoso.

La sociedad está formada como por cuadros. Estos cuadros son las profesiones. Las profesiones se hallan desorganizadas, y merced a ello los que intervienen en las mismas quedan librados a todo género de injusticias. Se falta a discreción contra la justicia distributiva, contra la justicia conmutativa y contra la justicia social. Desde el momento en que las profesiones quedaran organizadas, ellas iniciarían por sí solas la reparación de las injusticias y la reivindicación de los derechos. Es evidente que me estoy refiriendo también a las agrarias.

Todo esto ha quedado hasta ahora librado al criterio discrecional de la política. Y he aquí el mal. El único órgano receptor y emisor de todas las fuerzas vivas de la colectividad, es el político. A tal punto que los hombres que las crean y las desarrollan, cuando llegan a ser investidos del poder de dictar leyes actúan, no como profesionales o como voceros de aquellas fuerzas vivas, sino como políticos, o como partes integrantes de un bloque político.

Si la democracia continuara por la misma senda, conspiraría contra su propia existencia. Yo no soy un advenedizo en mi patria. Son ya varias las décadas durante las cuales ha quedado perfectamente definida mi posición doctrinaria respecto del problema que aquélla nos plantea. Por lo demás, los discursos que aquí mismo pueden leerse, bastarán para disipar toda duda a este respecto. De todos modos, el desprestigio de la democracia, no debe servir para hacernos adoptar una actitud revolucionaria. La enfermedad no puede ser causa que nos decida a dar muerte al enfermo. Pero es bueno detenerse a meditar sobre el dilema a que se halla abocada la democracia, que es éste: o se hace demagógica o se convierte en cristiana. No estoy haciendo con esto proselitismo religioso, no. Estoy tratando de encontrar el medio de salvar la democracia. Yo no veo otro fuera del de la infusión del espíritu del cristianismo.

Pero continuemos hablando en lenguaje político.

El propósito de salvar la democracia debe inducirnos a perfeccionarla. La gran deficiencia de nuestra democracia consiste en que se la ha vuelto exclusivamente política, y no se la ha complementado, haciendo que sea también económica y social. ¿No parece que quedaría salvada la democracia, si en lugar de mantenerla mutilada, se la complementara? ¿No podría constituir todo un programa esta fórmula: *Democracia Corporativa?*

Debo salir al encuentro de una objeción que puede emanar de una confusión. La confusión que padecen los que confunden Estado Corporativo con Democracia Corporativa. Cuando precisamente la Democracia Corporativa sería el medio de no caer en el Estado Corporativo.

La organización de las profesiones cabe perfectamente dentro de todas las formas de gobierno. Cabe perfectamente dentro de nuestro sistema Representativo, Republicano y Federal. Más aún: nuestro sistema sería de esa manera más Representativo, porque estarían representadas las fuerzas vivas de toda la economía nacional, que son la base real de la prosperidad y de la grandeza de la patria. De las anteriores afirmaciones se deduce esta conclusión: *la democracia, para salvarse, debe hacerse cristiana.*

VII

Dijimos al comenzar que las afirmaciones quedarían abonadas, tanto en el orden de las ideas como en el de los hechos.

En el orden de las ideas, creo haber mantenido invariable la orientación de "ir al pueblo".

Ungido con el sacerdocio en Roma durante los últimos años del glorioso Pontificado de León XIII, bebí en su fuente las normas de la Encíclica *Rerum Novarum,* que después de casi medio siglo continúa siendo nueva.

Y emprendí mi apostolado obedeciendo la que fué su consigna: "Id al pueblo".

Pío X indica al Episcopado argentino la oportunidad de intensificar una acción eminentemente popular, sobre la base de la establecida en Italia y el Episcopado crea la Unión Popular Católica Argentina, designándoseme para asesorarla.

Sobreviene la guerra mundial de 1914 y sus repercusio-

nes convulsionan nuestro pueblo. No faltaron quienes por desgracia consideraron llegada la hora de satisfacer sus ambiciones de poder y explotaron para ello las conmociones populares. El malestar es siempre el mejor campo de cultivo de las revoluciones que no siempre vienen de fuera. Y se produjo el drama de la semana de enero de 1919. El drama terminó en tragedia y pasó a la historia con el nombre de "Semana Trágica", "Semana Roja". Si no se enrojeció con la sangre de aquellos contra quienes fuera promovida, fué porque la fuerza se dió prisa y pudo antes ahogarla en la sangre de quienes la habían promovido.

Pero la amonestación hecha a fuego y sangre a cuantos faltaban contra la justicia y a cuantos en su egoísmo se desinteresaban de los sufrimientos soportados por el pueblo, fué tremenda. Pareció que no debíamos desoírla. En consecuencia, nos lanzamos a la organización de un vasto movimiento en pro del bienestar del pueblo, no precisamente en nombre de la beneficiencia o en el de la caridad, sino a base de justicia. Los hechos habían confirmado la verdad de las predicciones desoídas. Era necesario proceder, y sin pérdida de tiempo, a organizar una mejor distribución de la riqueza, a volver menos irritantes las desigualdades existentes y a convencer a los que tienen de sobra, que es justo pensar en aquellos a quienes todo falta. Era necesario difundir el convencimiento de que es mejor resolverse a dejar de ganar mucho, que quedar sin nada y resignarse a desprenderse de algo, que perderlo todo.

Tales fueron los móviles de la jornada histórica de la Gran Colecta Nacional que se propuso, entre otras finalidades, la de *crear el Instituto Técnico Femenino* y *el Ateneo de la Juventud,* la de *la construcción de casas higiénicas y económicas,* el formidable problema de entonces que continúa siendo el de ahora, y la de *las organizaciones gremiales,* finalidades éstas que conjuntamente con otras concurrían al generoso propósito de la pacificación social, por medio del bienestar del pueblo. No corresponde a mí, ni ponderar el éxito de aquella jornada, ni lamentar las causas que impidieron su continuación. Pero ahí están, entre otras cosas, los cuatro grupos de casas higiénicas y baratas diseminados en cuatro barrios suburbanos, atestiguando el esfuerzo realizado.

Poco después, con el propósito de estimularme en la mar-

cha emprendida, por el *camino del pueblo,* el Pontífice de la Paz, Benedicto XV, según lo consignó en la Bula de la promoción, me invistió de la plenitud del Sacerdocio, y respondiendo a su consigna suprema, elegí este lema, que fija la orientación del resto de mi vida: *In charitate et justitia pax.* La paz en la caridad y en la justicia.

Cuando el gran Pontífice Pío XI, "no sin divina inspiración", como él solemnemente lo declaraba, fundó la Acción Católica, es decir, la colaboración oficializada de los laicos en el apostolado jerárquico de la Iglesia, esta organización debía necesariamente establecerse en nuestro país.

Cuando llegó el momento, cupo a la Unión Popular Católica Argentina, la satisfacción de ceder su lugar y sus bienes a la Acción Católica Argentina, que así pudo disponer de los recursos por aquélla obtenidos, y de las sedes para la instalación de todas sus ramas. ¡Siempre tienen compensaciones, y a veces de las más imprevistas, los sacrificios realizados con la mirada puesta en Dios!

VIII

En el año 1921, inicié, siempre con igual designio, la organización de las asociaciones gremiales femeninas.

El Sindicato Católico de Maestras y las Asociaciones Católicas de Empleadas. Las circunstancias hicieron que concentrara la acción en las últimas. En oposición al sindicalismo revolucionario, organizado sobre la base de la lucha sistemática entre el capital y el trabajo, la organización gremial católica se fundaba sobre la base de la armonía entre esos factores, tan indispensable el uno como el otro, para la estabilidad de la economía y la paz social.

Era necesario, además, llenar un enorme vacío, ofreciendo la posibilidad de asociarse a las decenas de millares de empleadas que, aun cuando aspiraban a mejorar su situación, no participaban de ideas disolventes. Era necesario, también, constituirlas en forma de poder elevar su nivel moral.

En la actualidad las asociaciones gremiales son veinticinco y se hallan federadas en la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas.

Con ello se ha dado el primer paso hacia la organización

de las Asociaciones Profesionales. Estas deberán constituirse en agremiaciones, no ya horizontales exclusivamente, sino también verticales. Es decir: una vez creadas las agremiaciones no sólo obreras, sino también patronales, vinculadas entre sí por medio de representantes respectivos, actuarán conjuntamente desde los más altos hasta los más bajos de cuantos trabajan dentro de la misma profesión. De esta manera la prosperidad de ésta redundará en beneficio de todos los individuos que la constituyen.

¿Cuáles han sido los resultados obtenidos en este primer ensayo? Baste insinuarlos. La gradual pacificación de los espíritus. Una mayor comprensión entre las Empleadas y los Empleadores. La obtención de ventajas y la conquista de leyes sociales que, sin la previa organización, por razones obvias, hubiese sido imposible. Corresponde citar las del sábado inglés, de estabilidad y escalafón de empleados bancarios y de protección del trabajo a domicilio.

En cuanto al punto de vista moral, bastará establecer el parangón entre el concepto en que era tenida la empleada indefensa y aislada hasta hace quince años y el general respeto con que en la actualidad es considerada. La consideración pública la rodea, y la respalda la persona jurídica de más de dieciocho mil asociadas.

Mas, aun cuando no se hubieren logrado esos resultados positivos, la experiencia hecha ha bastado para demostrar la posibilidad y la utilidad de las aplicaciones prácticas de las normas Pontificias para el establecimiento de un estado social en que lleguen a ser un hecho la paz y la prosperidad del pueblo.

IX

En definitiva: todo lo que acontece en el mundo concurre a urgir como tarea preponderante y urgente la de contribuir con decisión y sin reservas, a la reparación de las injusticias que desde largo tiempo viene soportando el trabajo y como consecuencia, al mejoramiento del bienestar material y moral del pueblo.

El Episcopado Argentino ha publicado una Pastoral co-

colectiva fechada el 15 de diciembre de 1940, llamando la atención sobre la trascendencia del problema del trabajo.

Y desde la más alta cátedra moral del mundo, ha sido ratificada por Pío XII la norma dada con este mismo propósito por todos y cada uno de sus últimos predecesores. El 30 de diciembre de 1939, nuestro gran Papa, en el discurso de contestación al del Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Chile ante la Santa Sede, dijo las siguientes palabras, que por muchas circunstancias adquieren un excepcional significado: "La Iglesia cuyas manos maternas toman con ansioso desvelo el pulso febril de la humanidad de nuestros días; la Iglesia cuya pupila perspicaz descubre necesidades, dolores y aspiraciones que a otros se les ocultan; la Iglesia cuyo oído ausculta en las confidencias de las corazones esos abismos de amargura en que están sumidas las almas de los que se creen víctimas de conscientes o inconscientes injusticias; la Iglesia —decimos— ve con absoluta claridad y secunda con celo incansable el *imperioso deber de aquella redención del proletariado,* que se inició ya en la cueva de Belén, y de la cual Nuestro Gran Predecesor habló con tan iluminada y apostólica sabiduría".

Y, por lo demás, ya no es el caso de poder hacerse ilusiones. Los que estuvieran tentados de pensar que en el nuevo orden de cosas que se halla en dolorosa gestación, podrá volverse a gozar pacíficamente de los viejos privilegios, se equivocan. En los subterráneos de la guerra internacional anda latente la social. Esta hará su estallido o durante o una vez terminada la guerra actual. Sólo Dios sabe las sorpresas que traerá la paz, sobre todo si a la paz la impone la fuerza, sin haberla creado la justicia.

El "nuevo orden" se establecerá sobre la reivindicación del trabajo y seguramente por medio de una gran revolución, si no se le anticipa una franca y decidida evolución. *Despleguemos, pues, resueltamente y sin pérdida de tiempo la bandera de la evolución, para que no nos gane de mano la de la revolución.*

6

LOS PROBLEMAS ACTUALES

Me considero honrado, me hallo cómodo y hasta me siento feliz en esta tribuna que tan gentilmente me habéis ofrecido. Su ambiente de caballerosidad y de cultura no me es extraño. Me resulta casi familiar. Vuelvo a él como al de la casa solariega donde hice mis primeras armas en las lides de una oratoria, que no es la propia del carácter eclesiástico que invisto.

¡Qué sorpresas guarda la vida! Para no comprometer ante esta calificada concurrencia a quienes estuvieron presentes y para no denunciarme a mí mismo, no diré el número de años transcurridos desde aquella fiesta oratoria con que despedíamos en una noche brillante como su genio al malogrado Belisario Roldán, en vísperas de partir para Boulogne-Sur-Mer, donde debía hacer uso de la palabra, de su mágica palabra, en la inauguración del monumento a San Martín.

¡Cuántas cosas han pasado desde entonces, cuántos hombres han desaparecido, cuántos acontecimientos se han precipitado y cuántos cambios han sobrevenido!

En una conferencia no es posible hablar de todos los grandes problemas actuales de la humanidad. Trataré tan sólo y muy sintéticamente de tres que me parecen capitales, porque de ellos se derivan los demás. Y contestando a la pregunta que se deduce del tema, espero demostrar que hay una doctrina que da la solución de todos ellos. Y esto es una gran fortuna, sobre todo en una época de tantas inquietudes, de tantas incertidumbres, de tantos fracasados ensayos. Esa doctrina es la de casi todos vosotros, es la mía: la doctrina social católica. Si ello causa admiración, nuestra es la culpa, porque en vez de vulgarizarla, nos hemos contentado con poseerla.

En primer lugar trataré del problema económico, en segundo del político y en tercero del filosófico y moral.

Cedo la palabra a Pío XI en la enunciación de la realidad y la gravedad del problema económico. "Si recorremos con el pensamiento, dice el erudito Pontífice, la larga y dolorosa serie de males que —triste herencia del pecado— han seña-

lado al hombre caído las etapas de su peregrinación terrenal desde el diluvio en adelante, difícilmente nos encontraremos con un malestar espiritual y material tan profundo, tan universal como el que sufrimos en la hora presente. Hasta los flagelos más grandes que han dejado ciertamente en la vida y en la memoria de los pueblos, huellas indelebles, cayeron ora sobre una nación, ora sobre otra. En cambio, ahora la humanidad entera se encuentra tan tenazmente agobiada por angustias financieras y económicas, que cuanto más se agita, tanto más insolubles y fuertes se vuelven sus lazos. No hay pueblo, no hay Estado, no hay sociedad o familia que en una u otra forma, directa o indirectamente, en mayor o menor grado, no sienta su repercusión".

Así habló a la Cristiandad en su Encíclica *Charitate Compulsi* del 3 de mayo de 1932, el hombre cuya mirada abarca el mundo desde el más alto observatorio moral y sobre cuya cabeza pesa la más grave responsabilidad. Y luego, hundiendo la mirada, descubre la causa generadora de la angustiosa tortura de la humanidad y la denuncia al mundo diciendo: "la causa es la ambición de los bienes terrenales", emanada del "sórdido egoísmo que con excesiva frecuencia preside las mutuas relaciones individuales y sociales..." Nos hallamos, pues, frente a un formidable problema económico.

* * *

No quiero seguir adelante sin dejar constancia del asombro que me causan ciertas inteligencias empeñadas en salvar el abismo que separa al catolicismo del comunismo a que se sienten inclinadas. Dicen ellas: ¿acaso el comunismo no tiene un sabor esencialmente cristiano? ¡Ah, no! Los miembros de la Comunidad Cristiana van a ella haciendo renuncia voluntaria de todo cuanto tienen. Los partidarios del comunismo, por el contrario, persiguen el mejoramiento de su situación personal mediante el despojo violento de lo que poseen los demás. El ideal de la Comunidad Cristiana es el renunciamiento y el del comunismo es la expoliación.

No desconozco que el ejercicio del derecho de propiedad se presta a engendrar abusos. Merced a las deficiencias morales de unos y a las incapacidades físicas de otros, el beneficio de la propiedad, así en la tierra como del trabajo, iráse

acumulando en las manos de los más capaces, de los más fuertes y de los más astutos. Y la desigualdad se establecerá en el mundo como una consecuencia natural. Y esa desigualdad por la fuerza de las cosas y de los hechos será cada vez más pronunciada y por eso más irritante. Y no faltarán quienes han de pensar que para restablecer el equilibrio, el único procedimiento posible sea el de una gran revolución niveladora. Y frente a esa consecuencia, se me replicará: ¿cómo afirmar entonces que la propiedad individual, sostenida por la doctrina católica, contiene la solución del problema económico, cuando más bien lo crea?

Esta formidable objeción no me intimida, y no me rectifico. Antes, al contrario; afirmo que esas desigualdades irritantes han sobrevenido precisamente porque no se ha aplicado la doctrina católica ni acerca de la producción de los bienes ni acerca de su distribución equitativa. ¿Quién puede afirmar que se ha tenido cuenta de los postulados de la justicia distributiva y de las normas de la moral cristiana en los métodos empleados para la producción y seguidos en la distribución de la riqueza?

En cuanto a la producción, ¿no ha debido condenar frecuentemente la doctrina católica el abuso de usar de los hombres como si fuesen máquinas y en cuanto a la distribución no tiene establecido el principio tan olvidado de que lo superfluo de los ricos es lo necesario de los pobres?

Son, en verdad, numerosos y fatales los abusos cometidos, abusos que provocan la amenaza de las grandes catástrofes, cuya responsabilidad, si se desatan sobre el mundo, deberá recaer sobre los hombres y las colectividades que en ellos incurren, mas no sobre nuestra doctrina que los denuncia, los rechaza y los condena.

* * *

Paso a tratar, haciéndolo con mayor brevedad, el problema político. No tengamos miedo a las palabras por más que se las haya profanado, cuando de ellas nos servimos para expresar ideas sanas con elevación de miras. Califico de problema político al suscitado en la convivencia nacional con la internacional, o más bien dicho, humana.

Tiende a acentuarse en el mundo por una parte cierto humanismo que contraría al nacionalismo y por otra cierto nacionalismo que conspira contra el humanismo. Afirmo que la patria contrariando a la humanidad y la humanidad conspirando contra la patria, es según la doctrina católica la gran aberración de la vida colectiva.

Estamos en presencia de dos grandes entidades: la humanidad y la patria. Para que el cuadro resulte completo y perfecta la idea, recordemos también a una tercera que es la fuente originaria de ambas: la familia. A la luz de un astro intelectual de primera magnitud que aparecido hace ocho siglos continúa iluminando con igual intensidad, es decir, de Santo Tomás de Aquino, compruebo la existencia del bien común de la sociedad doméstica elaborado por sus componentes, del bien común de la sociedad nacional constituído por sus miembros y del bien común de la sociedad humana acumulado por sus vástagos. Este triple bien es amparado por un mismo derecho natural, que respecto de la primera sociedad será familiar, de la segunda civil y de la tercera humano. Ahora bien, el derecho natural no puede estar en pugna consigo mismo. Los diversos rayos emanados del mismo sol no se destruyen porque nunca chocan. No. Se puede y se debe velar por el bien común de la humanidad sin detrimento del de la nación, como se puede y se debe promover el bien común de la nación sin menoscabo del de la familia.

Es sofística tanto como funesta la teoría de que el amor a la patria es en detrimento del amor a la humanidad. Son bien conocidos estos versos de la Marsellesa de la paz: "Naciones, ¡bella palabra para expresar barbarie! ¿Deberás terminar el amor ante la frontera que detiene tus pasos? ¡Rompe la bandera que tremolas al aire! ¡Una voz te grita que sólo tienen patria el egoísmo y el odio, no la fraternidad!" Esos versos serán muy hermosos, pero más que hermosos, funestos y falsos. Envuelven un sofisma sugerido por una ilusión seductora de corazones instintivamente generosos. Si el amor a la humanidad tuviera necesidad de alimentarse con la humillación de la bandera de la patria, sólo por eso sería un amor abominable. ¿No sería abominable la madre que se nutriera de los despojos de los hijos?

Permitid, señores, a un hombre de la Iglesia tomarse jus-

tas represalias en desagravio de la patria. ¿Acaso esos seudo-defensores de la humanidad con menoscabo de la patria no son los mismos que pretenden acusarnos de no comprender el amor a la patria, de no cultivarlo y aun de disminuirlo en los corazones de los ciudadanos? Nos dicen aludiéndonos: ¡Vosotros los que trabajáis por la Iglesia Universal no podéis servir a una Patria Nacional! ¡Vosotros los que soñáis con la patria del cielo, no podéis amar la de la tierra! Esto nos dicen dirigiéndonos reconvenciones injustas a las cuales saben, si no la desconocen, que toda nuestra historia ha respondido de antemano. Y ahora resulta que en lugar de la Iglesia colocan la humanidad y en aras de su amor bastardeado, le sacrifican a nuestros propios ojos, no sólo el interés, sino también el honor y aun la estabilidad de la nación.

* * *

En oposición al humanismo enfermizo de quienes creyeron poder justificar su desdén por la patria, no tardó en aparecer la reacción. Toda reacción es por naturaleza violenta y su impulso inicial la lleva al otro extremo. Surgió así un nacionalismo, cerrado, excluyente y agresivo. ¡No, señores, no! ¡Ni lo uno ni lo otro! Deben evitarse los excesos. Me siento capacitado para condenar estos excesos, porque en mi doble carácter de ciudadano y sacerdote estoy al abrigo de toda sospecha en materia de verdadero patriotismo.

Es necesario convencerse de que el amor a la propia nación o a la propia raza cuando es excluyente, es perturbador de la paz internacional y de la armónica convivencia humana. Así como las familias deben vivir en paz para la prosperidad y la grandeza de la patria, las naciones que son familias más dilatadas deben permanecer en mutua inteligencia para no romper la armonía de la humanidad.

Tal es la elevada finalidad de la Sociedad de las Naciones. Pero —se hace cada vez más necesario decirlo—, mientras el vínculo que las une continúe siendo puramente económico o político, no la alcanzará. ¿Por qué? Porque los intereses económicos y políticos, por la índole de su naturaleza, más que a unir tienden a dividir. Y porque los intereses no pueden ser surgentes de moral ni de justicia. El vínculo que

espero en Dios algún día las ha de estrechar deberá ser caritativo y jurídico. Caritativo porque la fraternidad entre los hombres, si no es una hermosa mentira, implica necesariamente la fraternidad entre las naciones. Y jurídico, pero emanado no de una justicia unilateral, sino de la justicia inmanente de la justicia universal, de la justicia eterna, es decir, de Dios, fuente de toda razón y de toda justicia. ¡Acérquese el día venturoso en que bajo esa inspiración, cada nación del mundo haga suya nuestra consigna: "América para la humanidad"!

* * *

El tercero de los problemas es de orden filosófico y moral. Es el que está creando en el mundo la doble energía que lucha por establecer su respectivo predominio. Lucha trascendental y gigantesca, porque está trabada entre las supremas energías que se mueven en el mundo: la libertad y la autoridad.

Libertad es la facultad del espíritu en virtud de la cual el hombre puede determinarse por sí solo. No considero que sea necesaria la prueba de su existencia. El movimiento se demuestra andando y la libertad, sirviéndose de ella. Somos dueños absolutos de nuestros actos, porque proceden de dos facultades que son elementos constitutivos de nuestra propia naturaleza: la inteligencia y la voluntad. La inteligencia es la luz que me sirve para ilustrarme acerca de los caminos que debo elegir y la voluntad la fuerza para determinarme por el que debo tomar. Si sigo éste, me dignifico, si aquél me envilezco. Momento trascendental y emocionante aquél en que el hombre delibera, siendo su voluntad la única soberana que va a decidir en el duelo trabado entre el bien y el mal en el secreto de la propia conciencia.

Sean cualesquiera las elucubraciones de cierta metafísica determinista o las conclusiones de cierta criminología materialista, el hombre mantiene a través de las escuelas y de los tiempos, la convicción invencible de la inviolabilidad de su dominio sobre sus propios actos. A pesar de todas las impulsiones reales de la materia sobre el espíritu y de las influencias de las proclividades atávicas, el hombre se dice a sí mismo: yo he obrado bien o mal porque he querido y me reconozco inocente o culpable porque me considero responsable

y sé que soy responsable porque me siento libre. El hombre se resiste a que se lo iguale a los peñascos del camino o se lo equipare con las bestias de la selva.

El crimen capital de la sociología anticristiana es el de minar las bases del orden social, debilitando el sentimiento de la responsabilidad. Y cuando después de haber consumado su obra lo vemos protestar contra los abusos de la libertad, apelar a las leyes más rigurosas y constituir gobiernos de fuerza, parécenos hallarnos en presencia de un loco que pretendiendo afianzar su casa y ponerla a cubierto de las tempestades, se ha entretenido en remover y desunir las piedras que forman sus cimientos.

La sociología católica, en cambio, ha batallado siempre por los fueros de la libertad. Es ésta, una de las más puras glorias del cristianismo y no suficientemente reconocido por la humanidad. El paganismo desconocía la libertad económica, la libertad política y la libertad moral para el mundo de sus súbditos. No reconocía ni la inviolabilidad de los bienes, ni la de las personas, ni la de las conciencias. Por haberse permitido esparcir algunas dudas sobre la necesidad de adorar las divinidades mitológicas, el mismo Sócrates tuvo que apurar la cicuta.

Los primeros cristianos iniciaron en el mundo el reinado glorioso de la libertad. Y cuando el despotismo de los Césares los amenazaba con la muerte, ellos bendecían el momento de comprar al precio de sus vidas, la suprema independencia que es la que da el martirio al que sabe superarlo por la libertad. Y yo, vástago de la humanidad, hijo de la Iglesia y ciudadano de la Patria, descubriendo en el fondo de mi ser la triple raíz de una misma libertad, me siento armado de un triple derecho para poder decir a los hombres de la tierra: "¡Oíd mortales el grito sagrado, libertad, libertad, libertad!"

* * *

Sí, señores, a medida que los hombres sean menos autómatas, menos máquina, menos materia, la sociedad que constituyen se amoldará más a los postulados del catolicismo. No se me oculta la gravedad de los peligros de la doctrina que estoy defendiendo en un país como el nuestro eminentemente republicano y democrático. Y sin embargo no la atenúo. Pero

dejo constancia de que si la proclamo es porque nos obliga a colocarnos a la altura de la exigencia de la República. "Entre todas las formas de gobierno, la República es la que más virtudes exige, pues efectivamente es la forma de gobierno en que debe adquirir mayor desarrollo la libertad".

Y es esa la vocación sublime de la doctrina católica. Ya lo dijo Brunetière. "Dedicarse a catequizar la sociedad moderna tal como la revolución lo ha hecho, es reivindicar para nosotros la divisa: libertad, igualdad, fraternidad, divisa arrebatada primero y luego desfigurada por nuestros adversarios".

Pero, ¿no me habré excedido en la defensa de la libertad? ¿No es ella la responsable de la anarquía que caracteriza esta hora de la humanidad? No; la causa no está en el uso, sino en el abuso de la libertad. Y si yo debiera abominar de todo aquello de que se puede abusar, tendría que renegar de todo cuanto hay de digno, de elevado, de amable y de adorable en el mundo. Tendría que renegar de la amistad, del honor, de la patria y de la misma Religión. Porque ¿de qué no se puede abusar?

* * *

Consideremos ahora la segunda energía cuya esencia pareciera oponerla a la libertad. Digamos algo acerca de la autoridad.

¿Qué es la autoridad? El derecho de dirigir eficazmente los miembros de una sociedad en su acción común hacia el fin social. ¿De dónde dimana este derecho? Toda autoridad, en último término, procede de Dios.

Sin autoridad, no hay civilización: o impera el salvajismo o reina la barbarie. Impera el salvajismo cuando el individuo ataca a la comunidad y reina la barbarie cuando la comunidad oprime al individuo. Y en el consorcio humano sólo se dan tres estados: salvajismo, barbarie y civilización.

* * *

Por nuestras virtudes morales y políticas y para el engrandecimiento y la paz de la República, merezcamos siempre constituir un pueblo en que nunca se exceda la libertad en des-

medro de la autoridad ni nunca se extralimite la autoridad en detrimento de la libertad.

Refiérese en la vida de San Benito, escrita por San Gregorio el Grande —historiador digno de tal héroe y héroe digno de tal historiador—, que mientras llegaba la hora de empezar los himnos sagrados según la costumbre del Claustro, el Siervo de Dios desde la ventana de su celda contemplaba el cielo en el silencio y la oscuridad. Hirió sus ojos una luz misteriosa y ante ellos el mundo entero apareció como concentrado en un rayo de sol. Lo vió —dice la inscripción que aún se conserva en la Torre de Monte Casino—, lo vió y lo despreció. *Inspexit et despexit.* Ese mundo que fué su obra como Patriarca de los Monjes de Occidente, ese mundo europeo hallólo baladí y despreciable al contemplarlo en las oscuridades del tiempo y a la lumbre que venía de lo eterno.

Imitémoslo, señores, y al dirigir esta noche una mirada a esta civilización en la que todos hemos puesto algo de nosotros mismos y que va a sumergirse en las oscuridades del pasado, elevemos los ojos al cielo, esperando con confianza que de ella salga mejorada la futura. Amemos a la civilización que se va, porque a costa de sus esfuerzos, seguidos de tantos desencantos, ha preparado la nueva, y despreciémosla, en la esperanza de què será mejor la del cercano porvenir.

Discurso pronunciado en la Biblioteca del Jockey Club, el 5 de septiembre de 1935

7

EL FIN DE UN MUNDO

La observación de los grandes males que soporta la humanidad y de los que se le avecinan, sugiere a algunos el pensamiento de la proximidad del fin del mundo. Encuentran una analogía impresionante entre lo que está pasando en la actualidad y el contenido del anuncio apocalíptico. Hago uso de la libertad que a todos asiste, para opinar en esta materia librada a la disputa de los hombres, y digo que, a pesar de todas las apariencias, no creo en la proximidad del fin del

mundo, pero sí en la del fin de *un* mundo, es decir, el fin de la forma de civilización contemporánea.

Algunos de sus elementos constitutivos ya están reduciéndose a cenizas, y esas cenizas no se parecerán a las del Fénix. Cierto comentador del filósofo Jacques Maritain, nuestro huésped eminente, pone en sus labios esta frase: "Un mundo nuevo sale de la obscura crisálida de la historia con formas temporales nuevas".

Ante esta realidad trascendente corresponde a todos adoptar una actitud. No hay un sólo individuo, por insignificante que parezca, que en esta hora no constituya un contingente necesario. Hoy la neutralidad no es posible. Y si lo fuera, el adoptarla sería criminal. Pero, ¿cuál debe ser esa actitud? Son dos las que se están adoptando: la de los que tratan de conservar la civilización actual y la de los que se empeñan en destruirla. Cierto que la actitud salvadora no es ni la una ni la otra, sino la intermedia. Y paso a demostrarlo.

* * *

¿Cómo podría seducirme la lucha por el mantenimiento integral de una civilización cuyos defectos y excesos han abocado a la humanidad al borde mismo del caos?

Todos sabemos que el liberalismo ha sido la levadura de la civilización contemporánea, y ahora todos comprobamos que la masa se ha corrompido. Soy partidario entusiasta de la libertad. Es la base de la grandeza del hombre, y a la vez, la corona de su noble realeza. Tengo por ella un profundo respeto, y pienso que quien atente contra ella es también un homicida. Me inspiro en el ejemplo de Dios. El, al darla al hombre, la deja confiada a su albedrío, y la respeta hasta un extremo tal que desconcierta, porque la respeta al infinito.

Pero de la misma medida que mi entusiasmo por la libertad, es mi repudio por la licencia. Cuanto más sublime es una facultad, tanto más abominable resulta su abuso. El liberalismo es el abuso de la libertad en todos los órdenes de la vida. Es, por consiguiente, la abolición de Dios, con todas sus normas para regularla. Y aplicado al orden económico, el liberalismo es la violación de todas las normas de la justicia. Es la carrera desenfrenada hacia la conquista, la conservación y el acrecentamiento de los bienes temporales en que

los hombres cifran el bienestar y la dicha de la vida. Es, en definitiva, la lucha sin cuartel por el oro, único medio de adquirirlo.

* * *

Vuelvo, por lo tanto, a preguntar: ¿Cómo podría seducirme la lucha por la conservación integral de una civilización que nos ha colocado al borde del caos? Tengamos la valentía de decirlo: ¡esa civilización ha fracasado! Se la ha venido llamando civilización cristiana... ¡qué ha de ser cristiana!, si ha sido amasada con una levadura anticristiana... Por lo tanto, dejemos que los muertos entierren a los muertos...

Si, pues, la actitud que corresponde adoptar, no es la de la lucha por la conservación integral de la civilización contemporánea, ¿será la de su destrucción total? Tal es la que propone el comunismo. Pero esa actitud sería semejante a la del médico que, ante la dificultad de curar al enfermo, resolviera matarlo.

Bien se comprende que mucho menos puede seducirme la actitud de la lucha por la destrucción total de la civilización contemporánea. Los únicos valores positivos que aun la mantenían acreedora de respeto eran los dimanados del cristianismo. Y, precisamente, el ciego y trágico afán del comunismo consiste en destruirlo con preferencia a todo lo demás.

Pero... una vez que todo haya sido reducido a escombros, ¿qué es lo que el comunismo propone edificar? Acerca de ello puede cederse la palabra a los hechos. Estos han demostrado su radical importancia constructiva. Después de poco más de una época —período ridículamente breve para el ensayo de una civilización— ha comenzado a rehacer las mismas instituciones que con saña tan implacable procedió a demoler. ¿Y para eso segó tantas vidas y aniquiló tantos valores? Ante este proceso sumario, cabe sentenciar que no corresponde adoptar ninguna de las dos actitudes extremas.

Hay una tercera actitud. La única salvadora. Es la intermedia. Es la que induce a colaborar decididamente en la evolución para evitar la revolución. Pero, ¿cómo? Haciendo que el cristianismo comience a ser la levadura de la civilización. Que su espíritu fecundice sus entrañas para que renazca como fruto genuino de la caridad y de la justicia. Digo de la ca-

ridad, que no es precisamente la limosna, sino el amor, que es la abnegación. Y digo primero la caridad para que sea posible la justicia. La base de la nueva civilización debe ser la justicia, la justicia social.

Pero la justicia exige renunciamiento, y los renunciamientos no se hacen sino con la base de mucha abnegación y la abnegación es imposible donde falta caridad.

Este programa que hoy entrego a la seria reflexión de los hombres conscientes no está inspirado por los acontecimientos actuales. Puedo decir con verdad, apelando al testimonio de los hechos, que no es nuevo para mí. En el año 1920 me llegó la hora de crear mi escudo y de darme un lema. Al hacerlo quise redactar en síntesis mi vida. *In charitate et justitia pax:* "la paz de la sociedad vendrá por la caridad y la justicia". Y sobre los símbolos que las encarnan, el pelícano y la balanza, se halla tendida la bandera de la patria, porque anhelo verla levantada a la admiración del mundo, sobre el pacífico reinado de las dos grandes virtudes. ¡Dios lo quiera!

Conferencia pronunciada el 25 de septiembre de 1936

8

LA FAMILIA: PRIMERA UNIDAD SOCIAL

Todos los problemas contemporáneos guardan relación con las grandes nociones sobre las cuales se había establecido la civilización contemporánea. Si éstas fueran rehabilitadas y quedaran esclarecidas, proyectarían claridad suficiente para hacer desvanecer esa infinidad de teorías, de síntesis y de análisis, de opiniones y de hechos de que se halla saturada la atmósfera que envuelve al mundo, introduciendo en él la enorme perturbación en que se debate.

Una erudición que podría denominarse periodística y la precipitada información de cada día, suelen constituir el bagaje, aun de las mejores inteligencias, impidiéndoles profundizar hasta las ideas madres y las fuentes originarias para emplazar en ellas las raíces de sus convicciones. Una de esas ideas

madres y de esas fuentes originarias, la primordial entre todas, es la familia.

Contra ella se han desencadenado los vientos y sobre ella, amenazando anegarla, se ha precipitado un diluvio.

Dios que no quiere extinguir otra vez a la humanidad, hasta que llegue el fin de los tiempos, inspiró a un Patriarca venerable la construcción de una nueva Arca, en la que pudiera salvarse en toda su integridad la primera institución de la cual dependen todas las instituciones de la humanidad. Pío XI es el Patriarca y la Magna Encíclica *Casti Connubii* que habéis venido estudiando y aplicando en esta primera Semana Nacional, es el Arca dispuesta para la salvación de la familia.

Accediendo a la invitación honrosa del Consorcio de Médicos Católicos entro de lleno al desarrollo del tema que me ha sido propuesto:

"La familia, primera unidad social. Realización perfecta del fin del matrimonio. Su importancia. Su defensa".

Por vía de introducción reproduzco algunos de los conceptos fundamentales del Código de Malinas.

El hombre es un ser social por la necesidad incoercible de su propia naturaleza. Ni su conservación ni su desarrollo en el orden físico, ni su adelanto, ni su perfeccionamiento en el orden moral, le son posibles en el aislamiento absoluto. Por el imperio de esa necesidad, la vida humana se desarrolla y evoluciona en cierto número de sociedades que son evidentemente necesarias.

La sociedad doméstica, donde el hombre recibe la vida y la educación.

La sociedad civil y política, a la que el hombre al nacer se incorpora por la familia y dentro de la cual surgen sociedades subordinadas.

La sociedad de las sociedades políticas que, organizadas en Estados, deberían coordinarse con el fin de hacer efectivas para todos la justicia y la paz y con ellas todos los beneficios de la civilización.

Y la Iglesia, a la cual se incorpora el individuo por el bautismo. Fundada por Jesucristo, la Iglesia, que es la sociedad sobrenatural de las almas, comunica a sus miembros la vida y los conduce a su destino supraterrestre.

Ese destino, que es el último de la humanidad, la eleva,

la transfigura y la deja para siempre en un estado habitual y permanente de dicha y de gloria.

Tal es el panorama final del edificio completo, y del organismo en su definitivo desarrollo. Pero todo edificio necesita su piedra angular, es decir, su base sólida, para poderse levantar. Y todo organismo supone una célula primitiva para poderse desarrollar. La piedra angular de ese edificio y la célula madre de ese organismo que entendemos por humanidad, es la familia. No sé qué otra cosa se pudiera agregar para dejar demostrada su importancia.

* * *

La familia es la primera unidad social. Es la institución primordial. La primera directamente emanada de la naturaleza. Es, por lo tanto, primigenia y divina. Recordemos el origen y la esencia de esa primera unidad social, para tener una idea más exacta de su importancia y una noción más acabada del respeto que le es debido.

Abro la Biblia; el libro en cuyas páginas inspiradas están contenidos el principio y el fin de todas las cosas. Leo su primera página. Es una página enteramente virginal. No existía aún el pecado, y por eso no está velado ni por la sombra de su nombre. Página blanca, página rosada con los reflejos de la aurora de la mañana del primer día de la humanidad. He ahí a Adán. Es dueño de la Creación. Ha fijado la vista en la vida recorriendo la escala inmensa de los seres y les ha dado un nombre. Todos ellos le están sujetos. Se siente rey. Pero, ¿de qué sirve ser rey cuando se vive solo?

Una nostalgia misteriosa nubla su frente. Dios bien la comprende, puesto que El es quien se la infunde. A medida que iba creando las diversas secciones del universo, las observaba y decía: "está bien". Y al contemplar al hombre, que había sido hecho a su imagen y semejanza y que era la obra maestra de la Creación, exclama: "No está bien"; no está bien que el hombre permanezca solo. Hizo Dios que la nube que le sombreaba la frente, le velara los ojos. Y Adán durmióse. Dormía Adán mientras su corazón velaba. Y de su corazón extrajo Dios la sustancia de la cual formaría el otro ser que había de ser su complemento. Y cuando Adán despertó, cuando volvió de su éxtasis, cuando vió a su lado a la mujer, no

hablaba ya, ¡cantaba! Cantaba el himno a la primera unidad social instituída por Dios el día en que creó la humanidad. Abriéronse sus labios en gracia y santidad y divinamente inspirado moduló este himno: "¡Oh! he aquí a la que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Llamaráse "virago", porque procede del hombre y el hombre dejará al padre y a la madre para asociarse a ella y los dos serán para siempre una sola carne".

¡He ahí la sociedad conyugal! He ahí lo que constituye su esencia: la unidad y la indisolubilidad; ¡es una y es para siempre!

La primera defensa que reclama la familia, es la de su unidad y su indisolubilidad. Ninguno de los poderes del Estado tiene derecho sobre la esencia de la sociedad conyugal.

La sociedad conyugal es anterior a la sociedad civil, en el tiempo, en el hecho y en el derecho, *prioritate temporis, prioritate facti, et prioritate invis.*

La sociedad civil tiene su origen y su razón de ser en la sociedad conyugal. El Estado no es, no puede ser un conglomerado de individuos, sino una conjunción de familias. Los individuos no vinculados entre sí por lazos de sangre o de afecto, de recuerdos o de esperanzas, de intereses o de ideales, podrán por algún tiempo permanecer hacinados como el polvo fino del desierto, pero carecerán de consistencia permanente y estarán siempre expuestos a ser levantados por los vientos de las pasiones, para no unirse sino cuando deban caer amasados en un mismo fango o coagulados en su propia sangre.

Nadie puede invocar un derecho para atentar contra la esencia de la sociedad conyugal. La ley positiva, la ley escrita, no tiene derecho para alterar la ley natural. Aquélla es humana, ésta es divina. "No separe el hombre lo que Dios ha unido". El derecho del Estado, o mejor dicho, su deber con relación a la familia, consiste en protegerla y fomentarla; en reglamentar lo concerniente al respeto y al amparo de sus intereses materiales y morales, políticos y sociales.

Y a los que se acogen a la ley, les diría: ¡No os es lícito! Ninguna ley humana puede anular la eficacia de una ley divina. La autorización del hombre no legitima lo que Dios condena. Si no os interesa como cristianos el agravio que inferís a la Iglesia, pensad en el perjuicio que causáis a la patria. La patria necesita, no que las familias se destruyan y se

esterilicen, sino que se estabilicen y se arraiguen para que de ellas continúen brotando como ramas benditas, los brazos robustos que empuñando el arado cubran nuestros fértiles campos de mieses doradas y los que blandiendo la espada custodien a un mismo tiempo, el orden, defiendan las fronteras y velen por la integridad del territorio y por el honor de la bandera.

Y también les diría: ¡si no os ruborizáis ante una sociedad que se va demostrando incapaz de dar una sanción, temblad ante Dios, que siempre venga la impudicia del escándalo!

* * *

Existe también la dictadura de la ley. En esta materia la dictadura resulta ignominiosa, porque se deshonra a sí misma. Se confiesa impotente para sostener los desfallecimientos del corazón humano, incapaz de oponerse a las pasiones y opta por hacerse su cómplice y, lo que es peor, las legitima.

¡Cuán opuesta ha sido la conducta de Jesucristo! El conoce la inconstancia del corazón humano y la repugnancia que le inspira el sacrificio. Comprende las flaquezas y ve las caídas. Pero no lo desesperan. Cuando vino a la tierra encontró desfigurada la sociedad conyugal y profanado el amor. Y El, el Hijo de la Virgen, el Redentor de la humanidad, se inclina sobre el amor degenerado, lo levanta del fango donde había caído y lo coloca sobre el altar, ¡para purificarlo, robustecerlo y transfigurarlo!

He ahí, lo que en defensa de la primera unidad social ha venido a hacer el Sacramento.

En la celebración del matrimonio predomina una exterioridad social que eclipsa la realidad sacramental. Y sólo ésta es la trascendental y la profunda.

La Iglesia está adornada con flores. Su perfume satura el ambiente. Las luces hacen resplandecer el recinto. El conjunto parece una aurora en una primavera. Y el simbolismo es exacto. Son dos amores que vienen a fundirse y de ellos va a nacer un sol.

Los novios entran al templo. Adelantan con paso lento y firme al son de las notas altas alternando con las profundas

del órgano. Por una excepción extraordinaria avanzan hasta las gradas del altar. No tienen por qué ruborizarse. Su amor es puro, es verdadero, es desinteresado y tienen el propósito de superar todos los sacrificios que sean necesarios para que siempre vaya en ascenso hasta el cenit y para que jamás se inicie su ocaso.

Y si no es así, si se trata de un amor egoísta y por lo tanto interesado, de un amor pasional y por lo tanto efímero, de un amor con reservas y por lo tanto viciado, habría que detenerlo antes que llegara al umbral del Templo, para intimarle el bíblico "Detente": ¡hasta ahí has llegado, pero de ahí no pasarás! No sigas adelante. Tuerce tu camino o deja las sandalias de pródigo con que has andado en busca de aventuras. ¡Descálzate y sacude el polvo de tus pies, porque la tierra que pretendes pisar, es tierra santa! ¡No te atrevas a extender tu mano impura hacia el Arca de la alianza! ¡No seas profano, no seas sacrílego!

He aquí lo que hace falta en nuestro mundo de hoy. Defender de hecho y ya desde su origen a esa unidad social que es la sociedad conyugal, para que no nazca viciada. Restaurar el concepto del amor cristiano, que es el único amor a quien es lícito crearla. ¡Sí! ¡Deberían tomarse todas las precauciones y ponerse todo el empeño a fin de que los matrimonios se hagan bien, para que luego no se deshagan mal!

El sacerdote los aguarda ante el altar, pero no como ministro del Sacramento, sino como testigo.

Los ministros son los jóvenes desposandos. Ellos en este caso son los sacerdotes. Son los sacrificadores y las víctimas. En copas sagradas, aunque invisibles, llevan sus dones, los más íntimos, los más completos, los más preciosos, los más personales: su cuerpo y su alma; su abnegación y su fidelidad; su renunciamiento y su libertad.

El sacerdote les pregunta si es verdad ante Dios que se hallan dispuestos a realizar el intercambio. Contestan que sí. Ese sí, es lacónico, transitorio, fugaz. Pero produce una realidad inmanente; abre y deja para siempre en ambos, una surgente perenne de gracia, es decir, de fuerza, destinada a sostener el corazón y a fortificar la voluntad.

Y todo esto, lo mismo en el hombre que en la mujer.

Yo no sé si se defenderían la estabilidad y el decoro de la familia con la realización de una de las aspiraciones de

ciertos sectores de mujeres y de hombres que abogan por el establecimiento de la igualdad en los derechos.

Pero sé que se defenderán y se salvarán con la igualdad en los deberes.

Se comete una injusticia cuando se reserva todo el rigor para con el sexo débil y toda la indulgencia para con el sexo fuerte. La mejor defensa de la familia está en la igualdad en los deberes de ser castos y fieles: de corresponderse con el mismo amor y de compartir los mismos sacrificios.

"Una son las leyes del César, exclamaba San Jerónimo, con su severo y enérgico lenguaje, y otras las de Cristo. Respecto de nosotros los cristianos, lo que se prohibe a las mujeres no es lícito a los hombres y ante un mismo deber, tiene que ser una misma la obediencia".

* * *

Hemos visto cómo la familia es la primera unidad social: hemos demostrado su importancia y hemos indicado la necesidad de su defensa.

Pero ella no es todavía la realización perfecta del fin del matrimonio. Para complemento del tema debo decir sobre esto algunas palabras.

Esa sociedad, cuyos componentes se llamarán en adelante esposo y esposa, no ha adquirido aún su completo desarrollo. Es ya una sociedad, la sociedad conyugal; pero está destinada a complementarse con otra sociedad que procede de ella: la sociedad paterna. En su virtud, el esposo y la esposa van a ser ungidos con un segundo nombre, nombre el más venerable entre todos los que se pronuncian en la tierra, porque tiene mucho de cielo: el "padre", la "madre".

La procreación constituye el ulterior destino de la sociedad conyugal. Con ella queda consumada y coronada. Ahí están los hijos. Ya la sociedad está completa. Ya es la verdadera sociedad doméstica, la sociedad familiar. Nada faltaba, es cierto, para que en la sociedad conyugal el vínculo fuera indisoluble, pero los hijos vienen a ser las criaturas providenciales que toman las dos extremidades del más precioso de los lazos, para estrecharlo aún más y, si cabe, para hacerlo más indisoluble.

La nutrición de los hijos, su desarrollo, su cultura, su

defensa, su posición, su porvenir, su nombre, son otras tantas voces sagradas y profundas que va concertando la naturaleza humana para gritar al amor conyugal, si el caso llega: ¡oh esposos!, ¡oh padres!, si alguna vez os sentís tentados a ceder a los desfallecimientos del propio corazón, ¡por Dios! ¡ensayad nuevos esfuerzos porque si ya no sois capaces de amaros por vosotros mismos, debéis continuar unidos por el amor de vuestros hijos!

¡Ah! ¡los hijos! El matrimonio los exige, Dios los manda, la patria los necesita.

* * *

Hace poco tiempo dije desde la Tribuna Sagrada las siguientes palabras:

La sociedad contemporánea se está poblando —en muchos casos inducidas por hijos de Adán— de hijas de Eva, desconocidas de nuestros abuelos. Con un aturdimiento y una superficialidad desconcertantes van al matrimonio como hacia un arco de triunfo, por el cual se pasa para ir a vivir bajo otro cielo que, según el concepto que se han formado de la vida, les brinda mayores privilegios, mayores satisfacciones y mayores libertades. Aceptan los halagos y rechazan las responsabilidades. Buscan los placeres y huyen sistemáticamente de los sacrificios. Presienten que para cuando vengan los hijos, se requerirán inmolaciones; ¡pues, no vengan entonces! Si para ello se requiere oponer diques a la sagrada corriente de la vida, levantarán esos diques por profanos que sean. Si para ello deben contrariar las leyes naturales y divinas, violarán esas leyes por reivindicatorias que parezcan. Si para ello se debe contener el aumento de la población, exigido por la grandeza y por la seguridad misma de la Patria, diezmarán la población.

En épocas ya un tanto remotas y no sé si menos adelantadas pero evidentemente más pacíficas y más dichosas que la nuestra, la familia era la ciudadela moral de las Naciones. Era el depósito sagrado de la sangre generosa y pura que multiplica los pueblos y de la virtud tradicional que los fortifica y ennoblece. De ahí brotó la inspiración admirable de consagrar en los códigos la inviolabilidad del domicilio. Al

invasor se lo podía detener en el umbral de la choza más indefensa, y el más débil de sus moradores le podía decir: ¡Detente! Detrás de mí está mi derecho y detrás de mi derecho está la Nación y detrás de la Nación está Dios, que lo defienden.

Hoy la inviolabilidad material es todavía respetada, pero está siendo profanada la inviolabilidad moral.

La ley y las costumbres atentan contra la inviolabilidad de la sociedad conyugal y la miseria desde abajo y el sensualismo desde arriba, diezman y destruyen la sociedad familiar.

Señores: no es el caso de ponderar los títulos del Consorcio de Médicos Católicos, a la bendición de la Iglesia y al reconocimiento de la Patria.

Pero si el éxito corresponde al esfuerzo de la cruzada pacífica y vigorosa iniciada en defensa de la santidad y fecundidad de la familia, será, sólo por esto, la institución que más haya ennoblecido a nuestra sociedad y que más la haya dotado de salud física y moral.

En la clausura de la Primera Semana Nacional de Estudios del Consorcio de Médicos Católicos, el día 27 de mayo de 1939

9

LA FRATERNIDAD CRISTIANA

"Donde está el Espíritu ahí está la libertad". Desde el momento en que el Espíritu gobernó a San Pablo, libertándolo de todos los prejuicios ancestrales, comenzó a ser el Apóstol de la libertad. Rompió el estrecho círculo judaico. Sus discípulos fueron desde entonces todas las razas de la tierra, su cátedra fué el Espíritu y su prestigio y su fuerza la palabra que en su magnífico lenguaje denomina espada. Poderosa espada esa palabra que jamás poder humano logrará sojuzgar porque *"Verbum Dei non est alligatum"* decía él: la palabra de Dios no se puede encadenar. Fué pues el Apóstol de la libertad, pero no como fin sino como medio para hacer penetrar el Espíritu en la entera humanidad.

Estamos en una época en que se ha vuelto imperiosa y ur-

gente la necesidad de romper todos los círculos porque resultan violentos para el Espíritu y estrechos para la humanidad. Hay que romper el círculo egoísta del individuo y el de partido y el de clase, y hay que tener el valor y la sinceridad de decirlo, aun el de nación, siempre que por mantenerlo peligre el bien general. Nadie como San Pablo sintió, actualizó y difundió esta buena nueva social que para la humanidad de nuestros días se ha vuelto tan necesaria como la vida.

Debiendo hablar del pensamiento de San Pablo, me referiré solamente a uno: el que contiene su ideal social respecto de la humanidad.

* * *

La marcha precipitada de los acontecimientos en el mundo ha evidenciado la urgencia de llegar a una correspondencia mutua y afectuosa entre todos los núcleos de la gran familia humana. Algunos han creído encontrarla en la solidaridad. La solidaridad social podría definirse como la interdependencia de los mismos intereses. Dicen sus sostenedores: los vastos y profundos océanos sienten todavía el golpe de los remos troyanos y ese impulso inicial continuamente propagado no se ha extinguido todavía. De la misma manera todas las acciones humanas que en diversos puntos del espacio se producen en el transcurso de los días y los años, súmanse a las acciones de otros días y de otros años y juntas vienen a bañar la ribera del presente siendo acogidas por nosotros, que, a nuestra vez, las proyectamos aumentadas con nuestras acciones hacia las riberas del futuro. Y si todo cuanto tenemos, lo hemos recibido de la sociedad, lógicamente puede deducirse que todo debemos devolverlo a la misma.

Pero, ¿hasta qué punto son legítimos los títulos de semejante obligación? Desde luego podría negar haber recibido de la sociedad todo lo que soy y todo lo que tengo. Hay otros derechos anteriores a los de la sociedad y son los derechos de la vida, del individuo y de la familia. Moral y materialmente soy deudor en primer término a Dios, en segundo a mí mismo y en tercero a mi familia. Pero, concedamos que la sociedad me ha dado todo lo que soy y todo lo que tengo y hagamos el inventario de sus generosos anticipos. ¿Es cierto que todos los legados transmitidos son beneficios? Sin que

quiera ni pueda con Rousseau y con el anarquismo —lógica derivación de su principio— mirar a la sociedad como la única culpable, fuerza es reconocer que son innumerables las taras morales y los males físicos que del hecho social recibe la persona. Somos también solidarios de las penosas consecuencias de los funestos desvíos del pasado. Cargamos con el peso de sus degeneraciones y sus lacras. ¿No estaríamos autorizados a desembarazarnos de las cargas para mejorar el porvenir? ¿En virtud de la misma solidaridad social, no sería prestar un insigne servicio al organismo, amputar el miembro que entorpece el perfeccionamiento de la raza y llegando a la última pero por lógica inevitable consecuencia, no sería un servicio social eliminar al ser inferior, matar al enfermo incurable o contagioso? No son teorizaciones estos interrogantes terribles. Sabemos que a tales extremos se está llegando en el mundo en nombre de la solidaridad social. No se falsifican y desvirtúan impunemente las grandes soluciones. La solidaridad social no es más que la fraternidad laicizada. La corta experiencia realizada, la ha desprestigiado. ¡El mayor desprestigio de una doctrina lo ofrece el espectáculo de las ruinas que acumula!

* * *

Anteriormente a la solidaridad, otros ensayaron la fraternidad. La Revolución anticristiana se inició en el mundo proclamando Libertad, Igualdad, Fraternidad. Era la explosión del humanismo y lógicamente se canonizaba a la fraternidad humana. Dije que la solidaridad social podía definirse como la interdependencia de los mismos intereses. Para definir la fraternidad humana debemos añadir: y de los mismos afectos. Su simple enunciación parece bastar para dar el convencimiento de la suficiencia de la fraternidad humana. "Porque, en fin, como decía Lacordaire, ¿qué somos nosotros? ¿No somos miembros de una misma familia, hijos de un mismo padre y habitantes de una misma casa? ¡En vano queremos destruir las páginas de nuestra genealogía para labrarnos una, personal, más luminosa que la de los demás! ¡Todos, sin excepción, tenemos la misma procedencia, salimos del mismo lugar y mientras se fabrica el orgullo ilustres prosapias para destacarse del vulgo, la sangre de Adán grita más alto que

todos los títulos y nos echa en tierra, del mismo modo a todos, a los pies de nuestro viejo Patriarca, como a los pies de nuestro único Dios!"

Pero no obstante esas profundas raíces de la fraternidad humana, las flores de los afectos naturales que produce son efímeras y son variables. ¡Ay! ¡Y pluguiese al cielo que sólo fueran efímeros y variables! ¿No sabemos que la misma mano que pone con amor una corona de azahares en la frente, tórnase capaz de hundir el puñal en el corazón que amó? ¿No sabemos que la voz de la sangre no es siempre suficientemente poderosa para sostener los desfallecimientos del amor? ¡Caín era hermano de Abel! ¿Y podría contarse con este sentimiento puramente humano para amar siempre y a pesar de todas las incomprensiones, ingratitudes y miserias a la entera humanidad? ¡Díganlo la historia y la experiencia! Y la hora en que cesa la interdependencia de los mismos afectos en una sociedad es la que señala el comienzo de su inevitable decadencia. San Pablo escudriñando las entrañas de la sociedad pagana denunció la proximidad de su derrumbe, al proclamar *"quod sine affectione essent"*, es decir: que aquellas entrañas incubaban la muerte porque eran ya estériles para los afectos.

Y observando a nuestra época, ¿qué nos ha dado la fraternidad humana? Su bello nombre, desde luego, pero nada más que su nombre. Y ojalá no se lo pronunciara tanto en vano. Hay que desconfiar cuando se habla demasiado de alguna cosa, porque suele ser la señal de que no se la tiene. Nunca se ha proclamado la fraternidad humana tanto como ahora y nunca los hombres y los pueblos se han odiado tanto los unos a los otros.

* * *

En adelante nada podemos esperar de la solidaridad social, ni de la fraternidad humana. El único vínculo social capaz de aproximar y de unir en forma indisoluble y amplia a la entera humanidad, es el pensamiento de San Pablo, intérprete inspirado en la doctrina sublime del Maestro: la *fraternidad cristiana.*

Una muchedumbre humana que al abordar las riberas de sus destinos terrenales, no sólo deja el lugar a otra muchedumbre, sino también cuanto ha descubierto y adquirido y

además cuanto ha desmerecido y soportado: una misma sangre, fuente única de donde mana la vida que cada uno recibe y a su vez transmite; y presidiéndolo todo para subvenir a las deficiencias de la solidaridad social y de la fraternidad humana, una Paternidad divina, eso es la fraternidad cristiana. La humanidad entera es solidaria en el mal y solidaria en el bien. Por el pecado de uno solo, como dice San Pablo escribiendo a los romanos, ha venido a todos la muerte con su séquito de todos los males, y la misericordia y los dones de Dios han alcanzado a todos en abundancia infinitamente mayor, por la gracia de un solo hombre: Jesucristo.

¿De qué servirían la solidaridad de los intereses y la fraternidad de la sangre si no se añadiese la conjunción de todas las voluntades? Pero sólo en Cristo se pueden unir las voluntades. El ha dicho que todos cuantos hagan su voluntad que es la del Padre que está en los cielos, constituyen su gran familia.

Cuando el pensamiento social de San Pablo llegue a informar el espíritu de la entera humanidad, el mundo podrá saludarla como a una beatífica visión de la paz: *Beata pacis visio*. Todos seremos ovejas del mismo rebaño, piedras del mismo edificio, sarmientos de la misma vid, miembros del mismo cuerpo. En cada uno de nosotros, superiores, iguales e inferiores, triunfará el dogma de la Comunión de los Santos por medio de la comunidad de los méritos y del intercambio continuo de servicios y afectos, comparable a la circulación de la sangre que mantiene vivos los cuerpos. "Nosotros que somos muchos, dice San Pablo, no formamos más que un solo cuerpo del que Cristo es la cabeza y nosotros los miembros. Si un miembro padece todos sufren con él: si uno es glorificado todos se alegran con él". Si esto no acontece es que somos cristianos de nombre, sin haber sido suficientemente penetrados por el Espíritu todavía. San Pablo enseñó estas cosas después de practicarlas rompiendo primero el círculo de sí mismo y después el judío, el griego y el romano. Entre los judíos, los griegos y los romanos que eran los pueblos más civilizados del mundo, regían estos dos principios: la opresión del esclavo y el odio al extranjero.

"Celso —como dice A. Lugan—, un nacionalista romano del siglo tercero, al combatir esta idea cristiana predicada por San Pablo, observaba que querer someter a unas mismas leyes a los pueblos de Asia, de Europa y de Africa, lo mismo a grie-

gos que a bárbaros hasta los últimos confines del mundo habitado, era una imposibilidad y que la esperanza y perspectiva de semejante porvenir sólo cabía en un espíritu impolítico". A lo que Orígenes respondía que ese sueño había comenzado ya a tener su realización en el mundo, añadiendo: los estoicos afirman que ha de sobrevenir una conflagración universal en la que el fuego como elemento más poderoso prevalecerá sobre todos los demás, y nosotros decimos que la palabra de Dios prevalecerá un día sobre toda criatura racional. "La palabra es el vehículo de otro fuego del Espíritu Santo, y es ése el fuego divino que acabará por penetrar, purificar y transfigurar el mundo".

* * *

Los hombres de ahora andan a tientas y sin advertirlo están preparando las cosas. El progreso es el magnífico aliado de la Divina Providencia. Reduce el espacio, suprime las distancias, difunde instantáneamente las ideas. Es enorme el paso que con todo ello, está dando el progreso hacia la solidaridad cristiana. Por otra parte, las naciones, a pesar de sus obstinadas resistencias, encadenan sus destinos. Fatalmente se hacen solidarias. Ya no pueden pretender voltear impunemente a la nación vecina, porque por el encadenamiento que las ata, juntas rodarían al abismo. Al ver los grandes afanes de los gobiernos y los hombres, paréceme que están acercando los materiales, reuniendo los elementos y juntando los miembros del cuerpo social, porque se avecina el momento en que Dios soplará sobre él el soplo divino de la fraternidad cristiana.

Nuestro Señor Jesucristo, como dice Bossuet en su *Politique tiré de l'Ecriture Sainte,* después de haber establecido el precepto de la fraternidad, condena el error de los judíos que lo encerraron en el círculo estrecho de su propia nación. Por medio de la parábola del Samaritano, enséñales que la unión de los hombres y los pueblos debe fundarse, no sobre la idea de nación, sino sobre la de humanidad en general. Es llegado el momento de comenzar a servir, no sólo a la patria, sino a la humanidad. Y mientras no llegue a ser éste el convencimiento sincero de los hombres, por grandes que sean su corazón y su talento, no alcanzarán su propósito de pacificación mundial. A esa noble ambición, muchos siglos antes de la funda-

ción de la Sociedad de las Naciones, llamaba Santo Tomás, reeditando a San Pablo, "la comunidad de todos los hombres bajo las órdenes de Dios".

Como dice Lacordaire en una de sus magistrales conferencias: los cristianos somos los únicos que no debemos desesperar, porque poseemos el secreto de la victoria final. Con una admirable Providencia lo ha colocado Dios en el amor. El mundo que no quiere humildad, que no quiere pobreza, que no quiere castidad, que no quiere obediencia y que no quiere apostolado, quiere, sin embargo, fraternidad. Aun cuando la falsifica, demuestra que la busca. He ahí el punto de contacto que tenemos; he ahí el terreno en que nos encontramos. Aprovechemos esa coincidencia. Entre él y nosotros veremos quién colmará primero los abismos abiertos por el odio, tendiendo, a costa de cualquier sacrificio, los puentes del amor. Veremos quién dará más recibiendo menos. Hemos recibido tanto que no debemos temer prodigarlo. Ganemos a nuestros hermanos a fuerza de bondades. Ahoguemos el mal en la abundancia del bien. Y no desesperemos ni ante la muerte del mundo, porque el amor es tan omnipotente, es tal la eficacia de su abnegación y de sus lágrimas que lo alienta a gritar: "¡Lázaro, aunque muerto, oye la voz que resucita y sal del sepulcro!"

Discurso pronunciado en el Teatro Cervantes, el día 30 de junio de 1935

10

LA VIVIENDA POPULAR

Era para mí un deber ineludible el aceptar la honrosa invitación de la Comisión Organizadora del Primer Congreso Panamericano de la Vivienda Popular, a decir algunas palabras respecto de la magna empresa que le ha sido encomendada y cuya realización ha acometido con una dedicación inteligente y abnegada, comprometedora de la gratitud nacional.

Ese deber me lo imponen por igual, mi condición de hombre de Iglesia y la dedicación de la mejor parte de mi vida a colaborar con los que procuran el bienestar del pueblo.

El problema de la vivienda popular entra de lleno en la preocupación de la Iglesia. Si el fin de la Iglesia consiste en orientar la vida presente hacia la vida futura, debe interesarse vivamente por las condiciones en que se desarrolla la vida. El poder del medio es incontrastable. Y es ya un axioma la verdad de que un mínimo de bienestar es indispensable para la práctica de la virtud. El conocimiento de las normas reiteradas a este respecto por el Pontificado, pero, por desgracia, no suficientemente aplicadas, hacen innecesaria toda demostración.

Este problema no es de hoy. Y tampoco lo es la preocupación de la Iglesia. Es justo recordarlo. A principios del año 1919, hondas repercusiones de la guerra europea, provocaron entre nosotros un estallido. Nadie habrá olvidado los pretextos o las razones de la *semana roja* de aquel mes de enero: exigüidad de los salarios, costo exagerado de los alquileres, levadura revolucionaria almacenada en conventillos.

Se hizo necesario preparar una *semana blanca*. Por medio de la Unión Popular Católica Argentina, se organizó la gran Colecta Nacional, una de cuyas finalidades consistió en excitar fuertemente a los capitales privados para decidirlos a proceder de inmediato a la solución del problema de la vivienda, cuyas consecuencias habían originado la amenaza de devorarlos. El Episcopado Argentino en una pastoral colectiva, dijo entonces: "Es nuestro deseo proporcionar al obrero y a su familia una vivienda sana desde el punto de vista físico y moral, al alcance de los recursos económicos más modestos, asegurando así la mejor educación de las generaciones futuras y extirpando eficazmente la plaga social del conventillo..." Y continúa: "Como lo veis, amados hijos nuestros, si bien es el episcopado el que inicia el movimiento, nada pide para el culto, nada para el incremento material de la Iglesia. El llamado que hoy dirigimos a todos, sin excepción, va marcado con el sello del desinterés más absoluto. Una vez más demuestra con ello el catolicismo que la sociedad civil encontrará en él su más firme apoyo, sin deseo ni esperanza de retribución temporal alguna.

"Conscientes de nuestra responsabilidad como Obispos y como ciudadanos, hemos querido afrontar resueltamente el cumplimiento de los deberes que impone la hora presente. Tenemos así la certeza de que si alguna vez, lo que Dios no per-

mita, el mal social se agravara hasta el punto de que la revolución dominara, siquiera transitoriamente, no habríamos contraído ante el Juez Soberano ni ante la patria, responsabilidad de ningún género, como ocurriría si en tiempo oportuno no hubiésemos cumplido con las obligaciones de nuestro cargo pastoral.

"Confiadamente esperamos que todos aquellos que están en situación de hacerlo aporten a la obra que iniciamos, su concurso, llevándolo hasta los límites del sacrificio. Es esta la primera vez en la historia del catolicismo argentino que el episcopado dirige su palabra y tienda la mano a todos sin distinción de razas ni de ideas, solicitando su ayuda. Y no lo haría, sino estuviese íntimamente persuadido de la trascendencia de la empresa que acomete, y de su insuperable utilidad para mayor bien de todos. Os pedimos que midáis por lo inusitado de nuestra actitud la importancia que le otorgamos y que meditéis en el secreto de vuestro corazón y ante Dios que a nosotros y a vosotros juzgará, cuál es la respuesta que debéis darle".

Y la respuesta dada fué generosa. Poco tiempo después en los suburbios de la capital comenzó el desplazamiento de los conventillos y en su lugar la construcción de magníficas mansiones colectivas y de simpáticas agrupaciones de casas individuales. La alegría de las familias a quienes correspondieron en suerte, era saludable y contagiosa. La transformación operada en ellas por la influencia del cambio del medio, era instantánea. Si los cuatro conjuntos de aquellas construcciones se hubiesen multiplicado durante los 20 años transcurridos de acuerdo con el propósito originario, el adelanto alcanzado en la solución del problema habría sido realmente halagüeño. Los obstáculos opuestos detuvieron la marcha progresiva iniciada con tan buenos auspicios. No fué nuestra la culpa, ni es la oportunidad de adjudicarla. Pero quedó demostrada la inquietud de la Iglesia ante el problema y la posibilidad de resolverlo.

Dije que me impone el deber de compartir la tarea mi condición de hombre de la Iglesia y también la dedicación de la mejor parte de mi vida a colaborar con los que procuran el bienestar del pueblo. En efecto. Tengo el convencimiento de que todo cuanto se haga por el aumento del salario y la disminución del costo de los alimentos, por la abolición de la

desocupación y la difusión de la cultura no será más que una solución escasamente parcial.

La solución integral sólo comenzará cuando se haya empezado a resolver el problema de la vivienda.

Todo hace pensar que en nuestro país, del cual, sobre todo en la actualidad y comparativamente a los otros países del mundo, dícese que es un paraíso, el problema debía ser de más fácil solución y de más inmediato acometimiento. Sin embargo, por una de las tantas anomalías, de acuerdo con la memoria del último Congreso de París en el año 1937, el nuestro es uno que se distingue por el porcentaje extraordinariamente elevado exigido por el alquiler. Y con mucha pena deberemos agregar que también por las pésimas condiciones de las viviendas de los trabajadores.

Visitando las casas familiares de los empleados y de los obreros en algunos países europeos, he experimentado la grata sensación que causa la comprobación de un relativo bienestar: espacio, higiene, aire, luz y flores. Los hogares resultan así, nidos apacibles en que los trabajadores comparten con las esposas y los hijos un poco de la alegría de vivir que les compensa el esfuerzo de trabajar. Hay salud y hay paz.

¿Quién podría decir que encuentran lo mismo en los cuartos inhospitalarios y caros, sin aire y sin luz, que se ven precisados a habitar en los suburbios y en el centro de las grandes urbes, en las extensiones de las pampas y las hondonadas de los valles?

Aquéllos reciben alegres la vista de los observadores, éstos la esquivan porque se sentirían avergonzados. Es hora de reflexionar que más que de ellos, esa vergüenza es nuestra.

En definitiva, ¿quién soporta las consecuencias de este estado de cosas? La Patria. La alarmante disminución de la natalidad que tanto preocupa y que hace mirar con espanto la proximidad de una época en que haya de construirse más féretros que cunas, la degeneración física y moral, que aumenta hasta lo inverosímil el porcentaje de inaptos, y tantas otras lacras domésticas y sociales, denuncian como a causas principales, las condiciones de la vivienda.

Todo ello nos convence de la "urgencia de la solución práctica del problema de la vivienda popular". La Patria no puede considerarse pacífica, ni sentirse dichosa, mientras su pueblo no viva relativamente feliz. Y no puede decirse que

vive con relativo bienestar un pueblo que adolece de deficiencia domiciliaria y cuya capital soporta la existencia de 1.120 inquilinatos donde viven hacinados y en promiscuidad 34.000 adultos y 12.600 niños.

Quiera Dios que la celebración del Congreso Panamericano de la Vivienda Popular, marque la hora inicial de coronar los esfuerzos que se han venido ensayando por iniciativas públicas y privadas.

La Nación debe estimular el empeño patriótico de los esclarecidos ciudadanos autores y promotores de leyes y de gestiones destinadas a resolver el magno problema. Como resultado del Congreso quedará la demostración de los sistemas más apropiados para lograrlo.

Pero es deber sagrado de todos sin distinción alguna, la cooperación entusiasta que asegure el éxito de la magna empresa que cuenta con el patrocinio de un gobierno que ha proclamado un programa de acción social y de bienestar popular.

II

EL CAPITAL Y EL TRABAJO

La amable insistencia de la Federación de Asociaciones Gremiales, después de mi actuación en los últimos acontecimientos desarrollados aquí, concluyó por decidirme a aceptar la invitación a dar esta conferencia. Acepté la conferencia, pero no el homenaje. ¿Cómo ocasionar erogaciones al pueblo, cuyo salario es insuficiente? Pero, habéis persistido en vuestro propósito, y he aquí que me encuentro con un homenaje superior a la conferencia.

Es grande la emoción que se apodera de mí en estos momentos. Han pasado veintidós años desde mi primera visita a Berisso. ¡Lo que era entonces y lo que es ahora!

Aquella visita inolvidable la motivó la colocación de la piedra fundamental de la mansión obrera que cobija a muchos de vosotros. Fué el año en que se colocaron también las piedras fundamentales de los cuatro barrios de casas individuales y colectivas, levantados en los alrededores de la Capital de la República y administrados hoy por la Acción Cató-

lica Argentina. Iniciábamos entonces para bien del pueblo, la solución del pavoroso problema que pesa sobre él: el problema del alquiler. Y lo hacíamos con hechos, construyendo viviendas, económicas desde luego, pero con las condiciones exigidas por la dignidad inherente a toda persona humana. Si aquel empuje inicial no hubiera sido contenido, hoy nos hallaríamos en vísperas de la anhelada solución. Pero con ocasión de los propósitos reiterados por mí el año 1919 a raíz de ciertas convulsiones sociales que no se olvidarán por mucho tiempo, se intentó tildárseme de revolucionario. Eran propósitos encaminados a lograr el bienestar material y moral del pueblo. ¿Yo revolucionario? ¡Nada más injusto! Soy partidario de la justicia. Tal vez por esto aquella inculpación tenga alguna razón de ser ¡ya que la justicia es una revolución contra la injusticia!

El hecho es que ciertas oposiciones más fuertes que yo, me obligaron a desistir; en otras palabras: me hicieron caer. Pero, como veis, no me hice gran daño en la caída, porque, en el seno de la Iglesia de la cual soy hijo, caí entre los brazos y los corazones del pueblo. El pueblo es consecuente con aquellos que trabajan por él cuando descubre que lo hacen, no por temor a sus represalias, ni con la esperanza de sus votos, ni con la ambición de su dinero, sino con desinterés y abnegación y sólo por amor a la justicia. Es lo que ha comprendido Berisso; por eso vuelvo reconfortado a él, la más auténtica y laboriosa colmena humana de la República.

Desde el principio del siglo, a mi regreso de Roma, terminada mi carrera, he ido decididamente al pueblo. Traía en el alma el eco de la voz de aquel genial Vicario de Jesucristo que se llamó León XIII y que, como profetizando los acontecimientos de hoy, nos repetía: "Id al pueblo". ¿A qué? ¡No a servirnos de él, sino a servirlo!

¿Quién puede olvidar las orientaciones que nos diera hacia los hijos del trabajo aquel Papa inmortal? Había dado al mundo la *carta magna* de los principios que debían lograr la solución del problema surgido entre el capital y el trabajo. Después de cincuenta años son hoy de una actualidad sorprendente. Los genios son proféticos. El mundo se habría economizado los formidables trastornos que lo convulsionan, si aquellos sabios principios hubiesen sido aplicados.

Por todo eso y porque siempre he querido responder a la

intergiversable intimación hecha por Jesucristo de consagrarnos a evangelizar al pueblo, mi apostolado ha sido preferentemente para los de abajo. Yo tenía poco o nada que ofrecer a los de arriba: no dispongo ni de oro ni de fuerza. En cambio puedo llevar algún consuelo y procurar alguna ayuda a los de abajo. Me apena oír hablar despectivamente de los de abajo. No conviene olvidar que arriba se hallan las cúpulas y abajo los cimientos, y yo no sé por qué habría de ocuparse más de las cúpulas que de los cimientos.

* * *

Sé muy bien que no faltan quienes piensan y afirman que nosotros no debiéramos hablar de ciertas cosas a las clases trabajadoras. Entre aquellos a los cuales me he referido, abundan asimismo los que piensan que después de esta guerra podrán reinstalarse en sus antiguos privilegios y volver a usufructuar en beneficio propio el mundo del trabajo.

He ahí un gravísimo error, porque sus días están contados. Una convulsión tremenda nos aguarda. ¿Es que no se ha pensado en lo que va a significar la vuelta a sus solares patrios de millones de soldados que no hallarán su hogar, ni sus esposas, ni sus hijos, ni sus madres porque una guerra mucho más terrible e implacable que la del 14, ha impuesto la destrucción total? Esos millones de soldados van a preguntarse con legítimo derecho: ¿dónde están las ventajas, dónde se hallan las mejoras, dónde se encuentra el prometido bienestar? ¿Con qué objeto los gobiernos nos han llevado a la matanza?

¿Es que no se ha pensado todavía en lo que comporta la inmensa desmovilización y lo que exige la transformación de la fantástica producción de guerra, en producción de paz? ¿Es que no se ha pensado aún en la desocupación, la emigración, el empobrecimiento, el hambre y la miseria que serán el legado fatal de las destrucciones dantescas? ¿Y cómo puede pretenderse que todo ello quede confinado dentro de las fronteras de algunas naciones o de algún continente? Sobran las razones que convencen de la imposibilidad de preservarse de las consecuencias de la convulsión que han de ser universales. La solidaridad de toda la humanidad, es un hecho evidente en este tiempo en que nos ha tocado vivir. Todo lo que se puede y se debe hacer es preverlas con anticipación para ate-

nuarlas. El torrente democrático ya está en marcha. Pretender contenerlo no es sensato. No hay vallas ni diques suficientemente poderosos. Si se intenta oponérselos, será para que sus caudales, momentáneamente contenidos, los arrollen luego sembrando la destrucción por todas partes. Lo prudente es encauzarlo. Tal es la verdad, abonada ya en ciertas regiones por la experiencia. Lástima que por regla general el escarmiento no se hace en cabeza ajena. Y cuando llega la hora de hacerlo en la propia, siempre resulta demasiado tarde.

Se habla mucho de la necesidad y de la prontitud con que debe ganarse la guerra: yo añado que urge prepararse para ganar la paz. Es necesario tomar todas las disposiciones necesarias para dar anticipadamente a los pueblos todo aquello que tendrán el derecho de exigir.

* * *

A esta altura de la guerra se habla mucho de ideales y de principios: se difunde la convicción de que se trata del desplazamiento radical de los unos por los otros. En sus comienzos no se empleaba el mismo lenguaje. Se hablaba de predominios comerciales, de prevalencias bélicas en la tierra, en el mar y en el aire, de imperialismos, espacios vitales y hegemonías. Los factores que desencadenaron la guerra, según todas las referencias eran económicos.

Mucho antes de esta guerra y mucho antes de la del 14, factores económicos también venían preparando una formidable guerra social. El individualismo sin frenos divinos ni humanos la había engendrado. ¡Cuántas veces tenemos que enfrentarnos con la fatalidad de ciertos "ismos"! Ellos desvirtúan y prostituyen ideas y palabras. ¡Cuán grande es la distancia que media entre individuo e individualismo, libertad y liberalismo, feminidad y feminismo, comunidad y comunismo! ¡Es igual a la que media entre capital y capitalismo!

¿Qué es el capital? Dije ya que es el fruto acumulado del trabajo. Es por lo tanto hijo del trabajo. ¿Y qué es el trabajo? Trabajo es la actividad de la persona humana. Es por lo tanto una prolongación de la persona humana. De esto se deduce que es incomparablemente más noble y más apreciable el trabajo que el capital. Pero, ¿qué es lo que ha aconte-

cido? El hijo acogiéndose al individualismo, es decir, a la abolición de toda norma de moral y de justicia, se desarrolla, se agiganta y se ensoberbece y procede a explotar, a exprimir, a agotar a su padre, el trabajo. Pero el trabajo, que no muere ni envejece porque es la ley de la humanidad, lo advierte y reacciona y se subleva. Los trabajadores se cuentan, y al sumarse adquieren la convicción de ser infinitamente más numerosos y de que por eso pueden llegar a ser más fuertes. Y una voz que se levanta, desoyendo también las prescripciones de la justicia, los interpreta y grita: "¡Trabajadores del mundo, uníos!" Y de esta manera queda declarada la guerra implacable entre el capital y el trabajo, guerra convertida en sistema por el sindicalismo marxista.

* * *

No creo necesaria una aclaración, porque ella resulta de los conceptos vertidos, pero tal vez la reclame el empeño enfermizo de ciertos sectores que en medio del actual confusionismo, parece que tuvieran la infortunada misión de tergiversarlo todo. No ataco al capital, fruto acumulado del trabajo; todo lo contrario; defiendo su legitimidad y su eficiencia. Para la estabilidad y el desarrollo de la vida, es un elemento indispensable. Toda la actual economía exige su concurrencia con el trabajo. Lo que recrimino y ataco, es el capitalismo, es decir, la avaricia, el abuso, la opresión y la explotación de los que trabajan. Y no me limito a anatematizar un capitalismo determinado, sino a todo capitalismo, cualesquiera que sean su origen y su procedencia, ya que el capitalismo no tiene patria por la simple razón de que carece de entrañas y no tiene corazón.

¿Es posible tolerar que el sector más desamparado de nuestro pueblo, sea explotado para que con su sudor engorden ciertos tiburones? Los que estamos en contacto con el pueblo y descubrimos estas cosas, ¿podríamos cruzarnos de brazos?

No sería ni cristiano, ni patriótico, ni humano.

* * *

Lo dicho es suficiente para dejar establecido que el conflicto entre el capital y el trabajo está planteado. Pero no basta comprobar la existencia del problema, cosa tan fácil y al alcance de todo el mundo. De la misma manera que no basta al médico el haber comprobado la enfermedad y acertado en su diagnóstico. Es además necesario dar con el remedio. Es fácil enunciar los problemas, pero es más difícil si bien incomparablemente más útil encontrar la solución.

Se han venido proponiendo y aun ensayando varias soluciones. Desde luego una que dejo enunciada pero que debo volver a puntualizar: la proclamada y ya experimentada por el comunismo: la supresión del capital. La abolición de la propiedad privada. Esta solución además de ser antinatural, es falta de lógica. No es posible autorizar la eliminación del enfermo con el propósito de curar la enfermedad. Por lo demás, una dolorosa experiencia ha demostrado ya, que no se puede prolongar por largo tiempo e impunemente la opresión violenta de los derechos naturales.

Busquemos ahora cuál es la solución auténtica y verdadera entre las varias que suelen proponerse en nuestro propio campo. Dicen algunos: para subvenir a las necesidades y las miserias del pueblo, la solución está en la beneficencia. ¡La beneficencia! ¡Bendita sea! Es una aurora que hizo aparecer el cristianismo sobre el horizonte del mundo de los explotados y de los esclavos. ¿Qué sería de esos millones de desheredados si les faltara esa celestial providencia?

Pero es necesario tener presente que el número de los desheredados a quienes la beneficencia alcanza, es incomparablemente inferior al que crea la avaricia manteniendo por un lado la exigüidad de los salarios y elevando por otro el costo de la vida. Por otra parte la beneficencia que generalmente procede de la misericordia cristiana, no tiene por misión la de extirpar la avaricia de los que producen las víctimas que ella ampara. ¡Y si la beneficencia procede a veces de los mismos que con sus explotaciones multiplican tuberculosos, el número de los que auxilia resulta irrisorio comparado con el número de los que crea!

Adviértase, además, que la acción de la beneficencia se orienta hacia las existencias ya quebradas y vencidas. ¡Y la solución del problema social exige sostenerlas a tiempo para

que puedan bastarse a sí mismas y triunfar dignamente en la vida!

De todo esto se desprende que la beneficencia será siempre necesaria en la vida porque siempre habrá desheredados que no deberán su miseria a causas artificiales como la explotación, sino a tantas otras deficiencias de la naturaleza humana. *"¡Pobres habrá siempre entre vosotros!"*

Pero jamás la beneficencia podrá ser una solución adecuada del problema planteado entre el capital y el trabajo. Puede ser una solución individual pero no profesional ni social: puede ser una solución parcial, pero no integral. ¡La previsión será siempre más benéfica que la beneficencia!

Hay también quienes proponen como una solución la caridad. La caridad, virtud divina bajada del cielo para volver menos dura nuestra peregrinación en la tierra. La caridad es indispensable. El amor es necesario no sólo para que haya un poco de dicha en la vida, sino hasta para que haya vida. El amor es vida y es quien da la vida. El mundo contemporáneo se está muriendo porque le ha faltado el fuego del amor fraterno: casi se extinguió su llama. Comenzó a congelarse en el egoísmo. El mundo se está muriendo de frío.

Pero, ¿cómo puede pensarse que la poca caridad que queda en el mundo pueda invocarse para presentarla como solución completa del problema? Es casi infinito el número de los que no tienen la verdadera caridad. Y a no pocos de los que pretenden escudarse tras la caridad, habría que indagarlos acerca de cómo proceden en lo que concierne a la justicia. Nadie tiene el derecho de profanar la caridad utilizándola como una máscara para ocultar a la injusticia. Respecto del asunto que estamos debatiendo, no puede pretenderse que se crea que hace caridad el que empieza por faltar a la justicia. Primero justicia y luego caridad.

Y puedo nuevamente repetir aquí: la mejor limosna consiste en tender a tiempo la mano al hombre para que pueda ponerse en condiciones de no necesitarla. El hombre vive de pan: y por eso los trabajadores lo necesitan para ellos y para sus familias. Pero quieren el pan, no robado ni recibido de limosna, sino como Dios lo manda, dignamente ganado con el sudor de la propia frente.

* * *

Dicen otros finalmente: la solución se encuentra en la resignación cristiana. ¡La resignación cristiana! Virtud admirable, virtud heroica, virtud de superación, tú también eres necesaria, eres indispensable en la vida. Lo eres para mí y lo eres para todos. Lo eres para los de arriba y lo eres para los de abajo. Lo eres para los que tienen de todo y lo eres para los que no tienen nada. Cada día, cada hora, tiene su pesar. Y hay una infinidad de sufrimientos del cuerpo y de angustias del alma, dimanadas de causas misteriosas, inaccesibles, invensibles que no están al alcance de las posibilidades del hombre. Y para soportarlas, para superarlas, para volverlas meritorias, no hay otro medio fuera del de la resignación cristiana. ¡Bendita sea! Pero ante los males artificiales ocasionados por la avaricia del hombre, ante la miseria causada por la explotación de una industria sin entrañas, predicar la resignación cristiana a las víctimas que la soportan, para que sus verdugos puedan continuar oprimiéndolas, no lo debemos hacer nosotros y ciertamente que no lo haremos jamás. Torturaríamos nuestras conciencias y profanaríamos el Evangelio otorgando a los explotadores un salvoconducto de virtud. El Evangelio no es garantía de esclavitud, es por el contrario la *carta magna* de la libertad.

La libertad no sólo debe tener un sentido político y civil sino también económico y moral. Y no pueden tener los trabajadores honestos la necesaria libertad moral, sino sobre la base de una cierta independencia económica. ¡Por eso he dicho también alguna vez que no nos hemos libertado todavía de la ignominia de la esclavitud!

* * *

Me he extendido demasiado y no puedo detenerme el tiempo que fuera necesario, para indicar la que considero como posible y verdadera solución. Ella está en la constitución de las organizaciones profesionales. Tenemos la doctrina y poseemos también su feliz experimentación. Es necesario iniciar la marcha por la senda de la armonía entre el capital y el trabajo. Las organizaciones obreras y las organizaciones patronales deben proceder a la creación de las organizaciones profesionales. Las organizaciones horizontales deben ser completadas con las verticales. Nadie como la misma profesión

alcanzará su prosperidad. Y sólo por medio de las organizaciones profesionales podrá realizarse la conquista de la justicia social. La Federación de Asociaciones Gremiales que se inicia en Berisso puede dar la pauta a la República. ¿Quién puede medir sus proyecciones y calcular su trascendencia?

Pero es necesario apartarse con igual decisión de dos extremos: del *corporativismo estatal* de absorción absoluta, y del *sindicalismo marxista* de oposición sistemática. La lucha permanente no puede, no debe ser un estado normal. Los obreros que acaban de soportar diez y nueve días de huelga, carentes de reservas con que poderlos afrontar, saben lo que aquello significa.

* * *

Debo terminar. Permitidme que concluya presagiando la realidad en que ha de cristalizar esta asamblea imponente de trabajadores auténticos, decididos y entusiastas: la realidad de los basamentos que estáis construyendo para levantar el gigantesco arco de triunfo bajo el cual desfilen victoriosas las organizaciones profesionales. Y mejor aún desde que estáis presentes hijos de casi todas las naciones del mundo, asociad los colores de todas vuestras queridas banderas para formar un inmenso arco iris que aureole la marcha de la democracia corporativa, para la conquista de la paz social de la República.

Conferencia pronunciada en Berisso, terminada la huelga de 14.000 obreros de los frigoríficos, a petición de la Federación de Asociaciones Gremiales, el 19 de diciembre de 1943

12

PRIMER CONGRESO NACIONAL DE SOCIOLOGIA Y MEDICINA DEL TRABAJO

Considero una distinción muy honrosa, la de haber sido designado para pronunciar unas palabras en esta sesión inaugural del Primer Congreso Nacional de Sociología y Medicina del Trabajo.

Y desde esta tribuna, si a ello me autoriza la investidura que me caracteriza, la invoco, para presentar el saludo cordial del Catolicismo Argentino a todos los señores delegados, cualesquiera que sean las regiones ideológicas de donde vengan, con tal que vayan a donde todos queremos ir, porque es nuestro ideal común: al bienestar del pueblo.

Entre las subcomisiones del Congreso figura la de la Acción del Catolicismo argentino en favor del trabajador.

No me atrevo a decir que esta acción haya sido efectiva en las proporciones exigibles, ni que haya correspondido con la amplitud debida, a las directivas explícitas y terminantes de las Encíclicas Pontificias. Acéptese esta confesión como un tributo que viene a sumarse a los generosos aportes que han de contribuir al éxito de este Congreso, ya que siendo sincera, implica el propósito de la enmienda.

* * *

Sin embargo, al hacer una somera reseña de la acción desarrollada, es fácil convencerse de que si a este respecto el haber del catolicismo ha sido modesto, no ha dejado de ser eficiente.

La ley del descanso dominical, la ley ferroviaria, la ley del sábado inglés, la ley de casas baratas, la ley de seguros y de accidentes, la ley de la Caja Nacional de Ahorro Postal y otras, son documentos auténticos que consagran como a iniciadores, promotores o colaboradores, nombres respetables de legisladores católicos de actuación inmaculada y positiva. Y de la memoria del pueblo no se han borrado aún, otros nombres de católicos sociales, sacerdotes y laicos, que conscientes de los riesgos a que los exponían las incomprensiones que enfrentaban, sumaban voluntades, formaban conciencia, creaban atmósfera, despertaban vocaciones y hacían obra, movilizando instituciones como los Círculos Católicos de Obreros, la Democracia Cristiana, la Liga Social y la Unión Popular Católica Argentina, coronadas en los últimos tiempos por la Acción Católica.

Y ahí están, además, esparcidas por todo el territorio de la República, las Escuelas de Artes y Oficios que capacitan a muchos millares de trabajadores de mañana, y los Asilos que a otros millares de trabajadores de hoy, les vuelven posible

la obligada ausencia del hogar, porque los hijos pequeños, cobijados bajo los techos maternales, no quedan desamparados ni expuestos a los peligros del conventillo y de la calle.

Ahí están esas legiones de hijas de la Caridad, logrando, unas con el aporte de sus servicios personales, otras con el de sus contribuciones oportunas, que para los hijos del trabajo se vuelva menos insoportable la carestía, menos riguroso el invierno, menos ruinosa la enfermedad y menos sombría la vivienda.

* * *

Pero es necesario declarar que con sólo eso, no se resuelve el problema a cuya solución se aboca este Congreso. Y sin embargo, su solución integral constituye una de las graves preocupaciones de la Iglesia.

El trabajo es la ley de la humanidad. El Creador confió al hombre el cultivo del paraíso terrenal, y después de su rebelión, le dijo: "Comerás el pan con el sudor de tu frente. Y pongo en ti lo único que para ello te hace falta: la actividad". El ejercicio de esa actividad se llama el trabajo. El trabajo, pues, no es otra cosa que esa actividad en acción. Y como la actividad es una capacidad del hombre, no hay en el hombre un derecho más personal que el del trabajo. Me refiero al trabajo del brazo y al trabajo del cerebro, al trabajo del músculo y al trabajo de la inteligencia.

El trabajo, por lo tanto, no debe ser considerado como una mercancía, porque el trabajo es la actividad personal del hombre, y el hombre, salvo que deje de serlo, ni se compra ni se vende. En el mundo no hay oro bastante para ser precio del hombre.

De esta conclusión de la sociología católica, se deriva esta primera norma para la medicina del trabajo: el hombre no puede ser considerado como un instrumento, como una máquina o como una bestia. Se halla investido por concesión divina de la dignidad inviolable inherente a la persona humana, cualesquiera que sean las condiciones en que se debate.

Es por lo tanto necesario ir ordenando la sociedad de tal manera que se obtengan estas dos cosas: que a ningún hombre apto le falte trabajo y que al trabajo no le falte la remuneración suficiente. Y si falta alguno de estos dos requi-

sitos, la sociedad no está bien constituída y no sólo su orden sino también su estabilidad corren peligro.

* * *

Todo el mundo económico se mueve entre dos polos, unidos por un eje. Los polos son el capital y el trabajo; el eje la Justicia. Pero el eje ha sido roto y los polos se golpean. No trato de establecer la responsabilidad, sino sólo de consignar el hecho. Y el hecho es que después de haberse consumado la disociación entre los dos elementos indispensables para el equilibrio del mundo económico, se ha llegado a la última y fatal etapa: la de la lucha sistemática.

Hoy la violencia de esta lucha parece amortiguada por la de la guerra. Pero pasará la de la guerra y aquélla, recrudecida por la misma, volverá a dominar el escenario y y éste no será europeo o americano, sino mundial.

He aquí cómo lo sociología demuestra la urgencia de una acertada medicina del trabajo. Pero esa medicina no es posible sin la organización. No es posible actuar con eficacia sobre los átomos dispersos; es necesario constituirlos en organismos. Si por un lado se organiza el mundo del trabajo, por otro el del capital y con la representación de entrambos se establecen las organizaciones profesionales, se habrán constituídos los cuerpos sobre los cuales actuará con eficacia la medicina del trabajo. Tal es la sabia doctrina de la Iglesia. Me creo autorizado a proclamarla después de haberla experimentado. Porque si las doctrinas, como los árboles, se conocen por sus frutos, puedo decir que esa doctrina es sana, puesto que su fruto es de bendición. Las palabras adquieren valor, cuando las abonan los hechos. Y yo invoco este hecho: cerca de veinte mil mujeres que trabajan, organizadas en la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas, han salido de la era de la inestabilidad y del desorden y han entrado en la que les proporciona la facilidad no sólo de vivir, sino de la alegría de vivir. Y por medio de sus veinticinco organizaciones sindicales, estas hijas del trabajo han obtenido victorias pacíficas, merced a la comprensión de directorios y empresas, representantes del capital.

* * *

Yo no sé la obra positiva que quedará como saldo de este Primer Congreso de Sociología y Medicina del Trabajo, sobre el que invoco la bendición de Dios. Pero sé que su aporte moral ha de ser valioso, al acortar las distancias, aproximar los hombres y tender puentes entre las clases, entre las cuales hasta ahora se han venido cavando abismos. Y ya esto es auspicioso. América pletórica de juventud aspira a vivir, mientras Europa, al parecer, se empeña en morir.

El Congreso Panamericano de la Vivienda en Buenos Aires, el Congreso de Panamá, el Primer Congreso Nacional de Sociología y Medicina del Trabajo y su adhesión al Primer Congreso Internacional contra el alcoholismo a realizarse en Cuba, precedida de la Conferencia Argentina que en estos momentos se clausura, comprueban que si hay en el mundo quienes se empeñan en destruir, hay también quienes anhelan edificar; que si hay quienes se obstinan en odiar, hay también quienes prefieren amar; que si hay quienes piensan en matar hay también quienes se esfuerzan por vivir y por hacer vivir. De suerte que la fórmula de "América para los americanos", puede ya sustituirse por esta otra: "América para la humanidad".

Discurso pronunciado en la sesión inaugural del Primer Congreso Nacional de Sociología y Medicina del Trabajo

13

LA ORGANIZACION PROFESIONAL

Permítaseme que mi primera palabra sea para dejar constancia de mi adhesión entusiasta al Museo Social Argentino y para formular una leal exhortación a cooperar en la obra fecunda que, con inspiración patriótica se propone intensificar y extender.

Y esta palabra sirva también para dar a entender el altísimo aprecio que me merece esta tribuna que levanta para que se hable al país; tribuna que acaba de ser enaltecida y aureolada por el pensamiento autorizado del funcionario eminente, del diplomático esclarecido y del legislador inteligente

y eficaz, tres amigos que, al hablar desde ella, han doblado el honor que me confiere y la responsabilidad que me impone.

Y he aceptado esta responsabilidad, no sin antes medirla, porque no me asistía el derecho de rehusarla ni como hombre, ni como sacerdote. Como hombre no debo negar mi concurso, por modesto que sea, cuando se trata del bien común. Y como sacerdote, no puedo desperdiciar la oportunidad generosamente brindada, de contribuir a la redención social con la sublime doctrina del Maestro que la reveló para la redención de la entera humanidad. Si al tratarse de la adopción de las nuevas formas exigidas por las nuevas reformas que nada ni nadie impedirá, el sacerdote se negara a intervenir, prefiriendo el aislamiento de su propia sacristía, perdería el derecho de salir a lamentarse, si las nuevas instituciones se organizaran sin o contra el espíritu cristiano.

He pensado también que la modesta contribución que se me ha pedido, resultará menos estéril si en vez de ser puramente literaria y teórica, logro que sea positiva y práctica. Las palabras son indispensables: sin ellas no es posible la transmisión del pensamiento. Pero creo que a fuerza de usar y de abusar de ellas, el pueblo se está volviendo escéptico respecto de su eficacia y acaso también, de su sinceridad. El pueblo se está convenciendo de que se habla mucho y se piensa poco. Mas, aun cuando se pensara tanto cuanto se habla, el pueblo ya no se conforma con oír lo que se dice, ni con saber lo que se piensa. Para decidirse, espera ver lo que se hace.

Vengo, en consecuencia, a decir algo de lo que me parece debería hacerse. Y me asiste el derecho de pensar que si logro el asentimiento de aquellos a quienes me dirijo, no lo habré merecido, ni por la convicción con que hablo ni por la sinceridad con que pienso, sino —y perdóneseme la inmodestia— por el empeño con que hago.

Hay en la hora presente algo que es sobremanera digno de ser erigido en ideal de las vidas capaces de responder al llamado de Dios y de la humanidad: es, el mejoramiento material y moral del pueblo. Y desde luego, el mejoramiento material. Los que se hallan habitualmente absorbidos por los atractivos de la vida mundana, de la vida social, de la vida científica, de la vida política y aun de la vida puramente religiosa, son susceptibles de padecer un equívoco acerca de

la realidad del estado de la mayor parte del pueblo. Pero los que se ponen en contacto con él, constatan que esa realidad es alarmante.

Aprovecho el resultado de un estudio hecho sobre censos oficiales por un especializado en la materia, de autoridad indiscutida, el ingeniero Alejandro E. Bunge, para demostrar con los hechos, la realidad que denuncio. En nuestro mundo proletario, hay 150.000 familias compuestas de matrimonios con varios hijos, que viven en una sola pieza. Estas 150.000 familias, en su casi totalidad, habitan en nuestra suntuosa Buenos Aires. Junto a la ciudad de la luz y, tal vez proyectada por ella, está la ciudad de la sombra. ¿Será necesario penetrar en esa sombra, para percibir las funestas consecuencias de orden físico, espiritual y moral de tales hacinamientos humanos, mejor dicho: inhumanos?

Un abismo lleva a otro abismo. La exigüidad de los salarios que resultan insuficientes aun para los alquileres de esos tugurios y para la nutrición y el abrigo —¿para qué referirme a la educación?—, plantea como consecuencia en las bajas esferas, el pavoroso problema que causas morales han originado en las altas. Diarios y revistas de responsabilidad señalan la alarmante decadencia que inevitablemente debe comportar, sobre todo en un país en formación y desarrollo, el hecho de la denatalidad. Y lo que sigue es peor: El censo, dice el autor que acabo de citar, me ha permitido comprobar algo mucho más serio y es que hemos entrado ya, inevitablemente, en la zona potencial de la despoblación. La tasa de crecimiento natural que fué en Buenos Aires de 20 por mil en el año 1902, ha descendido en forma implacablemente progresiva hasta llegar a 6 por mil. En 1930, los nacimientos en la capital ascendieron a 48.000. Desde entonces han ido bajando hasta 40.000. Dentro de 18 años, serán menos de 30.000. En ese próximo, en ese inmediato porvenir, la cifra de los nacimientos será superada por la de las defunciones. Entrego el comentario a la conciencia pública. Y añado esta sola observación: ¿de qué nos sirven los maravillosos adelantos higienistas, de qué nos sirven los abnegados esfuerzos pacifistas? ¿De qué nos sirve ahuyentar los espectros devoradores de la peste y de la guerra, si para empobrecer la sangre, debilitar la patria, despoblar el país, y diezmar el pueblo, se está sobrando la miseria material y moral?

* * *

Pero hay otro punto de vista que debe interesar si no a nuestra abnegación, al menos a nuestro egoísmo. Cuando el año pasado inicié una de las movilizaciones necesarias para el mejoramiento material y moral del pueblo, cuando me valí de la Asociación de la Aguja, adherida a la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas, para que junto con otras similares censaran las condiciones en que se debate el sector más castigado y no menos numeroso del pueblo: el de los millares de costureras a domicilio; después de comprobar la realidad inverosímil, hube de hacer esta denuncia: "¡Buenos Aires es una sociedad minada! Si las minas que denuncio, se hallan ocultas, no es sino para agrandar el peligro. Los millares de casos, engendrados por la explotación de la miseria, que se hallan no sólo en los suburbios, sino también en los fondos lúgubres de casas con apariencia a veces fastuosa en las barriadas del centro, ¡son otras tantas minas morales de las más aptas para los estallidos de las revoluciones sociales!"

* * *

En proporciones que no condicen con el decantado bienestar que en el concierto del mundo caracterizan la vida en nuestro país, se hallan difundidas las lacras ocasionadas por la exigüidad de los salarios de los hijos del pueblo. Cuando el paro o la enfermedad paralizan los brazos del que es el único sostén de esos pobres hogares, en ellos se entroniza la miseria. Y como no puede esperarse que en los terrenos áridos broten flores, no puede pretenderse que en la miseria germinen virtudes.

La influencia del espíritu sobre la materia y de la materia sobre el espíritu, es incalculable en el hombre.

Hay enfermedades físicas que para curarlas bastaría con sanar el espíritu y hay tempestades del espíritu que para aquietarlas bastaría mejorar el cuerpo.

Se dirá que a los que se debaten en la miseria les queda el recurso de la resignación cristiana. Téngase presente que quien habla es un Obispo. Y bien: como Obispo no tengo reparo en afirmar, que, establecer como norma explotable esa resignación, es inhumano y por eso es también anticristiano.

Todas las servidumbres, las que oprimen los cuerpos y las que esclavizan las almas, son de origen humano y de elaboración artificial. En esta materia, lo natural, lo divino, es la liberación. Nuestro Dios es el Dios de la libertad. "Ubi spiritus ibi libertas". En nombre de Dios tenemos no sólo el derecho sino también el deber de luchar para romper todas las coyundas que sujeten a nuestros hermanos al yugo de cualquier despotismo y de romper las cadenas con que los aherroje cualquiera tiranía.

Es necesario hablar y proceder así, para no hacerse cómplice de la calumnia de los que dicen que la religión es el opio del pueblo... Si al Evangelio se le utilizara para eso, se lo profanaría con un sacrilegio, porque siendo como es el código divino que consagra la dignidad de la persona humana, se lo haría servir para imponer el más ignominioso de todos los servilismos, que es el servilismo de las conciencias.

* * *

He dicho que las situaciones de miseria creadas por los abusos de los hombres, son evitables y que deben evitarse. Añado que es posible y que es indispensable. ¿Cómo? ¿Por medio de la beneficencia pública y privada? ¡Imposible! Aparte de la carencia de los caudales que para ello serían necesarios, un tal sistema sería semejante al de ciertas inyecciones que tonifican al paciente sin conjurar la causa de la enfermedad. ¿Y por qué se ha de tolerar que la injusticia continúe multiplicando las víctimas que luego debe auxiliar la caridad? ¿Puede la caridad servir de pantalla tras la cual opere la injusticia?

Además, nunca se debe confundir la caridad con la dádiva. La caridad es siempre necesaria. Eternamente necesaria. Necesaria hasta para hacer realizable la justicia. Pero vuelvo a repetir: no se confunda la caridad con la limosna. Puede haber caridad sin limosna y puede haber limosna sin caridad.

Y ¿cómo? ¿Cuál es el medio? A mi modo de ver, hay uno solo: el de las organizaciones profesionales. No el de los sindicatos de lucha y resistencia sistemática; sino de la coordinación y de la armonía. No los exclusivamente horizontales, sino los verticales. Los que organizan la entera profesión, sin-

dicando autónomamente a los empleados y autónomamente a los patrones, y estableciendo luego con representantes de ambos, las comisiones mixtas o las comisiones paritarias.

De esa manera, se entra en la senda que conduce a la pacífica solución de los conflictos, a la equitativa fijación de los salarios y al perfeccionamiento técnico, el mejoramiento material y la elevación moral de los asociados. Es de actualidad el ensayo de la gestión realizada por la Comisión paritaria que entiende en la fijación del salario de la costurera a domicilio. Sin violencias y sin imposiciones, costureras que sólo percibían setenta centavos diarios, podrán ganar cuatro pesos con cincuenta centavos a base de su rendimiento en ocho horas de trabajo.

El salario, que es uno de los mejores canales de la distribución económica y tiene profundas repercusiones en el bienestar colectivo, no será justo mientras no sea establecido por la conformidad conjunta de las organizaciones obreras y de las organizaciones patronales bajo los auspicios del derecho público.

Los hechos están demostrando que este procedimiento está siendo ya una necesidad institucional. La Constitución argentina, en el artículo 14, declara que el derecho de trabajar y el de ejercer las industrias lícitas ha de conformarse a las leyes que reglamenten tales actividades. En consecuencia, el Congreso posee atribuciones para dictar una ley orgánica del régimen sindical que regule la vida económica de las asociaciones obreras o patronales o de ambas a la vez.

Es evidente que, para la realización de la empresa, no es necesario aguardar a la ley. El problema, el pavoroso problema no es de mañana, es de hoy. ¿Cómo se alcanza a mejorar las condiciones materiales y morales del millón de familias de obreros y de empleados que existen en el país, si no se las asocia? ¿Y cómo se las asocia si no se las interesa? La ciencia experimental tiene numerosos y decididos partidarios. ¡Enhorabuena! Hágase la experiencia y yo aseguro que el bienestar material y moral del pueblo que será de inmediata consecuencia, resultará auspicioso para la democracia. No se me oculta que es más fácil y sobre todo más cómodo abominar de las deficiencias de la democracia, que resolverse a trabajar abnegadamente para perfeccionarla y elevarla. ¡Pero he ahí el problema!

El ambiente de la época parece inducir a los hombres al afán de la lucha y al empleo de la fuerza.

Pues bien: sea bienvenida esa disposición a asumir actitudes belicosas. Pero digo a mis compatriotas, cualesquiera que sean sus ideas sociales, sus preferencias políticas y aun sus convicciones religiosas, que no nos dejemos seducir por los heroísmos falsos, por los heroísmo baratos. Seamos héroes, pero no con el heroísmo resultante de los esfuerzos puestos al servicio de problemas artificiales, de problemas importados, sino de problemas genuinos, de problemas nuestros, que los tenemos reales, grandes, urgentes como son los que plantea el positivo mejoramiento material y moral de nuestro pueblo.

La ley suprema es la salud del pueblo. Termino incitando a todos en nombre de esa ley a que aunemos voluntades, arrimemos los hombros y nos demos las manos, sin restar energías, sin dividirlas, sin seccionarnos en grupos, en clases, en castas o en razas.

Discurso pronunciado en el acto inaugural de la Gran Campaña Social, en el Teatro Nacional de Comedia, el 24 de octubre de 1938

14

LA LIBERTAD FRENTE A LA AUTORIDAD

El Excelentísimo señor Presidente de la Nación, al autorizar y prestigiar con su presencia esta disertación, junto con la de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, obliga mi gratitud en forma extraordinaria.

Y yo quiero pagar esa deuda, con el empeño de expresar con la mayor precisión y claridad las verdades inherentes a este tema: "La libertad frente a la autoridad".

Pienso que uno de los más cabales homenajes de cuantos pueden tributarse a un gobierno, es el de hacer pública la convicción que uno tiene, de que esas grandes verdades pueden proclamarse en su presencia, sin eufemismos y sin reticencias.

Hace un año me vi en el caso de enunciar desde un alto escenario en Chicago, algunos de los principios sobre los cua-

les habrá de establecerse el mundo nuevo. Dije entonces que aquéllos los derivaba de tres fuentes que son las más autorizadas y más puras: El Evangelio, las Encíclicas Pontificias y la Constitución de mi patria.

Desde el alto escenario de esta Cátedra, levantada por la Academia que hace hoy su presentación oficial, me complazco en reiterar aquella misma afirmación.

Pero antes de entrar en materia, cumplo con un deber de justicia al hacer esta declaración: ni allá ni acá ha intentado nadie hacer valer su influencia para que dejara de dar a Dios lo que es de Dios, puesto que unos y otros saben que, fiel a la fórmula completa de mi Divino Maestro, jamás he dejado ni podré dejar de dar al César lo que es del César. Hay dos cosas que deben inspirar repugnancia: la adulación y el miedo. ¡Para ser heraldo de la verdad, no se puede ser ni ambicioso, ni cobarde!

* * *

Con esta introducción entro en materia.

Conviene tener una noción clara y exacta del contenido de la palabra "Libertad", cuyo eco es quizás el que remueve más hondamente la naturaleza humana.

La humanidad, por mucho que se sienta vencida, doblegada y aun esclavizada, se yergue y se presta a lanzarse hasta llegar a cualquier extremo, para recobrar la libertad.

La libertad es el ideal humano por el cual se realizan más heroísmos. Por eso resultan peligrosos en extremo, los errores acerca de su noción.

Considero que en esta hora de tanto confusionismo, una de las más eficientes contribuciones del pensamiento es la de exponer y difundir la noción exacta de las ideas madres de la civilización cristiana, una de las cuales es la libertad.

* * *

¿Qué es, pues, la libertad? Dejemos por ahora de lado sus aplicaciones diversas en el campo de la política, de la economía, de la enseñanza.

Procuremos adquirir la verdadera noción de la libertad en sí misma: la libertad esencial, la libertad del alma.

Observada en su esencia, la libertad puede definirse así: la facultad inherente al espíritu, en cuyo virtud el hombre puede decidirse por sí mismo, sin ninguna coacción interior o exterior.

La primera condición de la libertad es, por lo tanto, la plena posesión de sí mismo, con prescindencia absoluta de toda imposición. Es lo que entendemos por la libre determinación, el libre albedrío.

¿Pero es esto todo? ¿Un estado de irresolución permanente, podría ser considerado como la libertad perfecta? Si no se pasara de la potencia al acto, la libertad sería una quimera, una simple ilusión. Ese estado de suspensión o de indecisión debe necesariamente terminar, para ser complementado con el acto de la elección.

Ahora bien, esta elección puede ser del bien o del mal. Y aquí es llegado el momento de preguntar: ¿La libertad será completa y perfecta, lo mismo en un caso que en otro?

Optar por el mal es decidirme por lo que es contrario a la ley superior de mi ser, que me destina a mi perfeccionamiento moral; es someterme a aquello que yo debo dominar, es decir: mis apetitos inferiores, mis sentidos, mis pasiones. Y esto es la claudicación de la libertad bajo la exigencia de una coacción interna.

La coacción externa proviene de la amenaza, la violencia, la fuerza. La amenaza que intimida, la violencia que oprime, la fuerza que tortura.

La coacción interna procede de las propias pasiones: la avaricia, la ambición, la voluptuosidad; la avaricia del oro, la ambición del poder o de la gloria, la voluptuosidad del espíritu o de la carne, o, lo que es lo mismo, según la frase evangélica, la concupiscencia de la vida.

En la misma medida en que la voluntad cede a las pasiones, éstas se robustecen. Las pasiones bien regidas son servidoras insuperables; pero dejadas en rebeldía se truecan en tiranas implacables. La voluntad se debilita progresivamente hasta que pierde todo su poder. Las pasiones le arrebatan el cetro. El hombre dentro de sí mismo deja de ser rey: se convierte en esclavo.

¡Ah!, cuando la coacción contra la libertad proviene de afuera, no siempre nos humilla; por el contrario, en ciertas circunstancias nos vuelve heroicos y nos reviste de gloria.

Pero la servidumbre que procede de adentro, es decir, del propio sometimiento, nos envilece y nos cubre de ignominia.

Forman legión, sin embargo, los que reaccionan con vehemencia contra la opresión exterior y se someten a la interior que veja y anula la verdadera libertad, porque la libertad es como la salud: se desvirtúa y se pierde con el abuso y los excesos.

* * *

Coloquémonos ahora en esta otra hipótesis: si yo opto libremente por el bien, tomo la senda que me conduce a mi grandeza moral, a la vigorización de mi voluntad, al perfeccionamiento de mis facultades espirituales, a la dignificación de mi persona, en una palabra, al reinado de la verdad en mí. Y si el error es siempre una servidumbre, la verdad, en cambio, es una liberación: "verita liberabit vos". "Es la verdad quien os hace libres". Y si el destino superior de la persona humana es tender hacia lo verdadero, lo bello, lo permanente, es decir, hacia lo más alto, que es Dios, venimos a terminar en la sublime definición que da Séneca de la libertad: "Obedecer a Dios, he ahí la libertad". Y esta definición adquiere todo su hondo significado, al confrontarla con la que da Jesucristo de la servidumbre: "Vivir en pecado, he ahí la esclavitud".

* * *

¿Y de dónde nos viene la libertad? De donde nos viene la vida: de Dios. La libertad no se mendiga, ni se compra. Se nace con ella. Es por lo tanto un derecho natural, un derecho divino, contra el cual no puede alzarse ningún derecho humano. La libertad está protegida por la inviolabilidad, tanto como la vida. La libertad es la condición de la perfectibilidad humana. Sin libertad no son posibles ni la virtud, ni el heroísmo, ni la santidad, ni el martirio. El cristianismo está fundado sobre ella. Dios no quiere reinar sino sobre los libres: "Sobre los que sacudieron el yugo de la esclavitud de la corrupción y conquistaron la gloria de la libertad de los hijos de Dios" (San Pablo a los romanos, VIII, 21). El Evangelio es la Constitución de la libertad.

"Responsabilidad y libertad —dice Estrada en su Derecho Constitucional— son los dos grandes principios que hacen del hombre un ser moral. Supóngase suprimido cualquiera de ellos; supóngase que el hombre no es libre, que el hombre no es responsable y todo el orden moral se desploma". Y porque la misión de la Iglesia es la de establecer el orden moral y la de impedir que se desplome, es ella la institución que más denodadamente ha defendido, defiende y defenderá, en toda circunstancia, la libertad.

* * *

La Iglesia, al defender la libertad de sus hijos esparcidos por todo el universo, defiende la propia.

Cuando Nuestro Señor Jesucristo fué conducido ante el tribunal de Pilatos, no ignoraba que su juez era un representante del César, cuyas manos detentaban el poder del mundo.

Pilatos le pregunta: "¿Tú eres rey?" Jesucristo responde con esta afirmación solemne: "Tú lo has dicho". Y agrega: "Pero mi reino no es de este mundo". Es decir: pero no tengas miedo. Puedes asegurar al César que el reino que yo he venido a establecer no es para competir con el suyo. Todo lo contrario: mis súbditos, que se multiplicarán por todo el universo, no derrocarán el poder temporal, antes bien, lo acatarán con sumisión y no por miedo, sino por conciencia: "propter conscientiam". Pero también debes agregar, que mi reino, por no ser de este mundo, queda sustraído al alcance y a la fuerza del suyo y de todos los Césares que han de sucederle, porque mi reino es de orden sobrenatural y se establecerá sobre espíritus completamente libres.

La Iglesia en realidad nunca ha tenido miedo de la fuerza. La historia nos enseña que ha salido siempre más libre y más vigorizada por los despojos, la corona de espinas y los azotes, que por la púrpura y el oro con que pretendieron cubrirla tantos poderosos de la tierra.

* * *

Pero no es sólo la fuerza quien puede atentar contra la libertad; es también la ley. Y yo temo más los efectos de la ley que los de la fuerza. La fuerza no alcanza más que

hasta el cuerpo, y el cuerpo sin alma, es una porción de materia que ni vale nada, ni sirve para nada. Pero la ley toca el espíritu y por eso inquieta el alma y conturba la conciencia.

Entre nosotros ha habido leyes atentatorias contra la libertad sancionada por la Constitución. No es ésta la oportunidad de denunciarlas ni de combatirlas. Pero me basta con señalar el hecho, para afirmar que puede haber leyes liberticidas, como puede haber fuerzas libertadoras. Y en las actuales circunstancias podría yo preguntar: ¿Por qué estas fuerzas, no podrían ser libertadoras de aquellas leyes liberticidas?

Sabemos que el fin, por santo que sea, no justifica los medios. También sabemos que la fuerza es en sí misma un medio indiferente. Si se la emplea para oprimir el derecho, se hace abominable. Y si se la utiliza para libertarlo, se vuelve redentora. Ahora bien: la nueva doctrina del abuso del Derecho y la del Derecho Social, contiene en sus entrañas la liberación de lo que eminentes jurisconsultos llaman "el fetichismo de la ley".

Las exigencias incontenibles de la justicia social destinada a ser el alma del mundo nuevo, rechazan la tradicional separación entre el Derecho y la Moral. Se inicia la época del renacimiento del derecho. Y, en adelante, el derecho que pretenda imponerse por la ley, no podrá prescindir del derecho que existe antes y más allá de la ley escrita, antes y más allá del mismo Estado.

* * *

¿Cuál es la posición de la libertad frente a la autoridad?

A fin de proceder con lógica y también con claridad, trataremos de adquirir la noción exacta de la autoridad, como la hemos procurado de la libertad.

¿Qué es autoridad? Recordemos la raíz latina de la palabra: "Auctoritas", del verbo "Augere": crecer, sobresalir, superar. Podríamos definirla así: la autoridad es una superioridad a la cual se debe obediencia y veneración. ¿De dónde proviene esa superioridad? ¿Puede dimanar del nacimiento, de la riqueza, de la virtud, de la santidad? ¡No! Ninguno de estos atributos es capaz por sí solo de engendrar la autoridad. El hombre, por noble, rico, virtuoso y santo que sea, es esencialmente igual a otro hombre y, en consecuencia, demasiado pequeño para reclamar obediencia y veneración de su seme-

jante. Todo hombre podría contestarle: ¿Por qué yo habría de obedecer a ti y no tú a mí?

La autoridad procede, como de fuente única, de la omnipotencia de Dios, y reside en la frente humana, tocada, ungida y nimbada por uno de sus divinos destellos. La autoridad procede de donde dimana todo bien necesario y esencial: de donde viene la vida, de donde viene la libertad: de Dios. Dios es la Omnipotencia creadora, y "de Dios procede toda potestad", dice divinamente inspirado el Apóstol, "non est potestas nisi a Deo". La autoridad religiosa, la autoridad civil, la autoridad paterna, de las cuales son derivaciones todas las demás autoridades, son tres destellos que proceden de la misma Omnipotencia y que, por conductos diversos, tocan la frente del hombre, ungiéndola con esa soberanía que provoca obediencia y veneración en otros hombres que por naturaleza le son semejantes.

* * *

He incluído en esas tres categorías a la autoridad civil. La autoridad civil, es absolutamente necesaria.

No puede concebirse sociedad alguna sin orden y sin unidad. Y ¿quién puede crear la unidad y mantener el orden? Sólo lo autoridad. La autoridad hará que millones de individuos y de familias diferentes entre sí, formen una Nación simbolizada en una bandera y hará también que los intereses que los dividen y a veces los oponen, se desenvuelvan en una convivencia ordenada y tranquila.

Las familias vivirán, trabajarán y dormirán seguras dentro de los muros del hogar y dentro de las fronteras de la patria, porque saben que se hallan protegidas por la inviolabilidad, y que esa inviolabilidad está custodiada por la autoridad.

Pero, ¿de dónde procede esa autoridad? ¿Diremos que también procede de Dios? Sí, de Dios, como de única fuente originaria de toda autoridad. Cuando Pilatos dijo a Jesucristo: "¿No sabes que tengo poder para condenarte y para liberarte?"; le respondió: "No lo tendrías si no te hubiera venido de lo alto".

Pero, ¿y el pueblo? El pueblo, es decir, la sociedad, tiene el derecho natural de designar el hombre en quien ha de residir la autoridad; pero esa autoridad dimana de Dios. El

pueblo hace la indicación y, si se quiere, también la ratificación. Y la hace en virtud de un derecho natural, es decir, de un derecho que procede de Dios y que por lo mismo es inviolable. La responsabilidad que comporta ese derecho, es tremenda y por eso exige que se hagan todos los sacrificios necesarios para elevar al pueblo a la altura exigida por su ejercicio. ¡He ahí el gran deber de la democracia!

No hay en el mundo doctrina tan respetuosa de la dignidad de la persona humana, como la doctrina del Evangelio, porque radica la obediencia que se debe al hombre, no en el hombre, sino en Dios.

* * *

¿Cuál es, pues, la posición de la libertad frente a la autoridad?

La primera parte del camino la he andado como sobre cenizas calientes; esta última deberé recorrerla como sobre brasas. Lo haré con toda discreción y también con toda libertad. No sería digno de haber hablado de la libertad para enaltecerla, si luego tuviese miedo de emplearla.

Empiezo por afirmar que la libertad y la autoridad no son facultades antitéticas, ni excluyentes la una de la otra; sino por el contrario, subsidiarias y complementarias. Su posición, por lo tanto, no debe ser de resistencia y mucho menos de hostilidad, sino de coordinación y de tutela.

La libertad nada tiene que recelar de la autoridad, así como la honestidad nada tiene que temer de la policía, ni la honradez de la justicia.

La libertad puede y debe temer a la autoridad, sólo cuando incurre en excesos; es decir, cuando se desvirtúa, cuando deja de ser libertad para convertirse en licencia. Y en este caso es bueno, es necesario que se haga presente la autoridad, a fin de que reprimiendo inexorablemente los excesos, quede reajustada la libertad de quien los comete, y restablecida la de quien los soporta.

Cada hombre libre siente que de la entraña de su naturaleza inclinada al abuso, surge la necesidad de una autoridad con suficiente imperio para decirle: "¡Detente, puedes abusar, pero no debes! Non licet". Y comprende mejor aún,

cómo la necesidad de la autoridad surge también de la libertad de su prójimo, sobre todo si es más fuerte que él.

Es que no hay que confundir libertad con independencia. Una cosa es ser libre y otra, independiente. No hay ser humano, por muy abajo que se halle colocado, que si quiere no pueda sentirse libre; ni hay hombre, por muy alto que haya ascendido, que pueda considerarse independiente.

La libertad como la vida tiene sus normas, de las cuales nadie tiene derecho de prescindir. Y si ha podido decirse que no hay derecho contra el derecho, también debe proclamarse que no hay libertad contra la libertad.

Fundado en tales antecedentes, puedo sacar esta conclusión: ¿Cómo se reprimirían los excesos de la libertad, si no hubiese autoridad? Y ¿qué objeto tendría la autoridad, si no existiese la libertad? ¡De donde se sigue que libertad sin autoridad, es anarquía, y autoridad sin libertad, es despotismo!

Llegado aquí, paréceme si no necesario, al menos conveniente, hacer notar que no es lo mismo autoridad que fuerza. Puede haber autoridad sin fuerza y puede haber fuerza sin autoridad. La autoridad sin fuerza es inoperante, la fuerza sin autoridad es deprimente.

La defensa de la libertad exige que haya autoridad con fuerza y fuerza con autoridad.

* * *

Me cabe la honda satisfacción de haber iniciado desde hace más de cuarenta años, sin haberla interrumpido jamás, la defensa de la libertad y de la autoridad.

Cuatro décadas constituyen un espacio apreciable en la vida de un hombre; pero demasiado exiguo para la de los regímenes políticos y los sistemas económicos y sociales. ¡Cuán efímeros han sido algunos de éstos, cuando el apostolado de mi palabra y de mi acción, ha debido enfrentarse con cuatro de ellos sucesivamente!

Me inicié haciendo mis primeras armas, junto con otros intrépidos colegas, contra el liberalismo, algunas de cuyas aplicaciones en diversos órdenes de la vida, eran otros tantos excesos que comportaban una deformación completa de la libertad.

Muy luego, al iniciarse este siglo, debimos debatirnos con-

tra el anarquismo que hizo su presentación en el mundo pretendiendo abatir toda autoridad y conculcar toda soberanía. ¡Vive aún en la memoria de muchos, el doloroso recuerdo de los prolegómenos de la celebración de nuestro centenario del año 1910, cuando intentóse anegarlo en sangre; y el recuerdo glorioso de la reacción, cuando la juventud, congregada al pie de la estatua del Libertador, en el éxtasis de su exaltación patriótica juró conmigo no permitir que tremolara victoriosa ninguna bandera roja, símbolo de odio y de muerte, fuera de la celeste y blanca, emblema de amor y de vida, cuando la hubiésemos enrojecido con la sangre de nuestras venas en defensa de nuestra libertad!

Diez años más tarde, debimos enfrentarnos con el Comunismo, que hizo irrupción en nuestra tierra virgen, sembrando el pánico en toda la Capital de la República. Al temple genuinamente argentino de un gran soldado de la patria, a quien aún no se ha hecho justicia, se debió que no sucumbiera, al menos durante ese trance, el gobierno mismo de la Nación. Y apenas repuestos de aquella convulsión social, opusimos a la semana roja de enero de 1919, la semana blanca de la gran colecta nacional, destinada toda entera en beneficio positivo del pueblo, iniciándose, entre otras cosas, la construcción de cuatro barrios de viviendas económicas.

No había pasado una nueva década, cuando comenzó a forjarse el totalitarismo, en sus formas diversas, con el confesado propósito de oponerse al comunismo. Y henos aquí erguidos de nuevo contra la absorción de las libertades individuales y colectivas. En realidad, fácil nos fué comprobar que comunismo y totalitarismo eran poco más o menos la misma cosa. Son extremos que se tocan. Son el anverso y el reverso de una misma falsa moneda. Con esta sola diferencia: el comunismo la forja desde abajo y el totalitarismo desde arriba.

Nos ha tocado presenciar el nacimiento, el desarrollo y tal vez el fracaso de tales regímenes y sistemas. ¿Por qué han resultado tan efímeros? Porque son construcciones en las que intervienen elementos puramente materiales. Son cuerpos sin alma, sin espíritu, organismos sin religión y sin libertad.

Y puesto que durante más de cuarenta años, he venido actualizándola de hecho, creo haberme conquistado en buena ley el derecho de hacer mía aquella frase de Estrada, a quien

podemos llamar "el santo de la palabra" como llamó Rojas a San Martín "el santo de la espada": "...Obedezco a mi conciencia defendiendo lealmente estas dos causas, inseparables a mi juicio, la Religión y la Libertad: la libertad robustecida y exaltada por la religión, la religión servida y fecundizada por la libertad!" (La Iglesia y el Estado, pág. 18).

* * *

De acuerdo con estos antecedentes, cuando las naciones se dispongan a echar las bases del Mundo Nuevo, la voz autorizada de la Argentina deberá hacerse oír para dejar establecido que ninguna Nación pueda trasponer las fronteras de otra para introducir o fomentar ideologías tendientes a implantar regímenes o sistemas contrarios a la letra y sobre todo al espíritu de su Constitución. No debe tolerarse que tales ideologías puedan ser patentadas como artículos de exportación.

En absoluta conformidad con el espíritu del Evangelio, la doctrina de la Iglesia, las normas de la Constitución y los dictados de la humanidad, estamos en franca oposición a todos los nacionalismos cerrados y excluyentes, fautores de rivalidades y discordias raciales e internacionales.

* * *

La argentinidad cristiana, en cambio, abre los brazos y el corazón a los hijos de todas las patrias, a los vástagos de todas las razas del mundo, que quieran convivir bajo su cielo privilegiado en busca de paz, trabajo y libertad. Pero a todos cuantos intenten venir a traficar con las mercancías de los extremismos importados, les hará retumbar en los oídos este eco de la voz misteriosa del Horeb: ¡Extranjero, por el suelo, por la sangre o por la ideología; quien quiera que seas y de donde quiera que vengas, antes de poner los pies en nuestra tierra descálzate, porque ella no quiere verse profanada ni con el polvo de los regímenes políticos, ni de los sistemas sociales contrarios al alma y al cuerpo de nuestra patria!

Tales son, entre otras, las advertencias que me parece hallarse contenidas en estas palabras de nuestro Presidente, pronunciadas en su discurso del 7 de agosto en la ciudad de Rosario: "¡Jamás ha pasado por mi mente y la de mis cola-

boradores, la idea, afrentosa para la patria, de implantar en ella cualquier sistema de gobierno que no responda a lo estatuído en la Constitución y a nuestra histórica tradición democrática!"

Hombres que representáis la autoridad, hombres del gobierno que habéis venido a escuchar a un hombre de la Iglesia, sean para vosotros mis últimas palabras:

Continuad haciendo todo cuando esté a vuestro alcance para mejorar la condición material y moral de nuestro pueblo, a fin de que se sienta cada vez más capaz y se haga cada vez más digno de utilizar para la grandeza de la patria, el patrimonio precioso y fecundo, legado por sus próceres: ¡la libertad!

¡Dominar a esclavos es doble ignominia; reinar sobre libres es doble gloria!

Excelentísimo señor Presidente: ¡que sea vuestra autoridad, la garantía de nuestra libertad!

Discurso preparado para inaugurar la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, el 29 de Octubre de 1943

15

HACIA UN MUNDO NUEVO

I

Nacido y formado en la República Argentina, aprendí desde mi infancia a venerar y bendecir a San Martín —en cuyo día, por una feliz coincidencia, emprendí mi viaje—, "el Santo de la espada", de quien Dios se valió para darnos con la Patria la libertad.

Respondiendo a un llamado de hermanos igualmente libres, he venido del Sur al Norte volando por el aire, el dominio hasta ahora más inviolado de la libertad, quizás por estar más cerca del cielo, de donde nos baja, y más lejos de la tierra, donde tan frecuentemente se la conculca.

Desde mi partida de Buenos Aires abrigué el propósito de que, al llegar a los Estados Unidos, el primer acto que había de realizar sería el de rendir este homenaje modesto,

pero espontáneo y fervoroso, a Jorge Wáshington, el Gigante Creador de la libertad del Norte que, por serlo, es también "el Padre de su Patria".

Y aquí, ante su tumba, convertida por la gratitud de sus hijos en el altar de su Patria, me es grato evocar su espíritu inmortal estremeciéndose de júbilo al ver cómo su gloriosa herencia se halla heroicamente custodiada por el Presidente Franklin Roosevelt, a quien ratifico desde aquí las palabras con que desde allá contesté su honroso mensaje de congratulación por el discurso pronunciado en la Universidad de Buenos Aires, sustentando nuestros grandes principios institucionales: "Ningún temor me detuvo, porque si alguna vez puede declinarse un derecho, nunca debe renunciarse un deber. Y el deber de expresarme así en esta hora crítica, me lo imponen el Evangelio, las Directivas Pontificias y la Constitución de mi Patria".

"La aprobación elogiosa de V. E. es, por muchas razones, de las más prestigiosas del mundo. La agradezco de todo corazón por la satisfacción que me causa, la honra que me dispensa y, sobre todo, por la trascendencia que confiere a los principios sustentados".

Y termino ahora, como entonces, augurando la merecida compensación a sus heroicos afanes humanos y cristianos.

Discurso pronunciado el 24 de agosto de 1942, sobre la tumba de Wáshington

II

Me ha sido confiada la grata misión de agradecer el saludo de bienvenida que la National Catholic Welfare Conference nos presenta, por medio de un intérprete tan autorizado, a cuantos hemos aceptado la honra y la responsabilidad de venir a participar de las deliberaciones de esta asamblea histórica por ella convocada.

El saludo nos emociona; pero declaramos que nos ha conmovido más hondamente la acogida fraternal que desde el primer momento nos habéis dispensado.

Sabíamos que ningún ciudadano perteneciente a cual-

quiera de los países de nuestro continente, debe ser tenido por extranjero en ninguna de las Naciones de América. Sabíamos que todos los católicos, cualesquiera que sean los colores de la bandera a cuya sombra hayan nacido a la vida divina, deben ser considerados como miembros de la gran familia espiritual cuyo jefe es Jesucristo. Sabíamos, en fin, que todos los hombres, cualesquiera que sean la raza o el continente de que inmediatamente procedan, vienen de la misma gota de sangre del viejo Adán, y por eso son prójimos del hombre, a quienes el nuevo Adán ordena amar como se ama uno a sí mismo.

Pero ¡cuán grato es sentirlo como, gracias a vosotros, lo estamos sintiendo nosotros!

Bajo los gratos auspicios de esta fraternidad tan promisora, haremos cuanto nos sea posible por colaborar con vosotros en el éxito de esta Asamblea, a la cual asignáis "una trascendencia como no la tuvo otra alguna en nuestro continente, desde hace cuatrocientos años". Los que somos del hemisferio sur, poblado de países tradicionalmente católicos, nos sentimos protegidos por la "Cruz del Sur". Los que sois del hemisferio norte, habéis pedido al cielo las estrellas que simbolizan vuestros Estados. Y bien: yo hago, en nombre de todos, este voto: ¡que la Cruz del Sur sea el mástil inconmovible y eterno, desde cuyo tope flamee victoriosa la bandera cuyas estrellas representen los principios bajados del cielo para servir de base a la justicia, la justicia a la paz y la paz al orden y al progreso del mundo!

Discurso pronunciado en Wáshington, el 24 de agosto de 1942, contestando al saludo del Presidente de la National Catholic Welfare Conference, Monseñor Edward Mooney, Arzobispo de Detroit, al iniciarse las deliberaciones del Seminario Interamericano de Estudios Sociales

III

Voy a pronunciar este discurso con el propósito de enumerar los principios sobre los cuales deberá establecerse el mundo que renazca de las cenizas de las actuales destrucciones, si ha de obtenerse algún bien de la crucial experiencia del

mal ingente de la guerra. No invocaré, para prestigiarlo, ninguna representación. La invocaría en vano. No la tengo. No invisto, ni la representación de la jerarquía política, ni de la eclesiástica de mi país. No soy más que un simple invitado de mis Hermanos en el Episcopado de la Jerarquía Eclesiástica de esta gran nación, hondamente preocupados en dar con la solución de la crisis de la humanidad, cuyas entrañas se destrozan y desangran en el alumbramiento de un mundo nuevo. Hablo, por lo tanto, aquí, como suelo hablar en mi patria. Para mí nada ha cambiado, fuera del escenario. El escenario desde el cual hablo ahora, es el más grande y más resonante de los escenarios humanos. Mi situación resulta cómoda y desembarazada. A nadie represento y a nadie comprometo.

Reducido así a las modestas proporciones que me corresponden, permítaseme presentar las credenciales en cuya virtud mi palabra puede tener la pretensión de ser oída y considerada: son las credenciales otorgadas por las más elevadas y auténticas autoridades morales que existen en el mundo: *El Evangelio, las Encíclicas Pontificias y la Constitución Nacional.* De esas fuentes procede mi palabra, y de ellas mismas se derivan los principios inconmovibles y eternos sobre los cuales deberá asentarse la reconstrucción mundial.

* * *

¿Cuáles son estos principios?

El primero es el de la *libertad.* La libertad, que es el don supremo de Dios hecho al hombre, después del de la vida. Tan sagrada es la obligación que pesa sobre todos de respetar la libertad, como la de respetar la vida. El hombre tiene el mismo derecho a la una que a la otra, porque le ha sido otorgada por el mismo Dios. Y, por fortuna, somos todavía muchos en el mundo los hombres a quienes importa menos dar la vida que perder la libertad, ya que sin libertad la vida no vale la pena de ser vivida.

El primer principio es, por lo tanto, el de la libertad. Y no sólo el de la libertad de los individuos, sino también el de la libertad de las naciones. ¡Cuán grato me resulta reivindicar este noble principio en nombre de las dos investiduras únicas que poseo y que no puedo, ni debo, ni quiero declinar jamás: las que me confiere mi doble carácter de Obispo Católico y de ciu-

dadano argentino! Como Obispo católico, proclamo la libertad como el patrimonio inviolable de todos y cada uno de los hombres del Universo, y como ciudadano argentino afirmo la inviolabilidad de la independencia de mi Patria, con la misma intrepidez con que afirman la de la suya, cada uno de los ciudadanos de las respectivas patrias, grandes o pequeñas, que pueblan la tierra.

* * *

El segundo principio es el de la *justicia*. El mundo que se va, venía siendo como el reino de la injusticia. Un individualismo sin entrañas, que para satisfacer su ambición insaciable, se había despojado de todo freno divino y humano, multiplicaba impunemente las víctimas entre los hombres, las clases y los pueblos. Los pueblos son muy tolerantes y muy pacientes con los errores políticos y los extravíos morales de las clases dirigentes. Pero cuando las injusticias multiplicadas les crean angustias económicas, y comienzan a sentirse acosados por la miseria, adelantan la hora de las rebeldías, los levantamientos y las revoluciones.

Debemos precavernos contra todas las injusticias políticas y sociales, y, sobre todo, económicas. A los resplandores siniestros de la conflagración actual, me considero autorizado a hacer esta pregunta, llena de graves sugestiones: ¿En qué pueblos han surgido los regímenes de fuerza contra los cuales se defienden los sistemas de libertad? ¡En pueblos que después de la guerra del 14, quedaron desilusionados, oprimidos, necesitados!

Hace poco tiempo, desde esta misma Nación, se ha levantado una gran voz para decir al mundo que el ideal por que se lucha es el de la "satisfacción de las necesidades". Bien está. Y creo que esto debe significar no sólo que los recursos de las naciones deberán distribuirse de manera que las exigencias de sus propias necesidades puedan quedar satisfechas, sin tener que recurrir a agresiones externas. Esto debe significar, también, que los recursos para las familias dentro de las naciones, tendrán que organizarse en forma tal, que sus necesidades domésticas puedan verse satisfechas, sin tener que apelar a agresiones internas.

Más trascendente que el espacio vital de las naciones en

el mundo, es el espacio vital de las familias dentro de los pueblos.

La justicia exige una más equitativa distribución de los bienes entre todas las familias del mundo, mediante la reivindicación de la justa retribución del trabajo, y eso vendrá por la revolución, si no llega antes por la evolución. El mundo, hasta ahora, no había querido escuchar esta admonición del Espíritu Santo: "Nihil proderunt thesauri impietatis: justitia vero liberabit a morte" (Sal. X - 1, 5). "De nada servirán los capitales acumulados sin piedad: sólo la justicia es quien librará de la muerte". Nosotros tenemos el deber de hacer todo lo posible para que la justicia se establezca en el mundo, por la evolución. Esto, indudablemente, exigirá renunciamientos; pero ya ha sonado la hora de hacerlos. Y para soportarlos y superarlos está a nuestra disposición la Caridad, la Caridad de Cristo. No son los acontecimientos actuales los que me urgen a predicar estas cosas. Las vengo anunciando desde hace más de veinte años. Están documentadas en el lema que elegí para mi escudo, cuando, después de la guerra pasada, Benedicto XV me confirió la dignidad episcopal: "In charitate et justitia pax". ¡La paz por la caridad y la justicia!

* * *

El tercer principio es el de la *democracia.* Yo admito que la democracia en no pocas naciones se ha desprestigiado. Pero pregunto: ¿Basta eso para justificar la abolición del régimen democrático? Cuando alguien enferma, lo que corresponde hacer no es matarlo, sino curarlo.

La democracia necesita un perfeccionamiento: nadie lo duda. ¡Pero perfeccionamiento no es sustitución! Abundan, por desgracia, en esta hora crítica del mundo, quienes se dejan seducir por el espejismo de un gobierno de fuerza, otorgando a la fuerza una virtud que ni la lógica ni la experiencia permiten aceptar.

Somos adversarios de todo régimen de gobierno de fuerza, y partidarios del sistema de gobierno con fuerza. No basta, en realidad, que un individuo o una nación posea derechos y tenga libertades. Es necesario una fuerza que los haga respetar. Hoy, más que nunca, debe grabarse en la conciencia de los hombres y en el alma de las naciones, la célebre fórmula

de Pascal. "La justicia sin fuerza es impotencia; la fuerza sin justicia es tiranía". ¡Es necesario, por lo tanto, hermanar la justicia con la fuerza, haciendo que lo justo sea fuerte y lo fuerte sea justo!

¿Por qué sostengo el principio del régimen democrático? Porque León XIII, en su Encíclica *Diuturnum,* anunció al mundo, en circunstancias históricas, que todos los regímenes políticos, ya de esencia monárquica, ya de republicana, son igualmente admisibles, siempre que dejen en salvo los derechos divinos y humanos. Y porque la Constitución de mi Patria a que debo formal sometimiento, como la Constitución Norteamericana a que se lo deben sus súbditos, y las Constituciones de los países hermanos de América, son esencialmente democráticas. ¡Y el dar a Dios lo que es de Dios nunca ha servido ni debe servir de obstáculo, sino de estímulo, para dar al César lo que es del César!

Sostengo, en fin, el principio de la democracia, porque es un sistema de gobierno que obliga moralmente a todos los hombres de corazón a trabajar por la elevación del nivel moral y material del pueblo, ya que ningún régimen político abre tanto las puertas a los hijos del pueblo para que lleguen a participar de las responsabilidades del poder, como el régimen democrático.

* * *

Por fin: la estabilidad pacífica del mundo nuevo, exige en nombre de la humanidad que, de una vez por todas, las naciones se decidan a contribuir con algo de su propia soberanía, para que surja de ello la *Sociedad Supranacional,* armada de los poderes necesarios para ser, en la cumbre de la comunidad universal, el tribunal supremo, inapelable, en los litigios internacionales.

El pacto de 1919 fué un ensayo imperfecto. No es justo culpar a sus autores, de aquella deficiencia originaria. La opinión pública en las diversas naciones no se hallaba preparada para consentir en los renunciamientos exigidos por la creación de una sociedad supranacional perfecta. Hoy las cosas han cambiado. Y si ello no fuere exacto, habría que hacerlas cambiar. La experiencia es tremenda. El desgarramiento mundial es espantoso. No nos damos cuenta todavía de sus pro-

porciones apocalípticas. Las destrucciones vandálicas del laborioso proceso constructivo de los siglos, y la sangre de millones de víctimas inocentes, claman, según la frase bíblica, desde la tierra. La historia de mañana no perdonaría jamás a los hombres de hoy, su falta de comprensión o de valor para hacer lo que se debe hacer. Todo consiste en conciliar dos tendencias aparentemente contradictorias: el internacionalismo y el nacionalismo. Es necesario decidirse a operar los extremos viciosos del uno y del otro. Hay que tener la valentía de condenar al individualismo donde quiera que se encuentre, no sólo en los hombres, sino también en las naciones. Y no solamente en las naciones débiles, sino también en las fuertes. No solamente en las pequeñas, sino también en las grandes. ¡Es muy profunda la convicción que tengo de la verdad que proclamo, y muy alto el auspicio con que cuenta, y por eso encuentro una excepcional complacencia al poderla anunciar desde el escenario gentilmente cedido en la Nación más grande y poderosa de la tierra!

Para gran consuelo nuestro y del mundo, creo que podemos presentir el advenimiento de esta realidad humanitaria y cristiana a través de las siguientes palabras pronunciadas por el Presidente de los Estados Unidos en diciembre pasado, al dar gracias por el voto de asistencia leal que le presentaron los Obispos de este país:

"Hemos de ganar la guerra, y en la victoria hemos de buscar, no la venganza, sino el establecimiento de un orden internacional, en el cual el espíritu de Cristo sea la norma de los corazones de los hombres y de las naciones".

¡Todo ello quiere decir que estamos en condiciones de aspirar a una paz que no sea específicamente ni germana, ni romana, ni sajona, ni americana, sino esencialmente cristiana, porque sólo así será comprensivamente humana!

Discurso pronunciado el 2 de setiembre de 1942, en la Asamblea celebrada en Chicago

IV

Paréceme que en estos momentos adquiere toda su significación la frase feliz de mi eminente colega el Obispo mejicano, Monseñor doctor Miguel Miranda, expresada en una de nuestras primeras deliberaciones. En 1492 Colón descubrió el Nuevo Mundo. Quienes ahora lo poblamos, al aproximarnos en Cristo, estamos descubriendo, en 1942, la capacidad de que disponíamos para crear un *Mundo Nuevo.*

En la mitad del recorrido realizado para completar el ciclo de nuestros estudios, hemos hecho un alto en Niágara Falls. El lenguaje humano carece de palabras para expresar el éxtasis que provoca el espectáculo de las cataratas. La visión queda deslumbrada ante el panorama gigantesco y policromo de las masas de agua que al precipitarse se visten con la blancura de la nieve, para estallar, al caer en el abismo, en el himno formidable con que cantan eternamente la Omnipotencia y Belleza del Creador. Son "voces aquarum", ¡las voces gigantescas y misteriosas de las aguas dominadoras del espacio convertido en Templo!

Por una de las sucesivas concesiones especiales con que nos distinguen constantemente los hijos generosos de esta gran nación, fuimos admitidos a inspeccionar las formidables usinas donde se aprovechan las energías de aquellas aguas. La transformación que allí se opera es otra de las maravillas de Dios realizada por medio de la inteligencia de sus creaturas, los hombres. Una porción relativamente pequeña del peso inmenso de las montañas de agua, produce la electricidad suficiente para proporcionar luz, movimiento, calor y fuerza, creadores de la vida exuberante que tanto sorprende, en una comarca de una extensión inmensa.

Esto me hacía pensar en otra energía que hasta ahora no se ha aprovechado: ¡la del catolicismo de todos los hermanos de América! Ella es infinita porque es divina: ¡pero hasta ahora ha permanecido inexplotada! ¡Se debe a la jerarquía eclesiástica norteamericana, y en especial a los esclarecidos Obispos que constituyen la National Catholic Welfare Conference, la gloria de este descubrimiento que pasará a la historia! Nosotros hemos venido, respondiendo a su invitación. Nos hemos entregado a la tarea volcando en ella toda nuestra inteligencia y todo nuestro corazón, sin prejuicios y sin

reservas. Durante toda ella hemos mostrado lo que somos: ¡hermanos! Y gracias a ello, hoy, al terminar nuestras deliberaciones, puedo decir, interpretando a todos, que el buen Dios se ha servido de nosotros para dar una nueva demostración de la eficacia infinita de la caridad de Cristo, porque si toda América y todo el mundo hubiesen podido observarnos, habrían tenido que exclamar, al comprobar la cordialidad que hora tras hora ha ido volviéndose más fraterna, y por eso mismo más fecunda: "ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum". ¡Cuán grata y cuán benéfica resulta la unión entre los hermanos!

Nosotros estamos satisfechos porque, en nuestra modestia, hemos dado cuanto hemos podido. Las horas críticas y decisivas que vivimos, no admiten regateos. Dios y la humanidad exigen, para la salvación común, que cada uno dé lo que tiene, y luego de haber dado lo que tiene esté resuelto, si es necesario, ¡a darse a sí mismo! Es necesario imitar el gesto de la Magdalena: después de volcar todo el perfume, hay que estar dispuesto a romper el vaso de alabastro que lo contiene, para demostrar que uno no quiere guardarse nada en provecho propio. En nuestra tarea no hemos tenido para nada en cuenta nuestro bien personal, ni hemos propugnado con exclusividad por el bien de nuestra patria, ni por el bien de América, ¡sino por el bien de la humanidad! Nos ha impulsado el anhelo vivísimo de que termine su agonía y recobre la salud que sólo puede venirle de Jesucristo, porque "non est in alio aliquo salus", ¡fuera de Él, nadie puede devolverle la salud!

Estamos, además, satisfechos porque nuestros ilustres invitantes nos han dado la evidencia de que también lo están. No sé si sus esperanzas fueron tan grandes como su preocupación por auxiliar a la humanidad en su crisis total. Creo que no, porque los he oído expresarse llenos de júbilo, en el sentido de que el éxito las sobrepasa infinitamente, para bien del mundo. ¡Loado sea Dios!

En el estudio de la crisis y de su solución, hemos llegado a sugestiones prácticas, a la luz del Evangelio y de las Encíclicas Pontificias que lo actualizan. Ellas contemplan en sus órdenes diversos la vida individual, doméstica, nacional e internacional, según las normas claras y seguras del catolicismo integral. Ellas serán elevadas, según corresponde, a la Na-

tional Catholic Welfare Conference, a quien toca decidir acerca de la oportunidad y conveniencia de su publicación.

Quedan, pues, desbrozado el terreno, abierto el surco, depositada la semilla y regada con el sudor de nuestro afanoso trabajo colectivo. El resto no depende de nosotros, sino de la bendición de Dios, que imploramos con humildad y con fervor, porque es ella quien posee la virtud de fecundizar. "No es el que siembra ni el que riega, quien fecunda, sino Dios".

Antes de separarnos, después de haber colaborado tan íntimamente unificados, debo, en nombre de todos, rendir el tributo de un homenaje que nos parece de justicia. En el Seminario Interamericano ha colaborado un número de caballeros a cuyo cargo ha estado toda la marcha del complicado mecanismo montado para la ejecución de la tarea de las mañanas, tardes y noches, durante las continuas asambleas. Juntamente con ellos, ha compartido la labor abrumadora un conjunto de empleadas admirables. Ellos han sido las usinas transformadoras de energías. Su inteligencia, su técnica, su abnegación, su piedad, no sólo nos ha facilitado todo, sino que nos lo ha vuelto llevadero y agradable. Nos han edificado y nos han estimulado. Sentíamos, por tanto, la necesidad de hacerlo público y de rendir, como lo hacemos al terminar, nuestro justo y cordial homenaje a los que han sido, en esta gloriosa cruzada, "el Soldado Desconocido".

Discurso pronunciado en Wáshington el 12 de setiembre de 1942, al terminar las deliberaciones del Seminario Interamericano de Estudios Sociales

DECLARACION DE PRINCIPIOS

Del Seminario Interamericano de Estudios Sociales, promovido por la National Catholic Welfare Conference y efectuado en los Estados Unidos de América, desde el 24 de agosto hasta el 12 de setiembre de 1942

I

La crisis de nuestra civilización, que culmina actualmente en la guerra, es, ante todo, una dolencia moral derivada de un falso concepto del hombre, y del olvido práctico de su origen, su destino y su misión en la tierra. Tiene, por lo tanto, raíces teológicas, y no podrá encontrar una saludable solución, sino mediante la restauración efectiva de una concepción íntegramente cristiana del hombre y de la vida individual y social. El origen remoto de esta crisis se halla en la ruptura de la unidad cristiana y en el renacimiento pagano.

II

La unidad y la igualdad de derechos de la especie humana son corolarios de una común naturaleza, creada por Dios, ennoblecida por la Encarnación del Verbo, redimida por Cristo, sin distinción de razas, ni categorías de ninguna especie, y llamada por el mismo Mensaje Evangélico a idéntica salvación. Este es el cimiento de toda cultura integral. Consiguientemente, los sistemas políticos y las doctrinas pretendidamente filosóficas que niegan la igualdad y rompen la unidad entre los hombres, así como las empresas de dominación y las persecuciones derivadas de una discriminación racial o religiosa, son inhumanos, anticristianos y bárbaros.

III

Cada hombre, sujeto racional, libre, hijo de Dios, redimido por Cristo y heredero de su gloria eterna, responsable de su destino propio, tiene una personalidad intransferible y una misión exclusiva que no debe declinar y que sólo él mismo, con la gracia de Dios, puede realizar. Para el cumplimiento de su fin, tiene prerrogativas personales, cuya integridad y ejercicio deben encontrar acatamiento y protección en todo orden social. Si bien es cierto que la familia, la sociedad civil y otros grupos naturales, tienen derechos frente a los individuos, que éstos deben reconocer y respetar, también la familia, la sociedad civil y los demás grupos naturales deben reconocer que su fin último consiste en procurar el necesario desarrollo de la personalidad humana. Es función del Estado realizar el bien común, es decir, asegurar condiciones justas de convivencia social, y dejar que los grupos naturales autónomos sir-

van, conforme a su naturaleza, a la persona humana, y ayuden a ésta a cumplir de la manera más perfecta posible, su misión terrestre y su destino sobrenatural.

IV

El Estado totalitario, es decir, el que niega u oprime la persona humana, su libertad y su dignidad, el que se erige como fin de sí mismo, y no como medio respecto del hombre y de las comunidades naturales, traiciona el bien común, y debe ser condenado por toda conciencia civilizada y cristiana. Aun sin aquella calificación específica, todo Estado opresor de la persona humana, perseguidor de sus prerrogativas esenciales, merece reprobación categórica.

V

Cualesquiera que hayan sido sus deficiencias en el pasado, la democracia se contrapone ciertamente al totalitarismo y, cuando está inspirada en principios cristianos, constituye un sistema en el cual los ideales de la vida cristiana son plenamente realizables. Tan sólo recientemente la democracia individualista ha empezado a reconocer lo que exige una vida normal de una nación, a saber, además de la autonomía de su gobierno, la existencia de una amplia red de instituciones autónomas: autonomía para la familia, autonomía para las industrias y profesiones, autonomía para la Iglesia, autonomía para las sociedades culturales. Todo es tan esencial a la verdadera democracia, como la misma autonomía del gobierno en la realización del bien común. Tal es la democracia orgánica y verdaderamente coherente, que debemos construir.

VI

Es inaplazable y necesaria una reforma social que, conforme a las enseñanzas de la Iglesia, y especialmente a las normas contenidas en las Encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno,* restablezca el concepto cristiano del trabajo, y asegure su justa remuneración, tomando en cuenta las cargas del trabajador como jefe de familia, la de seguridad económica contra riesgos y situaciones personales o exteriores que le impidan ganar su subsistencia, haga efectivo el acceso del mayor número de personas a la propiedad rural y urbana, garantice la libre organización de los trabajadores y, en general, realice las normas cristianas de la justicia y de la caridad, elevando las condiciones de vida de quienes carecen de bienes, y permitiéndoles un razonable y permanente bienestar. Es necesario que en las Américas se procure especial protección a los indios y a los negros.

VII

Nuestra aspiración es llegar a la paz social, suprimiendo la lucha de clases. A ello conducirá el establecimiento de corporaciones autónomas, tanto en las industrias como en las profesiones.

VIII

Conduce a fatales consecuencias el error de considerar la vida económica como independiente de la doctrina moral de la Iglesia. Persuadidos de que los principios fundamentales que sustentan todo programa sólido de acción social, pertenecen a la moral, sostenemos que deberían ser expuestos como parte integral del cuerpo de la Enseñanza católica, y ser insertados en los libros de texto.

IX

Ni la tierra ni los pueblos que la habitan tienen razón de existir para el individuo, ni para ninguna familia en particular, ni para ninguna nación. Dios dió la tierra y sus bienes a toda la humanidad, e hizo a los hombres hermanos. Hay una obligación que trasciende, al incluirlos, todos los derechos del individuo, de la familia y de la nación: es la obligación de desarrollar los recursos de la tierra, y distribuir estos bienes, en cuya creación el hombre coopera con Dios, para el bienestar cada vez mayor de toda la humanidad. Este principio abarca no sólo el derecho de cada nación a vivir prósperamente, sino, además, el de toda familia a igual bienestar dentro de cada nación.

X

La universalidad, atributo esencial del catolicismo, no puede estar en oposición con el más estricto cumplimiento del deber patriótico. De la misma manera que el particularismo egoísta condena a las naciones a un aislamiento nocivo, el desprecio de la realidad nacional, en el hombre de principios o valores universales, priva a éstos de articulaciones vitales y los hace inoperantes y nulos. Es lícito y necesario, especialmente en casos tan graves como la guerra, exaltar, fortalecer y poner en marcha las energías nacionales con extraordinaria intensidad. Mas no debe olvidarse que esto no autoriza el desprecio o el olvido de los principios universales, cuya superior validez permanece intacta. Es precisamente durante la guerra cuando debe procurarse con mayor empeño combinar y armonizar constantemente los ideales nacionales con el sistema de postulados, realidades y aspiraciones de carácter supranacional, propio de todo espíritu cristiano.

XI

Es indispensable una sincera colaboración internacional, para superar la crisis de nuestra civilización, y para organizar sobre bases firmes el mundo de la post-guerra. El particularismo egoísta que muchas veces fué la norma fundamental de la política de numerosas naciones, debe ceder el paso a criterios universales. Pero no basta un método, es preciso un espíritu nuevo como principio rector de la vida internacional, para evitar la reincidencia en objetivos, sistemas y procedimientos que fueron premisas de la actual catástrofe. Una clara jerarquía de valores, basada en el primado del espíritu, debe ser proclamada como fuente de normas concretas de convivencia internacional, cuya guarda, aplicación y sanción habrá de asegurarse por la asistencia coordinada, continua y eficaz, de todas las naciones civilizadas. La implantación para todos los pueblos de un orden justo y libre es el fin y justificación de la guerra: no la venganza.

XII

Las bases formuladas por Su Santidad el Papa Pío XII, en su alocución de la Navidad de 1939, señalan el camino imprescindible para una paz verdadera y permanente.

XIII

Además de la organización de un régimen mundial, es necesaria la organización económica del mundo y de cada nación. Es menester subordinar el orden económico al bien común de la humanidad. La forma de organización debería ser tal que mantenga la libre organización del comercio, del trabajo, de la agricultura y de las diversas profesiones, pero asistida y vigilada por los gobiernos.

XIV

Siendo las causas más profundas de la presente crisis, causas de orden moral y espiritual, no será posible una verdadera superación de la crisis sin una efectiva y amistosa colaboración, en todos los países, entre los poderes civiles y religiosos.

XV

A pesar de que los pueblos de las Américas habían logrado ya su independencia política, nos hemos sentido, por generaciones —como en efecto hemos estado—, dependientes en gran parte de Europa. No queremos debilitar los lazos que nos vinculan con nuestra madre; anhelamos, por el contrario, prestar nuestra ayuda a Europa, al Asia y al

mundo entero, en el período de la post-guerra. Pero lo que importa es afirmar que sobre las Américas pesa la enorme responsabilidad de participar en la conducción de un mundo mejor después de la guerra. Por esta razón, sobre los católicos de América pesa una obligación de inconmensurable magnitud.

En el Seminario Interamericano de Estudios Sociales, congregado por la "National Catholic Welfare Conference", hemos sentado los principios de la colaboración de todos los católicos en el Nuevo Mundo, para hacer un Nuevo Orden Mundial.

(La anterior Declaración contiene aquellos principios básicos acerca de los cuales los miembros del Seminario Interamericano de Estudios Sociales llegaron a un acuerdo unánime y sustancial, y convinieron en dar a publicidad.)

16

EL PONTIFICADO Y LA DEMOCRACIA

El Evangelio de este domingo nos relata el episodio de la Presentación del Niño Dios en el Templo de Jerusalén. Fueron a realizar este acto, María llevando a su Divino hijo, y José que le había sido dado por Dios como esposo a fin de que hiciese las veces de padre en la tierra.

Fueron recibidos en el templo por el santo anciano Simeón quien, luego de bendecirlos, dirigiéndose a la Madre profetizó la suerte que esperaba al Hijo. "Este Niño causará la resurrección de un gran número y al mismo tiempo ocasionará la ruina de muchos en Israel... Será un signo de contradicción..."

Se hizo presente además una anciana venerable, muy entrada en años, que vivía enclaustrada desde su remota viudez. Se llamaba Ana, hija de Fannel, de la tribu de Aser, y era profetisa. Al acercarse y descubrir al Niño se puso a alabar al Señor y a hablar de El a todos cuantos esperaban la redención de Israel.

Aquí todos los detalles resultan trascendentales. El Espíritu Santo inunda con su luz el alma del Santo Sacerdote Simeón: levanta en sus brazos ya trémulos al Divino Niño y canta un himno diciendo que ya puede cerrar tranquilo los ojos porque vió la luz de la redención tan largo tiempo esperada. No era él quien sostenía al Niño sino el Niño quien

lo sostenía a él. Y después de cantar profetizaba: Este Niño trae a los hombres vida nueva. Muchos la asimilarán, muchos la rechazarán. De ahí se originarán las contradicciones. Contradicciones que se ponen de manifiesto entre los que aceptan y los que rechazan la doctrina y la moral de Jesucristo.

* * *

Después de cerca de veinte siglos, otro venerable anciano, Sumo Sacerdote de la Religión verdadera, desde la ciudad del Vaticano en que se halla emplazada la Basílica del Mundo, acaba de anunciar solemnemente, no sólo a la Cristiandad sino a la entera humanidad, la manera de asegurar el éxito y de evitar la ruina en el mundo nuevo que los hombres se disponen a establecer.

En el transcurso de poco más de medio siglo, entre los magistrales documentos emanados de la Santa Sede, hay dos de inconmensurable trascendencia para la recta ordenación del mundo: la Encíclica "Rerum Novarum" de León XIII al finalizar el siglo XIX y el reciente Mensaje Universal de Pío XII al promediar el XX.

León XIII, con visión larga y profunda, traza las normas para el ordenamiento económicosocial del mundo y Pío XII para el ordenamiento político requerido para la realización del económicosocial.

Aun cuando parezca una redundancia, tal vez convenga estigmatizar como imperdonable irreverencia a la pretensión de derivar hacia la política banderiza o partidista, cuando el Vicario de Jesucristo con absoluta prescindencia de ésta, se refiere al ordenamiento político del mundo. Al llamar sobre este asunto básico y esencial la atención de todas las Naciones del universo, ejerce un derecho y cumple con un deber indeclinable emanado del Magisterio Supremo que le ha sido divinamente confiado. "En tiempos como éstos, dice el Pontífice, la Iglesia y el Supremo Pastor tienen más que nunca el deber de proclamar la verdad y defenderla contra la insidia de los errores dominantes, abrir los ojos a las gentes de buena voluntad para que vean los peligros de algunas corrientes modernas, y denunciar a tiempo los errores que circulan con apariencia de verdad".

Y cuando el Papa habla "urbi et orbi" en cumplimiento

del deber de su magisterio supremo, todos cuantos pretendan pertenecer a su redil, eclesiásticos y laicos, aludidos por Jesucristo bajo los términos de "ovejas y corderos", tienen la obligación grave de prestale sin reservas el acatamiento de su inteligencia y de su voluntad. Pretender evadirla con el pretexto de que la doctrina así enseñada, no es una definición dogmática, es obrar con ignorancia o proceder con soberbia. Y los que optan por esa prescindencia, si no se hacen herejes, se manifiestan rebeldes.

Los hijos sumisos de la Iglesia, en cambio, los súbditos amantes del Vicario de Jesucristo, no debemos limitarnos a acatar la doctrina con un respetuoso silencio, o una aceptación negativa. Nos corresponde una adhesión positiva, que consiste en asimilarla, defenderla y divulgarla. "Lo que se os dice al oído, anunciadlo desde encima de los tejados", dice Jesucristo; y aquí su Vicario, no nos ha hablado al oído, sino que lo ha gritado personalmente al mundo. Dice además: "No se enciende la luz para ponerla bajo el celemín, sino sobre el candelabro, para que ilumine a todos los de la casa".

Todos los creyentes, todos los católicos de todas las naciones, inclusive los de la nuestra, contraen una tremenda responsabilidad si hecha la luz desde el Vaticano no orientan hacia ella denodadamente la marcha. Bajo el cielo de la Cuna de Belén en esta Navidad de 1944, el gran Pontífice acaba de encender la estrella que las tinieblas acumuladas en este ocaso de un mundo tanto reclamaban. Deben seguirla los reyes y los pastores, los gobiernos y los pueblos.

La estrella es el ordenamiento democrático de los pueblos.

* * *

Por primera vez en la historia de la Iglesia un Papa ha dedicado toda una admonición solemne a definir este problema con exclusividad, con insistencia, con claridad meridiana. Los pueblos lo necesitaban. "Enseñados por una amarga experiencia, dice el Soberano Pontífice, los pueblos se muestran más agresivos al oponerse a la concentración de un poder dictatorial que no pueda ser censurado y tocado, y piden un sistema de gobierno más de acuerdo con la dignidad y la libertad de los ciudadanos". Y esto lo proclama en la fiesta

de Navidad, de la cual afirma que es "la fiesta de la dignidad de la persona humana". Yo exclamo con él al comprobar que hay tantos pueblos y algunos gobiernos "empeñados en hacer de esta conmoción universal del mundo el punto de partida de una nueva era de trascendental renovación": ¡Bendito seas, Señor!

¡Bendito seas! ¡De cuán hondo del alma me sale esta bendición, al poder proclamar desde ahora, sin recelos, que la fe democrática del ciudadano argentino, se identifica con la del Obispo Católico!

Para auspiciarla, para proclamarla, el Papa exige una sola cosa: que la democracia no sea bastardeada, que no sea mutilada, que no sea aplicada con exclusividad a la actividad política o electoralista, sino que rija también la actividad económica y la social. Lo que equivale a decir, que la democracia anhelada debe ser la verdadera, y que para ser verdadera la democracia debe ser más democrática.

* * *

Pío XII, después de asentar sólidamente este principio, da un paso gigantesco hacia adelante. Definida la manera como debe ser la democracia verdadera en el individuo y en el Estado, en los gobernados y en los gobernantes, agrega:

"Sólo en esa forma el espíritu de la sana democracia puede llegar al vasto terreno de las relaciones internacionales". "Existe una obligación que no admite demoras, ni vacilaciones, y es el deber de todos de hacer todo lo que esté a nuestro alcance a fin de suprimir de una vez para siempre las guerras de agresión..." Y añade: "Si hubo jamás una generación que haya podido apreciar en toda la extensión de su conciencia el lema de: "guerra a la guerra", es por cierto la actual generación".

Apoyados en esto paréceme que podemos afirmar que se ha abusado hasta la saciedad de este lema: "Si vis pacem para bellum", si quieres la paz prepara la guerra. En adelante será necesario regirse por este otro: "si vis pacem para pacem", ¡si quieres la paz prepara la paz!

El Papa con este documento que recordarán los siglos, deja aleccionado al mundo acerca de la manera como puede crearse el ambiente necesario para el reinado de la paz. Ha

cumplido así magistralmente con el supremo deber de exhortar al mundo a ponerse en condiciones de que los individuos puedan cumplir con su destino natural y sobrenatural, sin imposiciones, sin violencias, porque las imposiciones matan las iniciativas y las violencias provocan rebeldías.

¡Es ya tiempo de llegar a la conclusión de que las violencias que se imponen desde arriba sólo sirven para fortificar las que a su turno se ejercerán desde abajo! ¡Son las que anhela evitar el Sumo Pontífice cuando incita a iniciar inmediatamente la evolución, para evitar la revolución!

* * *

Sólo me resta en este fin de año y quizás también de período, dar rienda suelta a una expansión personal desde largo tiempo comprimida. Durante varias décadas he venido cumpliendo con el deber de proclamar los principios de la civilización cristiana, desde púlpitos y tribunas, dentro y fuera del país. Lo hacía con plena confianza en la ortodoxia de la doctrina, porque la doctrina no es mía sino de Cristo y de su Iglesia. Pero no faltaron voces que pretendieron discutir la oportunidad.

¡Bendito sea Dios! El Vicario de Jesucristo con su actitud magistral acaba de convencernos para siempre, que lo que hicimos hasta ahora, pudimos y debimos hacerlo oportuna y también inoportunamente, como quería San Pablo, "oportune et importune".

Esto que para mí significa la más grande compensación a que puedo aspirar en la tierra, para mis modestos esfuerzos y sacrificios, sirva también para todos cuantos me han escuchado, de satisfacción profunda, porque les asiste el derecho de saber que de mis labios han venido escuchando la verdad, y "¡la verdad es lo que da la libertad!" "Veritas liberabit Vos".

Sermón pronunciado en la Iglesia San Miguel el 31 de Diciembre de 1944

17

A LA UNIDAD, POR EL AMOR

Cuando un pobre labrador, soportando muchas inclemencias, ha trabajado sin descanso por extirpar de su campo las malezas que, malgastándolo, absorben el jugo de la tierra cuyo sustento quiere reservar en beneficio del árbol preferido que guarda su heredad, plantado con amor por sus mayores; y, una vez terminada la jornada, queriendo reposar de su fatiga, se sienta sobre el tronco del árbol que quiere defender y bajo la dulce sombra de sus verdes ramas entre las cuales cantan las alegres aves invitándolo a espaciar su espíritu por los ámbitos que constituyen sus dominios que son los ámbitos de la luz, del amor, de la libertad, ¡qué completa es la dulzura del pobre labrador, porque si el cuerpo descansa sentándose o tendiéndose en la tierra, el espíritu reposa remontándose a esas alturas en que tan bien se encuentra por ser ellas dos veces su patria: la patria de su origen y la patria también de su destino! Tal es la dulzura que me inunda, cuando después de haber trabajado, soportando muchas inclemencias, en el afán de conseguir que aquí en mi suelo, no se arraiguen malezas que malgasten el jugo que debe ir por entero a convertirse en savia de nuestro gran árbol social, vengo a recibir como una recompensa, que reconozco excesiva, el honor de sentarme aquí, junto a vosotros, representantes de nuestra sociedad, como sobre el tronco mismo del árbol al cual he dedicado mis sudores; tronco que siendo secular se mantiene vigoroso; tronco que veo cariñosamente circundado como por un rosal exuberante, por esas que siendo vuestras madres, vuestras esposas, vuestras hermanas, vuestras hijas, son al propio tiempo sus flores; y junto a la variada florescencia de su vida múltiple, como bajo la dulce sombra de sus ramas, entre las cuales acabo de escuchar como el canto magnífico del ave, los acentos de la elocuencia que en vuestro nombre me incitan a subir a ese ambiente superior, donde reinan como en su propio imperio la luz, el amor, la libertad.

Sí, completa es mi dulzura, pues gozo doblemente, con el favor que me dispensáis de sentarme a vuestro lado proporcionándome un honroso refrigerio moral, y con la incita-

ción que me hacéis, a que levante mi espíritu a esas alturas serenas en las cuales es grato meditar, porque son las alturas que mi espíritu ama también como a su doble patria.

Remontado a esas alturas dejadme meditar en las bellas cosas que se me quieren decir con esta fiesta. Recuerdo haberos dicho en nombre del cristianismo desde la elevación inaccesible de la cátedra sagrada, que la autoridad paterna ya debilitada por la legislación y las costumbres, comenzaba a sentirse nuevamente amenazada, y vosotros en nombre de la sociedad me queréis decir, que seréis en adelante, más celosos de vuestra augusta y sublime dignidad. En el día de su segunda consagración, en la Catedral de Milán, Napoleón hizo colocar sobre el altar la corona de hierro de los reyes de Lombardía y tomándola entre sus manos se la puso en la cabeza y paseando después sobre la inmensa asamblea una mirada penetrante como el filo de su espada, dijo con una vigorosa entonación: "Dios me la ha dado, ¡ay del que se atreva a tocármela!" ¡Exactamente, señores, lo que vosotros diréis al ver amenazada la corona de vuestra más augusta y sublime dignidad!

Recuerdo haberos dicho que no era conveniente suscitar entre nosotros la lucha religiosa ya que entre otras razones se encuentra aquella de que estando nuestra alma nacional tan compenetrada de religión, no es posible renegar de nuestra religión sin renegar también del alma nacional. Y vosotros, en nombre de la sociedad me parece que decís: no importa las creencias que tengáis, siendo nuestro primer empeño el de cooperar a la verdadera grandeza nacional, no tenemos interés en dilapidar nuestro tiempo ni en malgastar nuestras preciosas energías en combatir la religión, sobre todo una religión como la nuestra, que en Moreno no fué un obstáculo para que su genio democrático se remontara a las alturas en que nos hace soñar el artista, que lo ideó sobre las crestas sublimes a las cuales no alcanza el arrogante vuelo de los cóndores! ¡La religión que en San Martín no fué un obstáculo para que su valor se sintiese extraordinariamente sublimado hasta un extremo en que es necesario imponerse a la imaginación para que no llegue a dudar, si el frío de sentirse humilladas, más intenso que el de sus nieves eternas, hizo abatir las frentes de las soberbias montañas para dejar pasar a una majestad más grande que la suya, o si el fuego que ardía dentro del corazón del

héroe lo alzaba fácilmente mucho más arriba de lo que han sido levantadas las cimas de nuestras cordilleras por el fuego que arde en las entrañas de la tierra! ¡La religión que en nuestros valientes soldados no fué un obstáculo, sino más bien un estímulo supremo, para que se dejasen romper los pechos con los cuales iban abriendo paso a la libertad! ¡La religión que me hace mirar con santa envidia la cláusula del testamento de aquel grande hombre que dijo: "lego mi cuerpo a la tierra, mi espíritu a Dios, mi corazón a la patria".

Recuerdo haberos dicho que no debemos defraudar las esperanzas de nuestros mayores, ni frustrar la sangre de nuestros padres que tanto se prometieron de la herencia de su acendrado patriotismo —de ese patriotismo que ¡oh dolor! tampoco ha dejado de sentirse combatido—, y vosotros en nombre de la sociedad venís a confirmar aquella esperanza con que yo descendía de la cátedra sagrada al terminar mi conferencia de la patria, diciendo más o menos: cuando pasados algunos días en que nuestro hermoso cielo ha estado oscurecido por las nubes grises; el pampero parece que despierta y celoso de la luz se precipita y barre las nubes temerarias, haciendo que nuestro firmamento vuelva a encantarnos con su celeste diáfano y que en medio de su cúpula vuelva a lucir como un brillante eterno el sol hermoso que nos dió la Providencia... así, me parece oíros repetir, así cuando nubes exóticas intenten oscurecer el cielo nacional, se levantará el patriotismo celoso de su honor y soplando con la rapidez que le da su juventud y con la fuerza que le da su libertad, barrerá las nubes amenazantes, para que en medio de un ambiente cada vez más despejado, siga flameando la celeste y blanca que lleva sobre la frente el sol, como el augusto emblema del beso eterno que le dió la gloria!...

En fin, señores, me venís a decir que he hecho bien en defender con valentía esas grandes columnas de la civilización que se llaman: propiedad, familia, religión y patria; porque estáis convencidos de que un pueblo, sobre todo un pueblo destinado a ser grande y respetado, no es, no puede ser un conglomerado de individuos disgregados entre sí, de individuos que no estén adheridos o por medio de la propiedad a una misma tierra, o por medio de la sangre a una misma familia, o por medio de las creencias a una misma fe, o por medio de los ideales a una misma patria; que un pueblo no puede

ser un conglomerado de individuos faltos de toda cohesión y depositados por la mano del acaso al pie de una montaña o sobre las márgenes de un río, a manera de un médano inconsistente ubicado por el capricho de los vientos: porque esos millones de individuos, serían un polvo fino del desierto social sobre el que nada duradero se podría edificar y que permanecería constantemente dispuesto para ser levantado en remolinos a impulsos de cualquier agitación.

Yo he aceptado esta manifestación, porque vosotros me queríais decir con ella todas estas cosas y no podría rehusarme a escucharlas; y auscultados vuestros sentimientos que tan hondamente me confortan, atrévome a deciros desde el llano lo que no me atreví a expresar desde la cátedra; atrévome a preguntar: los que están conmoviendo temerariamente los fundamentos de nuestra sociedad, ¿no estarán haciendo sin saberlo una obra benéfica, comparable a la de aquellos que colocan junto a los escollos los restos de los buques que naufragan para indicar a los navegantes los puntos que deben evitar si no quieren perecer? ¿No estarán precipitando el momento en que todos los personalismos deben desaparecer, en que todos los pequeños intereses se deben inmolar para reunir todo lo que se sacrifique y formar con ello las bases profundas de una unión que sea como la roca inconmovible desde la cual el verdadero patriotismo como el centinela eternamente alerta vele por la salvación de nuestras instituciones, por la seguridad de nuestra sociedad y por el honor de nuestra gran Nación?

No pudiendo ser sospechado de política, estoy en las mejores condiciones para hablar de ella, pero no quiero insistir, y dejando el pensamiento a vosotros, encarnación de tantas energías, sólo hago constar que en el rumor que hacen al pasar los errores, las palabras, las ideas, los movimientos contemporáneos que se agitan, viene envuelta una verdad que marcha con un silencio divino y que es necesario descubrir.

He pronunciado la palabra unión, y esta palabra me trae una idea en la cual mi espíritu penetra sin ningún recelo, sin ningún temor, semejante a esas naves que después de haber descendido dificultosamente por los ríos, despliegan sin temor sus velas al penetrar en el océano y navegan en él con toda libertad.

Oigo hablar mucho de diferencias de clases y de renco-

res que entre ellas se pretenden avivar. Oigo hablar de las clases altas y de las clases bajas, y pláceme en esta oportunidad brillante, dejar una vez más constancia de que mi amor no sube ni baja a impulsos de esa gradación que considero muy superficial, como es superficial la diferencia de las olas por más que unas se entumezcan coronándose de espumas, mientras otras se mueven dibujadas apenas, y como formando pedestal a las primeras; ya que todas ellas obedecen de igual manera a la misma corriente idéntica y profunda que las lleva; ya que todas ellas sirven igualmente de manto líquido y movible a un mismo mundo de riquezas y misterios que debajo de él se esconde. Y cuando se insiste en que los odios se deben avivar porque las diferencias son reales, yo digo que a pesar de todo, esos odios no deben existir. Yo miro un edificio y al verlo constituído de partes altas y de partes bajas; al verlo coronado de cúpulas, de flechas y de cruces y al verlo sostenido por columnas, por bases y cimientos, infúndoles un alma a fin de que me puedan entender y les digo: cruces, flechas y cúpulas, no queráis prescindir de las partes bajas, si no os queréis desmoronar; y a los cimientos, las bases y columnas: no sacudáis las partes alta sino queréis desaparecer debajo de sus ruinas.

¡El edificio social necesita imprescindiblemente la unión para subsistir; necesita la unión entre las clases, esas clases que con júbilo indecible veo confundidas alrededor de esta mesa en el espontáneo homenaje que hoy se me tributa; esa unión de la cual quiero ser en vida su apóstol incansable para llenar con amor el abismo que ahonda el odio, y en muerte, con mi lápida, una nueva piedra para construir juntamente con otras la base sólida del firme puente sobre el cual deben encontrarse las distintas clases, como se encuentran dos hermanos que llegan de lados opuestos para abrazarse en los efluvios de un amor que les habla de su mismo origen y de su igual destino! Sobre el campo despejado de nuestro escudo patrio aparecen dos manos que se estrechan fuertemente sosteniendo el emblema de nuestra libertad; omito sus otros simbolismos y digo: si es una necesidad ineludible la existencia de las dos clases sociales, formulo el voto de que ambas estén entre nosotros para siempre representadas por esas dos manos, las cuales estrechándose cada vez más fuertemente por medio del amor, del amor que es más bello que el odio y más poderoso

que la muerte, levanten cada vez más arriba la grandeza y la libertad y la gloria nacional!

¡Sí, señores, abrigo la profunda convicción de que nuestra sociedad, malgrado todas las maquinaciones, ha de seguir marchando indefinidamente tan segura de no encontrar un Edén aquí en la tierra, como segura de que tampoco ha de encontrar un Caos!

Cuando me fué ofrecida esta demostración de que soy objeto, la rechacé de plano; mas luego, reiterada la insistencia, y producidas indicaciones respetables, la debí aceptar. Declaro que de haberla aceptado, me siento plenamente satisfecho, porque he dado ocasión a que los representantes de todas las ideas en el orden político y aún en el orden religioso hayan podido en esta noche significar al país que tienen por encima de todo, un sentimiento grande que les es común y que los une; a la manera de los colores del iris que cuando se les hace atravesar el prisma se refunden en un solo rayo de la luz solar, vosotros, no obstante la diversidad de los colores, al converger en mí, os refundís también en un solo rayo de una luz potente, cuando se trata de alumbrar el camino que debe conducir a la defensa de los intereses de la misma sociedad.

Me siento plenamente satisfecho por haberla aceptado, porque así he contribuído a que la sociedad pudiera poner de manifiesto una cualidad varonil que para mí es indicio de los mejores presagios. Como se ha dicho muy bien yo no he sido en mis prédicas un incondicional complaciente para con la sociedad; yo no me he entretenido en arrojar sobre ella flores, cosa que me hubiera sido tan agradable, no; yo he sido más bien implacable; no he disimulado sus llagas; las he descubierto, las he tratado, si bien al descubrirlas y tratarlas he procurado hacerlo con toda elevación y con no poco sentimiento. Sin embargo, la sociedad me rinde su homenaje; es un augurio feliz, porque esto demuestra que en ella hay vida, hay conciencia, hay deseos de salud, hay valor y hay resolución; ¡y es varonil y de felices presagios la actitud del enfermo que alienta a su médico en sus tareas curativas aun cuando con ellas deba ocasionarle, si bien involuntariamente, estremecimientos de dolor!

Réstame agradecer con toda la intensidad de que me siento capaz, esta demostración por más que la considere excesiva.

No me haría ningún favor el que temiese que este homenaje, a pesar de ser tan espléndido, pueda envanecerme, como tampoco me lo haría el que pensase que ciertos ataques puedan acobardarme; ¡no!, poseo un gran secreto bebido en las alturas; cuando se me tributan elogios, humillo el corazón y aquéllos pasan por encima de él, para dejarlos que sigan hasta Dios; cuando se me dirigen ataques, levanto el corazón y éstos pasan por debajo sin lograrlo rozar. Por eso agradezco sin ninguna reserva esta demostración que tiene para mí, el significado, no de una recompensa, sino de un inmenso estímulo y de una gran responsabilidad. Agradezco también la cooperación que por medio de labios tan autorizados se me acaba de ofrecer y que pronto tendré oportunidad de aprovechar.

Y como justo intercambio recibid de mi parte el ofrecimiento de todo lo que soy y de todo lo que tengo; os lo brindo poniéndolo hoy, como lo he hecho siempre, al servicio de todo lo que más os interesa en la vida, la conservación y el progreso de la sociedad que representáis con todas sus bases, con todas sus tradiciones, con todas sus esperanzas y con todas sus glorias. Lo sé; las nuevas y poderosas corrientes conspiran por desarraigar cada día más, la antigua institución social a la manera del torrente que en su rápida e incesante carrera va desarraigando con una y otra de sus oleadas sucesivas la añeja encina que los siglos habían plantado en sus orillas. Pero también sé, y sabedlo vosotros, que para cuando se sientan empobrecidas sus raíces, vive en nosotros la raza de aquellos que dan la sangre cuando es requerida para transformarse en savia fecunda!

Me habéis pedido en nombre de la sociedad que continúe mi prédica; os doy la seguridad de que no ha de escatimar su palabra, quien está dispuesto a despojarse de su sangre! Seguiré valientemente en mi campaña de defensa social; para ello no necesito sino una sola cosa: la independencia, y ella no me preocupa; no tengo necesidad de buscarla; la llevo siempre conmigo; ¡dispongo de la más sublime entre todas, que es la independencia que da la muerte al que la sabe mirar de frente y al que la sabe despreciar por defender a la verdad!

Y por ello, termino ambicionando que si me toca presenciar el recrudecimiento de los ataques a las bases de nuestra sociedad, suene una hora, como suele acontecer en las batallas cuando los combatientes parecen olvidar las posiciones que

deben conquistar para dirigirse a la bandera, suena una hora en que los enemigos del orden social se olviden de las bases que deben demoler, para atacar más bien a los que hemos jurado defender la sociedad; así la sociedad seguiría tranquila; así yo entre otros alcanzaría la gloria de ser considerado como una bandera vuestra, y las banderas se vuelven tanto más gloriosas cuanto más rasgadas quedan por las balas enemigas y cuanto más ennegrecidas por el humo de las batallas.

Discurso pronunciado en el "Príncipe Jorge", el 11 de agosto de 1913, agradeciendo la demostración organizada en su honor

II

EL CATOLICISMO EN LA CULTURA

1

LA UNIVERSIDAD CATOLICA: ESCUELA DE DIRIGENTES INTEGRALES

Llevado por el impulso de mi vocación, y robustecido por el mandato superior, hallábame desde hace años entregado de lleno a las fatigas de un apostolado eminentemente popular. Y heme aquí de pronto transportado a las altas regiones universitarias, de las cuales tenía sobrados motivos para considerarme alejado definitivamente. Quizá por eso, al frente de la Universidad Católica de Buenos Aires, la única lección que dé sea la que resulte de haberme sometido a las exigencias de la hora que reclamaba un sacrificio. Consuélame, sin embargo, que tal vez sea una lección fecunda en su propia modestia, ya que si es cierto que las palabras convencen, también lo es que sólo los ejemplos arrastran. La palabra es una vibración del alma, mientras el ejemplo es un pedazo de la vida.

Y soy al mismo tiempo, por mi puesto de rector, una comprobación del poder del ejemplo. La abnegación admirable del ilustre cuerpo de profesores en momentos difíciles me impresionó hondamente y me sedujo. Y heme aquí, sin el bagaje de la competencia necesaria para regir esta institución, de tal suerte que, según lo dije el día de mi toma de posesión, no seré un rector sino un regido. Al pronunciar, por tanto, este discurso inaugural en que me propongo trazar las nuevas orientaciones de esta universidad, si ellas resultan oportunas y certeras, deben atribuirse en absoluto, lo declaro paladinamente, a mis compañeros de consejo, cuyas vistas paso a exponer.

* * *

La influencia social de la universidad, su acción eficacísima sobre el medio ambiente, no puede ser discutida. Por lo demás, no data de ayer ese impulso que desde los centros de labor intelectual desciende hasta la muchedumbre y asciende hasta los gobernantes, y acaba por transformar las instituciones públicas, apartándolas de sus rumbos primitivos para inclinarlas hacia otros, mejores o peores, pero ciertamente distintos. El fenómeno se obseva ya, más pujante que hoy si cabe, en plena Edad Media, y su estudio presenta un interés soberano, pues demuestra plenamente, contra lo que sustenta el materialismo histórico, cómo en último resultado, son las ideas y no los simples factores económicos los que gobiernan al mundo.

Durante la Edad Media, los universitarios crean la justicia regular, reducen y sujetan a normas de derecho las instituciones y prácticas de los pueblos recién salidos de la barbarie, hacen renacer así las ciencias jurídicas; y Bolonia, por este solo hecho, ha merecido más que por ningún otro título ser inmortalizada en la historia. Reclutando sus alumnos, no sólo entre los hijos de la nobleza, sino también y sobre todo entre la prole de los habitantes de comunas y municipios, erigen, frente al castillo, un cuerpo de hombres influyentes por su saber, respetados por la serenidad de su criterio, conocedores de la organización que conviene dar a las sociedades, consejeros de los monarcas. Preparan de esta manera el ocaso del feudalismo, y, en consecuencia, el afianzamiento de las grandes nacionalidades. No afirmo que nunca cometieran errores, ni que fueran siempre defensores de una sana libertad. Pedro des Vignes y muchos de sus compañeros resucitadores del derecho romano, pusieron al servicio de príncipes sin escrúpulos su ciencia incontestable. Pero, ¿quién podría dudar de que si esas generaciones universitarias no hubieran arrojado el peso de su influencia y autoridad en el platillo de la balanza, otra habría sido la suerte del mundo? El tercer estado sale casi entero de esas grandes instituciones, preparado de lejos por las "universitates studiorum", propiciado por los centros docentes del Renacimiento, educado y llevado a la virilidad social por las universidades de comienzos de la edad moderna, continuadoras, no siempre fieles, de los

organismos medioevales. Si bien nuestro elogio no puede brotar sin atenuaciones, la rememoración no es más que justicia.

Quiere la Universidad Católica prolongar, en cuanto sus fuerzas alcanzan, y adaptar a las necesidades de la época presente, saneándolas de todo germen nocivo y agregándole los elementos nuevos, tan grandes tradiciones. Adopto la opinión de M. Hastings Rashdall ("The Universities of Europe in the middle age"), y creo que las universidades medioevales preparaban eficazmente a la vida social. Esta misión debe ser la nuestra; el instituto en cuyo nombre hablo, no quiere formar tan sólo profesionales; ni siquiera se contentaría con incubar sabios: aspira ante todo a procrear hombres, hombres en todo el hermoso sentido de la palabra, una élite social: dirigentes.

Mientras sea la humanidad lo que hasta hoy ha sido, la vida colectiva necesitará conductores, porque existe una cantidad enorme de individuos que no saben o no pueden determinar razonablemente las actitudes y posiciones que harán coincidir su propio bien con la salud y la justicia común. No creo en lo que podríamos llamar "el apostolado del apellido". Sobre todo en las países democráticos y en las grandes aglomeraciones urbanas, que marcan la pauta a las menos densas, el nombre, si no va acompañado de actividad, carece de eficacia. Pero la muchedumbre aguarda siempre quien le hable, espera una palabra que la ilustre, sigue a los jefes que ella escoge o que se le imponen. Y si tales jefes son incompetentes o perversos, rueda la sociedad al abismo.

Ahora bien; basta una observación superficial para hacernos ver que en la hora presente abundan dos tipos de dirigentes sociales igualmente peligrosos. Por una parte el universitario henchido de conocimientos teóricos, que vive más en el mundo de las ideas abstractas que en el de los hombres concretos; que entre sus ojos y la realidad interpone siempre, atenuando su visión, un trozo de papel impreso. Por otra parte el "meneur" salido de la clase obrera, generoso muchas veces, pero sin preparación doctrinaria, que conoce hechos y los acumula en catálogos, pero no elabora ni posee la ciencia de los mismos; que por ende no vé sino las soluciones más inmediatas, unilaterales y simplistas de los más complejos problemas sociales. Cada uno de ellos es nada más

que la mitad de un buen dirigente. Ambos pueden ser, y son de hecho, funestos.

¿Queréis ver los peligros que fluyen de la acción del primero? Ahí tenéis a Juan Jacobo Rousseau. Es el hombre de la meditación, de la abstracción, no el de la observación realista. Construye un régimen para la colectividad humana, basándolo sobre la consideración del Hombre en general, del Hombre absoluto. ¡El Hombre! Uno de los pensadores que más presto reaccionaron contra las teorías —nunca mejor empleada la palabra— del "Contrato Social", fué un católico, José de Maistre, y entre sus reivindicaciones ocupan lugar preeminente las que formula en nombre de la experiencia: "¡El Hombre! En mi vida he visto hombres, franceses, italianos, alemanes, rusos y algún persa; con el Hombre no dí jamás". Y si recordáis que las doctrinas sociales y aún políticas de la revolución francesa están profundamente influenciadas por las apriorísticas tesis de Rousseau, si tenéis en cuenta que ellas a su vez repercuten sobre toda la vida del siglo XIX, propician el individualismo, conducen al estatismo y dan así toda su acritud a la crisis social, echaréis de ver que el dirigente alimentado nada más que de raciocinios deductivos desarrollados en el ambiente artificial y hermético del gabinete, a pesar de poseer todo el talento de Juan Jacobo, puede ser funesto en los días en que el pueblo, al buscar nuevos rumbos para sus instituciones, presta oído a sus enseñanzas.

En el otro extremo dais con el conductor inculto, incapacitado para sistematizar los hechos y deducir de ellos una doctrina. Lo halláis en el seno de las grandes sociedades ácratas o sindicalistas de acción directa, orador plebeyo, redactor de periódicos subversivos, sincero a veces en sus amores como en sus odios, pero que jamás podrá pasar de la labor negativa, de la crítica acerba a los errores del régimen imperante, hombre que el día en que se vea obligado a construir, a substituir con algo real y bueno lo que destruyó, reemplazará el equilibrio financiero con peroratas, la legislación con imprecaciones, el reposado saber con las fórmulas aprendidas de memoria, y que, si logra una vez destruir al zarismo, no puede erigir en su lugar más que el maximalismo.

Y —a qué negarlo— estos géneros de dirigentes, incompletos y por ende ineficaces, encuéntranse también en el campo católico. No constituyen un peligro tan grave, porque no son

de tendencia revolucionaria, pero esterilizan las instituciones, detienen la acción o la orientan mal, y en realidad no deben pertenecer al grupo de los conductores sino al de los conducidos; excelentes quizá como sargentos, carecen de la propiedad característica de los jefes.

La Universidad Católica, al igual de los centros similares, oficiales o privados, de idénticas o diversas tendencias doctrinarias, aspira a formar dirigentes, pero los quiere completos. Teoría y realidad, conocimiento de los sistemas y estudio del medio social, deseamos unir ambos elementos en una síntesis poderosa. De ahí el carácter de los métodos adoptados por esta casa. Ha pocos días, para marcar mejor tales propósitos, sancionaba nuestro consejo superior una ordenanza en cuyo artículo tercero se lee: "Los estudios tienden a desenvolver la iniciativa científica del alumno, por medio de investigaciones, ejercicios y trabajos de seminario". Sin perjuicio de los principios teóricos, procuran, en primer término, dar la noción de la realidad y de las necesidades de nuestro ambiente. Más que la ciencia libresca, queremos la ciencia de la vida.

Ella es requerida por la excepcional gravedad de la hora. En el ocaso de una civilización y el alborear brumoso de otra, cuando se ve realizada la frase de Donoso Cortés: "vacila el pueblo entre Cristo y Barrabás, pero se apresta a derribar en el polvo la cátedra de los sofistas", es indispensable que en el campo católico se cree la verdadera "élite", consciente de sus deberes, posesionada de la sana doctrina, conocedora del mal social y de sus remedios, segura en su acción con la serenidad hija del saber, y dispuesta a no omitir esfuerzo para salvar a la patria y a la sociedad de que forma parte.

La escuela, se ha dicho muchas veces, no tiene por única misión el difundir luz que alumbre a las inteligencias, sino también la formación de los caracteres. Ha de instruir, pero también debe educar. Lógrase esto último, sin duda, con prudentes consejos, pero se alcanza mejor aún con los métodos aptos de enseñanza.

La ley del menor esfuerzo, cómoda almohada de las cabezas perezosas, no puede ser norma de conducta para los universitarios católicos, como no puede serlo tampoco para los dirigentes de mañana. Es indispensable fomentar desde la

adolescencia la iniciativa individual, alentar la acción, combatir la pasividad, enemiga implacable del carácter. El joven gregario, el que gusta de ocultarse entre la muchedumbre y endosar así al conjunto las propias responsabilidades, no tendrá aptitud luego para adoptar las resoluciones decisivas; será siempre segundo, nunca primero; pertenecerá a la turba de los conducidos y no al grupo selecto de los conductores.

Obtiénese la virilidad moral, e insisto sobre este punto, con oportunos métodos de docencia. Hay que combatir la "ciencia de segunda mano", que adquiere el estudiante con una labor mínima y casi sin resultados, que bebe en la conferencia didáctica del profesor, que halla reducida a fórmulas de cómoda rememoración en los libros de texto; ha de darse el primer lugar al trabajo de investigación personal, a fin de que el alumno "descubra" y no "repita". Pensamos mis colegas del consejo superior y yo que tal debe ser, en un centro universitario como el nuestro, el sello peculiar de la enseñanza, y estamos resueltos a aplicarlo en toda su amplitud. Sin perjuicio de los cursos expositivos, como también de las conferencias públicas de extensión universitaria, creemos que es indispensable y urgente organizar la investigación por el método de los seminarios para el núcleo de nuestros alumnos regulares. Al habilitarlos para el esfuerzo propio y la reflexión, alcanzaremos un doble objetivo: aumentaremos su caudal de ciencia verdaderamente propia, y los tornaremos socialmente más aptos.

Y he aquí una de las muchas razones que nos aconsejan no dar a esta casa un carácter exclusivamente profesional.

Los profesionales son necesarios en toda sociedad normalmente constituída; es una verdad que no ha menester demostración el que no puede prescindirse de abogados, escribanos, médicos, ingenieros. Ellos se forman en las universidades, pero éstas no deben reducirse a arrojar al mundo generación tras generación de profesionales, sobre todo entre nosotros, donde, sea dicho con toda franqueza, nótase más bien sobreabundancia que escasez de los mismos. Una conducta contraria nos llevaría a aportar una contribución inoportuna a la constitución del peor de los proletariados: el proletariado intelectual.

Este es uno de los peligros que no debe echarse en olvido. La miseria no consiste tanto en carecer de una suma determinada y fija de bienes, cuanto en la constante desproporción

entre éstos y las necesidades que están destinados a satisfacer. Ahora bien: nadie siente tan dolorosamente como el proletariado intelectual las humillaciones y estrecheces inherentes a una situación inferior. Ese hombre ha recibido una cultura amplia; ha vislumbrado las posibilidades de una vida cómoda, brillante quizá, conquistada con el fruto de su labor universitaria; durante años estuvo en contacto con sus catedráticos, personalidades salidas muchas de ellas de la clase pobre, llegadas a la meta, provistas de justos honores y de una existencia fácil. Helo aquí condenado a una habitación desabrigada, a un sustento mezquino; helo obligado a algo más difícil todavía: a ocultar bajo mentirosas apariencias sus miserias, saboreando amargamente el desprecio que se vincula siempre al hombre que, poseyendo los medios para triunfar, fué vencido. Pronto despertará en el fondo de su espíritu el rencor; la irritación contra la sociedad que no supo apreciarlo en su valer, hará presa en su alma; y tras de esto, y de la envidia casi irrefrenable, surgirá el afán de conquistar, a pesar de todo y contra todos, el bienestar que le fué negado, o de reducir al común denominador de un igual abatimiento a cuantos treparon a los más altos peldaños de la escala social. El proletariado intelectual constituye el manantial inagotable de que brotan los revolucionarios anárquicos, tanto más peligrosos cuanto que su ciencia los arma de una influencia mayor sobre las clases humildes. Predicadores de la ruina colectiva, logreros de la política de extrema izquierda, o bien aves negras al por menor, intermediarios complacientes en negociaciones equívocas, o sino pobres vergonzantes, fracasados sin energía, los tristes héroes del proletariado intelectual padecen o engendran sufrimientos tales, que fuera un error multiplicarlos. En las profesiones liberales como en las que pertenecen al artesanato, debe procurarse el equilibrio entre la oferta y la demanda.

Sin apartarnos, pues, de la idea de que la Universidad Católica sea también profesional, es nuestro propósito que sea ante todo un centro libre de enseñanza superior, libre en el sentido de que su plan de estudios, separado por completo de los programas oficiales, considerándolos como una parte de su esfera de docencia pero no limitándose a ellos, ordenando sus asignaturas en la forma que mejor convenga a su fin primario y encarándolas con el criterio realista de

que hice mención, no organice exclusivamente carreras universitarias, sino procure la difusión científica y el conocimiento profundo de nuestros problemas palpitantes.

No se os oculta que al proceder de esa manera rompemos lanzas contra inveterados prejuicios. La oficialización de la ciencia, el menosprecio de la que no va estampillada por las autoridades civiles, si llegaran a generalizarse, poco tardarían en restringir la esfera de acción de los altos estudioso. El nacer de institutos científicos libres no debe considerarse como una medida de hostilidad contra los centros universitarios oficiales, sino como el fruto natural y legítimo de un ardiente deseo de coadyuvar al progreso colectivo. El imaginar que toda entidad docente libre es una máquina de guerra destinada a batir en brecha las Facultades que el Estado construye y sustenta, es un error derivado de una excesiva suspicacia o de un falso concepto de la misión que incumbe al Estado mismo. Es un hecho indiscutible que la arbitraria limitación de los institutos de enseñanza superior, el suponer que ésta deba reducirse a la fabricación, controlada por los poderes públicos, de profesionales, trae como consecuencia lógica el descenso del nivel intelectual. Suprimida la competencia, muerto el estímulo que surge espontáneamente de la comparación entre la enseñanza dada en las diversas cátedras, obligadas las jóvenes generaciones a no conocer más orientación científica metodizada que la que goza de la benevolencia oficial, polarizada de esta manera toda la actividad mental en un solo sentido, evitada toda lucha, cáese en el formulismo, trátase de complacer a los maestros en auge, estímase nada más que a los prohombres de una escuela. En tales condiciones, ¿qué tiene de particular que se piense menos, se labore más pacatamente, nazca y prospere la rutina, y salga desmedrada la ciencia? Y, ¿por qué habríamos de extrañarnos si en ambiente tan pesado se estancan en lugar de vivir al día los criterios, se examinan los nuevos problemas con métodos anticuados y se ahonda la separación entre la doctrina y la realidad? De ahí provienen los hombres que en las horas de crisis se revelan inferiores a la tarea que han de realizar; de ahí la falta de flexibilidad intelectual para comprender las situaciones inesperadas; de ahí la decadencia del carácter en los dirigentes, decadencia poco observada en los días de quietud, pero que salta a la vista en los momentos

en que el orden colectivo, la estabilidad de las instituciones fundamentales, la subsistencia de la nación dependen de una resolución prontamente vista y enérgicamente ejecutada. Ni al hombre ni a la ciencia conviene la esclavitud. Auras de libertad les son precisas para exteriorizar toda la actividad latente que en ellos yace, para ser factores eficientes de progreso.

En todas las grandes ciudades de Europa y de los Estados Unidos existen establecimientos libres para todo género de altos estudios. Su utilidad es evidente. Si las asignaturas de sus cursos coinciden con las que señalan los planes de los centros docentes oficiales, seleccionan el personal e ilustran mayormente al estudiante; si contemplan materias ajenas a las profesiones liberales clásicas, despiertan el espíritu científico desinteresado. ¿Créese acaso que las universidades libres de Norte América, que las de Bélgica, que el "College de France" o la Escuela de Altos Estudios Sociales de París han hecho menos por la ciencia, por la ilustración general, por la formación de la "élite" social, que los institutos fundados y reglamentados por los gobiernos respectivos?

En nuestra capital, fuera de la docencia libre que tantas voces elocuentes reclaman amplia, hechos significativos revelan que la orientación de los espíritus se inclina hacia esos rumbos. Obsérvese el éxito que logran las entidades que se proponen exponer al público los grandes problemas de actualidad y sus posibles soluciones. Véase por ejemplo lo que acontece con el Instituto Popular de conferencias y con el Museo Social. El prestigio de que gozan, nace indiscutiblemente del convencimiento general y cada vez más extendido en los grupos intelectuales de su utilidad palmaria. Rodeando de justiciera estima a las Universidades oficiales, se las cree insuficientes, especializadas como lo están y no pueden dejar de estarlo, en la formación de profesionales; la iniciativa privada aporta su colaboración, pequeña o grande, a la gubernamental, para mayor bien de la sociedad argentina. La Universidad Católica, sin vedarse, lo he dicho ya, el ciclo de las ciencias jurídicas preparatorias del profesional, antes bien otorgándole el lugar preeminente que puede comprobarse en su plan de estudios, colócase resueltamente en el terreno de una actividad más amplia. Dirígese a los jóvenes, y para ellos creará nuevas categorías y grupos de asignaturas que les den

una mayor eficacia social; aspira igualmente a dejar oír su voz en un espacio dilatado, y para conseguir la realización de sus fines de difusión, y a medida que se lo permitan sus recursos, "editará, dice el artículo cuarto de la ordenanza que cité, libros y revistas, organizará círculos de estudios, conferencias y cursos públicos, creará bibliotecas, y utilizará los medios de propaganda compatibles con sus estatutos". La tarea es grande, pero necesaria.

Esa orientación, contenida ya en los propósitos y actuación de los rectores a quienes tengo la honra de suceder, tórnase más explícita en esta hora, y armoniza plenamente con el movimiento amplísimo del catolicismo nacional, sancionado y llevado a su eficacia suma por la creación de la Unión Católica Popular Argentina. Si bien lo miráis, ese impulso hacia una actividad social, ese añadir a la tarea de perfeccionamiento individual la labor del apostolado, ese coordinarse de las fuerzas católicas en torno de un organismo vigoroso y flexible, centralizador pero respetuoso de todas las legítimas autonomías, ese derrotero que los prelados estudiaron en los últimos días, y que nos señalan con su autoridad de pastores de la Iglesia, todo eso que nos alienta y regocija y llena de esperanzas, nace del mismo espíritu que determina nuestro propósito de hacer que esta casa sea un verdadero centro, formador de la "élite" católica. Pasaron los tiempos en que podía el cristiano olvidar toda acción y deleitarse en la ciencia por la ciencia misma. Nuestro lema, en la hora presente, debe ser "la ciencia para la acción". Esto no nos obliga a apartarnos de la serena imparcialidad en las investigaciones, no nos constriñe a desviar a la ciencia de su recto sentido para tornarla unilateral, mezquina, o rencorosa. Pero sí nos muestra la finalidad superior que ha de movernos, la intención eminentemente social que nos guía. En esta casa no debe haber simples máquinas de aprender, sino jóvenes que quieren ser hombres, que comprenden y aceptan con plena conciencia las altísimas responsabilidades que en el momento actual sobre ellos recae, y que se preparan, empleando en ello el máximum de sus fuerzas intelectuales y morales, a cumplir su deber, todo su deber, por arduo y penoso que las circunstancias quieran hacerlo. El lugar de la Universidad Católica está indicado en la organización general, y gustosos nos apresuramos a ocuparlo.

Al obrar de esta manera, somos católicos y también somos patriotas. El cardenal Mercier, en el espléndido discurso conmemorando el septuagésimoquinto aniversario de la fundación de la Universidad Católica de Lovaina, pronunciaba, entre otras, las siguientes palabras, que hago mías: "El hecho de que una nación posea un grupo escogido de investigadores que desinteresadamente llevan hasta donde les es posible la penetración de su mirada intelectual, y que con esa paciencia serena, de la cual se dice que es base del genio, someten al control de la documentación, de la observación o de la experimentación las últimas consecuencias de las verdades que han creído descubrir, ese simple hecho eleva el nivel de todas las capas constitutivas de un pueblo. Y cuando ese grupo nace de un espontáneo impulso de libertad, se sostiene por su propio esfuerzo, sacrifica a veces a su ideal los halagos de una nombradía ruidosa o de un bienestar abundante, la influencia fecunda de la universidad en que tal grupo reside alcanza todas las proporciones de un apostolado social".

Servir a la patria, servir a la religión, unir en estrecho vínculo ambos amores, he aquí lo que anhelamos hacer en esta casa. Creemos que nuestro propósito es noble, y que la colectividad saldrá gananciosa si logramos realizarlo.

* * *

Ilmos. y Rvmos. señores: ,

Vuestra presencia es un augurio feliz para la vida de esta universidad que os pertenece por entero porque la habéis creado. Y nosotros os la agradecemos de todo corazón, y aspiramos a poder corresponderos, conformándola a vuestros elevados designios y felices propósitos.

Y vosotros, todos cuantos habéis cooperado al prestigio de este acto inaugural, recibid la expresión de nuestra legítima gratitud, y pensad que coadyuvando al éxito de esta obra, establecida en la capital de la República en conmemoración de la fecha centenaria de su gloriosa emancipación política, proporcionaréis un estímulo a los que le consagramos, sin economías, continuados esfuerzos, en el anhelo de alcanzar la segunda independencia a que todos debemos aspirar, que es la que se conquista por medio de la verdad.

Discurso pronunciado en la inauguración de los cursos de la Universidad Católica de Buenos Aires en 1919

2

LA PREPONDERANCIA DE LOS VALORES ESPIRITUALES

Recibo con emoción y gratitud, esta condecoración del Gobierno del Paraguay, país tan hermano del mío. La conciencia me obliga, sin embargo, a declarar, que debo considerarla, no como una recompensa, sino como un estímulo.

La recibo con honda emoción. Yo sé que había resuelto otorgármela un hombre cuyas virtudes civiles, militares y cristianas fueron tan grandes como su modestia: un hombre que fué el Paraguay en síntesis: el mariscal Estigarribia, cuya gloriosa memoria reanima y actualiza hoy en esta casa, la prestigiosa presencia del que fué jefe dignísimo de su Estado Mayor y es hoy embajador del Paraguay en la República Argentina, el coronel Juan Manuel Garay.

El actual gobierno del general don Higinio Morínigo, heredero de las virtudes que enaltecieron al malogrado Mariscal, ha hecho suya la resolución de éste. ¡Feliz coincidencia que me vuelve doblemente grata esta condecoración, al poderla apreciar como conferida por dos gobiernos!

Y hay otras circunstancias que, si es posible, me la hacen aún más cara. Figura entre éstas, el sello de amistad con que rubrican la notificación oficial, el eminente estadista doctor Luis A. Argaña, ministro de Relaciones Exteriores del Paraguay, y el heroico soldado coronel Juan Manuel Garay, su digno Embajador.

Y para que nada falte al corazón de un Obispo, tengo documentada también la participación afectuosa y eficiente del Excmo. señor Arzobispo de Asunción, Mons. don Juan Sinforiano Bogarín, relicario viviente de las gloriosas tradiciones paraguayas, a quien justamente acaba de llamársele "esencia misma del alma de la raza", y a quien retribuyo con todo el fervor de mi corazón agradecido, el abrazo cordial que me envía.

El gobierno del Paraguay, con un gesto que por sí solo denuncia la sentimentalidad exquisita del alma de aquel pueblo, interrumpe la práctica habitual y envía en carácter de Comisionado especial a un ilustre paraguayo, amigo del ex

presidente Estigarribia, amigo del ministro Argaña, amigo del embajador Garay, amigo dilecto de mi alma y lo que nos resulta grato por encima de todo, amigo cien veces probado de nuestra patria, la República Argentina. Ese sois vos, profesor doctor Pedro N. Ciancio.

Hay en las designaciones de las personas, aciertos felices que aseguran de antemano el éxito de las misiones confiadas. La personalidad esclarecida del profesor doctor Pedro N. Ciancio nos es familiar. Médico eminente, sociólogo profundo, ciudadano integérrimo, católico en espíritu y en verdad, patriota desinteresado y nobilísimo que en toda circunstancia política, aunque no es político, sirvió a su pueblo y a su patria, sin que nada ni nadie haya podido inducirlo jamás a servirse de su patria ni de su pueblo.

Apelo al testimonio de los suyos tanto más valioso, cuanto más exacto es el aforismo "nadie es profeta en su patria". El esclarecido ex presidente del Paraguay, Prof. doctor Eusebio Ayala, ha escrito las siguientes palabras a propósito de uno de los libros del Prof. Ciancio: "Sus desvelos por prestigiar nuestra cultura y sus trabajos pacientes sobre la soja, tendrán la recompensa moral que usted merece. Hombres como usted hay pocos en el mundo, y es una felicidad para la patria contar con un diamante de primera agua".

Y el ex Rector de la Universidad de Asunción y ex canciller del Paraguay, Profesor Dr. Cecilio Báez, le escribe esta conceptuosa dedicatoria: "Al Prof. Dr. don Pedro N. Ciancio, profesor universitario, conocido hombre de ciencia, brillante escritor y egregio pensador y moralista, autor del libro: "Crisis de la civilización actual".

Este hombre excepcional ha consagrado su vida, desinteresada y generosamente, a procurar la elevación positiva del nivel material y moral de su pueblo. Tal es el fin nobilísimo que se propone con sus descubrimientos maravillosos sobre la soja, y con sus afanes por la formación cristiana de la juventud. No incurre él en la contradicción desconcertante de aquellos hombres que se yerguen hoy en defensa de la civilización cristiana seriamente amenazada y se obstinan en impedir que a la niñez y a la juventud se enseñe el cristianismo. ¡Señores, no se defiende lo que no se ama, y no se ama lo que no se conoce!

Por lo demás, su discurso de hoy, es todo un mensaje de reconstrucción para América y para el mundo.

Dije al comenzar que me corresponde recibir esta condecoración más como un estímulo que como una recompensa. En efecto: muchos fueron los hombres que cuando se gestaba dificultosamente la paz del Chaco trabajaron con inteligencia, con perseverancia, con abnegación y con eficacia superiores a las mías.

Pero pienso que los hombres sinceramente creyentes que gobiernan el país hermano han querido evidenciar en esta hora trágica del mundo en que se asiste al desmoronamiento de los valores materiales, la preponderancia que reconocen de los valores espirituales como factores de paz internacional. Esto mismo habían declarado y proclamado desde esta misma tribuna en un día memorable los cancilleres de Bolivia y Paraguay. La fuerza no es un factor que pueda tenerse en cuenta para la paz del mundo. Por eso el mundo no la puede dar. La fuerza no puede ni crear, ni conservar la paz. Dice el Pontífice Pío XII: "Opus justitia pax", la paz es fruto de la justicia. La violencia es esencialmente estéril: la única violencia divinamente fecunda es la que uno ejerce sobre sí mismo para no emplearla nunca con los demás.

Interpretando esa visión superior de su gobierno, su enviado especial ha querido realizar esta ceremonia en la Casa de la Empleada. Muros benditos de este templo del trabajo y de la paz, ¡cuántas cosas os toca presenciar, que estuvieron muy lejos de ser presentidas, cuando os levantábamos con tanto amor, como prolongación del hogar para las hijas de nuestro pueblo! Dentro de vosotros acaban de pronunciarse estas palabras: "Mi voz, es la voz profunda del alma de mi pueblo, de ese pueblo paraguayo, sencillo y modesto, pero inmenso en su dolor, en su creencia y en su heroísmo sin límites". Esa voz arranca otra que sale a su vez de lo más hondo del alma del pueblo argentino que reconoce en el paraguayo las virtudes de un apasionado amor a la patria, al deber y al sacrificio, fuentes espirituales de su valor heroico en sus luchas legendarias por la independencia y por la libertad. Este continente no puede, no debe olvidar sobre todo en estas circunstancias históricas, que fué precisamente en la ilustre ciudad comunera de Asunción donde se escuchó el primer grito de libertad en América. Alma recia el alma de esta raza, forjada

en el dolor con esencia mística, que lleva en el espíritu y en la sangre ese amor a Dios y esa pasión por la libertad, que forman el bloque granítico de la unidad étnica inconfundible de ese pueblo de los grandes sacrificios pero también de las grandes bellezas y esperanzas. Sobrada razón tuvo para cantar así el poeta de la patria:

"La sangre de Guarán le dió bravura.
La sangre de Pelayo le dió gloria".

Mi corazón de argentino y de Obispo en esta fiesta de la confraternidad de dos pueblos, que quisieran extenderla a todos los pueblos de la tierra, eleva una férvida plegaria por la felicidad y el progreso de la patria paraguaya: ¡Que cobijada siempre bajo su preciosa bandera tricolor, tantas veces besada por la libertad y por la gloria, e inspirada en el lema de su escudo: Paz y Justicia, prosiga su marcha hacia la grandeza material y moral a que Dios la tiene destinada!

Discurso contestando al del Dr. Pedro N. Ciancio, en ocasión de la entrega de la Condecoración del Gobierno de Paraguay, en la Casa de la Empleada, el 8 de Mayo de 1942

3

EL PALACIO PONTIFICAL EN LA EXPOSICION DE PARIS

La honrosa invitación a hablar, la recibo del Comité France Amérique, como una nueva condecoración espiritual, de esas que se prenden en el alma.

Las naciones tienen una vocación, de la misma manera que la tienen los hombres. Esa vocación les viene de lo alto. Es una especie de Estrella de los Reyes Magos. Responder a ella, seguirla, es orientarse hacia la grandeza para cubrirse de gloria.

Yo no sé si alguien puede expresar mejor que Lacordaire, la manera cómo la Francia ha respondido a su vocación sublime, y cómo siempre, aún en las épocas en que ciertos hom-

bres trataron de desviarla, ha encontrado la senda que la lleva a la grandeza en todas las encrucijadas de la historia.

Y ¿cuál es la vocación de Francia? La vocación a la luz. Es, pues, una vocación eminentemente espiritual. No podría ser de otra manera, siendo como es, la hija primogénita de la Iglesia.

Sigamos en su vuelo al águila del pensamiento en su discurso sobre la vocación de la nación francesa: "Esa grande obra, dice, fué la nuestra. Y digo la nuestra, ¿por qué? ¿no son nuestros mayores lo mismo que nosotros? ¿Su sangre no es nuestra sangre, y su gloria nuestra gloria? ¿No vivimos nosotros en ellos y no reviven ellos en nosotros? ¿No han querido que fuésemos nosotros lo que ellos eran, una generación de caballeros, para la defensa de la Iglesia? Podemos, pues, decirlo, confundiendo con legítimo orgullo, los hijos con los padres; hemos aceptado el contrato propuesto por Dios al libre albedrío de las naciones. Hemos conocido, amado y servido a la verdad. Hemos sostenido por ella, sangrientos combates y acaloradas discusiones. Hemos vencido a Arrio, a Mahoma, a Lutero y hemos fundado en el orden temporal el trono del Pontificado... He ahí las cuatro coronas que no se marchitarán en las sienes de la Francia por toda la eternidad".

La atmósfera tan nublada que al presente la envuelve, la desorientación que la trabaja como al resto del mundo, ¿la hará desmerecer de su pasado? ¡Ah, no! ¡Su instinto hacia la luz la hará descubrir la estrella y se mostrará de acuerdo con su historia la Francia de Clodoveo, de Carlomagno y de San Luis!

* * *

No dudo que la Iglesia ha tenido en cuenta todo esto para decidir su actitud en las actuales circunstancias. El Vaticano es el más alto observatorio moral del mundo. Desde él nunca deja de ver el pasado y sondea admirablemente el porvenir. ¡El presente que absorbe tanto las miradas de los miopes del mundo moral, es tan efímero...!

Al destacar la actitud de la Iglesia para con la Francia debo referirme a su participación en la Exposición Mundial del año en curso.

Por primera vez en la historia de las exposiciones, se ha erigido un Pabellón Pontifical. Francia, con satisfacción des-

bordante y legítima, puede decir al mundo refiriéndose al Pabellón: *"Non fecit taliter omni nationi"*. No ha hecho lo mismo con ninguna otra nación. Y ¡en qué momento de la historia! El día de la colocación de la piedra del Pabellón Pontificio, el 8 de diciembre del año próximo pasado, el orador oficial pudo decir con toda verdad en presencia del Eminentísimo Cardenal Verdier, de varios obispos, del comisario general de la exposición y de muchos connacionales y extranjeros, estas palabras: "La opinión pública mundial invoca en un grito de angustia, las fuerzas espirituales. Nosotros le diremos dónde están esas fuerzas y le mostraremos su trabajo. Nosotros le presentaremos la Iglesia, mensajera de esperanza, de amor y de paz".

Durante el año de la exposición, el Pabellón Pontificio será como un polo del cristianismo. Alrededor del Altar Mayor se han construído doce capillas con los colores nacionales alusivos a las participaciones extranjeras. "Grandioso símbolo —exclama el orador citado—, que crea esta unión en una misma plegaria rezada en tan diversos idiomas". De esa manera aquel pabellón se distingue de todos porque no es un pabellón nacional, sino supra nacional.

Recientemente la Iglesia acaba de dar a ese pabellón como un beso de gracia y con él ha quedado como transfigurado entre los pabellones del mundo. El mes pasado Pío XI, el grande, el Papa de la Conciliación, por medio de su Legado Eminentísimo, lo ha bendecido. Es la bendición augural de la luz que está necesitando el mundo y que irradiará desde la bandera de la Iglesia enarbolada sobre París, sobre la Ciudad de la Luz!

Y es necesario reconocerlo y proclamarlo, a las recientes demostraciones de la Iglesia, Francia, sin distinción de partidos políticos ni de clases sociales, se ha mostrado digna de ellas, conduciéndose como en los mejores momentos de su historia.

¿No será que las rosas de Santa Teresita, cuya basílica francesa acaba de ser bendecida junto con el Pabellón Pontificio, comienzan a colorear el horizonte del mundo, con una aurora decididamente rosada? Es ese mi voto. ¡Dios lo quiera!

Conferencia sobre el Palacio Pontifical de la Exposición Internacional de París, por L. R. 4 Radio Splendid

4

PRIMERA FERIA DEL LIBRO ARGENTINO

Todo aquel que teniendo interés en formarse un concepto del alma del pueblo, no haya venido a observarle, alguna de las tardes o las noches de abril en la Feria del Libro, que hoy termina, ha perdido la mejor oportunidad.

El señor presidente de la Cámara Argentina del Libro, en su discurso inaugural, expresó las siguientes palabras que contienen la síntesis de la patriótica aspiración de la prestigiosa entidad, iniciadora feliz de la Feria: "¡Cuán grata recompensa —dijo— para nuestra Cámara, si su llamado tendiente a acercar más estrechamente los textos al pueblo, fuera premiado por éste con su fe y su entusiasmo!"

Cuando expresaba este noble anhelo, estaba por cierto muy lejos de pensar que un hombre como yo, hijo del pueblo, servidor desinteresado y amante apasionado del pueblo, tendría el honor de contestarle al clausurarse la Feria, que el premio a que la Cámara aspiraba, ha superado todo optimismo. Cedo la palabra al hecho y a los números. Al llamado de la Cámara, casi todo el pueblo ha contestado: ¡Presente! Y cerca de dos millones y medio de sus hijos, han respondido a su cita de honor. La Feria del Libro ha sido, pues, ¡la Epifanía del alma del pueblo!

Felicito por lo tanto a la Cámara y felicito a los editores por el éxito magno de este descubrimiento del alma del pueblo: ¡Fueron videntes! Continúen siéndolo. Hay que poner al alcance de la mano del pueblo el libro, como debe hacerse con el pan.

Paréceme que puede resultar oportuna la explicación que doy desde aquí de por qué no he aceptado el generoso ofrecimiento de dar en este sitio, que me place llamar "Templo del Libro", una conferencia con entrada paga a beneficio de la F. A. C. E. Tengo por norma resistirme a dar conferencias pagas, salvando las excepciones necesarias. Pienso que ya que el pueblo se vé forzado a pagar tanto por la nutrición del cuerpo, ¡siquiera que reciba gratis el alimento del alma! El libro contiene el alimento del espíritu. El libro, por lo tanto,

no debe ser apreciado como artículo de lujo, sino como artículo de primera necesidad.

Se desea salvar la democracia. ¡Y se hace bien, sean cualesquiera los sacrificios que su salvación exija! ¡Pero adviértase que no se salvará la democracia, mientras los dirigentes y los responsables no formen pueblos que tengan bien nutridos los cuerpos y bien iluminadas las almas!

No sé si nos preocupamos bastante de combatir la desnutrición y la mortalidad; pero tal vez nos preocupamos menos de resolver el problema de la anemia espiritual y de la mortalidad moral. ¡Cuántas inteligencias malogradas en medio del pueblo! ¡Cuántos genios apagados desde el momento en que la naturaleza los encendía!

Hay varias categorías de aristocracia. No me conmueven mayormente, ni la aristocracia del dinero, ni la del poder, ni la de la sangre. Son otras las que admiro y venero: la aristocracia del trabajo, la de la virtud y la de la inteligencia. Por fortuna, ninguna de estas tres es patrimonio exclusivo de clase, y por regla general surgen del pueblo. Lástima que la aristocracia de la inteligencia no se generalice, por falta de cultivo. Se carece de nutrición, no se puede adquirir el alimento de los libros.

La Cámara Argentina del Libro y los editores que con ella cooperan, han asumido esta humana, patriótica y cristiana misión. ¡Benditos sean! Mientras otros trabajan para abaratar la carne y el pan, ellos pondrán al alcance de las manos del pueblo, libros útiles, sanos y buenos. ¡Bienvenida esta nutrición del espíritu! Es un gran esfuerzo para superar a la materia. Es un gran impulso hacia arriba. ¡Y arriba está Dios!

Palabras pronunciadas en ocasión de la clausura de la Primera Feria del Libro Argentino, el 4 de mayo de 1943

III

EL CATOLICISMO EN LA ACCION GREMIAL

I

COMO NACIO LA F. A. C. E.

Por constituir práctica expresión de su prédica social, precedemos los discursos y conferencias del autor, referentes a la F.A.C.E., con esta breve reseña de los orígenes, del desenvolvimiento y de las proyecciones actuales de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas. — (Nota del Editor.)

El tiempo y el hombre

El panorama del mundo en los principios del siglo XX era un panorama de tormenta. La perturbación que agitaba las conciencias estaba en la vida política, en la vida económica, en la vida moral y en la vida social. La desorientación de los espíritus constituía la característica del tiempo. Era fruto del medio.

Muchos de los problemas que agitaban a la humanidad en ese entonces y que podrían haber permanecido extraños a nuestro país, se volvieron natural o artificialmente nuestros y plantearon en nuestro medio esa gran perturbación que hasta entonces sólo existía afuera.

La segunda década del siglo XX fué un período crítico en que el comunismo hizo irrupción en nuestra tierra virgen sembrando el pánico en toda la Capital de la República.

Refiriéndose al estado espiritual de los hombres en ese momento histórico de aguda crisis, Monseñor de Andrea escribía: "Me hacen pensar en esas aves a las cuales sorprende

la tormenta cuando vuelan en bandadas. Algunas entre ellas luchan por libertarse del impulso que les imprime el vendaval. Advierten, por instinto, que van en mala dirección, y quieren sustraerse, tomar rumbo, salvarse a sí mismas y salvar a sus compañeras. Conozco y comprendo la angustia de la multitud".

La actitud de Monseñor ante este estado de cosas no podía ser pasiva o de simple espectador. Era demasiado generoso su corazón para permanecer indiferente frente a esa angustia de la multitud Entonces, fué cuando se levantó en el seno de nuestra gran ciudad su voz clara, potente y luminosa, indicando las soluciones para los gravísimos problemas que acababan de plantearse. Era su voz la de un apóstol de la Iglesia Católica, varón de virtudes, revestido de la doble autoridad de padre y de pastor. El se había dicho en sus meditaciones "La Iglesia en este mundo es militante. Debe encarar todos los problemas. Y el problema económico-social, también".

"Si el estado económico-social se ha convertido en problema, en el más formidable de los problemas, ha sido por una causa moral, es decir porque se ha conculcado la justicia. Y la más imperiosa de las funciones de la Iglesia es precisamente la rehabilitación de la justicia".

En consecuencia, se lanzó a la organización de un vasto movimiento en pro del bienestar del pueblo a base no de la beneficencia o la caridad, sino de la justicia, porque había comprendido que era necesario proceder a una mejor distribución de la riqueza, volver menos irritantes las desigualdades existentes y convencer a los que tenían de sobra que era justo que pensaran en aquellos a quienes todo faltaba. Estos fueron los móviles de la gran jornada histórica de la Gran Colecta Nacional, que se propuso entre otras finalidades, crear el Instituto Técnico Femenino, el Ateneo de la Juventud, la construcción de casas higiénicas y económicas y el de las organizaciones gremiales.

Las circunstancias, o mejor todavía, la Divina Providencia quiso que Monseñor de Andrea concentrara toda su actividad en estas últimas y, en oposición al sindicalismo revolucionario, nació la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas, fundada sobre la base de la armonía entre el trabajo y el capital.

En la cripta de San Miguel Arcángel

Corría el año de 1922. La Iglesia de San Miguel Arcángel, sita en el mismo corazón de la populosa Buenos Aires, era el centro de reunión de un grupo numeroso de fieles pertenecientes a todas las clases sociales que domingo a domingo acudían al templo para el cumplimiento de sus deberes religiosos. Allí el verbo inspirado y elocuente de Monseñor de Andrea encendía de entusiasmo el fervor de las multitudes, que ávidas, bebían de sus labios la doctrina de la verdad. Por ese entonces, era también la época en que las mujeres obligadas por las circunstancias económicas penosas por que atravesaban sus familias, se habían visto precisadas a salir a la calle a fin de ganar con su trabajo el pan que escaseaba en el hogar. Muchas de entre ellas iban también al templo a contarle a Dios sus cuitas y a pedirle valor a fin de llevar con heroísmo la pesada mole de desprestigio con que las cargaba entonces la sociedad. Una mujer empleada era tenida en menos y, hasta mirada en ciertos casos como sospechosa de falta de bondad y virtud.

Entre ese grupo de mujeres empleadas hubo muchas que reconocieron en el sabio Obispo, polarizador de la atención de las gentes, al hombre providencial, al que habría de conducirlas al triunfo de sus ideales y de sus aspiraciones de legítimo bienestar. Entonces, se acercaron a él, lo eligieron por guía y conductor y al verlo interesarse por su causa que era también la de sus hogares y la de la patria misma, se resolvieron a seguirlo.

Hubo conversaciones y surgió el entendimiento. Un día del mes de noviembre de 1922, en la Cripta del templo Parroquial de San Miguel Arcángel, se echaron las bases de la primera organización femenina de tipo sindical. El manto de la Virgen cobijó la diminuta simiente que el Obispo consagró a la Celestial Reina con toda la rectitud de intención de que fué capaz.

Había empezado la vida de la Federación.

La historia del cristianismo recuerda una época terriblemente dolorosa y difícil, época de persecuciones y de lucha, de heroísmo y de sangre, durante la cual la Iglesia tuvo que refugiarse en las catacumbas para salvarse. Y, allí, en los oscuros laberintos de la ciudad edificada en el subsuelo mismo

de la Roma imperial, se templó el alma de los catecúmenos y resplandeció la virtud de los mártires cristianos.

Como la Iglesia, también la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas tuvo un comienzo silencioso y oscuro, su vida oculta de retiro y oración, en una palabra, tuvo sus catacumbas. En esos momentos de prueba fué cuando se templó el alma de sus dirigentes y quedó demostrado a la faz del mundo que su misión era de origen divino a la par que de redención social y cruzada libertadora.

Clarinada

Apenas constituídas las primeras Asociaciones denominadas Casa Argentina, Adhemar, Gath y Chaves, Harrods y Correos y Telégrafos, cuyas integrantes sumaban un total aproximado de mil socias, a la vez agremiadas y federadas, se impuso la necesidad de buscar un local para las reuniones.

Entonces se estableció la primera sede social en el primer piso de una casa de la calle Suipacha 252, en la actualidad refaccionada. En ella ocupaba la Federación una sala grande y una habitación contigua más pequeña y modesta, amueblada casi con pobreza.

Allí tuvieron su centro las más intensas campañas organizadas para la conscripción de nuevas adherentes, de allí partían en parejas o en grupos distintos que, lanzados también hacia rumbos diversos en la ciudad, visitaban oficinas y casas de comercio, derramando a los cuatro vientos, el atractivo luminoso de los fúlgidos ideales de agremiación y justicia social, que constituían el estandarte a cuya sombra se formó y consolidó definitivamente la *Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas.* Hasta ese humilde hogar llegaban después de la campaña, todas las que habían participado en la jornada, para hacer juntas un alto, descansar, comunicarse los sentimientos de alegría que corrían de corazón a corazón como una corriente eléctrica, estrechando vínculos de solidaridad indisoluble.

Y a medida que el número iba creciendo y comenzaba a concretarse la obra, mediante la adquisición de una fisonomía especial, jamás vista hasta entonces, empezó también para ella un período de vida azarosa de incomprensión y de lucha.

Muchos se preguntaban extrañados:

—Pero, ¿quiénes son éstas y qué buscan? Son unas ilusas y hay que impedir que continúen trabajando y reuniéndose para evitar que lleguen a transformarse en un elemento de perturbación.

Siempre ocurre así, con todas las obras grandes; la incomprensión y hasta las persecuciones vienen bien pronto a robustecerlas, afianzándolas en sus principios y en su verdad.

En los momentos de desaliento y de prueba la fe inquebrantable en el ideal renovaba las energías haciendo volver el entusiasmo a las almas y de nuevo se lanzaban todas a la lucha seguras del triunfo final.

En ese lugar de la calle Suipacha tenían lugar también, las reuniones preparatorias de las primeras salidas hacia los puntos de veraneo y especialmente hacia Necochea, donde el gobierno de la Provincia había habilitado las aulas de una escuela local a fin de que sirviera, a las socias, de alojamiento. Por las tardes, apenas terminado el trabajo, se reunían en grupos a coser colchones y preparar almohadas y cuanto era necesario para esos viajes de los cuales guardan todavía las participantes los mejores recuerdos.

¡Dichosos tiempos aquellos y felices horas las de los primeros entusiasmos fervorosos, piedra angular de las futuras colonias veraniegas donde se restauran tantas energías y reviven sentimientos de alegría dormidos muchas veces!

Después, empezó una época de peregrinaje, como de vida sin rumbo fijo ni residencia estable. De la calle Suipacha la F.A.C.E. pasó a la calle Montevideo 850, de allí hubo de mudarse a un local cedido por la Municipalidad de Buenos Aires en Corrientes 451. De este tiempo, data la instalación del primer ensayo de comedor económico iniciado con una docena apenas de comensales y cuyas actuales proyecciones son motivo de asombro para todos. Después, vino la casa propia, la regia mansión de la calle Sarmiento 1272.

Elección de la Protectora

La F.A.C.E. nació un día del mes de María. Su fundador y asesor, Monseñor de Andrea, la consagró desde el principio a la Sma. Virgen y la puso bajo la protección y sombra de su manto Celestial. Las reuniones primeras se llevaban a cabo todos los sábados que, como sabemos, están dedicados en un

modo especial a honrar a Nuestra Señora y, por eso, a Ella fueron dedicadas las primeras oraciones y los fervores iniciales.

Mas, como en los supremos designios de la Divina Providencia todo se halla ordenado de una manera que muchas veces cuesta conocer a los hombres, parece que estaba en los planes de Dios que la F.A.C.E. fuera colocada bajo el Patrocinio inmediato de Santa Teresita del Niño Jesús, la Virgen carmelitana que inmortalizó con la fama de sus virtudes al pueblo de su nacimiento.

Concertadas las voluntades en el sentido de que era necesario elegir una Patrona, se convocó a reunión de Consejo Superior para someter al juicio y aprobación de todas, la designación de la misma.

Era el año 1924. Por esos días, acababa de regresar de uno de sus frecuentes viajes a Europa, Monseñor de Andrea. Había visitado Lisieux y traía, junto con numerosos recuerdos, mil relatos interesantes e inéditos, referentes a la vida de la santa, los cuales habían sido recogidos de labios de una de sus hermanas y de otras personas que la conocieron y trataron. Estas noticias encendían el fervor de las socias, y, la admiración despertada por la santita de las rosas, fué causa de que se la designara Patrona.

La primera imagen suya fué donada por la Congregación de Santa Teresita de la Iglesia de San Miguel Arcángel y colocada en el oratorio de la casa de la calle Corrientes. Este oratorio había sido instalado en la habitación más pequeña de la casa. Pero, por la misión espiritual de recogimiento y oración que allí cumplía se transformó bien pronto en la más hermosa y frecuentemente visitada.

Cuando se trasladaron las dependencias a la casa propia fué triunfalmente conducida esa imagen. Las socias la llevaron en andas rodeada de rosas y la pasearon por las calles más céntricas de la ciudad. Actualmente se encuentra en el hall del primer piso, donde recibe, desde entonces, el homenaje cotidiano y la primera mirada de cada persona que llega a la casa.

Son innumerables las gracias que desde entonces hace a la obra y a cada una de las socias que invocan su patrocinio en los momentos más difíciles de la vida. Podrían llenarse varios volúmenes bien nutridos, con el relato de las gracias

recibidas de sus manos y formar montañas de rosas con las derramadas sobre nuestra obra.

En las Colonias, en el Campo de Deportes y en cualquier lugar hasta el cual llega la acción de la F.A.C.E. la gratitud de todas eleva un altar al Señor y junto a él la Imagen de la Santa Protectora tiene lugar de singular preferencia.

La casa propia

El terreno de la calle Sarmiento 1272, donde actualmente se levanta el edificio de la Casa de la Empleada, fué adquirido con parte de los fondos recaudados durante la Gran Colecta de 1919. Tiene una ubicación céntrica de cómodo y fácil acceso; es un edificio amplio, confortable, sin las estrecheces y las incomodidades de que adolecían aquellos de las primeras reuniones.

Al construirlo se ha procurado darle la mayor amplitud posible, dotándolo del único lujo que se impone en una construcción de su clase: el aire y la luz que posee en abundancia. Pasajes y vestíbulos aseguran una cómoda circulación horizontal; escaleras y ascensores comunican todo el edificio, cada una de cuyas plantas tiene independencia propia.

En ocho plantas, dos subsuelos, planta baja y cinco plantas altas, se ha llenado el programa de las necesidades de la Casa de la Empleada.

Los ventanales de la capilla llevan vitrales representando escenas de la vida de nuestra Santa Patrona, los cuales fueron ejecutados en Francia. El altar hecho también en París, siguiendo los dibujos de los arquitectos de la obra, es de mármoles y mosaico. Posee en la puerta del tabernáculo una obra de arte de efecto sorprendente y única en el mundo: la imagen del Niño Dios trabajada en un cristal.

A la pericia del notable escultor argentino Zonza Briano, se debe la imagen de Santa Teresita, fundida en bronce, que ostenta el altar. Fué ejecutada de acuerdo con indiciones de Monseñor, quien pidió se la representara con los brazos en cruz y dejando caer de las manos una lluvia de rosas.

De granito extraído de las sierras de Córdoba son las grandes columnas y capiteles de la capilla y de mármol rojo las pequeñas de las ventanas que encuadran los vitrales. El órgano construído en Europa especialmente para la Casa de

la Empleada, de acuerdo con indicaciones verbales de Monseñor, es un instrumento de singular mérito en el que, al realizarse el ensayo previo a su envío a Buenos Aires, ejecutaron trozos musicales los mejores organistas de París, quienes lo estimaron inmejorable para los conciertos para los cuales se proyectaba destinarlo.

En el primer piso están alojadas la Presidencia, la Asesoría, la Secretaría, la Contaduría General y la Oficina de Cobranza.

El segundo piso está totalmente destinado a las salas de reunión de los sindicatos y el tercero a la asistencia médica de las socias.

La experiencia ha sugerido la distribución de los consultorios de acuerdo con las necesidades. Alrededor del vestíbulo principal se han agrupado los consultorios que atraen mayor afluencia de pacientes, como son: al frente, los de oculista y otorinolaringología; odontología al Oeste y pequeña cirugía con un local de esterilización al Este. Igualmente sobre el frente el consultorio de clínica médica. Anexo a éste se encuentra el local de rayos X. El hall de llegada de la escalera sirve de espera al consultorio de dermatología y en el resto se encuentran la pedicura, sala de inyecciones, masajes y la farmacia.

En el cuarto piso funcionan la Biblioteca, los baños, las clases de gimnasia, la revista y la oficina de publicidad.

El quinto piso está íntegramente destinado a la Comunidad Religiosa que tiene a su cargo el cuidado de todas las dependencias del edificio.

II

SU OBRA SOCIAL

Colonias de Vacaciones

El establecimiento de las Colonias de Vacaciones obedece a una finalidad práctica de hondo significado y gran trascendencia social. Es indispensable para el buen mantenimiento de la salud y para que la capacidad de rendimiento del ser humano no se vea disminuída por desgastes excesiva-

mente intensos o prolongados, que las fuerzas se restauren durante un período de total alejamiento de las actividades habituales.

Reconocida la verdad de esta afirmación, que las más grandes autoridades médicas del mundo han ratificado, la Federación tomó a su cargo la tarea de conseguir que la ley de vacaciones pagas fuera dictada. Obtenida la correspondiente sanción legislativa, que era ya un triunfo, sus efectos prácticos se veían amenazados del peligro de ser anulados o disminuídos si no se ponía al alcance de las empleadas que disfrutaban apenas de escasísimos sueldos, los medios necesarios para que el goce de las vacaciones les rindiera, a cada una, todos los beneficios y ventajas que reporta el descanso físico, espiritual y moral.

La F.A.C.E. resolvió el problema estableciendo Colonias de Vacaciones donde se cobran precios excepcionalmente económicos y se brindan junto con una alimentación abundante y sana, alojamiento sin lujo, pero con todas las comodidades requeridas para el cumplimiento de los fines expuestos. Por consiguiente, era de fundamental importancia la elección del sitio para el establecimiento de las colonias y la adopción de las medidas tendientes a conseguir determinadas condiciones morales, higiénicas y económicas para el alojamiento, y que las colonias de la Federación las reúnen en la forma felicísima que se verá más adelante, lo demuestran las fotografías que ilustran estas páginas.

Mas, las Colonias debían estar, por exigirlo así su misma finalidad, lejos de la Capital y situadas en aquellos lugares de veraneo reconocidos por sus condiciones geográficas y climáticas, como los más apropiados para el descanso y restauración de la salud y las fuerzas. Esta circunstancia creaba a las empleadas de exiguos sueldos, un segundo problema grave y serio: el de proveerse del dinero necesario para la adquisición del pasaje, de suyo caro en nuestro país, o renunciar al beneficio de las vacaciones. La F.A.C.E. no podía permanecer indiferente ante esta nueva dificultad y para salvarla se puso en campaña solicitando de la dirección de las empresas ferroviarias bonificaciones en los precios de los boletos, con lo que venía a quedar solucionado el nuevo problema.

Estratégicamente elegidos están los lugares donde se hallan fundadas nuestras colonias; dos se encuentran enclavadas al pie

de las montañas en uno de los sitios más pintorescos del territorio argentino y más frecuentado también, por las caravanas de turistas, la provincia de Córdoba; y la tercera se levanta majestuosa a la vera del Atlántico, en la ciudad balnearia más prestigiosa e importante del país, Mar del Plata.

La "Colonia Santa Teresita", de Cosquín, fué inaugurada el 15 de diciembre de 1927. Es una espléndida quinta de 14 hectáreas de superficie situada a 830 metros sobre el nivel del mar. Dentro del recinto mismo de la colonia queda comprendida una parte del río Cosquín, el cual, a la vez que riega los hermosos jardines y las sombreadas alamedas, ofrece a las socias, para el baño, la fresca transparencia de sus aguas. El paisaje en el cual se ven reunidas las bellezas de la montaña, el río y el cielo, presenta también los encantos de una vegetación exuberante convertida por arte de jardinería, en parque.

Esta Colonia tiene capacidad para 150 veraneantes que abonan la reducidísima suma de dos pesos diarios y tienen derecho a permanecer quince días en ella. Funciona desde el 1 de diciembre hasta el 30 de abril, siendo frecuentada anualmente por un grupo de más o menos 3.135 asociadas.

Una quinta donde abundan verduras y frutas de todas clases, proporciona diariamente lo necesario para la preparación de las comidas. Fácil resulta, pues, explicarse los prodigios que causa en la salud de las socias una permanencia de quince días en esta espléndida colonia.

La vida se matiza también con las salidas al pueblo y los frecuentes y hermosos paseos campestres que organizan, en grupos, las veraneantes. Desde muy temprano, antes de la salida del sol, caballos y sulkis aguardan en la puerta de la colonia a cuantas deseen conocer los rincones más pintorescos de la localidad, los cuales son visitados por alegres caravanas.

Los FF. CC. del Estado han instalado, para comodidad de los veraneantes, un apeadero en la misma puerta de la Colonia.

Capilla del Monte

La colonia de Capilla del Monte fué inaugurada el 23 de febrero de 1936. Tiene una capacidad menor que la de Cosquín, pues admite sólo cien veraneantes. El paisaje serrano que la rodea es más abrupto que el de aquélla. Allí pueden

gozar las socias junto con las comodidades que les brinda la casa, la imponente belleza del cielo y la sierra transformados por la luz en brillante paleta de colores cada mañana y cada anochecer.

La casa edificada en medio de un hermoso jardín, si se mira desde lejos parece recostada sobre la sierra misma que levanta su quebrada silueta detrás de las paredes blancas del edificio. A los pocos metros de sus fondos cruza un río al cual se llega a través de un terreno que desciende en escalones.

La pensión en Capilla del Monte es de pesos 3. Las socias durante los meses de diciembre y marzo, pueden concurrir acompañadas de un familiar: madre o hermana, que abonan un peso más que ellas en cualquiera de ambas residencias veraniegas.

Mar del Plata

Hasta hace poco, Mar del Plata, el Balneario más famoso de la costa atlántica en la América del Sur, era una ciudad reservada a los poderosos y mimados de la fortuna. La excelencia de su clima marítimo y las propiedades saludables de las aguas, así como también la delicia de sus playas y la potencia del sol, parecían reservadas sólo a ellos.

La F.A.C.E. sabía que muchas de sus socias, por razones de salud, se veían privadas de tomar un descanso en las sierras y sabía también que al renunciar a él, renunciaban a algo necesario, que hubiera fortalecido su cuerpo beneficiando grandemente su estado general. Necesitaba, pues, capacitarse para adquirir otra colonia en un lugar hasta el cual pudieran llegar y en el que pudieran reponerse cuantas se veían privadas de acudir a la sierra. Entonces fué cuando todas las socias por igual, afianzándose en el principio fraterno e invencible que enuncia nuestro lema, *Todas para cada una y cada una para todas,* se lanzaron en una entusiasta y activa campaña en pro de la edificación de la Casa Veraniega de la Empleada en Mar del Plata. Se movieron influencias, se realizaron festivales, rifas y beneficios; se pidieron y aceptaron toda clase de donaciones hasta reunir una suma respetable, paulatinamente aumentada por cuantos sentían conmovida su generosidad en presencia del espectáculo nuevo de una tan fuerte solidaridad afianzada en el deseo de conquista de un bien co-

mún. Así fué como pudo adquirirse el terreno donde luego de colocada la piedra fundamental se iniciaron los trabajos de construcción.

Cuatro años de tesonero empeño, de inquietudes e ininterrumpidos esfuerzos, fueron necesarios para que el sueño se convirtiera en una feliz realidad. La Colonia Veraniega de la Empleada en Mar del Plata, es hoy una de las construcciones más espléndidas de la región.

Campo de Deportes

La concentración urbana que caracteriza la vida moderna engendra hábitos sedentarios sumamente perjudiciales para la salud. Es por eso, que en nuestro tiempo más que en cualquier otra época de la historia, se hace necesaria la práctica moderada de los deportes y se impone la creación de centros provistos de todos los elementos necesarios para ejercicios físicos, los cuales al vigorizar el organismo lo mantienen en estado de perfecto equilibrio y buena salud.

La F.A.C.E., tan celosa del mejoramiento material como del adelanto espiritual de sus asociadas, ha levantado con este fin un espléndido Campo de Deportes en la vecina localidad de Castelar. Las facilidades que el tren, ómnibus y colectivos ofrecen para trasladarse al mismo, contribuyen grandemente a que la afluencia de visitantes sea cada día mayor.

Consta de numerosas instalaciones modernas y confortables, entre las que se destacan por su importancia: la pileta de natación con sus anexos, las canchas de tennis, basket-ball y bochas y el recinto de las hamacas.

Durante el año entero y particularmente en el transcurso de la temporada oficial que se inicia alrededor del 11 de noviembre, se suceden y repiten los almuerzos campestres y las reuniones de camaradería llevadas a cabo por los distintos gremios.

Las socias pueden concurrir al campo en compañía de sus familiares.

Becas de salud

El establecimiento de las colonias veraniegas donde se cobra a las socias una ínfima pensión diaria de pesos 2 y 3 en

Cosquín y Capilla del Monte, respectivamente, no ha sido suficiente todavía para extender el beneficio de las vacaciones pagas a todas las socias que necesitándolo no se encuentran en condiciones de proporcionárselo por sus propios medios.

La F.A.C.E. ha creado, por este motivo, un fondo destinado al establecimiento de becas de veraneo que serán otorgadas a las socias más necesitadas. En la gestión de las mismas tienen intervención directa las presidentas de los gremios, por ser las que de una manera más inmediata y directa conocen a las asociadas.

Las becas conceden a la socia agraciada el mismo tiempo de permanencia en la Colonia al que tiene derecho cualquier socia, o sea, a quince días de permanencia en cualquiera de ellas. Además de llenar los requisitos indispensables para la obtención de la beca, deben someterse todas, a las condiciones habituales prescriptas para el veraneo en nuestras colonias.

Comedor económico

El hecho de que la gran mayoría de los comercios y oficinas tanto públicas como privadas de Buenos Aires, se encuentren en el centro de la ciudad, determina una afluencia extraordinaria de empleadas a él, durante las horas de trabajo. Estas, por disponer de escaso tiempo para el almuerzo y vivir alejadas de los sitios en que cumplen sus tareas, se encuentran abocadas a un problema de difícil solución. Muchas, careciendo de los recursos suficientes para proporcionarse al mediodía, un almuerzo abundante y capaz de reparar las fuerzas gastadas en el trabajo, o debían contentarse con un café con leche o cualquier minuta adquirida en un restaurant de segundo orden o en alguna lechería, cuyo servicio no les proporciona ninguna garantía de seguridad higiénica para la salud, ni de moralidad por el ambiente.

Ninguna medida tomada individualmente podía dar solución al problema que por su índole y alcance tenía los caracteres de un verdadero problema social.

La Federación, incansable defensora de los intereses de las mujeres que trabajan, estudió el caso; y, de inmediato, lo dejó resuelto creando un comedor económico para empleadas. Fué inaugurado el 30 de octubre de 1934. Desde entonces ha funcionado regularmente acusando un continuo crecimien-

to. Año a año el número de concurrentes ha aumentado notablemente, hasta el punto de que en la actualidad se sirve el almuerzo a 600 personas, término medio, cada día. Pese a que el servicio comprende varios turnos organizados desde las 11 menos cuarto hasta las 14 menos cuarto, el primitivo salón resulta ya harto estrecho.

El menú, sano, abundante y dietéticamente controlado, comprende sopa, dos platos, postre y café; la sopa con opción a repetir y el pan a discreción. Todo por el ínfimo precio de 50 centavos. Hay una circunstancia especial que se refiere al menú y que es necesario señalar aquí a fin de formarse una idea acabada y completa de la clase de servicio que presta el comedor y que puede ser calificado, sin lugar a dudas, de verdadero servicio social.

El costo medio del menú diario oscila entre 61 centavos y pesos 1.70. Cuatro o cinco veces al mes se ofrece a las socias un menú cuyo costo pasa del peso hasta 1.70 y nunca uno inferior a 61 centavos. No obstante mediar esta circunstancia de precios, la F.A.C.E. invariablemente cobra 50 centavos por almuerzo a las socias y 80 a las no socias.

Las raciones se envían al comedor desde la cocina por medio de cuatro montacargas eléctricos, regresando la vajilla por una rama deslizadora hasta el sitio del lavado que se efectúa con las máquinas más eficientes. Existen grandes cámaras frigoríficas graduadas a diversas temperaturas, lo que permite suministrar a cada alimento el frío necesario para su perfecta conservación.

Consultorios médicos

El trabajo, además de los problemas económicos y sociales que crea en el mundo, plantea, a la medicina, cuestiones en extremo importantes nacidas de la influencia nociva que ejerce sobre la salud, dadas las condiciones precarias en que se lo realiza en muchas ocasiones.

Estas perniciosas consecuencias agudizan sus efectos en el físico de suyo delicado de la mujer y repercuten luego en la salud de los hijos, los cuales vienen al mundo debilitados o enfermizos. La F.A.C.E., cuidadosa de cuanto atañe al bienestar y mejoramiento físico, intelectual y moral de las mujeres empleadas, posee un consultorio médico externo destinado

a prestarles toda la ayuda y protección que la ciencia médica más moderna es capaz de brindar en nuestros días.

La Dirección está a cargo de un cirujano de sólidos prestigios, el distinguido profesor Herman Taubenschlag, que obtuvo en 1934 el premio "Facultad de Medicina". Cuenta además con un calificado cuerpo de médicos especializados, los cuales prestan servicios gratuitos.

Las consultas se efectúan desde las 19.30 en adelante, es decir, ofrecen la ventaja de que las empleadas pueden ser atendidas después de terminadas sus tareas. A causa de la estrechez del local, la atención de las pacientes se prolonga también fuera de casa y las que por su estado requieren una intervención quirúrgica, sea de cirugía general, ojos, parto, garganta, etc., son intervenidas en sanatorios particulares, en los cuales se han conseguido pensiones módicas, siendo además operadas gratuitamente por los médicos del consultorio.

La adquisición de un aparato Roetgenfotográfico para la obtención de radiografías del tórax, ha permitido iniciar la confección del catastro pulmonar de todas las socias. Se trata de una conquista de importancia trascendental para la salud de las asociadas, porque, en virtud de esas radiografías de pulmones y corazón, se hace posible diagnosticar cualquier lesión por insignificante que sea.

La acción benéfica que los médicos cumplen se completa con la eficaz colaboración de numerosas enfermeras diplomadas en la Federación Católica, quienes tienen a su cargo la aplicación de inyecciones, diatermia y rayos ultravioletas. Varias masajistas y pedicuras complementan la acción de las anteriores. Finalmente, la farmacia cuenta con un stock seleccionado de preparaciones medicamentosas, las que pueden ser adquiridas por las asociadas a precio de costo.

Farmacia

Merece capítulo aparte la Farmacia que funciona en la sede social, pues complementa eficazmente uno de los mayores beneficios de que gozan las socias de la Federación: la asistencia médica.

Inaugurada el 3 de octubre de 1933, ha sido siempre prolijamente atendida; tratándose por todos los medios posibles

de aumentar continuamente el "stock" de especialidades medicinales.

Las socias pueden efectuar en ella sus compras con descuentos que en algunos casos llegan hasta un cuarenta por ciento, con el agregado de la más amplia seguridad en lo que respecta a la legitimidad de las mercaderías.

Departamento de Baños

El Departamento de Baños instalado en el cuarto piso de la Casa de la Empleada, es otra de las dependencias establecidas a fin de conseguir una mayor comodidad para la vida de las asociadas.

Está dividido en dos secciones correspondientes a baños de ducha y de inmersión agrupados en dos alas que cuentan con ocho baños de lluvia y seis de inmersión con su correspondiente serie de lavatorios. Las divisiones entre las cabinas de los baños de lluvia son de mármol blanco de Carrara de una sola pieza.

Ambas alas cuentan con los artefactos más modernos indispensables para proporcionar un servicio rápido y cómodo en un ambiente muy grato por la pulcritud con que se conserva la higiene y la solicitud con que son atendidas las concurrentes.

Seguro Social

El Seguro Social F.A.C.E. consiste en la entrega de $ 200 en efectivo que la institución hace en caso de fallecimiento de una socia en condiciones reglamentarias, a la persona que ésta haya constituído beneficiaria en el momento de ingresar en la institución.

Caja de Previsión Social para empleados de la F.A.C.E.

El Consejo Superior ha resuelto llevar también al personal de la Federación los beneficios de sus obras de previsión social, creando esta Caja.

Los fondos de la misma estarán formados por el aporte de los empleados, consistente en el seis por ciento de sus sueldos, contribuyendo la F.A.C.E. con igual suma.

Después de 25 años los empleados tendrán derecho a reti-

rar de la Caja sus aportes más lo colocado por la F.A.C.E. y los intereses producidos por dicho capital en el tiempo correspondiente. El reglamento de la Caja contempla todas las posibles situaciones que pudieran plantearse en casos de cesantía, renuncia, enfermedad, etc., dando a cada uno soluciones justicieras y humanas.

Bolsa de Trabajo

Conseguir una ubicación ventajosa en estos tiempos en que sobran solicitudes de trabajo y faltan ocupaciones adecuadas y medianamente remuneradas para la gran cantidad de mujeres que se ven obligadas a salir en busca de lo indispensable para el sostenimiento de sus hogares, es tarea harto difícil y riesgosa.

Para solucionarla, en la medida de sus posibilidades, es que la F.A.C.E. ha creado una Bolsa de Trabajo, en la cual se encuentran fichadas aquellas de entre sus socias que lo buscan. Las Casas de Comercio, Industria, Sanatorios, dueños de escritorios y personas particulares conocedoras de la existencia de esta oficina, recurren a ella cada vez que tienen necesidad de una empleada. De este modo es posible poner en contacto a la socia con el empleador, garantizándole a ésta la seriedad del pedido de trabajo y al solicitante la competencia de la persona propuesta.

De esta manera ha sido permitido a la Federación colocar ventajosamente a un gran número de afiliadas que se sienten en todos los casos respaldadas por la solvencia moral de nuestra institución. El trabajo, por duro que sea, se les vuelve así más llevadero y alegre y lo cumplen con ánimo satisfecho que aumenta notablemente su rendimiento.

Academia de la Empleada

La importante Academia que extiende hoy su influencia a más de mil asociadas, tuvo un origen muy modesto y silencioso. Las socias más necesitadas de conocimientos e instrucción, solicitaron de aquéllas de entre sus compañeras que podían hacerlo, la gracia de una enseñanza particular capaz de habilitarlas para adelantar en sus empleos y ocupaciones.

A poco, el Consejo Superior, que jamás pierde de vista el

adelanto y aprovechamiento general, tomó a su cargo el alentar la generosa iniciativa, dándole vuelo y vastas proyecciones. Así fué como nombró una Comisión especial, integrada por las señoras Filomena A. de Balagué, Laura de Díaz y la señorita de Romero Ruiz, a los efectos de que tomaran a su cargo la organización de algunos cursos regulares que serían encomendados a profesoras especializadas. Las gestiones cumplidas por la mencionada Comisión, con infatigable celo y entusiasmo, dieron como resultado el establecimiento de 18 cursos, atendidos por 15 profesoras que prestaban servicios "ad honorem".

Pasaron los años, el alumnado creció prodigiosamente y como el local resultara estrecho, hubo necesidad de pensar en la adquisición de uno propio.

El 15 de junio de 1940 tuvo lugar el acontecimiento más trascendental para la vida de la Academia: la Bendición e inauguración de la Casa Propia, donde en la actualidad funciona. En ese mismo año la primera Comisión de Inspectoras hubo de ser reemplazada por una Directora, Vicedirectora, Secretaria y demás personal administrativo como lo exigía el extraordinario impulso alcanzado por la Academia.

Actualmente la Academia cuenta con cuarenta y un cursos, atendidos por cuarenta profesoras y un total de más de mil cien inscriptas. El horario de clases fija los cursos entre las 18 y las 20, a los efectos de facilitar la concurrencia de las alumnas, que son en su totalidad mujeres empleadas.

Las materias objeto de la enseñanza son: Dactilografía, Taquigrafía, Contabilidad, Corte y Confección, Labores, Tejidos, Artes Decorativas, Encuadernación, Juguetes, Flores, Sombreros, Cocina, Gimnasia, Castellano, Italiano, Inglés Preparatorio, íd. 1er. año, íd. 2º año, íd. 3er. año, Francés 1er. año, íd. 2º año, íd. 3er. año, íd. 4º año; Declamación, Piano, Teoría y Solfeo, Guitarra y Canto.

Instituto Incorporado F.A.C.E.

La creación de la escuela de comercio de la F.A.C.E. responde al deseo de contribuir a la preparación de las futuras empleadas. Fué creada el 13 de octubre de 1937, adoptándose para la enseñanza comercial los planes, horarios y programas que rigen la enseñanza oficial de la materia en nuestro país.

Formaba parte del pensamiento inicial, conseguir su incorporación a los efectos de dar a los certificados de estudio la misma validez que tienen los títulos otorgados por el gobierno nacional.

Actualmente cuenta con los cinco años completos, lo cual le permite formar peritos mercantiles. Se encuentra incorporada a la Escuela de Comercio Nº 2 de la Nación "Dr. Antonio Bermejo", donde goza de bien ganado prestigio tanto por la capacidad docente del cuerpo de profesores como por los brillantes resultados estadísticos que arrojan las pruebas anualmente rendidas ante tribunales examinadores formados por profesores titulares de las respectivas asignaturas de la escuela oficial.

El Instituto Comercial Incorporado F.A.C.E. llena una misión social y educativa de singular importancia en nuestro medio. En las dependencias del establecimiento, y por iniciativa de la profesora de Contabilidad, ha sido instalado un Escritorio Modelo donde el estudio de los diversos trabajos de oficina puede realizarse no con la sola práctica del ejercicio sino directamente por las alumnas en las distintas operaciones y trámites que la vida de una oficina comercial, impone.

A esta labor de instrucción se une la obra educativa inseparable de toda acción docente, por la cual se prepara a las alumnas para la lucha por la vida, además de darles una segura y práctica carrera, de tal manera que queda realizado el ideal máximo de toda educación, o sea, conseguir que las mejor dotadas intelectualmente sean las poseedoras de una más completa y cierta formación moral.

Agremiación Femenina

La Federación cuenta con un órgano oficial periodístico, representado por su revista bimestral "Agremiación Femenina". Obedeció su creación a la necesidad de crear un vínculo espiritual informativo y fuerte que mantuviera constantemente cerca de la vida y obra del Consejo Superior a todas las filiales que, por razones de distancia o de trabajo, no pudieran concurrir habitualmente a participar de los actos de acercamiento y mutuo conocimiento celebrados en la Casa de la Empleada.

En sus páginas, además del material directamente infor-

mativo de las actividades gremiales desarrolladas por cada una de las Asociaciones que integran la Federación, encuentran las socias un interesante material literario, abundancia de notas gráficas y páginas especialmente dedicadas a los conocimientos más indispensables para la vida de la mujer, como son las modas, labores, recetas culinarias, etc.

Culto Católico

La F.A.C.E. es una institución de carácter económico-social, con una función gremial de organización, mejoramiento y defensa de las mujeres que trabajan. Mas, como las soluciones que propone y aplica en todos los casos son las mismas que da la doctrina social católica, interpretada a la luz de las encíclicas papales, justo es que no faltara a su vida para sostenerla, nutrirla y fortificarla, la práctica más sincera y consciente de la moral y las enseñanzas del catolicismo que es su misma razón de ser. Nada ni nadie ha defendido en el mundo la libertad y la justicia con tanta entereza y claridad de visión como la Iglesia Católica. Por eso, la F.A.C.E. dispone de una hermosa capilla erigida bajo la advocación de Santa Teresita del Niño Jesús, en la cual los gremios celebran las ceremonias del culto católico, como Misas conmemorativas de las fechas más salientes de su obra social, la fiesta de sus santos patronos, los sucesos más importantes de la vida de sus socias y otras prácticas piadosas prescriptas por la Iglesia.

Anualmente realizan una peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de Luján, participan en la visita a los Sagrarios el día del Jueves Santo y promueven otros actos como la práctica de los ejercicios espirituales, conferencias y Misas de Comunión y acción de gracias.

Son motivo también de una celebración especial los meses del Sagrado Corazón de Jesús y el Mes de María.

Las venerables hermanas Hijas de N. S. de la Misericordia, tienen a su cargo todo lo relacionado con el culto y el cuidado material y moral en la Casa de la Empleada y Academia de la Empleada. Suaves, discretas y bondadosas, vigilan los detalles con amor maternal, y desde la cripta hasta el quinto piso, que ellas habitan, todo es prolijidad y limpieza, notándose en el ambiente honorable de la casa una reconfortante sensación de santidad.

Biblioteca

La difusión extraordinaria que en nuestro tiempo ha alcanzado el libro, y el papel de primer orden que la lectura tiene como formadora del carácter de los individuos, ha contribuído a afianzar el concepto de que cualquier agrupación de personas hechas con fines sociales, debe crear una biblioteca a fin de elevar el nivel intelectual de los distintos grupos.

En ella y por ella se satisface el hambre de conocimientos que siente el espíritu del hombre ansioso siempre de mejoramiento y superación. El saber que adquiere el alma puede tanto que en algunos casos logra cambiar hasta la vida de quien tiene la dicha de adquirirlo. Refluye luego sobre la vida entera de la colectividad volviéndola más civilizada, culta y feliz.

La biblioteca ocupa un amplio salón de tres cuerpos profusamente iluminados. Los anaqueles para libros, la mesa de lectura, el escritorio de la Directora y los ficheros son todos de acero. Con esto la sala adquiere mayores comodidades y junto con garantías de absoluta seguridad y limpieza un sello propio de elegancia y distinción.

Actualmente cuenta con 5.780 volúmenes encuadernados en su casi totalidad, ya que la existencia de libros en rústica es de apenas 350 ejemplares. El movimiento diario de la biblioteca es índice del interés que las socias demuestran por la lectura de obras selectas y nos permite calcular los indudables beneficios que presta en el orden intelectual. Se retiran mensualmente para leer en la casa 320 libros, lo cual da un promedio diario de 17 y 4.000 anuales.

Comprenden los libros tres secciones, la Religiosa, la Recreativa y la de Estudio. Las obras de cada una de ellas están a su vez clasificadas convenientemente en un moderno sistema de ficheros que facilita notablemente las consultas.

Tardes de cine

El cinematógrafo se ha incorporado de una manera tan decisiva a la civilización contemporánea que ha alcanzado ya categoría de arte y papel de elemento cultural y educador. Pese a la inmensa influencia que ejerce sobre las masas en todos los países, cabe señalar el hecho de que admite ser utilizado,

indistintamente, para formar o deformar, para orientar o extraviar a los espíritus de personas poco cultas o desprevenidas. Dada la actitud pasiva de simple receptor de imágenes, que el espectador adopta en el cine, éste se presta admirablemente para la formación y divulgación de maneras colectivas de sentir y de pensar no siempre de acuerdo con la moral y las buenas costumbres.

Así se explica el recelo con que, en su hora, muchos espíritus apocados o timoratos miraron al cinematógrafo. Lo veían poderoso, casi irresistible por la acción extraordinaria de sus recursos y sugestiones y como a la vez lo veían, en muchos casos, ponerse al servicio de intereses mezquinos, o decididamente del mal, no trepidaron en declararse en su contra, condenándolo como invariablemente perjudicial.

El Consejo Superior de la F.A.C.E., leal a la misión que se impuso al crearse, de solucionar de la mejor manera posible todos los problemas que en la vida se le plantearan a la mujer, abordó también el del cine y las diversiones.

El 3 de diciembre de 1939, se inauguraron en la Casa de la Empleada las llamadas "Tardes de Cine", que desde entonces tienen lugar todos los domingos a las 18, en el amplio salón comedor de la planta baja, transformado, para el caso, en sala de proyecciones.

Por el ínfimo desembolso de cincuenta centavos pueden las socias y sus familiares gozar del espectáculo de las mejores películas, con la absoluta garantía de su doble valor artístico y moral. Una Comisión especializada tiene a su cargo la selección de los programas y los demás trabajos concernientes a esta nueva e importante conquista de la F.A.C.E. en pro de sus socias.

Semanalmente una concurrencia de más de trescientas personas que se duplica en los días de funciones especiales o de gala, se beneficia en medio de un ambiente gratísimo de esparcimiento y camaradería.

"Tardes de Cine" inicia sus funciones cada año en el mes de abril y las prolonga hasta noviembre en que se suspenden al producirse la apertura de la temporada oficial de verano en el Campo de Deportes de Castelar, sostenido también por la F.A.C.E.

Tertulias F.A.C.E.

Las tertulias F.A.C.E., aprobadas por el Consejo Superior a propuesta de la Presidenta General señorita Elisa Espósito, se proponen ir formando a las socias dentro del espíritu propio de la Federación. En ellas se tratan temas sociológicos, gremiales y de interés general que se desarrollan en forma de conversación. Cada socia tiene derecho a participar en estas tertulias planteando las cuestiones que estime interesantes, a fin de aclarar puntos de vista o exponer sus dudas, deseos y aspiraciones.

Las tertulias tienen lugar dos veces al mes, los primeros y terceros miércoles a las 19.30. En el tiempo que media entre una y otra actúan los círculos de estudio y los de conversación que integrados por 15 socias preparan tanto el planteamiento como la discusión de los temas que habrán de abordarse en las tertulias. Se capacita también a sus miembros para la participación activa en los debates, dándoles los conocimientos necesarios y dotándolas de la técnica de expresión indispensable en todos los casos.

El plan seguido en su desarrollo es muy sencillo y consiste en la fijación de un tema general que dividido en capítulos se desarrolla parcialmente en las distintas reuniones. Cada tertulia comprende además una parte artística o literaria que vinculada con el tema, desarrolla en el terreno del arte puro las cuestiones de fondo.

Círculos de Estudio

Son de dos tipos: unos de conversación sobre los distintos aspectos de la cuestión central que preocupa a cada una de las socias y los otros de carácter técnico, en los que las de mayor preparación y vocación netamente definida podrán seguir un cursillo sobre el tema general del año.

Estos círculos permiten a sus participantes descubrir por sí mismos las lagunas existentes en sus conocimientos; las impulsa a pensar y concretar sus puntos de vista; facilita la consulta directa sobre cuestiones no perfectamente captadas o entendidas en el curso de la exposición general, en las Tertulias; despierta el deseo intenso de ampliar los conocimientos.

Filiales

La F.A.C.E. cuenta en el interior de la República con numerosas Filiales que cumplen entre las mujeres que trabajan, en los centros más importantes, los mismos altos fines de defensa y mejoramiento profesional, intelectual y moral que persigue la Federación.

Organizadas sobre las mismas bases y principios fundamentales de nuestra obra, se encuentran bajo la dirección inmediata de un Asesor eclesiástico y la dirección de una comisión especial de empleadas, encargada de llevar a la práctica los ideales comunes. Para obtener el carácter de verdadera Filial, las asociaciones de empleadas deben cumplir numerosos requisitos, entre los cuales se encuentra la existencia de un mínimo de 100 socias. Las que por cualquier razón no alcanzan todavía este número son provisoriamente unidas a cualquiera de los gremios ya establecidos a los efectos de que las socias no pierdan sus derechos a la participación de los beneficios ganados y cuando cumplen esta condición primera obtienen su total y definitiva independencia como filial.

(De la "Reseña de la F.A.C.E.", año 1944)

1

INAUGURACION DE LA CASA DE LA EMPLEADA

Los grandes movimientos sociales de los últimos tiempos venían advirtiendo severamente la urgencia de propender a las organizaciones populares. El mundo del trabajo estaba abandonado en absoluto al sindicalismo de resistenica y de lucha. Su imperio era indiscutido y discrecional. Era inconcebible el abstencionismo en la organización sindical tendiente a la coordinación entre el capital y el trabajo, única senda por donde el pueblo llega a la pacificación de las clases y a la prosperidad social.

Desde este punto de vista debió haberse combatido como un error funesto el atomismo católico. Más de una nación padece hoy las graves consecuencias de no haberlo hecho así. Cuidando en primer término la formación individual urgía intensificar el catolicismo social.

Fué ésta una de las grandes finalidades de la colecta nacional del año 1919 prestigiada por el episcopado argentino. El solar en que nos hallamos es un mudo pero elocuente testimonio. Había sido adquirido por la Unión Popular Católica Argentina con aquel propósito.

En el mes de noviembre del año 1922, en la cripta del templo parroquial de San Miguel, echábanse las bases de la primera organización femenina de tipo sindical. El manto de la Virgen a quien la consagré con toda la rectitud de intención de que fuí capaz, cobijó la diminuta simiente. La Unión Popular, consecuente con el propósito de la finalidad aludida y atenta el crecimiento de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas, hizo cesión de este solar para la erección de la sede social. Y la Acción Católica Argentina, heredera de los bienes de aquélla, ratificando su decisión, resolvió escriturarlo a su favor.

Mientras tanto, el 30 de noviembre del año 1930, día con-

sagrado al culto de Santa Teresita, patrona providencial de la Federación, se depositó en la fosa cavada en este mismo sitio, la piedra fundamental del nuevo edificio de la "Casa de la Empleada". La bendición divina fecundó esta nueva simiente granítica. Ahondó sus raíces vigorosas, los cimientos profundos. Lanzó a las alturas su tronco y sus ramas, las dependencias superpuestas. Y los pájaros del cielo, de la parábola evangélica, representados aquí por millares de empleadas, pueden ya venir en bandadas alegres, de los cuatro vientos de la ciudad, a cobijarse a la sombra benéfica de su frondoso ramaje y a establecer en él los nidos de sus ensueños.

En el mundo del trabajo, existe ahora la sindicación femenina tendiente a la pacificación social. Queda demostrada la posibilidad de las organizaciones gremiales. Y las diversas conquistas obtenidas en pro de la estabilidad del orden dejan evidenciada su ventaja. Existen veintiuna asociaciones federadas en cuyas filas militan doce mil quinientas socias activas. Y estas asociaciones son católicas. No quiere decir esto que se imponga como condición de ingreso la práctica previa de la religión católica. Es necesario alejar el peligro de la simulación. Cuando la profesión de una fe o de una idea comporta sólo renunciamientos, resulta seminario de héroes y de mártires. Cuando sirve en cambio para cosechar beneficios y prebendas, fácilmente degenera en engendro de simuladores y de hipócritas.

Pero saben todas que si no llegan a la federación viniendo del catolicismo teórico y práctico, van decididamente hacia él. La vida de la institución se desarrolla sobre los principios de la sociología católica, y la vida de las personas que la constituyen se perfeccionará sobre las máximas de la doctrina y de la moral cristianas.

¿Cuáles son las causas por las cuales las asociaciones de empleadas son católicas? Lo son, porque no podía pensar en constituirlas sino a base de abnegación desinteresada y permanente, y fuera de Dios no conozco dónde resida una fuente donde poderla beber.

Lo son, porque no bastaba organizarlas para procurar sólo su bienestar material. No son únicamente los cuerpos quienes sufren; están además muy trabajados los espíritus. Los cuerpos tienen hambre de pan y de trabajo. Las conciencias tienen sed de verdad y de paz, y la paz íntima y la verdad

absoluta, yo no las encuentro en ninguna parte sino sólo en Dios.

Lo son, porque sería incompleta la tarea si no acometiéramos también la de la elevación moral desde el punto de vista individual y colectivo y malgrado las contrarias aseveraciones, ya fracasadas del laicismo en boga, y precisamente en base a su evidente bancarrota, se nos ha robustecido el convencimiento de que no hay moral sin virtud y no hay virtud sin religión, y no hay religión sin Dios.

Lo son, porque aquí no tenemos interés en adularlas halagando los instintos con la exclusiva predicación de sus derechos; antes al contrario: nuestra sagrada misión consiste en inculcarles los deberes. Y en tal caso, o nos quedamos con la fórmula socorrida de los deleznables "imperativos categóricos", o para darles eficacia compulsiva los hacemos dimanar de Dios "fuente de toda razón y justicia".

Lo son, porque tarde o temprano experimentarán las empleadas lo que todo hombre en la vida, es decir: la quiebra de los valores materiales, la falla de las esperanzas humanas, y por lealtad queremos reservarles algo en que podrán apoyarse con la convicción de salir victoriosas a pesar de todos los desfallecimientos y de todos los quebrantos; y ese algo es Dios.

Y para todo esto necesitamos un santuario. El cuerpo del edificio reclamaba un espíritu que lo animara. El espíritu dimanará de aquí, de ese altar donde Dios se abate, se inmola y se da. Las reglas de la liturgia establecen que sobre el altar no haya habitación. Han sido respetadas. Y la abertura por donde el altar asoma al cielo, y el cielo en cambio le hace llegar su luz, nos actualiza un expresivo simbolismo: en pleno corazón del edificio baja Dios para que suba el hombre. Las reglas de la técnica han aconsejado a su vez establecer el santuario en el subsuelo. No es este el único feliz hallazgo que nos obliga a elogiar con entusiasmo y sin reservas el genio de los arquitectos. Pero realmente en vez de limitarnos a dejar constancia de que se ha hecho bien al no situarlo en las plantas altas para no restar espacio a las diversas dependencias del edificio, o para no recargarlo con basamentos costosos, digamos que se ha hecho muy bien porque así se da la sensación de la realidad, es decir, que el cristianismo es la base de toda la obra social.

No faltarán quienes digan que se le ha dado demasiada

importancia. Y lejos de mí el contradecirlos: Así es, y así se dispuso que fuera. Sólo preguntaré: ¿Y esa importancia a quién perjudica? ¿De cuál de las dependencias ha sido restada? ¿En detrimento de quién o de qué le ha sido dada? La generosidad de las donantes así lo ha dispuesto, el genio de los arquitectos así lo ha logrado y la dignidad de su destino así lo ha requerido.

¿Serán capaces de reeditar el farisaico lamento de Judas: "Habría sido mejor que se diera el importe a los pobres"? Pero si ha sido dada a los pobres, en la forma más digna y elevada, en forma de trabajo y en una época en que tanto falta. Por lo demás, responderé como el maestro a Judas: "A los pobres... pero si los pobres están siempre con vosotros, siempre al alcance de vuestra mano, y ¿cómo es que vuestra mano no se abre para dar a los pobres a fin de resarcirlos de lo que se me da a mí para que en definitiva alcance a ellos?"

Tal es la razón de ser de este santuario que acaba de ser bendecido en el segundo aniversario de la colocación de la piedra fundamental.

Excelentísimo señor Presidente: Os damos las gracias por el alto prestigio que otorgáis con vuestra presencia y con vuestro padrinazgo. Al reclamarlo no entendimos pagar una deuda o prodigar una adulación. Esta obra se ha iniciado y conducido a término sin subsidios oficiales que en las actuales circunstancias hubiera sido desatinado pretender.

Ello ha servido para acrisolar el esfuerzo de la iniciativa y la cooperación privada, que sin prevalerse del favor oficial, pone su nota de optimismo con una obra comenzada en días de revolución, continuada en un período de paralización casi general y coronada en plena crisis.

No es, pues, el pago obligado de una deuda, y tampoco la obsecuencia de una adulación que sería tres veces indigna, de nosotros, de vos y de Dios en cuyo santuario estamos.

Nuestro propósito ha sido elevado y trascendente, y sé que de ello os congratuláis. Hemos querido significar que a las organizaciones católicas nunca resulta molesta, sino por lo contrario siempre grata, la autoridad. Partidarias de la libertad son al mismo tiempo cultores de la autoridad. Sin autoridad no habría libertad porque carecería de represión la fuerza que atentara contra la debilidad. Sin libertad no habría autoridad porque ésta se prostituye cuando suprime la libertad.

Uno de los dogmas fundamentales de la Iglesia es el de la sumisión a la autoridad, mas no por miedo, como explica San Pablo, porque éste engendra servilismo abajo y despotismo arriba, sino por conciencia. Por eso en la medida que se es más cristiano se es mejor ciudadano.

Nunca el dar a Dios lo que es de Dios, puede ni debe utilizarse como pretexto para rehusar al César lo que es del César. Estas organizaciones, por lo tanto, son la seguridad del Estado en la misma medida que la prosperidad de la Iglesia.

Si tal es nuestra norma con relación a la autoridad política y civil, puede comprenderse el grado de reverente y sumisa que nos merece la autoridad religiosa y eclesiástica.

Vos, Excelentísimo Señor Arzobispo electo de Buenos Aires, la investís ahora y al pediros que os dignarais bendecir este para nosotros tan querido santuario que viene a ser como el motor espiritual de la máquina moral, nos propusimos deliberadamente aprovechar esta señalada oportunidad para rendiros ante el altar de Dios y de la primera autoridad civil de la Nación, el homenaje leal y sin reservas de nuestra sumisión filial. Lo hago, excelentísimo señor, en nombre de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas y en el de mi modesta persona consagrada a la Iglesia y también dada a la patria.

Providencial Teresita a quien juraron patrona los millares de socias a quienes desde este trono como una visión celeste les repartirás tus rosas. Santita de la abnegación y la humildad. Santita del amor, del amor al prójimo, a la familia, a la patria, a Dios. Rosa de las santas y santa de las rosas. De las bendiciones que como celestes efluvios emanarán de Ti, sean las primeras para el augusto Pontífice que te llama estrella querida de su glorioso pontificado, para las autoridades civil y eclesiástica de quienes esperamos protección y estímulo, para las generosas donantes que en los días inciertos de la iniciación alentaron mi esperanza, para las venerables religiosas que serán los ángeles custodios de esta múltiple mansión, para los abnegados y competentes facultativos que en su cuerpo médico gratuito colman mi ambición, para las señoras de la comisión pro casa de la Empleada que han sido mi báculo y para las doce mil quinientas socias de la Fe-

deración, de quienes, tomando la frase de San Pablo diré que son *gaudium meum et corona mea;* mi gozo y mi corona.

Discurso pronunciado en la inauguración de la Casa de la Empleada, el día 30 de noviembre de 1932

2

LAS MUJERES QUE TRABAJAN

Saludo en vosotras a las esposas ejemplares, las madres dignas, las hijas cariñosas y las hermanas abnegadas de los catorce mil seiscientos hogares de los cuales tenéis la satisfacción de ser el sostén y la alegría.

Saludo en vosotras a las pacíficas y meritorias heroínas cuya primera victoria consiste en haber rehabilitado y también dignificado en el concepto público el nombre de la empleada, erigiéndolo en limpio título de nobleza dentro de la aristocracia del trabajo.

Saludo a las primeras y más grandes y disciplinadas organizaciones profesionales del país, orientadas no a la resistencia y la lucha, sino hacia el establecimiento de la promisora armonía entre las grandes fuerzas, de cuya coordinación depende el seguro bienestar del pueblo: el trabajo y el capital.

Saludo al nuevo ejército exigido por los tiempos modernos, que con la disciplina de su técnica inspirada en la moral cristiana, se *entrena* bajo el cielo de la Patria, levantando en alto la bandera de la pacificación social.

Habéis incorporado en el calendario de las grandes instituciones sociales, con la aprobación del gobierno, el beneplácito de la Iglesia y el aplauso del pueblo, el "Día de la Empleada".

A la suave claridad de su primera aurora, realizáis esta manifestación imponente en la cual unas representando a todas visten los colores de la Patria. Es la afirmación categórica realizada en público de vuestro propósito de hacer patria, no sólo con palabras, no sólo gritándola, sino enalteciéndola con la propia conducta y con la propia vida. Y el cielo acogiendo propicio la afirmación emocionante se ha in-

clinado para envolveros en su celeste y blanco y hacer de vosotras una bandera viviente de la Patria.

En el centro de esa bandera, en el sitio del sol de Mayo, del sol de la libertad, habéis colocado para que acrezca su luz la querida imagen de vuestra Patrona Santa Teresita, sol espiritual de nuestra Federación. Con ello demostráis que habéis sido dignas de ser alumbradas por el sol de la Libertad, porque la habéis glorificado utilizándola para la conservación del honor, el aumento de la dignidad y el ejercicio de la virtud. Y por eso abrillanta al sol de la bandera el sol de la santidad.

Ante vuestra magnífica presentación en sociedad, preparada con tanta perseverancia, y abonada de tantos méritos, yo puedo y debo llamar la atención de los poderes públicos y de las empresas y personas afortunadas, incitándolos a que no nos dejen solos y pidiéndoles que quieran estimular con protección generosa este exponente inequívoco de la iniciativa privada creadora de una obra de paz social, que es hija de su solo esfuerzo y madre de su propia grandeza.

Gracias a su edificante esfuerzo se han congregado a la sombra de su casa solariega catorce mil seiscientas mujeres, que lejos de ser una carga para la sociedad, constituyen una fuerza viva ennoblecedora de la profesión y generadora de prosperidad material y de elevación moral.

Los acontecimientos nos han situado ante el hecho de la dura necesidad de que la mujer deba salir a trabajar fuera de casa para obtener, no ya el bienestar, sino, en muchos casos, la subsistencia misma del hogar. ¿Por qué? Porque en una inmensidad de casos, a causa de la insuficiencia de la remuneración, no basta lo que gana el hombre, y en muchísimos otros, ¡porque falta el hombre! Entretanto, y mientras las grandes reformas soñadas continúen esperando el despertar de los grandes reformadores sociales, lo urgente, lo positivo, lo práctico, lo cristiano, lo humano, es poner la inteligencia y el corazón, y disponer de lo que somos y podemos para lograr que las honestas mujeres que trabajan puedan sortear todos los peligros materiales y morales que les crea una situación de la cual no son ciertamente ellas las culpables.

Así lo han entendido por fortuna todo el pueblo y todo el periodismo. Y así lo vienen practicando entre otros generosos protectores, los eminentes y queridos profesionales que

desde hace tiempo constituyen el cuerpo médico de la Federación, y que hoy nos acompañan. Yo los presento a la gratitud, no de la Federación, sino a la de la Patria. Desde el establecimiento de los Consultorios gratuitos en la sede social, han realizado en sus diversas especialidades y con las medicaciones consiguientes, veintiséis mil consultas en forma absolutamente gratuita. Y en esa magnífica labor de inteligente, silenciosa y abnegada previsión sanitaria hay que buscar la explicación de la salud floreciente de las socias y del inmenso consuelo de no tener que lamentar, sino por excepción rarísima, alguna defunción entre sus filas. Hijo como soy del pueblo, me apasiona su positivo bienestar; por eso presento a esos profesionales, orgullo de la ciencia médica argentina, a la gratitud de la Patria, porque con abnegados desvelos cuidan de la salud de las que son hijas y a la vez madres del pueblo, que la patria quiere y necesita sano, fuerte y grande para la seguridad de sus gloriosos destinos.

Yo agradezco en nombre de la F.A.C.E. y en nombre propio a todos cuantos han contribuído con su cooperación, su simpatía y su presencia, a formar el arco enaltecedor de esta su primera exhibición de fuerzas. Sus corazones de mujeres laboriosas y honestas lo presentían, lo esperaban y lo necesitaban porque así enaltecidas, aspiraban a impresionar la atención de América. Militan en sus filas socias bolivianas y paraguayas: han sido ubicadas en la cabeza de la columna para que desde ella lleven desplegadas al viento las banderas de sus patrias. A través de las lágrimas agolpadas en su ojos sirviéndoles de prisma cristalino, miran con júbilo el arco iris de la paz y bajo su bienhechora claridad divisan las siluetas heroicas y sonrientes de sus hermanos y sus hijos. Encuentran ellas un eco profundo en vuestras almas exquisitas, señoras de los ministros de Bolivia y Paraguay, y por ello se sienten tocadas en lo vivo las almas de vuestras queridas naciones. Esas banderas han venido escoltando a las banderas de la patria y de la Iglesia.

El Ilustrísimo señor Vicario General del Arzobispado de Buenos Aires, al inmolar en el santo sacrificio la víctima Divina, ha impetrado en nombre de todos y a cielo abierto, la prosperidad de la Federación y la consolidación definitiva de la paz inalterable.

La presencia de las señoras del presidente de la Nación

y del ministro de Relaciones Exteriores y Culto, nos habla de los afanes de nuestro gobierno en la gestión laboriosa de la magna gesta y de las emociones intensas de su realidad hermosa. Reciban ellas y transmitan el homenaje de esta multitud que como un cofre inmenso guarda el voto precioso del corazón de las mujeres que trabajan. Y haga Dios, para lección del mundo y para gloria de América, que la Conferencia de la Paz que con tan buenos auspicios se ha iniciado, culmine con éxito y con gloria en la capital de esta Nación que ha enseñado al mundo, no con palabras, sino con renunciamientos, como lo dije en la Catedral de Buenos Aires, que en su concepto es más fecunda la paz que la victoria, y más preciosa la sangre que la tierra. Y así Buenos Aires, hija de la Libertad y hermana de la Igualdad, será en América y el mundo *la madre de la Fraternidad*

En la Plaza del Congreso, el 5 de julio de 1935, Día de la Empleada

3

LA SALUD DEL PUEBLO ES LA LEY SUPREMA

Los acontecimientos actuales, efecto necesario de las teorías que han venido informando la conciencia popular, demuestran que en la humanidad ha comenzado a operarse una gran transformación.

Y esa transformación ha entrado en el ritmo precipitado de su avance. Donde se la pretende contener, se impone por la revolución; donde se la sabe encauzar, se establece por la evolución.

Rehusar el aporte necesario a esta evolución, es un crimen de omisión que la historia cargará sobre los que tienen en esta hora responsabilidades directrices.

No hay en el mundo una doctrina que disponga de soluciones tan seguras y perfectas como la del catolicismo social, actualizada en nuestros días por el genial Pontífice reinante. Pero esa doctrina no es sólo para aprenderla y enseñarla; es, sobre todo, para vivirla y aplicarla. No es para el enriquecimiento de las bibliotecas, es para el mejoramiento de los pueblos.

Con esa doctrina la evolución puede operarse en forma pacífica y benéfica. Más aún: con ella puede realizarse no sólo la evolución, sino también el progreso. La evolución es un movimiento de transformación. El progreso es un movimiento de ascensión.

Nosotros somos partidarios no sólo de la evolución, sino también del progreso. "El progreso individual tiende a la formación de la personalidad humana. El progreso social tiende a la formación de la civilización humana". Pero ese doble progreso no se obtendrá sino mediante el auxilio que proporcionen al hombre la sociedad doméstica, la sociedad profesional, la sociedad civil y la sociedad religiosa. El hombre es libre, y por eso no progresa necesariamente sino libremente. La civilización universal y necesaria es el absurdo del evolucionismo materialista. El progreso social no será jamás el paso ciego de la animalidad a la humanidad; de la materia al espíritu; de la guerra a la paz; de la barbarie a la civilización. De ahí la sublimidad de la verdadera misión de la política que consiste en crear la posibilidad del progreso de los pueblos. Y si, por desgracia, no se sintiese capaz de crearla, que al menos no cargue con la responsabilidad de matarla. Yo no temo las disidencias de orden político; siempre las hubo, y siempre las habrá. Pero temo sus derivaciones en los momentos excepcionales en que el choque de las pasiones de orden político puede producir la llama que provoque un formidable incendio económicosocial.

Quienes cultivan odios políticos, ¿cómo renovarán los sociales? Quienes no se detienen ante la posibilidad de luchas cruentas entre los partidos, ¿cómo condenarán las de las clases?

En la hora de la distribución de las responsabilidades, no sólo aparecerán como culpables los que entorpecen positivamente la marcha de la evolución y del progreso, sino también los que no la propician y no la facilitan, contribuyendo así negativamente al advenimiento de la revolución. El cruzarse de brazos no fué jamás una actitud adecuada ni para contribuir al progreso de la civilización, ni para detener el advenimiento de la barbarie. Quienes así procedan no tardarán en ver precipitarse las hordas destructoras, que en esta hora de la historia no deberán venir del Norte o del Sur, del Occidente o del Oriente, porque están brotando de las entrañas mismas del pueblo. Y si en el momento de la irrupción tra-

taran de aniquilarlas o simplemente de contenerlas, habría llegado el caso de decirles con el Cardenal Verdier: "¡No, no tenéis derecho a arrojarles la primera piedra, porque pesa sobre vosotros una gran complicidad! ¡Sólo tenéis derecho a continuar en vuestra actitud: cruzados de brazos hasta que el torrente os arrolle y extermine!"

* * *

La *Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas* ha hecho su elección y ha tomado su rumbo. Al exhibirse en público pretende proponer un ejemplo. Sus dieciséis mil socias, sanas de espíritu y de cuerpo, con el alma contenta y el corazón lleno de amores y por eso vacío de odios, viene a decir al país que aman a la familia y por eso aprecian como dicha inefable la de ser su cariñosa providencia; que aman a la profesión y por eso defienden sus derechos y elevan su nivel; que aman a la patria y por eso se visten de gala con su enseña como con manto de gloria, para significar que quieren honrarla, no sólo con la palabra, sino también con la vida; y que adoran a Dios de quien reciben la fe que las ilumina, la esperanza que las sostiene, y el amor que las vivifica, las alegra y las une.

Vienen además a pedir la sanción de una ley sobre seguro de enfermedad con alcance nacional y como punto de partida para un futuro régimen de seguros destinados a cubrir todos los riesgos que afectan a los que no tienen otra fuente de recursos que el trabajo.

No es propicio el momento para el éxito inmediato, dado el lamentable conflicto planteado en el Congreso. No han vacilado, sin embargo, pensando que quizá la dolorosa circunstancia contribuya a hacer resaltar el contraste de las aspiraciones legítimas y pacíficas del pueblo frente a las ambiciones exacerbadas de quienes tienen el deber de interpretarlo y de servirlo. Ningún interés de persona o de grupo debe primar sobre el interés del pueblo. Es bueno repetir ante el Congreso, fuente de las leyes, que "la ley suprema es la salud del pueblo".

* * *

Pláceme interpretar de este modo, no sólo a ellas, sino a todos cuantos las acompañan con alentadora simpatía, y, en mi carácter de Obispo Evangelizador de la paz, invocar la protección de Dios y apelar al patriotismo de los hombres.

Vienen con ellas los componentes del Cuerpo Médico y de Enfermeras, de la Junta Asesora y del Profesorado, colaboradores eximios de la magna Institución, cuyos eminentes servicios gratuitamente prestados, me autorizan a decir con una satisfacción inmensa que la *Casa de la Empleada* es, en la República Argentina, la Gran Escuela de la Confraternidad Cristiana.

Hijas de la Misericordia, que como vestales cristianas mantenéis en nuestra Casa siempre viva la llama del amor de Dios, reavivadla para que su fulgor sirva de aureola a esta magnífica Asamblea. Teresita del Niño Jesús, que haces de sol en la bandera viviente y en la vida de las socias, danos otra prueba de que pasas tu Cielo haciendo el bien a la tierra, robusteciendo ahora la fe de tus favorecidas para que formulen ante el Altar de Dios y de la patria estos solemnes juramentos:

Empleadas Católicas: ¿Juráis promover el reinado de Dios, que es el de la paz, por medio de la caridad y de la justicia?

¿Juráis contribuir a la grandeza de la patria por medio de vuestra elevación moral y material?

¿Juráis defender los derechos de vuestra profesión, pero sin vulnerar los que asisten a la entera sociedad para la pacificación social?

¿Juráis sostener, ayudar, dignificar y amar a la familia como la Institución divina y humana más querida de vuestro corazón?

Si así no lo hacéis, Dios y la patria os lo demanden. Y si así lo hacéis, Dios y la patria os lo compensen.

En la Plaza del Congreso, el 5 de julio de 1936

4

SALARIO Y ESCALAFON

El XVII año de la vida de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas, la sorprende en desarrollo pujante y en marcha acelerada. Nada la detiene. El Espíritu que la impulsa le viene de lo alto. Guiada por la bandera de la Patria que es de libertad y por la de la Iglesia que es de armonía, presenta al aplauso del pueblo y del gobierno su cuerpo de médicos, su conjunto de Enfermeras y su claustro de Profesoras, que prodigando gratuitamente sus consagraciones respectivas al cuerpo y al alma de las 17.500 socias que militan en sus filas, constituyen en el país la más hermosa Escuela de confraternidad humana y cristiana.

En medio del marco suntuoso de la solemnidad de su día viene a proclamar sus aspiraciones desde el altar de la Patria que ama y de Dios que adora.

Aboga por la implantación progresiva, no sólo para sus socias, sino para todos cuantos constituyen el mundo del trabajo, cualesquiera que sean sus opiniones políticas, sus doctrinas sociales y sus ideologías religiosas, del sistema del *seguro social* comenzando por el seguro contra la enfermedad. Urge terminar con los impulsos esporádicos promotores de leyes ocasionales destinadas a obtener el voto, más que el bienestar del pueblo.

Incita al *aumento de los salarios insuficientes.* Y lo hace sin altivez pero también sin vacilación. La insuficiencia del salario es un atentado contra la libertad. El individualismo económico ha reinstalado en el mundo una esclavitud semejante a la que había abolido el cristianismo: la esclavitud del proletariado. El cristianismo rechaza esa esclavitud porque en virtud de su esencia es enemigo de toda servidumbre. El cristianismo es el reino del espíritu y donde reina el espíritu florece la libertad: *"ubi spiritus ibi libertas"*.

La insuficiencia del salario es además un atentado contra la propiedad. El trabajador tiene un derecho inviolable no sólo sobre lo que posee sino también sobre lo que le corresponde. Y quedarse con lo que a otro corresponde tiene un nombre ignominioso en el decálogo divino; se llama: robo.

La insuficiencia del salario es también un atentado contra la dignidad de la persona humana. El trabajador no es un instrumento sino una persona, y el trabajo no es una mercancía sino una actividad humana.

La insuficiencia del salario es, en fin, un atentado contra la paz social. Después de la servidumbre moral no conozco ninguna más perniciosa que la servidumbre económica. Y los perjuicios que causa lesionan no sólo a la clase que la soporta sino también a la que la impone. Mientras llega la hora de las represalias fatales y tremendas de esa servidumbre contra su odiosa tiranía, lo que significa la revolución social, comprobamos el hecho de que la insuficiencia del salario es la causa del malestar del pueblo y del desequilibrio del mundo. Conviene repetirlo: ¡el comunismo del pueblo no es un problema de doctrina sino más bien de hambre! Comiéncese por establecer un salario suficiente individual y familiar y se dará principio al reinado de la paz social.

Junto con el aumento de los salarios insuficientes, *reclama la estabilidad del empleado.* El trabajo es en el hombre no sólo un derecho, sino también un deber. A veces el derecho se puede renunciar, pero el deber siempre se tiene que cumplir. Quien sin causa grave quita el trabajo al hombre, lo priva del bienestar y le martiriza la conciencia. El sostenimiento de su vida y de su dignidad y de la vida y la dignidad de su familia; el techo de los padres y el pan y la educación de los hijos son cosas demasiado trascendentales y sagradas para dejarlas a la discreción de las ventajas económicas o de las pasiones políticas.

Todo trabajador honrado cuando levanta los ojos al cielo pidiendo a Dios el pan de cada día, dice implícitamente: yo lo necesito para mí y para los míos: que no me falten ni la salud ni la oportunidad para obtenerlo, porque ni lo quiero robar ni lo quiero mendigar: lo quiero ganar con el sudor de mi frente porque es mi derecho y es mi deber de acuerdo con el imperio de la ley divina y con la exigencia de la dignidad humana.

* * *

Y con la estabilidad reclama el *escalafón:* No se arrebate al hombre la posibilidad de asemejarse a Dios que a nadie

debe sino a sí mismo el ser lo que es. Nada disminuye tanto al hombre como el tener que echarse en brazos de padrinos para poder subir. En cambio no hay satisfacción mayor que la de ser hijo de los propios esfuerzos y padre de los propios éxitos. Siempre carecerá de decoro una sociedad en que no hay sanción. Y carecerá también de estabilidad si la influencia sustituye a la justicia.

Proclamadas estas aspiraciones, sólo resta advertir que siendo exigencias de derechos, nadie puede mirarlas con recelo y todos deben propiciarlas. El catolicismo social que las autoriza, establece que nunca el interés del gremio debe sobreponerse al de la profesión ni el de la profesión al de la colectividad.

Llenado este deber exigido por la finalidad de la F.A.C.E., en este día iluminado por la aurora de la realización de sus ensueños; pide por mi intermedio a todos sus hermanos, es decir, a todos los hombres quienes quiera que sean, como quiera que piensen y de donde quiera que vengan, que no aporten odios hacia adentro y nos dejen continuar almacenando tanto amor que nos baste para irradiarlo afuera.

Les pide que no entenebrezcan nuestro cielo de paz con actitudes que puedan acumular rencores, que no otorguen ciudadanía a gestos exóticos de manos levantadas ni de puños cerrados; porque nuestras manos quieren continuar siendo lo que siempre fueron y seguir haciendo lo que siempre hicieron. En vez de cerrarse para golpear, siempre se abrieron para dar y en lugar de levantarse para amenazar, se alzaron sólo para bendecir. Por lo demás, el gesto clásico de las manos argentinas está estereotipado para siempre en el escudo intangible de la Patria: ¡es el gesto de las manos que se dan y que se estrechan animadas del sentimiento generoso de fraternidad argentina y de confraternidad humana!

Y, en fin, asociando la oración de esta tierra que podemos evocar con la visión de estas Religiosas que tutelan la Casa de la Empleada, a la plegaria del cielo que sentimos palpitar en la amorosa Teresita que hace de sol en la bandera, la F.A.C.E. se vuelve a Dios en una invocación suprema y le pide que el acercamiento de las enseñas de las dos hermanas Bolivia y Paraguay empuñadas por sus hijas, simbolicen la proximidad de su pacificación definitiva, para que América, como paloma bíblica, sin una gota de sangre en la blancura de

su plumaje pueda llevar al mundo el olivo de la paz. Es la invocación permanente que vibra en el himno de estas hijas del pueblo y hermanas del trabajo, siempre que cantan:

"Por ser hijas del pueblo a quien la guerra
y su botín no deslumbró jamás:
nos estimula sóla la corona
de los benditos frutos de la paz".

En el acto del día 3 de julio de 1938

5

NI DICTADURA NI DEMAGOGIA: JUSTICIA

La atmósfera que envuelve al mundo de hoy, está ya excesivamente cargada. Los relámpagos amenazantes que periódicamente la cruzan, hacen temer el desencadenamiento de la tempestad. La vieja Europa ha creado esa atmósfera y la joven América, alcanzada por ella, experimenta inquietudes al respirarla. La magnitud y la aparente inminencia de la contienda internacional absorbe la atención de toda la humanidad y la obsesiona.

En la constatación de la crisis hay unanimidad; la divergencia está en la apreciación de la causa. Afirman unos que es la rivalidad comercial; pero si sobreviene la catástrofe quedarán destruídas las fuentes de producción. Otros, que es la necesidad de la expansión vital; pero si se desencadena la guerra, las nuevas generaciones serán segadas en flor y quedará brutalmente diezmada la humanidad. Y otros, en fin, que la causa es el duelo gigantesco por el definitivo predominio de la dictadura o de la democracia en el mundo; pero, si estalla el cataclismo, esos sistemas quedarán pulverizados, porque al dar el salto a lo desconocido, nadie sabe lo que podrá germinar de las cenizas fecundadas por la sangre, ya que, si los gobiernos pueden empujar hasta la masacre a los pueblos, los sobrevivientes de esos pueblos pueden exigir la rendición de cuentas a los gobiernos. ¡Recuérdense las lecciones de la historia!

* * *

Sea cual fuere el desenlace de la crisis, pienso que en ninguna de las causas que la han engendrado, ni en el conjunto de todas, se halla el verdadero problema. Si se quiere iniciar seriamente a la humanidad en el reinado de la paz, se debe afrontar otro problema más real, más universal y más fundamental. Es el que plantea en forma permanente el estado de miseria en que se halla la mayor parte del pueblo y la imperiosa necesidad de remediarla por la conquista de su bienestar material y moral. Esta afirmación es el eco de la que proclamó ante el mundo el venerado y querido Pontífice Pío XII a raíz de su exaltación, para señalarle el único camino hacia la paz social.

Y hace poco tiempo el Cardenal Verdier, Arzobispo de París, se expresaba de esta manera: "A pesar de las mejoras obtenidas, pesa sobre el mundo trabajador un estado de miseria que se agrava en cada crisis. Para resolverlo se han propuesto numerosos programas por todas las escuelas y por todos los partidos. ¿Debo recordar que la Iglesia por la voz del Papa León XIII hace cincuenta años, y más recientemente por la de Pío XI, ha denunciado valientemente los vicios de nuestro orden social y recordado al mundo la necesidad de una mayor justicia y de una mayor igualdad, absolutamente indispensables para la conquista del bienestar del pueblo? Si sus enseñanzas hubieran sido escuchadas y sobre todo actualizadas, se habrían evitado muchos de los males que estamos padeciendo. Ante las deficiencias del estado social, son muchos los que deben golpearse el pecho y a todos cuantos pretenden atribuirlo a causas extrañas, recuerdo las palabras de Jesucristo: "que aquel que se juzgue exento de pecado, tire la primera piedra".

Hecha esta confesión, pongámonos a la obra, porque se impone a la conciencia de todos en estos graves momentos un serio deber de los patrones y de los obreros, de los ciudadanos y de los campesinos, de los moralistas y de los políticos, de los pastores y de los fieles; de ayudar resueltamente a la solución del problema económico social que nos llena de permanente angustia. "El sufrimiento universal, son sus palabras textuales, lo coloca en el primer plano y le confiere un carácter sagrado".

* * *

Con el propósito de contribuir a la solución de ese formidable problema, ha sido fundada la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas que hoy viene a proclamar a la faz de Buenos Aires y del mundo, que se sienten felices de haber iniciado la marcha pacífica de la victoria. Y con toda la autoridad que le da la prosperidad alcanzada, se dirige a la democracia de América y le dice que el medio más seguro y eficaz de defenderse y de perpetuarse no es el de su fuerza sino el de su prestigio. Si se muestra capaz de mejorarse por sí misma, triunfa; pero si se manifiesta incapaz, se desprestigia y perece.

Con el propósito de extirpar un baldón que desprestigia a nuestra democracia, la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas, abre un paréntesis en la tarea perseverante de la conquista de mejoras para sus socias y aúna sus voces para levantar un clamor formidable, que repercutiendo en los corazones capaces de sentir, cree en ellos la resolución de no permitir por más tiempo la explotación vergonzosa de que son víctimas sus hermanas más necesitadas y más indefensas: las costureras a domicilio. A cuantos pretendan abusar de la libertad que usufructúan bajo este cielo generoso, sean ellos extranjeros o connacionales, judíos o cristianos, les dicen resueltamente: ¡Basta!

Y porque consideran que hay muchos insensibles a los gritos del dolor, entablan recurso a la autoridad.

Somos entusiastas partidarios de la libertad. Desde el punto de vista patriótico, lo mismo que del cristiano, tenemos el orgullo de ser los hijos de la libertad y declaramos que jamás renunciaremos a la gloria de ser sus custodios, sus apóstoles y, si el caso lo requiere, de ser también sus mártires.

Pero cuando se abusa de esa libertad para oprimir o para explotar al pobre pueblo, apelamos a la autoridad y exigimos la ley. Que venga pronto la ley y que venga trayendo en su alma la justicia. No queremos una ley parcial. Por eso se consultan las justas observaciones de los patrones y las justas exigencia de los obreros. No queremos una ley dictatorial contra el trabajo, ni demagógica contra el capital. El pueblo trabajador repudia por igual la dictadura y la demagogia. ¡Lo único que le interesa y lo apasiona es la justicia!

Ante el altar de Dios y de la Patria hago este voto: Quiero terminar mi vida de Apostolado religioso y civil, de la misma manera como la empecé: con la mirada fija en Dios y la mano puesta sobre el corazón del pueblo. Continuaré jugándome el resto de la vida en el empeño no de hacer ruido sino de hacer bien: ¡no para ahondar divisiones entre las clases, sino para colmar los abismos que las separan; no para hacer proselitismo sino para que se haga más justicia!

* * *

No debo terminar sin aludir al acontecimiento que enaltece y consagra la solemnidad de esta magna asamblea de las hijas del pueblo, de las desposadas del trabajo.

Flanqueando las banderas de la Patria temporal y de la Patria eterna, la bandera argentina y la bandera pontificia, se hallan las de las dos hermanas queridas, Bolivia y Paraguay, como se hallaban hace un año en este mismo sitio en ocasión de una igual solemnidad. Y a su sombra gloriosa se encuentran el ilustre Canciller de Bolivia y los Ministros Plenipotenciarios de Bolivia y Paraguay. Vuestra presencia es evocadora y auspiciosa. Evocadora del momento emocionante, cuando perdidas ya las esperanzas de un avenimiento, frente a un futuro pleno de tinieblas, se invocó el misterio de la Divina Providencia por intercesión de Teresita, y del corazón de los dos cancilleres brotó una llama que encendió la aurora de la paz.

Y auspiciosa, porque viene a ratificar y a poner su sello a lo resuelto entonces ante el altar de Dios y de la Patria, para decir autorizadamente a la humanidad entera que no hay nada que no pueda ser resuelto si no sólo por las armas: que por encima de los factores materiales, están los valores espirituales: que no es cierto que la paz se conquista con la guerra, y que es cierto que la paz se obtiene con la paz, que vale mil veces más el honor que la fuerza, la generosidad que la ambición, la sangre que la tierra. ¡Por vuestro heroísmo de la guerra y más aún por vuestro heroísmo de la paz, sois un ejemplo glorioso para América, para Europa, para el mundo!

Es trágica la fiebre que devora la mente de ese puñado de hombres que delira jugando con la suerte del mundo.

Aseguran que quieren la paz y la imposibilitan. Dicen que no quieren la guerra y la precipitan. Amenazan con ella y la temen. Los pueblos se están fatigando del sobresalto de esa intolerable incertidumbre y anhelan que les llegue el momento de poder bendecir a los hombres que aseguren la paz. Porque los pueblos no quieren la guerra. No quieren matarse. No quieren destruirse. La única guerra que quiere el pueblo, es la que extermina la miseria y cuando ésta es producida porque se viola la justicia, la que combate la injusticia. La guerra que quiere el pueblo es la que aniquila el odio y la injusticia, para que renazca la paz en la Caridad y la Justicia: *"In charitate et justitia pax"*.

Discurso pronunciado durante la concentración de las empleadas conmemorando el Día de la Empleada, en la Plaza del Congreso, el domingo 2 de Julio de 1939

6

INAUGURACION DEL EDIFICIO PARA LA ACADEMIA DE LA EMPLEADA

Eminentísimo señor Cardenal Primado, Arzobispo de Buenos Aires. Vuestra auspiciosa presencia y vuestra bendición paternal a la nueva sede de la Academia de la Empleada, significan para la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas y para mí un gran estímulo que nos adelantamos a agradecer y nos crean una nueva responsabilidad a la cual nos esforzaremos por corresponder. Nuestros corazones os quedan profundamente reconocidos y lealmente obligados.

Excelentísimo señor Nuncio Apostólico: Vuestra asistencia a este acto nos resulta a la vez simpática y conmovedora. Simpática por lo que Vuestra persona nos sugiere; conmovedora por lo que nos evoca. Nos evoca la persona augusta del Vicario de Jesucristo, a quien representáis, Pontífice Magnífico, Heraldo de la paz, que en estos momentos se halla dolorido y refugiado como en una nueva Arca, donde ha de salvarse en este nuevo diluvio, la Justicia y la Caridad para la

humanidad renovada. Nosotros quisiéramos aliviarlo un tanto, realizando las enseñanzas con que nos orienta hacia el logro del positivo bienestar del pueblo y hacia la pacificación del Mundo.

Dignísima señora: Vuestro madrinazgo es augural para la mujer que anhela capacitarse y superarse para convertirse en providencia de su hogar y en auxiliar del engrandecimiento de la patria. De todo esto sois para ella un símbolo. Lo sabe vuestro hogar y lo constata nuestra patria.

Excelentísimo señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública. Nadie desconoce ya vuestro afán nobilísimo por la elevación de la cultura general de toda la población de la República y corresponde asimismo que nadie ignore la convicción que tenéis de que para lograrlo es necesaria la moral fundada en la Religión de nuestros próceres, de nuestra Constitución, de nuestro pueblo, de vuestro hogar, y de vuestra cristiana y santa madre.

Desde el primer instante en que sin vacilación aceptasteis la presidencia de esta ceremonia consagratoria de un nuevo progreso de esta Institución Católica, os adelantásteis a significar que os sentiríais cómodo, satisfecho y feliz. Y aquí estáis para ratificarlo.

Vivimos en una hora que para todos comporta gravísimas responsabilidades. En ella se está gestando el porvenir tan inmediato como incierto. Todo cuanto se sume para lograrlo halagüeño, es poco; todo cuanto se reste, es mucho. Para ello el Estado necesita el concurso de todas las fuerzas vivas y éstas a su vez requieren el apoyo del Estado. Entre las fuerzas vivas, la más viva es la del espíritu, porque es el espíritu quien hace vivir a todas las demás. La dolorosa experiencia que el mundo está soportando, obliga a concentrar las esperanzas postreras, en el resurgimiento de los valores espirituales. No es éste, por lo tanto, un momento indicado para fomentar la disgregación, pero lo es más que ningún otro de la historia, para procurar la conjunción. ¡No nos empecinemos en distanciarnos obsesionándonos con los puntos respecto de los cuales disentimos; tratemos más bien de aproximarnos en torno a aquellos en los cuales coincidimos!

Con el esfuerzo realizado para dotar de un edificio adecuado a la Academia de la Empleada y al Secretariado Comercial Incorporado, esfuerzo que vemos coronado gracias a la ge-

nerosa ayuda del Gobierno, damos una nueva prueba de colaboración con el Estado.

La orientación generalizada de la actividad de la mujer hacia el magisterio, no comportaba esa colaboración. Le creaba, por el contrario, un nuevo y dificilísimo problema: el del proletariado del magisterio. Porque el Estado puede otorgar títulos, pero no logra proporcionar empleos.

Por otra parte, a la actividad femenina se le abrían nuevos horizontes.

Los creaban en profusión las transformaciones económicas y sociales.

Las que tienen necesidad de vivir y de hacer vivir y se ven precisadas a trabajar, buscan un empleo. ¿Qué empleo? Cualquiera, por duro e ingrato que sea. Con tal que sea digno. Pero no están preparadas para el desempeño de cualquier empleo. Sus aptitudes no son universales, ni se hallan en condiciones de exigir que sean suficientemente remuneradas.

He ahí la necesidad imperiosa de esta Academia que viene a llenar la misión de capacitarlas para el ejercicio de sus diversas y múltiples profesiones, y de proporcionarles los medios de superarse poniéndolas en condiciones de ascender y de mejorar su situación.

Las novecientas alumnas de la Academia y del Secretariado, son atendidas para su dirección y para su enseñanza por sesenta y cuatro Profesoras diplomadas. Todas ellas concurren durante las horas en que las empleadas quedan libres de sus tareas, y ejercen gratuitamente sus funciones directivas y docentes. Esa avidez de capacitarse por parte de las alumnas, redunda en honra de las empleadas. Y esa dedicación edificante de las maestras que se lo vuelven posible, exalta las virtudes del profesorado y proclama su mérito. La Casa de la Empleada es una ciudadela de la confraternidad. La Academia de la Empleada, es la escuela de la comunión espiritual entre las hijas del pueblo. ¡Honor a ellas!

Se instalan también en esta nueva sede exposiciones permanentes de labores de la Escuela Taller de Santa Filomena, y de "Ilolay", instituciones parroquiales de San Miguel Arcángel, la segunda de las cuales es una providencia para más de setecientas mujeres.

Con esta inauguración rodeada de los mejores auspicios y con los varios actos que hemos de realizar celebrando el Día

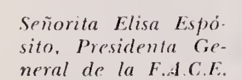


Altar de la Capilla "Santa Teresita" de la Casa de la Empleada.

Mons. Miguel de Andrea, Fundador y Director espiritual de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas.

Frente del edificio de la Casa de la Empleada, situado en Sarmiento 1272.





Señorita Elisa Espósito, Presidenta General de la F.A.C.E.

de la Empleada, nos proponemos poner una nota de optimismo, en medio de esta atmósfera artificial de pesimismo que algunos se empeñan en crear.

Creo que para todos los noblemente inspirados, el optimismo debe ser en estos momentos, sinónimo de argentinismo.

¡Termino dando sentida y humildemente las gracias a la Divina Providencia que nos hace posibles estos progresos, y la invoco propicia para otros más que redunden en honra de la Iglesia y en bien de la Patria!

Discurso pronunciado con motivo de la inauguración del edificio para la Academia de la Empleada, en julio de 1940

7

HACIA LA CONQUISTA DEL BIENESTAR Y LA PAZ

Voy a pronunciar las palabras indispensables para proclamar las aspiraciones con cuya realización desea la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas señalar en su historia el Día de la Empleada del año 1941.

Mujeres laboriosas, patriotas y cristianas: ¡yo os saludo, porque desde que pusisteis la mano sobre el arado para abrir el surco donde se siembra el bienestar y la paz, dais la cara de frente para mirar hacia adentro y hacia adelante!

* * *

La estabilidad necesaria para fundar sobre ella la grandeza de la Patria, sólo podrá crearse desde adentro. Por eso, en nombre de la F.A.C.E., instamos al Poder Legislativo de la República a que vele por la tranquilidad de las familias radicadas en nuestro suelo y por el bienestar del pueblo, mediante la sanción de las leyes siguientes: la ley de Creación de la Caja de Jubilaciones y Pensiones para los Empleados de Comercio e Industria, a fin de que esos millones de trabajadores que contribuyen al desarrollo de la capacidad económica, no se encuentren en la calle y se debatan en la miseria, cuando debilitadas sus energías comienza su declinación hacia el ocaso de

la existencia; la ley de Jubilación de Empleados y Obreros de Compañías de Seguros y Capitalización, que presenta el caso edificante de que a los fines de su sanción inmediata, estén en perfecto acuerdo empleadores y empleados; la ley que autorice el mejoramiento de los sueldos del personal administrativo y obrero de la Caja Nacional de Ahorro Postal, sueldos de una exigüidad inverosímil, sobre todo si se tiene en cuenta el caudal de reservas acumuladas por esa Institución autónoma. Y, en fin, la ley que debió sancionarse hace tanto tiempo si no hubiese soportado vicisitudes lamentables: ley que por fortuna debate ya la H. Cámara de Diputados, y que debería ser sin esas dilaciones que resultan desconcertantes y perjudiciales, sancionada inmediatamente por ambas Cámaras, abreviando así el plazo utilizable por la avaricia que devora con mayor avidez a sus víctimas indefensas; ley anhelada y ansiada por millones de seres sin defensa en toda la extensión del territorio de la República: la ley de Protección del Trabajo a Domicilio.

Con esta insistente demanda de la sanción de estas leyes, pretendemos no sólo cooperar en la impostergable tarea del mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo, en circunstancias explotadas para encarecerla sin escrúpulos, sino que además entendemos contribuir a prestigiar al Parlamento que las debe sancionar. La manera más eficaz de salvar las instituciones consiste no sólo en defenderlas de las agresiones que les vienen de afuera, sino en evitar las causas que las debilitan por dentro.

Si se pretende, como es lógico, que el pueblo sea el puntal de la democracia, la democracia tiene el deber de ser el sostén del pueblo.

* * *

A este propósito vienen muy bien estas otras palabras bellas y sentidas, pronunciadas por Pío XII en oportunidad reciente:

"Mantened encendida la noble llama del espíritu de hermandad social que hace cincuenta años inflamó el corazón de vuestros padres con la brillante y luminosa antorcha de las palabras de León XIII: No dejéis ni permitáis que le falte alimento. Hacedla resplandecer en vuestro homenaje y no con-

sintáis que se apague por causa de una indigna, tímida y cauta inacción ante las necesidades de nuestros hermanos indigentes, o que sea ahogada por el polvo y los escombros y luego apagada del todo por los torbellinos del espíritu anticristiano o acristiano. Nutridla, mantenedla viva, aumentadla, haced que esta llama brille cada vez con mayor luminosidad, llevadla donde quiera se escuche un gemido de aflicción, un lamento de miseria, doquiera oigáis un llanto de dolor..."

Esto que el Papa tan instantemente pide, es lo que quieren hacer estas diecinueve mil mujeres organizadas en veinticinco sindicatos católicos, para sí, y sobre todo para cuantos sufren más que ellas, aun cuando no sean de los que piensan como ellas, y aun cuando sean de los que piensan contra ellas. Así son estas hijas del pueblo, que quieren hacerlo feliz en el orden, la paz y el bienestar, estas militantes del gran ejército del trabajo que en el deseo de evitarnos la revolución, ha emprendido resueltamente la marcha de la evolución progresiva, levantando en alto la bandera de la pacificación social. Helas ahí, congregadas en esa imponente concentración de las asociadas de la Capital con representaciones de las del Centro, Norte y Sur de la República.

Vienen a hacer en esta hora de incertidumbre, de vacilaciones y de confusiones inverosímiles; solemnes, públicas y categóricas refirmaciones de adhesión al trabajo que las preserva, redime y dignifica; de respeto a la libertad, porque sus espíritus se nutren del Espíritu de Dios y saben también por experiencia que sólo "donde está el Espíritu está la libertad"; de fe en la democracia, a la cual, aun cuando adolezca de deficiencias por haberse vuelto puramente política, quieren rehabilitar haciéndola también económica y social; de amor a la patria, cuyos símbolos son intangibles e inviolables, porque son emblemas sagrados de la más pura tradición argentina y, en fin, de amor sin reservas a la religión de Cristo, porque sin religión no hay moral, sin moral no hay abnegación y sin abnegación no hay patriotismo.

Las grandes fallas que se advierten en casi todos los órdenes y en casi todos los círculos, denuncian la más funesta de todas las crisis: la crisis de la moral, y dejan la convicción de que la primera y la más indispensable de todas las reformas con que en la actualidad se sueña, es la reforma de

los hombres, reforma ésta que acaso haría innecesarias a todas las demás.

En medio de esta ola materialista bajo la cual se ha venido incubando el sensualismo de la vida, estas asociaciones femeninas hacen coro con todos los que cantan la necesidad del advenimiento de los valores espirituales. Pero para que esos valores espirituales resulten eficientes, no basta con proclamarlos, es necesario vivirlos.

Son cómplices en el atentado contra la estabilidad de las instituciones los que a su amparo no han hecho otra cosa que usufructuarlas. El gran pecado de muchos de los que se proclaman demócratas es el de haber contribuído a desprestigiar la democracia.

Y bien: he aquí a estas hijas del pueblo saneando la atmósfera con el espiritualismo cristiano de sus almas. Helas aquí tratando de disipar el pesimismo que alientan y difunden. Por eso vienen tremolando junto a la bandera de la patria la bandera de la Iglesia. Por eso ríen y cantan y vivan. Ríen a la esperanza, cantan a Dios y vivan a la Patria, y no sólo a la Patria, sino a todos cuantos la pueblan, vengan de donde vinieren. Sus labios no se abrirán jamás para articular un muera, ni contra los enemigos de Dios, ni contra los adversarios de la Patria, porque inspiradas en el Evangelio no quieren que los extraviados mueran sino que se conviertan y vivan.

Quieren, en fin, que para salvarnos en esta hora de peligro común, todos nos demos la mano, como se dan las manos del escudo nacional, para levantar en alto la realidad augusta de la Patria.

Discurso pronunciado el 6 de julio de 1941

8

EL EJERCITO BLANCO DE LA PACIFICACION SOCIAL

Celebrando el Día de la Empleada vuelvo a tomar la palabra desde la tribuna que, después de la Cátedra Sagrada, es para mí la más respetada y la más querida: la tribuna del pueblo. Nadie debe aventurarse a hablar desde ella si no es

para anunciar la verdad, porque nadie como el pueblo tiene derecho a la verdad.

La verdad que vengo a proclamar hoy desde esta tribuna, levantada por las veintiún mil hijas del trabajo, organizadas bajo la bandera evolutiva y pacífica de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas, es una que puede y debe hacer asequible al pueblo la más noble y la más indeclinable de sus ambiciones, que es la de la Libertad. La verdad es quien da y conserva la libertad. "Veritas liberabit vos". "La verdad os dará la libertad".

I

Una batalla por la libertad

El mundo de hoy está empeñado en una batalla inmensa por la libertad. Oigo decir que se está debatiendo por la justicia. También es exacto. En realidad lo que está removiendo el fondo de la humanidad, es un inmenso anhelo de justicia. Pero cuando se lucha por la justicia, se lucha por la libertad. Donde quiera que se encuentra una injusticia, hay siempre la opresión de algún derecho y, por lo tanto, una servidumbre, una privación de libertad.

Pero esta lucha gigantesca y casi universal, que se está librando por la libertad, no es como dicen algunos, limitando su alcance, la guerra contra una raza que pretende erigirse en amo de otras razas. Yo creo que la guerra es mucho más amplia todavía: actúa por igual en las entrañas de todas las razas que pugnan entre sí y se extiende sobre todo el universo. Es la guerra promovida por todas las clases, más o menos sojuzgadas, contra toda clase que pretenda continuar dominándolas con el propósito de usufructuarlas.

II

Están en juego las necesidades de todas las naciones

Acaba de proclamarse ante el mundo que el ideal por que se lucha es el de la liberación de las necesidades. Pero esto debe significar, no sólo que los recursos de las naciones de-

berán organizarse de manera que las exigencias de sus propias necesidades puedan quedar satisfechas sin tener que recurrir a agresiones externas. Esto debe significar también que los recursos para las familias dentro de las naciones tendrán que organizarse en forma tal que sus necesidades domésticas puedan verse satisfechas, sin tener que recurrir a agresiones internas.

No están en juego las necesidades de las naciones grandes y fuertes, sino también las de las pequeñas y débiles. De la misma manera, no están en juego las necesidades de las clases elevadas y dirigentes, sino también las de las populares y dirigidas. Detrás del frente de los beligerantes está el frente de las familias.

¿Tendremos la inteligencia y la decisión indispensables para adelantar evolutivamente la necesaria reorganización de los recursos suficientes para las familias que son las células constitutivas de los pueblos? He aquí el problema, el gran problema de cuya solución depende nuestra liberación.

III

Apremia la urgencia de acudir en auxilio del pueblo

¿Y cuál sería el medio de comenzar a resolverlo? No conozco más que uno solo. El de lograr de manera efectiva, el aumento de bienestar material y moral del pueblo.

Pero, ¿cómo conquistarlo? ¿Por qué medio? ¿Acaso por el de la sola iniciativa privada, abandonada a sí misma, que por necesaria y empeñosa que sea siempre resultará insuficiente? ¿Acaso por el de la protección oficial que, por el estado real de las cosas, ha venido siendo circunstancial e intermitente? ¿Acaso por el de la legislación incoordinada y esporádica? ¡No, señores, no! La situación financiera por que atraviesan en su mayoría, las cajas jubilatorias, cuyos cálculos actuariales deficientes amenazan privar no ya de los beneficios, sino hasta de los derechos adquiridos, a millares de contribuyentes, constituye la prueba dolorosa y evidente del fracaso de algunos de los medios ensayados. Todo eso y la necesidad de extender el campo de aplicación de los recursos indispensables a todos los trabajadores manuales e intelectuales, sin distinción de categorías, exigen la implantación de un sistema que haga po-

sible el discreto pero real bienestar a que tiene derecho el pueblo que trabaja. Consideramos, en consecuencia, llegado el momento en que los poderes del Estado se aboquen al estudio de un plan integral de seguridad social, que tenga por objeto cubrir especialmente los riesgos de enfermedad, accidente, invalidez, maternidad, cesantía, vejez y muerte. Dentro de esa seguridad, no debe olvidarse la asistencia social que incorporará al núcleo de asalariados, no comprendidos en el régimen indicado; ni deben omitirse las asignaciones familiares. Urge que el Estado organice el seguro social obligatorio, comenzando a aplicarlo por partes, pero armónica y coordinadamente, para asegurar a la colectividad una mejor distribución de justicia social. Y, entretanto, apremia la urgencia de acudir en auxilio del pueblo, explotado por la creciente carestía de la subsistencia, en gran parte absolutamente injustificada.

IV

Muchedumbres de argentinos esclavizados

Hacemos estos requerimientos en nombre de la libertad. He dicho alguna vez que hay tres independencias: la independencia política y civil, la independencia económica y la independencia moral. Esta última es la superior y la que establece la dignidad de la persona humana. Pero la independencia moral no es posible sin una relativa independencia económica. El hombre que carece por completo de ésta, no es libre. Y no es necesario recorrer ciertas regiones lejanas del país, para encontrar muchedumbres de argentinos esclavizados bajo el yugo de prepotencias económicas. En plena capital existen por millares, hombres y sobre todo mujeres, que soportan esa servidumbre, sin que les asista ni el derecho de quejarse porque un lamento podría ser castigado con la pena de la privación de trabajo, o, lo que es lo mismo, con la pena de la miseria y del hambre.

V

Democracia más humana

Hacemos también estos requerimientos en nombre de la democracia. Ningún régimen de gobierno exige tan imperiosa-

mente el bienestar moral y material del pueblo, como el democrático. ¿Por qué? Porque ningún régimen político abre tanto las puertas al pueblo para permitirle participar de las responsabilidades del poder, como el régimen democrático. Ya lo he dicho también: la única manera de salvar la democracia consiste en aplicarla en todos los campos, volviéndola cristiana.

VI

El ejército blanco de la pacificación social

Los hacemos, en fin, en nombre de la paz. La miseria es el cultivo más fecundo de las revoluciones sociales. El más pavoroso y a la vez más difundido de los problemas que sorprenderán, a la terminación de la guerra, es el de la cuestión obrera. El problema de la desmovilización y de la desocupación en los países beligerantes, tendrá una enorme repercusión en los países neutrales. Las deudas fantásticas pesarán en forma abrumadora. La transformación de la industria de la destrucción en la de la producción, no ha de hacerse en un día. La reconstrucción de las familias, la distribución equitativa de los recursos agotados demandarán afanes insospechados. La posible substitución de gobiernos por la revolución de los pueblos decididos a pedirles cuenta de las masacres, los exterminios y la calamitosa humanidad que dajarán como saldo, causará convulsiones cuyos efectos rebasarán del territorio del viejo continente.

Ante tales perspectivas, para conservar la paz social, es necesario no dejarnos sorprender.

Las amonestaciones que hago, no son, ¡Dios lo sabe!, para conturbarla, sino para cimentarla.

El pueblo que queremos tener por medio de estas mejoras evolutivas, no es un pueblo vengativo, demagógico o revolucionario; sino un pueblo generoso, democrático, pacífico, como quiere ser nuestro pueblo argentino y del cual es ya un bello exponente, el que en estos momentos está delante de nuestros ojos.

He ahí una porción de mi pueblo convertida en el ejército blanco de la pacificación social, que colma con creces mi ambición de Obispo y de patriota, al verlo libre, democrático, pacífico y por ello suficientemente feliz. No es el que cons-

tituyen estas hijas del trabajo, un pueblo en cuyas aclamaciones, como lo habréis advertido, pueda sorprenderse un "muera" para nadie, ni para los que hayan pretendido o logrado explotarlo; sino para todos un "viva", porque de acuerdo con lo que aprende en la escuela de Jesucristo, quiere que todos, aun sus explotadores, se conviertan y vivan. Un pueblo que no tremola otra bandera que la de Jesucristo, que ha venido a implantar la justicia como norma, lo mismo para los de abajo que para los de arriba, y que los últimos Papas, sus Augustos Vicarios, han denominado justicia social; y la de la Patria, que para sus hijos y para los hijos de todas las patrias, que quieran venir a compartir honradamente su destino, ha sido, es, y con el auxilio de Dios, será símbolo de paz y garantía de libertad.

Discurso pronunciado el 5 de julio de 1942

9

LA PAZ, OBRA DE LA JUSTICIA

Realizamos una vez más esta magna asamblea al aire libre, frente al altar de Dios y de la patria. Pero esta vez, en momentos que se caracterizan por la inquietud de una buena parte de la población que, sobreexcitada por la tragedia del viejo mundo, llega a temer por todo, hasta por la estabilidad de nuestras instituciones.

Y bien: en representación de cerca de veinte mil hermanas, se han congregado aquí, estas mujeres que trabajan, para decir a todos que no es razonable dejarse obsesionar por las cosas de afuera y que hay que preocuparse menos del exterior y más del interior. Se han dado cita aquí, para decir que a pesar de la ofuscación ambiente, mantienen inconmovible su fe en Dios y su confianza en la patria. Y la fe es fuente de confianza y la confianza de optimismo. ¡Honor, pues, a estas hijas del pueblo que vienen resueltas a sanear una atmósfera artificiosamente intoxicada y a purificarla con reconfortante optimismo!

I

Coordinación de Capital y Trabajo

Hállanse aquí junto con las argentinas, mujeres de una gran parte de las naciones del mundo, algunas de las cuales están trabadas en un duelo a muerte. Pero sobreponiéndose a las diferencias que las dividen, emanadas de la diversidad de origen, de raza, de sangre, de idioma, de patria, se unen en la misma fe, la misma esperanza y el mismo amor. Y haciéndose "todas para cada una y cada una para todas", buscan en la coordinación del capital con el trabajo, no sólo su propio bienestar, sino también el de la sociedad en que viven. Son, por ello, cultoras del orden y en consecuencia de la paz, porque la paz no es otra cosa que la tranquilidad que resulta del orden.

Pueden por ello decir a todos los que habitan este suelo: argentinos y extranjeros que habéis venido a compartir con ellos la hospitalidad de nuestro cielo, la fecundidad de nuestra tierra y el clima de nuestra libertad: que vuestras pasiones no sean juguetes de otras que deben sernos extrañas. Las pasiones que se debaten sobre otros mundos originan la guerra de naciones contra naciones, pero las que aquéllas pueden engendrar aquí, desatarían la guerra dentro de la nuestra, dentro de nosotros mismos, de la misma sociedad y de la propia familia. Pueden decirles: al convivir bajo el amparo de nuestra Constitución aceptáis el compromiso de honor de contribuir al respeto de nuestras instituciones. ¡Respetadlas, pues!

Las épocas agitadas por una gran perturbación no son propicias para sustituir instituciones o para fraguar reformas, y sin embargo suelen ser las más fecundas en engendrar reformadores. Y éstos se sienten con vocación a cambiar, a sustituir, a reformarlo todo: a cambiar la forma de gobierno, a sustituir la democracia, a reformar la Constitución. Parecen atacados de la manía de introducir todas las reformas, menos la única que volvería innecesarias a todas las demás: la reforma de los hombres. Yo no digo que nada se debe reformar, porque todo lo humano es reformable, o, mejor dicho, perfectible. Pero parece que cuando las aguas se hallan muy revueltas y sobre todo

muy enturbiadas, no permiten descubrir con nitidez lo que hay en el fondo. Lo mismo acontece con los pueblos.

Por lo demás, nuestra Constitución y nuestras instituciones, honesta y patrióticamente interpretadas, permiten elevar al pueblo a un altísimo nivel de progreso y bienestar y asentarlo sobre la base firme del orden cuyo fruto es la paz.

II

Justicia y Libertad, espíritu de nuestra Constitución

¿Cuáles son en efecto las dos virtudes que hacen grandes y felices a los pueblos? La libertad y la justicia. Y esas dos grandes virtudes son como el espíritu de nuestra Constitución. En ello me fundo para afirmar que la única reforma indispensable en esta hora de desconcierto, es la reforma de los hombres. Pero los hombres no se reforman con los medios puramente materiales y humanos, sino con los espirituales y divinos. Las almas no se perfeccionan con la letra que mata sino con el espíritu que vivifica. Lo que equivale a decir, que lo único que puede reformar y perfeccionar la vida, es el cristianismo integral.

* * *

No digo que no sean necesarios también otros elementos. Para que sean posibles la libertad y la justicia se necesita la protección de la fuerza. Es verdad. Pero el cristianismo no condena la fuerza. Así como el cristianismo no abomina de la libertad, sino del abuso de la libertad, que es la licencia, tampoco condena la fuerza sino el abuso de la fuerza, que es la violencia. El cristianismo admite y bendice a la fuerza cuando se la emplea para que se respete la libertad y se imponga la justicia. No basta en realidad que una nación tenga libertades y proclame derechos; ella debe capacitarse para hacerlos respetar y poderlos defender.

III

La F.A.C.E. para colaborar en la justicia efectiva

A otros corresponde la custodia y el acrecentamiento de la fuerza y a ello se consagran con abnegado patriotismo; y a nosotros lo que concierne a la justicia. La Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas ha sido fundada entre otras cosas para colaborar con los gobiernos en el establecimiento de la justicia, a fin de que se haga efectiva su misión de reguladora de todas las actividades y en especial las económicas. Y a eso encamina sus mejores esfuerzos, colaborando en el estudio de las leyes reclamadas por la justicia social y empeñándose en su pronta sanción. Dentro de unos instantes irá al Honorable Congreso de la Nación a depositar su petitorio de pronto y favorable despacho de las leyes de jubilación de empleados de comercio, de estabilidad y escalafón de empleados bancarios y de protección del trabajo a domicilio. Leyes que beneficiando a diversos y numerosos sectores del pueblo, han de favorecer en definitiva a la entera sociedad. Leyes por tanto de amplitud ilimitada, sin exclusivismos y sin preferencias, salvo las preferencias demostradas siempre por la F.A.C.E., en favor de sus hermanas más necesitadas.

* * *

Excelentísimos señores embajadores y ministros de las naciones hermanas que nos son tan queridas: Vuestra presencia en este sitio y en estas circunstancias, tiene además del valor de vuestro prestigio, el mérito de una evocación y el significado de un augurio. Hace dos años en este mismo lugar y ante este mismo altar de Dios y de la Patria, en momentos de inminente peligro para la paz del Chaco, en cuya conquista trabajasteis tan abnegadamente algunos de vosotros, se hallaban presentes los cancilleres de Bolivia y Paraguay y en un instante de emoción suprema, al ser invocada la intervención divina, llenos de lágrimas los ojos y trémulas las manos diéronselas fuertemente y de entre ellas surgió como una visión de gloria la paz de América. ¡Tal es la evocación realzada hoy por el augurio de que todos vosotros haréis que la paz de América no se altere jamás!

IV

La Paz es obra de la Justicia

Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico: Este acto solemne con que la F.A.C.E. conmemora el Día de la Empleada, tiene también el significado de un homenaje al Papa en el Día del Pontífice. El Papa Pío XII tan querido de los argentinos a quien representáis, hállase dolorido y refugiado en la ciudadela de la paz, donde se asila, para salvarse del diluvio de sangre y de fuego que cubre una gran parte del mundo, el Arca que guarda la justicia. La justicia que es la única que puede dar y perpetuar la paz. "Opus justitiae pax", ha dicho ese Papa: la paz es obra de la justicia. La fuerza puede imponer la paz, pero no crearla.

Durante el sacrificio de la misa, se ha ofrendado como víctima impetratoria de la paz, el Príncipe de la paz, el que vino a traerla al mundo para los hombres de buena voluntad. ¡Que se adelante la hora en que todos podamos cantar: "Justitia et pax osculatae sunt", se han dado el beso de la reconciliación la justicia y la paz!

Los aviones han remontado el vuelo para dejar caer no fuego ni metralla sino súplicas y flores. Sea ello un emblema: ¡Nuestra fuerza, nuestra unión, nunca se empleará para atacar o para destruir, sino para custodiar y para salvar la libertad y la justicia, bases insustituíbles de la paz, con la aspiración de que floreciendo en América, se extienda al mundo!

Discurso pronunciado el 30 de junio de 1943

10

LA DEMOCRACIA; SU PERFECCIONAMIENTO

La presencia del Excelentísimo señor Presidente de la Nación, exaltando la celebración del Día de la Empleada, nos conmueve, nos estimula y nos colma de un reconocimiento sin reservas y sin límites. ¡Y puedo afirmar que estos mismos sentimientos entusiasmarán el alma entera de la República,

porque este acontecimiento es el de la conjunción del gobierno en lo que tiene de más representativo y del pueblo laborioso en lo que tiene de más genuino, para iniciar la marcha de la victoria de la justicia social!

Pláceme poner con frecuencia la mano sobre el pecho del pueblo, y siempre que lo hago, le siento latir el corazón a impulsos de un inmenso anhelo de justicia. En su nombre, pues, y autorizado por las varias decenas de millares de mujeres laboriosas adheridas a la F.A.C.E. en la Capital Federal y las provincias, puedo dirigirme desde este escenario a los argentinos de todos los sectores, hasta ayer en pugna política y obligados por los últimos acontecimientos a hacer un alto, para decirles: os apasionaba la solución del fraude político; bien está; pero al pueblo apasiona más la del fraude económico. Y la solución de éste, interesa más que la de aquél a la paz de la República.

En consecuencia, concuerden con la posición patriótica adoptada por los más eminentes conductores políticos de partidos opuestos, y no diré que se resignen, sino que se resuelvan voluntariamente a una tregua política.

Los pueblos suelen mostrarse bastante indiferentes con los errores políticos. Suelen ser muy tolerantes con los excesos morales. Pero son extremadamente sensibles a las injusticias económicas. Y cuando éstas originan desequilibrios en sus angustiosos presupuestos, y los espectros de la miseria y el hambre amenazan trasponer los umbrales de su hogar, fácilmente pierden el control y entran en un estado psicológico que es el más apto para las rebeldías y las violencias.

Sé bien que uno de los peligros que acechan al mundo de la postguerra, es el del Comunismo. Mirémoslo de frente, pero tengamos cuidado de no apartarnos de la lógica. El Comunismo no es una causa, es un efecto. Y es imposible evitar los efectos si no se eliminan y peor aún si se acumulan las causas. ¡La vida está repleta de ironías! Precisamente los que más reclaman la supresión de los efectos por la fuerza, son los que más multiplican y acumulan las causas. Pertenecen éstos al número de aquellos de quienes decía un orador eminente: "levantan cadalsos a las consecuencias, después de haber entronizado los principios". El Comunismo ha surgido como un sistema destinado a lograr el bienestar de la Comunidad por medio de la supresión violenta de las desigualda-

des irritantes, ocasionadas por los excesos del capitalismo individualista. Quiere decir que si no existiesen tales desigualdades y la comunidad gozara de bienestar, el Comunismo no existiría, porque no tendría razón de ser y carecería de bandera.

Esto que resulta evidente en teoría, ya lo tenemos entre nosotros comprobado por el hecho. Abundan los que sólo admiten la prueba de los números y de los hechos. Pues bien: aquí está, a cielo abierto y ante las miradas del gobierno y del pueblo, la prueba viviente del hecho y del número.

Todavía el inmenso sector popular de las mujeres que trabajan no ha adquirido el grado de bienestar a que justamente aspiramos porque les corresponde en justicia; y ya, según constancias documentadas, han demostrado a la República que están inmunizadas contra la penetración del Comunismo.

* * *

Son muchos los que pretenden catalogar en el común denominador de "Comunismo", a todas las reacciones populares, provocadas por la avaricia insaciable de capitalistas sin escrúpulos y de especuladores sin corazón, como lo hace notar en una de sus recientes proclamas el Gobierno Nacional. Esos tales quieren que los gobiernos utilicen la fuerza para reprimirlas y que la Iglesia predique la resignación cristiana para ahogarlas en germen. ¿Cómo? ¿Predicar al pueblo la resignación cristiana para que la avaricia pueda continuar explotándolo, y la injusticia esclavizándolo? ¡Jamás! Los hombres de la Iglesia nos haríamos cómplices de la ambición y de la injusticia, traicionaríamos nuestra conciencia y prostituiríamos el Evangelio. ¡El Evangelio ha sido revelado al mundo como la buena nueva de la libertad y, sin profanarlo, no puede utilizárselo para cohonestar la esclavitud!

La libertad necesaria a la dignidad de la persona humana no existe en quien carece de toda independencia económica. Y la Iglesia, consecuente con las prescripciones de la doctrina cuya inviolabilidad le ha sido confiada por Jesucristo, combatirá siempre la servidumbre y defenderá la libertad. ¡La Iglesia tenderá siempre a que los hijos de Dios, como está escrito, no sean esclavos sino libres!

No pocas veces a cuantos trabajamos por esta liberación,

nos llaman revolucionarios: ¡no protestaremos, siempre que nos reconozcan como los continuadores auténticos de la más grande de las revoluciones, que es la iniciada por Jesucristo para libertar a los esclavos que eran los privados del hecho de la propiedad y del derecho de la propiedad del trabajo!

La posición de los hombres de la Iglesia está clara y definitivamente fijada en las Encíclicas Papales, y a quienes las ignoren u olviden, bástame recordarles lo que el dulce Pontífice Pío XII acaba de proclamar en presencia de veinticinco mil trabajadores, el último 13 de junio. Al referirse a la transformación inminente del mundo económico social, hace esta severa admonición: Es necesario iniciar sin pérdida de tiempo la evolución, si se quiere evitar la revolución.

Esto en cuanto se relaciona con la Iglesia. Y en cuanto se refiere al Gobierno, el Excelentísimo señor Presidente en su comunicado al periodismo, anunció que uno de los más inmediatos propósitos del movimiento fué "no hacer una revolución sino dar una solución al angustioso problema en que se hallaba el pueblo, sobre todo la masa trabajadora, convulsionada ya, por la desesperación a que la llevaba la imposibilidad de vivir, víctima directa como era, de la especulación de gente sin conciencia..." Son sus palabras. ¡Todo lo cual quiere decir que el peligro del Comunismo no se ahuyenta ni sólo con la prédica ni sólo con el sable, sino con techo, con pan y con un poco de holgura y de alegría de vivir!

* * *

Cada día tiene su tarea, cada época su consigna, la de la nuestra es la de la justicia social. La repercusión que tendrá en nuestra patria la ideología de la postguerra, será más honda y más vasta que la de la misma guerra. Concluído el choque de las armas, quebrada la fuerza material, recobrará todo su imperio la fuerza espiritual: la fuerza de la idea.

La idea volará por encima de todas las fronteras, recorrerá con la velocidad del relámpago todos los continentes, y la orientación del mundo dependerá de la idea que resulte victoriosa. La idea es más poderosa que la fuerza. ¿Acaso la fuerza no es movida por la idea?

Si la idea de la justicia social inicia su reinado en nuestra Patria y se establece en América, puede acontecer, ¡Dios

Sala de recepción y despacho de la presidenta de la Casa de la Empleada.

Un ángulo del comedor.



Una clase de cocina de las que habitualmente se dictan en la Casa de la Empleada.



Curso de mecanografía.



Una clase de gimnasia.

lo quiera!, ¡que el nuevo mundo llegue a ser el arquitecto inspirado y feliz del mundo nuevo!

A mi modo de ver son tres las grandes realizaciones que urgen: la determinación de que mientras dure el régimen del salario, éste no sea inferior al costo de la vida; la de la posesión de viviendas modestas, pero confortables por parte de los trabajadores en toda la extensión del territorio de la República, y la del seguro social, mediante un fondo permanente construído por los trabajadores, los patrones y el Estado, a fin de que aquéllos y sus familias se encuentren suficientemente asistidos en casos de enfermedad, invalidez, vejez, maternidad y muerte.

* * *

Es necesario alejar la posibilidad de la demagogia. El peligro de la demagogia sólo se aleja por medio de la elevación del nivel de la democracia. Pero la democracia se hallaba a punto de fracasar. El proceso de la decadencia de la democracia, se inicia, como el de todas las instituciones humanas, con el desprestigio de las mismas. El desprestigio de la democracia entre nosotros se venía acentuando desde hace varias décadas, a causa de la mutilación a que se la había sometido: la democracia era exclusivamente política. Carecía de aplicación en el orden económico y en el social. La democracia no era integral. Adolecía además de una segunda deficiencia: carecía de contenido espiritual; era un cuerpo al que le faltaba el alma, y como no tenía alma carecía de conciencia; era puramente material; por eso no era moralizadora sino deformadora del pueblo. Muchos de los que se proclamaban demócratas rehuían los renunciamientos y los sacrificios que trae aparejados la tarea de la elevación del pueblo, y se limitaban a usufructuar los beneficios y las prebendas que su voto les podía proporcionar. Así se preparaba la demagogia. Para evitarla, es necesario devolver el prestigio a la democracia. Esto se logra si se la perfecciona y complementa; es decir: si se la liberta del cerrado círculo político y se la extiende con lealtad al orden económico y social; en una palabra: si se la hace integral; si se logra que la democracia sea más democrática y, sobre todo, si se consigue infundirle espíritu de sacrificio, si se le crea un alma, si deja de ser pagana y se hace esencialmente

cristiana. ¡No hay que olvidar que todo alzamiento de la filiación divina, trae como necesaria consecuencia un decrecimiento de la fraternidad humana!

* * *

Al terminar, en presencia del Gobierno que viene a afianzar las instituciones, y del pueblo que quiere su mejoramiento material y moral, hagamos, ante el altar de Dios y de la patria, el juramento de reaccionar contra las desviaciones que llevan a los dos escollos en los cuales podría naufragar la nave de la República: ¡el menosprecio de la Constitución y la falsificación de la democracia!

Discurso pronunciado en la concentración del Día de la Empleada, el 4 de julio de 1943

II

SINDICALISMO

Los acontecimientos que se vienen precipitando con ritmo cada vez más acelerado, han puesto a la orden del día y con imperiosa exigencia de pronto despacho, las soluciones inmediatas exigidas por problemas que desde hace cuatro décadas he venido anunciando bajo la inspiración de la "Rerum Novarum", Encíclica Magna del inmortal León XIII.

Esta concentración impresionante de veinticinco mil mujeres trabajadoras, asociadas en veintiséis sindicatos federados, es la demostración de un ensayo feliz realizado a plena luz, para la solución del más fundamental y trascendente de los problemas aludidos.

Existe ya un convencimiento universalizado, de que el mundo mejor de mañana, deberá establecerse sobre la base de la justa satisfacción de las necesidades de las familias y de los pueblos; y de que esto, sólo podrá lograrse mediante la distribución equitativa de la riqueza entre los que concurren a crearla con el esfuerzo de sus inteligencias y de sus músculos, es decir, entre los trabajadores.

Pío XI en la "Quadragesimo Anno" lo proclama con insistencia: "Es necesario otorgar a cada uno lo que le corresponde y distribuir de acuerdo con las exigencias del bien común y las normas de la justicia social, los recursos de este mundo".

Y el medio de lograrlo sin revolución, es el de la evolución. Y a su vez, el medio de iniciar la evolución, es el de la organización profesional, de la cual la F.A.C.E., aquí congregada, es venturoso principio.

Y por ello, la presencia de altos funcionarios del Gobierno Nacional, que tan íntimamente agradecemos, es una prueba reconfortante de su acertada comprensión del magno problema.

* * *

El medio de lograr sin acción directa y sin violencia, el paso hacia un mundo mejor, es, sin duda, el de la recta formación de las organizaciones profesionales. Sus elementos constitutivos son dos: la agremiación de los trabajadores y la de los patrones.

En esta oportunidad debo referirme a la agremiación de los trabajadores. Si se anhela lealmente constituirla tan perfecta como sea posible, y, en consecuencia, de eficacia decisiva para el bienestar común, debe organizarse sobre estas bases: *la multiplicidad, la justicia y la libertad.*

Resulta oportuno y necesario el enunciado de los conceptos contenidos en estas tres palabras. Al sostener que la sindicación debe organizarse sobre la base de la multiplicidad, quiero dejar evidenciada la indiscutible prevalencia de los sindicatos de *base múltiple* sobre los de *base simple.* Estos últimos son los que sólo se ocupan de la contraposición de los intereses del trabajador y del patrón. En la práctica, toda su actividad queda absorbida por la lucha de clases y, o degeneran en sindicalismo revolucionario o mueren.

Los primeros, en cambio, es decir, los de Base Múltiple, dan preferencia, como es lógico, al estudio, el fomento y la defensa de la profesión, pero cultivan además el mutualismo, la cooperación y toda actividad que concurra al mejoramiento económico y moral de los asociados. Esta actividad desarrolla la vida sindical, fomenta la unión, dignifica la clase, la educa, la eleva y la capacita para intervenir por sí misma en la

discusión de sus propios problemas sin dejarla librada al criterio discrecional de gestores foráneos, que sin ser trabajadores auténticos, actúan frecuentemente, movidos por intereses inconfesados e inconfesables.

Si al oír la exposición de esta doctrina pensaran algunos que la deduzco de las circunstancias actuales, o que pretendo adaptarla a ellas, advierto que es la que textualmente habíamos proclamado para que sirviera de norma, hace veinticinco años, como una de las conclusiones del primer Congreso de los Católicos Sociales de la América Latina, celebrado en Buenos Aires desde el 26 de mayo al 1º de junio del año 1919.

* * *

Dije que deben constituirse también sobre la base de la Justicia.

Los sindicatos no deben ser organismos sin alma. Si carecen de alma propia, su destino precario será el de vivir sin orientación o el de morir sin gloria. ¿Y cuál debe ser el alma de los sindicatos? ¡La Justicia! ¿Pero qué justicia? ¿La que se pretende utilizar siempre en favor de los patrones, o de los trabajadores? ¿La que puede ser inducida a la claudicación por medio de la dádiva, o a la quiebra por medio de la violencia? ¿La que se puede evadir por entre las redes de los códigos, o burlar por la influencia de los poderosos? ¡No! No es esa la Justicia apta para ser alma de los organismos sindicales. La única digna de serlo, es la que conserva su incorruptibilidad para con los de abajo, lo mismo que para con los de arriba; para con los débiles, así como para con los fuertes. La que por su propia virtud es inflexible ante la amenaza, e insobornable ante la dádiva. ¡La justicia sobrehumana, la justicia divina, la justicia eterna!

Regidos por esta justicia, ¿cómo se debe proceder ante el hecho actual del régimen capitalista? ¿Será necesario destruirlo o bastará con restaurarlo?

¿Los tentados de destruirlo, han descubierto ya otro sistema para sustituirlo? Mientras éste no nos sea revelado, la lógica impone la obligación de restaurarlo.

El llamado régimen capitalista es el sistema de producción en el cual concurren dos grupos: el de los prestadores del capital y los del trabajo. En lo que se refiere a esa concurrencia

de los dos elementos, igualmente indispensables, no hay nada que se oponga a la justicia.

La injusticia sobreviene en cuanto el uno pretende abusar del otro. Y por desgracia, el capital, desde hace ya demasiado tiempo, ha venido abusando del trabajo.

A ese abuso, que con frecuencia llega a la absorción exclusivista de las ganancias, se lo llama Capitalismo.

Para alcanzar el ideal anhelado de un mundo mejor, los abusos deberán desaparecer. ¿Cómo? Por la eficiencia de las fuerzas de trabajo perfectamente organizadas. Digo perfectamente, porque éstas, a su vez, no deberán extralimitarse. La extralimitación es fácil. Las reacciones, sobre todo cuando los derechos han permanecido comprimidos durante mucho tiempo, son siempre violentas y excesivas. De un extremo pasan al otro. He aquí la segunda razón fundamental de la necesidad de que las organizaciones sindicales tengan un alma y de que ésta sea la justicia. La justicia no es unilateral ni exclusivista. Debe respetársela cuando se halla en el trabajo, y también cuando está del lado del capital.

La concepción materialista de la vida económica y social se desentiende de esta norma. Por eso lleva, fatalmente, a los extremos.

Si, pues, las organizaciones deben tener un alma, si esta alma debe ser el espíritu de justicia y si esta justicia no puede ser otra que la indefectible, la divina, la eterna, la lógica justifica y exige que tengan una ideología.

He aquí por qué somos partidarios de la *confesionabilidad* de las organizaciones sindicales. Sé que las materialistas la resisten. Y si ellas tienen motivos para no confesar su ideología, corresponde al Estado la decisión de tolerarlas. ¿Pero con qué derecho se privaría de la libertad de confesarla públicamente, a las que no tienen ningún interés en ocultarla?

Confesar privada y públicamente la ideología que constituye el alma de una asociación, ¿no implica una imposición que coarte la libertad personal de los asociados? ¡De ninguna manera! Estamos en presencia de un ejemplo viviente. "La Federación" que realiza esta magna asamblea, confiesa su ideología en su leyenda: "de Asociaciones Católicas de Empleadas". Con ello se proclama que son católicas las asociaciones, porque no son neutras, ni socialistas, ni comunistas, ni totalitarias, sino que se hallan animadas y regidas por la doctrina

del catolicismo social. Pero no se dice: "de Empleadas Católicas", sino simplemente de "Empleadas". Porque la entidad a que pertenecen no es una congregación religiosa sino una entidad económico-social, a la que pueden pertenecer también las no católicas. ¡No hay aquí —no puede haber— ningún intercambio, ningún comercio, ninguna imposición! ¡Con las prácticas religiosas no se lucra, no se comercia; y las convicciones que deben animarlas, no se imponen! Hacemos proselitismo, pero leal. ¡Bajo nuestras banderas libres e inmaculadas, no nos interesa reclutar hipócritas, sino convencidas!

* * *

La tercera base es la de la Libertad.

Debe, en primer término, mantenerse incólume el respeto de la libertad del trabajador a quien se pretende beneficiar Los trabajadores son seres humanos conscientes y libres. El derecho que tienen de asociarse, no debe ser utilizado para atentar contra su libertad. Los sindicatos son para los trabajadores, no los trabajadores para los sindicatos. No debe tolerarse que el sindicato pueda ser el monstruo que devora a sus hijos.

En segundo lugar debe ponerse en salvo la libertad de la sindicación. La fórmula debe ser ésta: "Sindicación libre dentro de la profesión organizada". La libertad de la sindicación deja expedita la libertad del trabajador para elegir el sindicato que le convenga. La competencia aquí resulta muy ventajosa.

Una de las resoluciones del citado Congreso de 1919 sostiene: "La necesidad de reclamar no sólo el reconocimiento legal y la personería jurídica de los sindicatos, sino también la libertad para la constitución y el completo desarrollo de los mismos".

Es necesario no perder de vista el peligro que implica el unicato sindicalista. El argumento de que es exigido por la fuerza que resulta de la unidad, es ficticio. La pluralidad de los sindicatos concurre más razonada y eficientemente a la conquista de las reivindicaciones legítimas, con mayores garantías de justicia. Cuando las reivindicaciones son justas, la conjunción de todos es legítima. ¿Y por qué se podría violentar la conciencia de los trabajadores obligándolos a formar en las

filas de organizaciones contrarias a su ideología? ¡En materia de sindicación el sólo unicato saludable es el de la Libertad!

Por otra parte, el unicato sindicalista, auspiciado por el marxismo, constituye un peligro formidable de complicidad internacional. Esta es otra de las poderosas razones por las cuales nosotros abogamos por los sindicatos libres. Queremos sustraerlos a todo peligro de inteligencia que pueda resultar contraria tanto a nuestra paz interna, cuanto a la independencia de nuestra Patria y la salvaguardia de nuestros intereses y aspiraciones nacionales.

Los queremos libres, porque no tenemos interés en que se organicen dentro de la Nación, entidades que puedan establecer contactos con otras de afuera, que en un momento dado puedan alzarse contra la Nación. ¡Algunos de los espectaculares desastres ocurridos en la guerra actual, guardan lecciones que los sociólogos y los estadistas deberán aprender!

Hay una tercera libertad que también se debe respetar en las organizaciones profesionales. La denominaré Libertad Social.

Los Estados deben tener interés en descongestionar el ejercicio de su soberanía de la complicación y el desgaste que traen aparejados las cuestiones suscitadas entre trabajadores y empresarios. Su alta conveniencia está en actuar en última instancia, como árbitro inapelable.

Les es necesario apartarse de dos escollos. Cuando pretenden apartarse del comunismo, en lo que hacen muy bien, deben cuidarse de no ir a dar en el totalitarismo. Estos dos sistemas, de procedencia diversa, empiezan por adoptar los mismos métodos y acaban por llegar a un mismo término.

El comunismo adopta el método de la abolición de la propiedad privada, y el totalitarismo el del desconocimiento de sus derechos. Tanto el uno como el otro comienzan por ser absorbentes y acaban por ser dictatoriales.

Al comentar la declaración reciente de las Semanas Sociales de Canadá, un miembro autorizado de la Oficina Internacional del Trabajo establecida ahora en Montreal, dice: "Los alivios materiales que tanto el uno como el otro pretenden proporcionar a ciertas clases desheredadas, son siempre pagados con la supresión gradual o violenta de las libertades esenciales de la persona humana".

¿Y cómo puede evitarse que esto acontezca?... Estableciendo las organizaciones profesionales.

Mientras no lo estén, no hay derecho a protestar contra la ingerencia del Estado. ¿Podría pretenderse que se encerrara en su torre de marfil y se cruzara de brazos? De ninguna manera. ¿Cómo podría contemplar impasible la consumación de tantas explotaciones, de tantas injusticias? Es aquí, sobre todo, donde corresponde al Estado el ejercicio de su función supletoria, como un deber ineludible.

Lo que la doctrina del Catolicismo Social reprueba no es la actual intervención de los gobiernos cuando se trate de proteger los derechos incuestionables de los trabajadores; sino la situación presente, creada por la ausencia de las organizaciones profesionales que exige tales ingerencias congestionando la gestión tutelar de los gobiernos.

Urge, pues, la salvadora tarea de proceder al establecimiento de las organizaciones profesionales.

Los prestadores del trabajo lo han comprendido ya y diré con el poeta "fervet opus": hierve la tarea. En medio de algunas de las naciones en guerra las organizaciones obreras se mantienen y consolidan, y de otras, en cuanto amaina la tempestad arrasadora, son ellas las primeras que renacen. Los prestadores del capital se encuentran en retardo. Por su bien y por el bien de la humanidad, sería necesario que a su vez pusieran manos a la obra. ¡Se avecina la hora en que el hombre dejará de estar incondicionalmente al servicio de la producción, para que la producción se ponga al servicio del hombre!

Cuando todos hayan ocupado su puesto, se consolidará la paz en la justicia. Cuando todos cumplan con su deber, podrán exigir al Estado que cumpla con el suyo. Pero no hay que olvidar que el deber del Estado consiste en proteger los derechos y defender los intereses.

Según las normas trazadas por León XIII el Estado es a un mismo tiempo intervencionista y democrático.

La fórmula auténtica es esta: *Dejar hacer* lo que la iniciativa privada es capaz de hacer; *ayudar* a hacer lo que por sí misma no alcanza a hacer; y *hacer* él mismo, lo que aquélla no puede o no debe hacer, como acontece con cierto género de servicios públicos.

* * *

Alimentado y robustecido con la doctrina de la Iglesia, investido del sacerdocio y armado con el apostolado de la palabra evangélica a los pies del Vicario de Jesucristo en la Roma Eterna, que acaba de dar al mundo otra demostración histórica de la pujanza victoriosa del espíritu; y después de haber consagrado toda una vida a colaborar en el bien y la grandeza de la Patria, me considero con derecho a enunciar estas verdades siempre con idéntico propósito, sin haber pretendido de ella nada, porque me ha compensado de antemano con creces, con la gloria de ser argentino.

¡Pero esta gloria impone el deber de que en este momento crucial del mundo y de cada una de las naciones, todo argentino verdadero esté dispuesto a lanzar el desafío de comprobar con el hecho, quién da más al pueblo, recibiendo menos!

¡Para mí, el sacrificio que ello comporte quedará compensado con que Dios quede contento de mí y me otorgue la gracia de que también estén contentas las mujeres argentinas y extranjeras que con el aporte de su trabajo y el concurso de su dignidad, contribuyen al bien de la familia, a la paz de la sociedad y al engrandecimiento de la Patria!

Discurso pronunciado en la Gran Concentración de las Empleadas en la Plaza del Congreso, el 2 de julio de 1944

12

FIESTA DE NTRA. SRA. DE LOS REMEDIOS

Después de haberla conducido en triunfo una vez más como en los tiempos de la Colonia, he aquí de nuevo ante vosotros la imagen veneranda cuyo culto se iniciara en Buenos Aires el año 1727. Nuestra Señora de los Remedios, cuando en aquellos tiempos arreciaban la carestía, la peste y la miseria, cuántas veces se prosternaron ante ti los primeros católicos coloniales presididos por el piadoso sacerdote don Juan Alonso González Aragón, pidiendo tu inspiración maternal y dicién-

dote: Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos, ¡oh, tú, que eres vida y dulzura y esperanza nuestra!

El hecho es que en este solar de tu vieja capilla y a tu sombra bendita, surgieron la primera institución benéfica denominada Hermandad de la Santa Caridad y el primer refugio de la orfandad, la Casa de las Huérfanas, y el primer nosocomio para las víctimas de la enfermedad y la pobreza, el Hospital de Mujeres.

En medio de la noche de la indigencia apareciste como un sol, y desde entonces acudieron a ti buscando tu calor y tu luz en interminables caravanas, los enfermos del cuerpo y los torturados del alma.

Luego después, con el período del crecimiento de la población y del aumento del bienestar, se inició el de una injusticia histórica: la del olvido de la Fundadora indiscutible del reinado de la caridad fraterna en Buenos Aires.

I

Restablecimiento de una tradición

Desde la celebración del segundo centenario de la iniciación de su culto, he procurado reparar esa injusticia. Con ello me propuse hacer obra religiosa y también obra patriótica.

Es obra patriótica el restablecimiento de nuestras escasas tradiciones. Un pueblo que olvida su tradición, es un pueblo que se vuelve indigno de su historia, porque, o la desconoce, o la reniega.

Por otra parte, la evolución progresiva que ha llevado a Buenos Aires a la opulencia material e intelectual, no ha contribuído en la misma proporción a aminorar los quebrantos del cuerpo y las dolencias del alma, y por eso no era el caso de segar, sino de reabrir la fuente de la resignación y del consuelo. Buenos Aires no se ha substraído a la angustiosa condición en que se halla el mundo.

Por debajo de todos los oropeles de que se la quiera revestir, la humanidad gime bajo la violencia de tres leyes que la vienen mortificando desde la prevaricación original y que jamás serán abolidas por civilización alguna: la ley del Trabajo, la ley del Dolor, y la ley de la Muerte.

Y como si esas tres leyes inexorables no la mortificaran

lo bastante, los hombres parecen empeñados en suscitar problemas artificiales para complicarnos la vida y amargarnos la existencia. Por desavenencias nacionales, económicas y políticas, los hombres cavan abismos entre las naciones, los grupos sociales y los partidos políticos, y esos abismos los mantienen divididos y no los salvan sino para desalojarse o para matarse!

Desde esta tribuna levantada ante la efigie histórica de la Virgen, Madre de Dios y Madre de los hombres, tengo el derecho, o mejor, el deber de decir a mis hermanos: Si aun amándonos no lograríamos aliviar nuestros comunes quebrantos, ¿por qué nos odiamos? Si aun sumándonos todos, no arribaríamos a ser felices, ¿por qué nos dividimos? Si sentimos la nostalgia de la paz, ¿por qué nos hacemos la guerra? Si aun con todos los abnegados esfuerzos no logramos alargar la vida, ¿por qué nos empeñamos en adelantar y en multiplicar la muerte?

II

La humanidad sufre demasiado

La humanidad sufre demasiado y lo que es peor, en gran parte, sufre por su culpa. Como hay una fiebre del cuerpo, hay otra del alma. Las almas están afiebradas. La ambición les produce esa fiebre que las inflama y las perturba. Andan desorbitadas, sobreexcitadas. No reflexionan, deliran. No coordinan, complican. No aman, odian. Parece que la humanidad estuviera atacada de la manía del suicidio. ¡He ahí la gran enferma que esta mañana, respondiendo al llamamiento del Pontífice, hemos puesto a los pies de Nuestra Señora de los Remedios!

El estado de la humanidad, aun sin contemplarla al resplandor rojizo de las guerras internacionales o civiles en que mañana podría debatirse, hace pensar en la necesidad y también en la dignidad de una profesión.

La humanidad necesita sabios y estadistas, jurisconsultos y políticos, financistas y literatos, artistas y obreros, médicos y sacerdotes, pero como no hay un ser humano que tarde o temprano no sea derribado por la enfermedad, la humanidad necesita enfermeras.

III

Federación de Asociaciones Profesionales Católicas de Enfermeras

Las enfermeras católicas de Buenos Aires, han resuelto mancomunar sus esfuerzos deseosas de elevarse a la altura de la sublimidad de su misión. El 21 de noviembre de 1935, en virtud de esta nueva creación, ha de ser un día histórico en los anales de la profesión de enfermera. Nace la Federación de Asociaciones Profesionales Católicas de Enfermeras, como nació la caridad organizada en Buenos Aires, es decir, al pie de Nuestra Señora de los Remedios, y nace con la bendición del Papa que hace dos meses, al clausurar en Roma el Congreso Internacional de las Enfermeras Católicas del mundo, exaltó y bendijo su misión humanitaria y cristiana.

¿Para qué se organizan las enfermeras? Para realizar por sí mismas la defensa y el mejoramiento de su profesión y la elevación material y moral de sus personas.

¿En nombre de qué? En nombre de la libertad de asociación emanada del derecho natural que es inviolable, y ratificado por la constitución argentina que es intangible.

¿Por qué católicas? Porque haciendo honor a su fe tradicional, quieren organizarse sobre los principios de la sociología católica y propender a la pacificación social y a la confraternidad humana. Y además porque siendo católicas, al mismo tiempo que proclaman y vindican sus derechos, aceptan y cumplen sus deberes. El Evangelio, más que el libro de los derechos, es el Código de los deberes. Resultan siempre más benéficos, más eficaces y más valientes los seres armados de deberes que los asistidos por derechos.

IV

En beneficio del pueblo

¿Y en provecho de quién? Desde luego de ellas mismas, pero en definitiva en beneficio del pueblo. El pueblo resultará tanto más beneficiado cuanto la enfermera sea más competente, más moral y más caritativa.

A cuantos sintieran tentaciones de oponer reparos a obras

benéficas para el pueblo, yo les diría: suprimamos las divergencias, dejemos las discusiones, olvidemos la política. Si una obra cualquiera beneficia al pueblo, que sea bienvenida, venga de donde viniere. ¡Salus populi suprema lex! ¡La ley suprema es la salud del pueblo!

El pueblo va a pura pérdida con las discordias y las rivalidades. La rivalidad que beneficia al pueblo no es la que se entabla entre los que buscan servirse de él, sino entre los que abnegadamente se sacrifican para servirlo a él. Es la única rivalidad que acepto en nombre de Jesucristo, que se sacrificó y murió para salvarnos a todos.

Alocución con motivo de la fiesta de Nuestra Señora de los Remedios, el 21 de noviembre de 1935

13

LA CRUZ: EMBLEMA DE RECONCILIACION Y SALUD

Nuevamente la rotación del tiempo nos sitúa en la fecha de la fiesta de Nuestra Señora de los Remedios. Y nuevamente nos damos cita para rendir el homenaje de la gratitud popular a la celestial Fundadora de la beneficencia en la Buenos Aires colonial de 1727. La Hermandad de la Santa Caridad y el primer Hospital de mujeres, germinaron a la sombra de esta imagen bendita, verdadero conjuro del flagelo de la epidemia que entonces diezmaba la indefensa y pequeña población.

¡Oh, Virgen de los Remedios! Al llevarte en andas por algunas de las mismas calles que circundaban tu ermita primitiva, lo hacemos para perpetuar el pasado, pero también para auspiciar el porvenir. Somos amantes de la tradición y al mismo tiempo cultores del progreso. Es doble el significado de esta ceremonia: el de la gratitud sentida, y el de la súplica ferviente

* * *

El de la súplica ferviente porque vivimos angustiados bajo la amenaza de otro gran flagelo. La epidemia que ahora

se está desparramando por el mundo, es la que mata también los cuerpos, pero después de haber envenado los espíritus. Durante mucho tiempo el mundo se ha venido empeñando en divorciar a los espíritus de Dios. De ese mismo Dios que se hizo hombre tomando carne de tu carne virgen y sangre de tu sangre inmaculada, porque bien sabía que el hombre no podía prescindir de Dios. ¡Y ahora estamos sabiéndolo nosotros también al ver el horror que comporta esa malhadada prescindencia!

Gentes hay que llegaron al absurdo de llamarse a sí mismas "sin Dios". Ellas anuncian la proximidad de una noche muy densa que sería seguida de una aurora muy clara, precursora del sol del porvenir. Y exhiben como emblema el martillo y la hoz: símbolos aquél del trabajo y ésta de la abundancia. ¡Como si hasta ahora la humanidad no hubiese hecho otra cosa que estarlas aguardando para forjar los instrumentos del trabajo o para cosechar las mieses que produce!

¡Pobres gentes ilusas! ¡Esa no es una visión del porvenir, sino una pesadilla del presente originada en los malos sueños del pasado! ¿La prueba? ¡Ah!, ya no es necesario buscarla en la región de la lógica, porque ha entrado de lleno en el dominio de la historia. ¡Los hechos están escribiendo en páginas de sangre que sin Dios el martillo sólo sirve para destruir y para remachar las cadenas a todas las libertades y la hoz para segar todos los valores humanos junto con las vidas fecundas que los crean!

¡En cambio, la que tenemos ahora a nuestra vista sí que es en realidad una visión de auspicioso porvenir! ¡Enfermeras católicas! Congregadas al pie de vuestra Patrona, la dispensadora de los remedios del cuerpo y de los remedios del alma, os presentáis en esta hora trágica del mundo como el ejército del alivio y de la paz. En la impecable blancura de vuestros uniformes, que hace pensar en una nube de bendición bajada a nuestra tierra, se destaca otro emblema: el único emblema verdadero de la reconciliación y la salud del pueblo: ¡la cruz! La Cruz Roja, la Cruz Verde, la Cruz Amarilla, la Cruz Azul. ¡Sean bienvenidos los colores cualesquiera que la formen! ¡Pero siempre la Cruz!

¡Hermanos míos! Fuerzas poderosas trabajan a la humanidad en sus entrañas. Están ya concluyendo con una de sus etapas y creando otra nueva. Los vapores que suben de esas

fuerzas en lucha, cargan la atmósfera y oscurecen la mentalidad contemporánea! Esta padece de la obsesión generalizada de polarizar a los hombres alrededor de dos polos opuestos, para que cuando se hayan sumado, se lancen los unos contra los otros y se destrocen y exterminen! Por acción de contagio no ven otra solución que la del advenimiento de una época de terror. ¿De qué terror? ¿Del rojo o del blanco? Si fuera del rojo, sería la del derrumbe de las instituciones en el caos y de las personas en la barbarie. Y si fuera del blanco, sería la de la implantación de su cetro sobre una masa informe de cadáveres y ruinas. ¿Y a quién puede seducir un imperio fundado sobre la muerte? ¡Fuera de que la violencia nunca es durable y la hora en que se la ejerce desde arriba, siempre es seguida de la hora en que se pasa a soportarla desde abajo!

Dejemos a otros la obsesión enfermiza de la época del terror. Los hijos de la Iglesia cumplamos con el deber de preparar el advenimiento de la época del amor. Dedíquense otros a la misión dolorosa de organizar las represiones violentas. Consagrémonos nosotros al apostolado de las reconciliaciones evangélicas.

Hay quienes dicen que la revolución progresa, alimentada por la propaganda y por el oro de Moscú. No es exacto. Se debe tener el valor de denunciar la propia responsabilidad. La revolución progresa además, porque quienes debieran, no trabajan lo bastante para inmunizar al pueblo contra aquella propaganda. ¿Y cómo se lo inmuniza? Mejorándolo en su bienestar material y moral. En otras palabras: la revolución social prospera no tanto porque unos aplican las enseñanzas de Moscú, cuanto porque otros dejan de aplicar las directivas de Roma. ¡Mientras los adversarios de la civilización cristiana se hacen infatigables apóstoles de la ideología soviética, nosotros nos constituímos en archivos cuando no en panteones de las Encíclicas Papales!

Vosotras que acabáis de constituir la Federación de Asociaciones Profesionales Católicas de Enfermeras, dais el ejemplo y señaláis el rumbo — ¡sea enhorabuena! Y séalo también para el Consorcio de los Médicos Católicos que organizados con la misma orientación, han querido alentaros, haciéndoos una guardia de honor. Guardia de honor a que veo asociada la de otros igualmente católicos, que son a la vez mi alivio y mi corona, los del Cuerpo Médico de la Casa de la Empleada,

Y también la vuestra, directores ilustres de los hospitales que la patria exhibe con orgullo, iluminados con la luz de vuestra inteligencia y calentados con la cristiana ternura de vuestro corazón. Y todos presididos por quien estando al frente de la Asistencia Pública, que acabamos de bendecir, honra a la profesión con su ciencia y al catolicismo con su vida.

Virgen Santísima de los Remedios, tu día es también en adelante el día de la Enfermera. Congregadas a tus plantas parecen una bandada de palomas llegadas de todas partes para beber la gracia necesaria en la fuente de la ternura maternal. Bendícemelas para que las enfermeras católicas sean las más capaces, las más solícitas, las más amantes para consuelo y alivio de mi pueblo.

Es además el día del enfermo. Alcancen los efluvios de esa misma bendición a todos los que padecen dolores en el cuerpo o angustias en el alma.

Y, en fin, ya que en la hora lejana de la gran epidemia, fuiste la iniciadora de la beneficencia en Buenos Aires, sé ahora desde el cielo la propulsora de la inmunización del alma del pueblo de la República. ¡Te lo imploramos haciendo rezar, en cuanto de nosotros depende, o mejor haciendo cantar a la Patria el himno a la libertad y a la igualdad que recibió de Dios, de cuya misericordiosa Omnipotencia ahora espera alcanzar la verdadera fraternidad cristiana que necesita para sí, que implora para España, y que pide para el Mundo!

Discurso pronunciado el día de Nuestra Señora de los Remedios, en el atrio del templo de San Miguel Arcángel, el 21 de noviembre de 1936

14

EL AMOR: ESENCIA DEL CRISTIANISMO

Cuando Jesucristo, llegada la hora de la Redención, dijo a la humanidad, señalándole la mujer que se hallaba al pie del patíbulo donde el Hombre-Dios moría: *"ecce Mater tua"*, Esta es tu madre, creó en el seno de María un corazón capaz de amar con igual intensidad a toda la humanidad y a cada uno de los hijos que siguieron naciendo en el andar de los siglos.

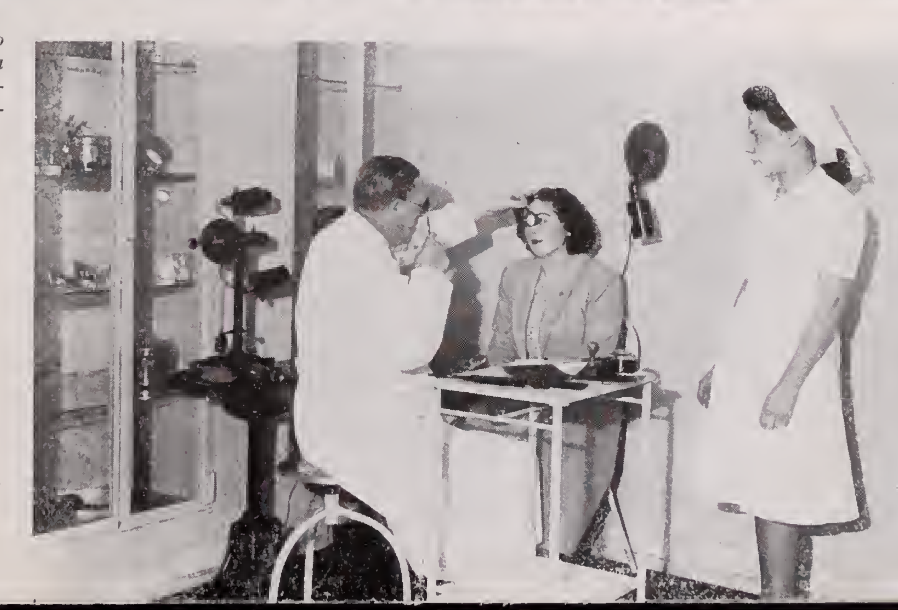
Aplicación de inyecciones en los consultorios médicos de la Casa de la Empleada.







Consultorio Clínico; a la derecha: Consultorio odontológico.



Consultorio oftalmológico.





Alameda de entrada a la colonia de Cosquín, Córdoba.

●

Uno de los dormitorios de la colonia Cosquín.

●

Aspecto que ofrece uno de los pabellones de la colonia Santa Teresita, en Cosquín, **Córdoba.**



Por eso ella se manifiesta a los hombres bajo tantas advocaciones cuantas son las necesidades que padecen. Y entre todas éstas, la más sentida, la más universal es la enfermedad: la enfermedad física y la moral, la que produce los sufrimientos del cuerpo y la que causa los dolores del alma. Y para subvenir a esta gran necesidad de la naturaleza humana que un día u otro hará gemir a cada hombre inexorablemente, se ha manifestado bajo la advocación de Nuestra Señora de los Remedios.

Hace más de dos siglos, al pie de esta imagen histórica y veneranda que la representa, brotó la fuente de la beneficencia cristiana, cuyos caudales creciendo incesantemente fecundaron en vidas que parecían agostadas, gérmenes de renovadas primaveras. Y así, desde hace más de doscientos años, comenzó a desfilar ante ella, la caravana doliente e incesante de los que tenían los cuerpos enfermos o las almas doloridas. Y hoy, como entonces, los que ponen su fe en el amor de esta madre y su confianza en su eficaz patrocinio, la llevan, con satisfacción incontenida de hijos esperanzados, por las calles de la ciudad, como expresión de gratitud por el pasado y de súplica para el presente y para el porvenir.

* * *

El presente nos inquieta y el porvenir nos intimida. Cuando Marta y María se dieron cuenta de la enfermedad de su hermano, enviaron a Jesús este mensaje: "Tu amigo Lázaro se encuentra enfermo". Yo digo ahora en nombre de todos a la Madre de Dios y Madre de los hombres: nuestro hermano se halla gravemente enfermo. Ese hermano nuestro, es el pueblo. El pueblo, material y espiritualmente, está mal. Materialmente soporta penosas privaciones. La vivienda es muy costosa, la alimentación muy cara, el trabajo es muy escaso y la remuneración insuficiente. Las enfermedades lo encuentran desnutrido y sin defensa. Y porque algunas veces protesta al ver que todas las puertas se le cierran dejándolo afuera y solo con su enfermedad y su miseria; y porque algunas veces se rebela al no poder dar a sus padres techo ni a sus hijos educación ni pan, se lanza contra él la inconsiderada y socorrida inculpación de comunista. ¡No, señores, no! ¡Exigir lo

indispensable para la propia vida, para la vida de los hijos o para la de los padres, no es comunismo, es justicia!

* * *

Ansiosas de contribuir al alivio de tales sufrimientos, vemos complacidos multiplicarse el número de las enfermeras. Su simpática presencia caracteriza esta fiesta. Seáis bienvenidas. El pueblo os necesita; el pueblo os llama. Cuando herido por el sufrimiento queda imposibilitado para proseguir la dura jornada, espera que os constituyáis vosotras en sus samaritanas compasivas. Hoy, venidas de todas partes como bandadas de palomas blancas que levantaron su vuelo desde puntos diversos, os halláis aquí agrupadas para beber todas juntas en la misma fuente refrigerante que continúa manando al pie de esta Reina y Madre de Misericordia, que es para los enfermos vida, para los amargados dulzura y para los desencantados esperanza.

Habéis constituído la Federación de Asociaciones Profesionales Católicas de Enfermeras, a la cual os asociáis para ser más fuertes y en la cual os hacéis más piadosas para ser más útiles. Esa Institución hace llegar por mi intermedio a las autoridades correspondientes el insistente pedido de una legislación que otorgue a la enfermera competente la necesaria personería y la autorice para el ejercicio de la profesión para la cual se la capacita. Y pide una ley porque quiere hallarse en condiciones de rechazar las culpabilidades que no le correspondan y de afrontar las responsabilidades que contraiga.

* * *

Desde esta tribuna que tiene como dosel el amor maternal de María y como base el amor filial de la enfermera, denuncio también en el deseo de contribuir a remediarla, la gran enfermedad espiritual que está invadiendo el organismo del pueblo. Nuestro gran hermano se halla doblemente enfermo. En esta hora aciaga del mundo, el odio está envenenando aun aquello que nos habíamos habituado a creer inmunizado: la entraña de la familia argentina.

El odio que está congelando al mundo, ha comenzado también en ella su acción corrosiva porque está invadiendo a los

hombres, los partidos y las clases. Y lo peor es que de donde debiera venir el remedio, procede la reagravación de la enfermedad. Hay junto a nosotros y en medio de nosotros, no pocos cristianos que proponen como remedio del mal, la división, las armas, el exterminio. Tales cristianos empeoran la situación y desprestigian al cristianismo. No hay sino una sola virtud capaz de curar al mundo de la enfermedad del odio que lo mata. ¡Esa virtud que es la esencia del cristianismo es el amor! Es tal la virtud infinita del amor que aun cuando el enfermo hubiese muerto, tiene poder para resucitarlo; es el poder que puso en juego cuando dijo a Lázaro: "¡Levántate!" Fuera de él, todo es o contraproducente o efímero y estéril. Desgraciados por tanto los que creen que se ha agotado la virtud del Evangelio. ¡Desgraciados los que creen en la eficacia de la fuerza más que en la de la justicia y en la virtud del odio más que en la del amor!

* * *

Todo esto lo comprende bien un corazón de Madre; sobre todo el corazón de esta madre que Dios nos dió. Lo comprende bien el corazón de una enfermera que debe estar dispuesta a prodigar el tesoro de sus ternuras a los hermanos y a los que matan a los hermanos. Tal vez para evidenciarlo decoran la blancura de su uniforme con el símbolo de la cruz. ¡Y deberíamos comprenderlo y sobre todo practicarlo todos los cristianos si no queremos desmentir nuestra señal y traicionar nuestro lábaro, la cruz!

Discurso pronunciado en la Concentración de las Enfermeras, ante la histórica imagen de Ntra. Sra. de los Remedios, el 21 de noviembre de 1937

15

EL DOLOR: VEHICULO DE PERFECCIONAMIENTO

Bajo la advocación promisoria de Nuestra Señora de los Remedios y por iniciativa de la Federación de Asociaciones Profesionales Católicas de Enfermeras, conmemoramos hoy el día de la enfermera y el día del enfermo.

* * *

La enfermedad es considerada como un mal. Es un mal físico, aunque no moral.

Es un mal físico porque nos hiere, nos rinde, nos debilita, nos reduce a la impotencia, nos clava en la cruz del sufrimiento y nos deja a la merced de la compasión de los demás. Cuando estamos sanos, y nos sentimos robustos y nos consideramos fuertes, somos pretensiosos, cremos bastarnos a nosotros mismos. Cuando nos hallamos enfermos, descendemos de aquellas elevaciones presuntuosas y caemos en la triste realidad de lo que somos. Necesitamos que algún brazo nos sostenga, que alguna mano nos alimente y que algún ángel nos vele.

Y Dios otorgando una fecundidad divina al sufrimiento, hace aparecer al conjuro de su voz, legiones de mujeres con la pasión de convertirse en hijas para los ancianos desvalidos, en madres para los niños huérfanos y en hermanas de todos cuantos se le presentan marcados con el sufrimiento que es el único sello autorizado para legitimar preferencias en el reino de la fraternidad universal.

Tal es el origen a la vez divino y humano de la vocación para Enfermeras. ¡Enfermeras!, yo os saludo y os bendigo. Nos hallamos vinculados con un parentesco espiritual. Nuestro sacerdocio y el vuestro concurren y se auxilian en el divino ministerio que ejercen sobre el altar viviente que debe ser para nosotros todo enfermo, quienquiera que sea, como quiera que piense, y de donde quiera que venga!

El paganismo decía que la compasión acusa una debilidad en la naturaleza humana. El cristianismo en cambio la considera una superioridad porque merced a ella el hombre se asemeja a Dios cuyas entrañas son misericordia. La inferioridad está en la insensibilidad y en la crueldad, porque es lo que lo aproxima a la bestia. Por eso quien se sale de la zona de la misericordia se aleja del cristianismo y quien se interna en la de la indiferencia o de la crueldad para con el prójimo retrograda al paganismo. El día, sin embargo, en que la potencia más igualitaria del mundo, que es la enfermedad, hiera y derribe a los cultores del neo-paganismo, descubrirán la divinidad y la humanidad del cristianismo.

* * *

¡Yo quisiera que nuestra patria llegara a ser la más humana y la más cristiana! Cuando la enfermedad penetra, sobre todo bajo los techos de los pobres, con ella se introduce la miseria. Hay un medio de evitarlo que entrego a la consideración de los legisladores de mi patria; un medio gracias al cual puede lograrse sin gravar a ninguno, aliviar a todos; ese medio es el más necesario de todos los seguros, el seguro contra la enfermedad.

El sufrimiento, sea el causado por las torturas del cuerpo o por las angustias del alma, no tiene patria ni tiene religión. Aquellos a quienes la condición de prójimo no es suficiente para inspirar humanidad, infúndasela al menos la de enfermo y de afligido, sea que se trate de gentil o de judío, de compatriota o de extranjero, de rico o de pobre, de libre o de esclavo. El desvalimiento, el quejido, las lágrimas, deben ser expresiones soberanas del único idioma de comprensión universal. El sufrimiento carece de fronteras, desborda de las castas y las razas y halla asilo en todos los corazones, menos en aquellos que por sí mismos se colocan fuera de la humanidad.

Nadie ha reconocido y elevado la dignidad del pobre y del enfermo como el catolicismo, que en él descubre la representación de Jesucristo. Es El quien lo afirma al anticiparnos que el día de las recompensas dirá: estuve necesitado y me ayudaste, estuve enfermo y me asististe. La pobreza y la enfermedad, según ello, vienen a ser como especies eucarísticas.

¡Cuánta virtud y cuánta eficacia se hallan ocultas bajo sus lastimeras apariencias! ¡Cuántas transfiguraciones morales se operan en el laboratorio misterioso del dolor! ¡Cuántos merecimientos se elevan como nubes que en las alturas se resuelven en lluvias de bendiciones sobre el mundo!

Hace pocas semanas la humanidad se vió abocada al caos: los hombres parecían empeñados en arrastrarla hacia él, para despeñarla. En ese instante trágico un enfermo augusto hizo a Dios una ofrenda suprema. En la economía de la providencia todo lo mueve la oración. En aquellos momentos decisivos y solemnes Pío XI hizo este voto: "Inefablemente agradecidos a las plegarias que por Nos han elevado los fieles de todo el mundo católico, esta vida que gracias a tales plega-

rias el Señor nos ha conservado y casi renovado, Nos de todo corazón la ofrendamos por la salud y por la paz del mundo, sea que el Señor de la vida y de la muerte quiera quitarnos el estimable y ya largo don de la vida, sea que quiera prolongar todavía la jornada fatigosa de este afligido y cansado obrero".

Todos cuantos sufrís, ofrendad con él vuestros dolores. Me dirijo a todos. Los que sufrís el desencanto de tener que servir de carga a los seres queridos a quienes abrigábais la ilusión de llevar sobre vuestros hombros en su paso por la vida. Los que quisiérais trabajar por la humanidad y pensáis que sólo servís para dar trabajo. Los que estáis impacientes por volver a vivir y los que, perdida toda esperanza, anheláis más bien morir.

Mientras nosotros aquí congregados, os ponemos a la sombra bendita de la Virgen Madre, de la Señora de los Remedios del cuerpo y del alma, con la intención de que obtengáis alivio, curación, salud, prestadnos los méritos de vuestra inefable conformidad cristiana para unirlos a los del Papa y ofrendarlos no sólo por el bien de nuestra patria, sino también por la salud y por la paz de todo el mundo.

Discurso pronunciado en la celebración del Día de la Enfermera y la festividad de Ntra. Sra. de los Remedios, el 20 de noviembre de 1938

16

EL PUEBLO NO QUIERE LA GUERRA

Un hombre de gran talento y vasta erudición, tribuno y polemista, sociólogo y político, y hasta hace poco de ideología nada religiosa, ha dicho, con gran estupor de la Academia Francesa en el acto de ser incorporado a ella, y también del mundo, que aun ignoraba su conversión, estas palabras: "La humanidad sobresaltada se halla frente al misterio y para salvarse deberá recurrir al misterio".

El misterio ante el cual se halla abocada la humanidad es el abismo al cual ha comenzado a rodar y del cual nadie sabe cuándo ni cómo ha de salir. Y el misterio al cual debe acudir para salvarse, es Dios y lo que conduce a Dios.

Y aquel hombre, que hasta entonces no se había manifestado religioso, señaló como medio seguro para llegar a Dios, a la Madre de Dios y Madre de los hombres. ¡Y habló de Lourdes con fe y con esperanza!

Hace más de dos siglos la población de Buenos Aires, se hallaba también ante un misterio: el de una peste, especie de bestia apocalíptica, cuyas fauces insaciables se abrían cada vez más para devorarla. Y un virtuoso sacerdote de la época, noblemente inspirado, exhortó a aquella población diezmada, a poner en Dios toda su confianza y que a El acudiera por la intercesión de Nuestra Señora de los Remedios.

Desde ese momento comenzó a desaparecer del cielo de Buenos Aires, la sombra siniestra de la muerte y a despuntar en su horizonte la aurora de la salud y de la vida.

¡La imagen que habéis paseado más que sobre vuestros hombros, sobre los corazones de todos y que nos preside ahora, es la misma de entonces! Desde aquella época, ¡cuántas súplicas se le han dirigido implorando la salud del cuerpo y la del alma! ¡Cuántas manos suplicantes, cuántos ojos llorosos, cuántos corazones angustiados se han levantado desde esta tierra hasta ella, y cuántas gracias han caído del cielo como lluvia celeste, reverdeciendo esperanzas marchitas, salvando desesperados, consolando tristes, sanando enfermos y preservando sanos!

Las penas físicas y las morales, continuarán siendo los aliados fatales de la humanidad en su paso por este mundo. Y sea que se trate de los miserables o de los privilegiados, ninguno se irá de la vida sin haber soportado sus dolorosos contactos. Por eso, como la nota blanca del consuelo y de la esperanza, predominan en esta asamblea magnífica las enfermeras, precedidas de las autoridades municipales y sanitarias.

* * *

Se han escuchado las palabras de la presidenta de la Federación de Asociaciones Profesionales Católicas, pronunciadas en representación de todas las enfermeras, sin distinción alguna. Han sido de súplica y de súplica abnegada. En el resto del año continuaremos interesándonos por su suerte: por su remuneración suficiente, porque tienen derecho a vivir; por su descanso reparador, porque tienen que defenderse de morir; por sus leyes de protección y de estímulo, porque la mu-

jer y el hombre que trabajan no pueden ser tratados como instrumentos, como máquinas o como bestias!

Pero hoy la súplica que han hecho, causándonos emoción y dándonos ejemplo, ha sido para obtener la gracia de ser más capaces, de hacerse más buenas, más cristianas y por eso más humanas. Es decir: no piden para ellas sino sólo lo que ha de servir para beneficiar a los demás. Es la plena adaptación al precepto divino de amar al prójimo como a sí mismo, pero no sólo de palabra sino también de hecho; no sólo con la creencia sino también con la vida. ¡Noble manera de responder a su vocación, sobre todo en una época en que parece que la norma de vida fuera el egoísmo! ¡Digna manera de celebrar el Día de la Enfermera! Sublime manera de colocarse a la altura del símbolo que llevan sobre la frente o sobre el pecho: ¡la cruz! Y para honrarse con la cruz, es necesario honrarla con la propia vida. El egoísmo no tiene derecho a honrarse con la cruz, porque el egoísmo la contradice y la deshonra. La Cruz representa la abnegación puesta al servicio de la vida. La abnegación hasta la inmolación: hasta el martirio. Cristo muere en la cruz, para darnos la vida. La línea horizontal es la de la muerte, la vertical es la de la vida. En la cruz la horizontal de la muerte está atravesada por la vertical de la vida.

La cruz representa además la fraternidad de la familia humana. Sus brazos tendidos son la eterna protesta contra los odios que separan a los hombres. Las doctrinas que polarizan a los hombres en los extremos, haciendo que no se acerquen sino para matarse, son antitéticas de la cruz.

La cruz no extiende sus brazos para dividir a los hombres, sino para alcanzarlos y aproximarlos junto al ara del Amor.

Por eso destaco y saludo con entusiasmo la presencia de la Cruz Roja Argentina, celebrando con todas las enfermeras, católicas o no, el Día de la Enfermera y el Día del Enfermo. El dolor no tiene patria ni tiene religión. La parábola en que Jesús proclama la fraternidad cristiana, afirma expresamente que por prójimo no debe entenderse solamente el que se halla vinculado por un mismo afecto o por una misma sangre o por una misma raza o por una misma política o por una misma patria o por una misma religión. Por prójimo debe tenerse también el enemigo político y el adversario reli-

gioso; el prójimo del judío es el samaritano y el samaritano el del judío.

Congregadas al pie de esta imagen histórica evocadora, estáis ofreciendo un espectáculo reconfortante y auspicioso. En esta hora trágica en que en tantas naciones están a la orden del día las movilizaciones impelidas por la rivalidad y por el odio, en la nuestra realizáis la movilización de la abnegación cristiana y de la confraternidad humana. ¡Ojalá no llegue nunca la hora en que corráis la suerte de tantas de vuestras hermanas movilizadas para la guerra!

Hoy es también el Día del Enfermo. ¡Pensemos en el número extraordinario a quienes no llega una providencia humana, ni alcanza una caricia fraternal!

Las guerras no son fecundas sino en ruinas y en dolor. Y ya son demasiados los que afligen a la humanidad para que las guerras vengan a multiplicarlos.

Se dice que se hace la guerra para alcanzar la paz. No es exacto. La Paz impuesta por la guerra no es más que una tregua de corto plazo, una tregua forzada de veinte años, es decir: ¡del plazo requerido para que la nueva juventud pueda ser utilizada como carne de cañón!

El pueblo lo siente. Por eso el pueblo no quiere la guerra. Suele haber problemas para cuya solución se apela al plebiscito de los pueblos. Si se hiciera un plebiscito respecto de la guerra tendríamos contra ella la unanimidad del pueblo. que es quien la paga y la soporta. Y en este caso la voz del pueblo es la voz de Dios. Y siendo así, ¿de dónde sale la voz que empuja las muchedumbres a la masacre? Dejo a otros la respuesta y me limito a afirmar de nuevo que el pueblo no quiere la guerra. La única guerra que quiere el pueblo es la que menos se hace: ¡la guerra contra la miseria en que se debate y contra la injusticia que la provoca!

Por eso la Iglesia, invocando a toda la corte celestial, se prosterna en actitud de penitencia y canta: *"a peste, fame et bello, libera nos, Domine"*. ¡Señor, líbranos del flagelo de la peste, del hambre y de la guerra!

Y ahora, invocado por la intercesión de Nuestra Señora de los Remedios el Espíritu de Dios sobre el mundo, evoquemos el de la patria, cuya bandera es blanca como la paz, que es su culto, y celeste como el cielo que la protege. Evoquemos su espíritu, que es de libertad, de igualdad, de fraternidad

en el sentido verdadero de los tres conceptos cristianos. ¡Evoquémoslo cantando su himno para que las ondas etéreas lleven al mundo el conjuro de la nación americana que, con su doctrina y su conducta, ha demostrado que para ella es infinitamente mejor cotizada la sangre transmitida a sus hijos, que la tierra heredada de sus padres; más sagrada la nobleza de la generosidad que la pasión de la hegemonía y más apetecibles y honorables los frutos benditos de la paz que los sangrientos despojos de la guerra!

Discurso pronunciado el 21 de noviembre de 1939, fiesta de Ntra. Sra. de los Remedios y Día de la Enfermera y del Enfermo

17

LA PACIFICACION DE LOS PUEBLOS

Estas evocaciones de la tradición son hoy más necesarias que nunca. Constituyen una actualización de los valores espirituales del pasado y fomentan la reviviscencia de los mismos.

Nuestra Señora de los Remedios, desde el nicho del altar de su primitiva capilla, era el centro de atracción para los enfermos del alma y del cuerpo. A ella acudían, cuando las esperanzas puestas en los recursos de la tierra quedaban marchitas, en la seguridad de verlas reverdecer con los efluvios del cielo. Y desde las andas llevadas en hombros por las mismas calles que hemos recorrido, la Madre de Dios incitaba a los hijos de los hombres a levantar el pensamiento a regiones superiores. Y es oportuno recordar que esta imagen histórica presidió hace más de doscientos años la primera organización de la caridad a base de sacrificio, fundada para volver menos irritante la inferioridad y menos desesperante la miseria de los más desheredados del pueblo colonial.

I

Generaciones intrépidas

La fe robusta de aquellos tiempos preparó una generación intrépida. Adolecía de deficiencias materiales, pero se sentía pletórica de energías morales. Inspirada en ideales supe-

riores, fué adquiriendo conciencia de su capacidad y robusteciendo el propósito de bastarse a sí misma para la realización de su destino. Pueblo y clero, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, comenzaron a enamorarse de la libertad. Se irguió altiva ante el conato de una nueva dominación extranjera y adquirió la convicción de que había llegado la hora de liberarse de la antigua.

Resolvió gobernarse por sí misma. Juró emanciparse de su rey, pero sin independizarse de su Dios. Gloriosa generación aquella, que con su abnegación, con su sacrificio y con su sangre, supo crear el más precioso patrimonio que una generación puede legar a otra: ¡el de la salud moral y la libertad!

II

La juventud actual

Pero la nuestra se está demostrando incapaz, no diré de acrecentar el precioso patrimonio, sino de conservarlo. Las doctrinas positivistas que comenzaron a difundirse desde las altas regiones universitarias, penetraron por todos los resquicios en el organismo de la colectividad naciente. Se debilitó, casi se esfumó el espiritualismo. Prevaleció el materialismo de la vida. Y, como era lógico, sobrevino la era de la decadencia: era de egoísmo, de lasitud, de amoralidad, era de interés, de lucro, de venalidad...

Y como es infinito el número de los que juzgan las instituciones por los hombres, se ha dado en inculpar a aquéllas las taras de éstos.

Al ver todo eso la juventud desorientada, llega a preguntarse si la solución no estará en doblegar sin resistencia la cerviz bajo el yugo de cualquiera dictadura.

Nuestra generación tiene sobre sí el gravísimo pecado de haber causado el desprestigio de la democracia y el hastío de la libertad.

III

Vigorización del espíritu

Por fortuna esa generación se va. Dejemos que los muertos entierren a los muertos. Nuestra misión debe consistir no en-

recriminar a la que se va, sino en salvar a la que viene. Y para salvarla, yo no encuentro ningún medio fuera del de la vigorización de su espíritu. ¿Pero cómo lograr la vigorización del espíritu del pueblo? Llegándole al alma. ¿Y cómo se le llega al alma? A las almas se llega por los cuerpos. Es necesario y urgente proceder con todo desinterés, con toda abnegación, con toda valentía, a la conquista del bienestar material del pueblo. Sin un relativo bienestar material, no es posible pretender el progreso espiritual. El malestar económico es una consecuencia de la falta de justicia. Y pienso que el más sagrado de los deberes que tenemos es el de la rehabilitación de la justicia. "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados", ha dicho Jesucristo en el Sermón de la Montaña. ¿Por qué ha sido tan fácil alejar al pueblo de los encargados de cultivar su espíritu? Tal vez porque el pueblo no había comprobado hasta qué punto tenemos hambre y sed de la justicia.

IV

Las organizaciones profesionales

Para que se haga esa justicia, estamos creando en el pueblo estas organizaciones profesionales. ¡Qué coincidencia! Después de doscientos años, bajo el amparo de esta misma bendita imagen hemos iniciado las nuevas organizaciones exigidas por las condiciones de los tiempos.

V

Justicia social

Sin estas organizaciones no es posible lograr el establecimiento de la justicia: con ellas en cambio es fácil y seguro. Y gracias a estas organizaciones, comienza a hacerse un poco de justicia, ayer con los empleados y las empleadas de los bancos por medio de la estabilidad y el escalafón, hoy con las costureras a domicilio que vienen soportando desde tiempo inmemorial la más cobarde y cruel explotación, mañana con los empleados de comercio y después con los de otros tantos sec-

tores del pueblo, hasta que desaparezca la miseria y se generalice un poco el bienestar.

La pobreza existirá siempre pero la miseria no debiera haber existido nunca. La pobreza debe ser una virtud, pero la miseria es una calamidad. La pobreza debe ser venerada, pero la miseria debe ser proscripta.

Al propiciar el bienestar del pueblo y en consecuencia una más justa remuneración del trabajo, no olvido la situación apremiante de la producción y la industria. Pero también recuerdo que el aumento del poder adquisitivo del pueblo que trabaja, interesa sobremanera al capital.

No es posible fomentar la producción sin facilitar el consumo. A mayor producción no corresponde siempre un mayor consumo, pero a un mayor consumo corresponderá siempre una mayor producción.

VI

Deben mejorarse los salarios

La mejora de los salarios que resultan insuficientes es de una necesidad imperiosa.

Se advierte con suma complacencia el propósito generalizado de crear trabajo para evitar el pavoroso problema de la desocupación. Pero si es necesario proporcionar trabajo a quien no lo tiene, lo es también remunerar en justicia al que lo tiene.

VII

Las enfermeras

Entre esas organizaciones profesionales destinadas a lograr la paz porque harán posible el establecimiento de la justicia, ocupan hoy las enfermeras un lugar de preferencia. Yo las saludo. Yo las bendigo. Ellas vienen a ser la prolongación indefinida de la función maternal de Nuestra Señora de los Remedios, para los enfermos del cuerpo y para los enfermos del alma. Pero para estar en condiciones de desempeñar esa función les es indispensable el bienestar material y la elevación

moral. Para lograrlo se han organizado. Y de ello ha de resultar beneficiado el pueblo.

VIII

Salud física y moral

Cada día tiene su tarea. La tarea de nuestros días es la de hacer efectiva la salud física y moral del pueblo.

En los momentos actuales todo el mundo se está ocupando de la democracia: unos para suprimirla, otros para afianzarla. Si, como por desgracia es verdad, que la nuestra anda mal, armémonos del valor necesario para corregirla, para mejorarla; pero no caigamos en la tentación absurda de matarla. Para matarla, basta a veces con dejarse llevar por la ambición o el egoísmo. Para corregirla se requiere en cambio abnegación y sacrificio.

Tengo la convicción de que el desprestigio de la democracia se debe al hecho de haberla mutilado. Se ha hecho democracia política pero se ha omitido hacerla económica y social.

Lo propio ha acontecido con la libertad. Y éste ha sido el gran error contra el cual debemos reaccionar.

Al pueblo no le basta la libertad política, le hace falta además la libertad económica y la libertad moral.

Para rehabilitar la democracia y para levantar al pueblo, no basta asegurarle independencia política; es imprescindible ayudarlo a conquistarse independencia económica para que pueda gozar de la más digna de todas las independencias que es la moral.

Demos con el hecho ese triple sentido a las palabras del himno de la patria cuando nos dirigimos a todos los hombres del mundo, cantando ¡oíd, mortales, el grito sagrado: libertad, libertad, libertad!

Termino, señores, incitándoos a pedir conmigo a Nuestra Señora de los Remedios que nos obtenga de Dios la salud física y moral del pueblo argentino y la tan suspirada pacificación de todos los pueblos de la tierra.

Alocución pronunciada el día de la fiesta de Nuestra Señora de los Remedios, el día 21 de noviembre de 1940

18

LA FUERZA DE LA UNION

I

Todo hombre, un hermano

He ahí concentrado en una formación perfecta, un ejército femenino, conquistador pacífico de la incondicional y franca simpatía del pueblo y del gobierno, de los creyentes y los incrédulos, de los pobres y los ricos, de los de izquierda y de derecha, de los de abajo y los de arriba. No es un ejército de mujeres con pretensiones de conquistas que establezcan un predominio: ni con sometimientos a banderas partidistas que las pretendan subyugar. Es el ejército nobilísimo cuyos reclutas sólo se preocupan de luchar contra el dolor. Es el ejército blanco de la misericordia que se adiestra en la tarea humana y divina de mitigar el sufrimiento donde quiera que aparezca, ya que en todo hombre que sufre, quien quiera que sea, como quiera que piense y de donde quiera que venga, descubre un hermano. La vocación que las alienta es la del Samaritano del Evangelio. Ella les induce a consagrarse al alivio del prójimo paciente, aun cuando sea desconocido, extranjero o adversario, como para el Samaritano eran los judíos. El más hondo sentimiento que las anima es el de humanidad.

II

Mejorar la sociedad para salvarla

Yo veo con satisfacción inmensa el desarrollo y el perfeccionamiento de este ejército benéfico en la paz y benéfico en la guerra y lo saludo y lo bendigo como argentino y como Obispo.

Para verlo así, habíamos fundado la Federación Argentina de Asociaciones Profesionales Católicas de Enfermeras.

Creamos organizaciones, porque nos acicatea permanentemente la noción del deber de mejorar la sociedad para salvarla. Y se mejora la sociedad, mejorando los cuadros que la

componen. Mientras abundan quienes se empeñan en denostar y en destruir instituciones, nosotros preferimos trabajar pacientemente en perfeccionar las existentes y en crear las que faltan. ¡Basta ya de denostar y de destruir, comencemos de una vez a perfeccionar y a construir!

Quede para otros la ambición de conquistar el poder, del cual, según dicen, se habrían de valer para reformar los hombres y las instituciones por medio de la fuerza. A nosotros nos seduce, en cambio, la tarea de la previsión social por medio de la justicia. No se reforma ni se perfecciona con la fuerza, sino con la moral. Y la moral no se impone con la violencia, sino con la persuasión. No es cuestión de sable, sino de convicción.

Por lo demás, la decadencia de la sociedad y el desprestigio de las instituciones, no se han producido de repente. Ha sido largo el proceso de la descomposición. Nadie piense que puede ser rápido y subitáneo el procedimiento de la depuración y del perfeccionamiento. "Nemo repente fit summus". Ni los individuos ni las instituciones llegan repentinamente a lo sumo, ni en el mal, ni en el bien.

III

La fuerza de la unión

Creamos organizaciones, además, porque de lo contrario es imposible la conquista del bienestar material y de la dignificación moral a que tienen derecho quienes carecen del uno y de la otra, a causa de una prolongada injusticia que es nesario y urgente reparar. Permaneciendo aisladas, serían impotentes para remediar su condición. No somos partidarios de las reivindicaciones por medio de la acción directa, ni de la violencia. Pero estamos convencidos de que ellas no se les anticiparán espontáneamente, sino que deberán conquistarse por la fuerza. Pero, ¿por qué fuerza? Por la única que nos es lícito esgrimir: ¡por la fuerza de su unión! Por eso han comenzado a unirse y por eso se hallan unidas aquí sin exclusiones, sin recelos y sin divergencias. Con el propósito de facilitar la conquista de aquellos ideales que en definitiva redundarán en beneficio del pueblo. La Federación utilizará la fuerza de la unión para crear la gran Casa de la Enfermera con su pequeño hos-



Clase de labores.

Mons. de Andrea entrega el primer premio de aplicación a la mejor alumna recibida de perito mercantil. (Año 1943).

Curso de repujado.



Asamblea anual en la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas.



Cena de Nochebuena que se realiza en la Casa de la Empleada para las socias sin familia.

Moderno fichero que registra las cobranzas de las cuotas mensuales de las asociadas.



pital modelo, donde la teoría quedará completada con la práctica, y el Pensionado de la Enfermera, hogar providencial para la que carezca de techo y de familia.

IV

El culto de las tradiciones

Las asociamos en organizaciones, en fin, para que nuestro pueblo tenga en las enfermeras ángeles guardianes de su salud y de su moral. Y por esto queremos proporcionar a ellas, la propia, porque nadie da lo que no tiene. Y con ese propósito, alimentamos en ellas el culto de nuestras tradiciones argentinas y cristianas. Digo también cristianas, porque la cuna de nuestra argentinidad ha sido el cristianismo. Por eso, el Día de la Enfermera es el día de Nuestra Señora de los Remedios. Correspondía, por lo tanto, que se congregaran ante ésta su imagen histórica, a quien se rinde culto en el corazón de Buenos Aires desde el año 1727 y a cuya sombra bendita nacieron las primeras instituciones benéficas de verdadera confraternidad humana.

V

Un mundo sin alma

Las tradiciones son las que perfilan la fisonomía de los pueblos. Los pueblos, a semejanza de los hombres, tienen un cuerpo y un alma. El cuerpo de la Patria es su territorio, su organismo político, su sangre. Pero su alma es la tradición, es decir: su gestación y su nacimiento, sus alegrías y sus lágrimas, sus glorias y sus desastres, sus recuerdos y sus esperanzas, sus creencias y sus afectos, su genio y su doctrina. Todo eso forma una esencia espiritual a la cual se llama el alma de la patria y es el alma y no el cuerpo quien define su inconfundible fisonomía moral.

Un hombre eminente a quien Dios hizo el regalo de llevárselo, para que no se muriera de pena al ver el desastre de su patria, el Cardenal Verdier, había concretado, en una sola frase, la causa de la ruina de nuestro mundo contemporáneo. Dijo él: "El mundo de hoy es un mundo sin alma". Y bien, ¡yo no quiero, Dios mío, que mi patria llegue a ser una patria

sin alma! ¡Y tampoco quiero que mi patria llegue a ser una patria con alma de otras patrias! ¡Quiero que el alma de mi patria sea siempre la suya propia: el alma con que nació, con que vivió y con que debe continuar viviendo para mostrarse al mundo con su fisonomía moral jamás bastardeada, con su inconfundible fisonomía de argentina, de cristiana, de pacífica, de generosa, de libre y soberana!

Yo no quiero adulteraciones ni cambios en la fisonomía moral de mi patria, sino que se purifique y se embellezca. El hombre bien nacido, por modesta que sea la madre que le ha tocado en suerte, no la sustituye, ni la cambia por ninguna otra mujer del mundo.

Por eso, para que nuestro pueblo sea bien argentino y bien cristiano, queremos que nuestras enfermeras se nutran de argentinidad al pie de la bandera, y de cristianismo al pie de la Cruz.

VI

Lo que no logran los beligerantes

Este ejército de la misericordia congregado ante el altar de Dios y de la Patria, quiere hoy extender sus efluvios por todo el mundo. Las samaritanas y las enfermeras de la Federación Argentina de Asociaciones Profesionales Católicas de Enfermeras han realizado con ese objeto la Semana del Sacrificio.

Han logrado que los enfermos ofrendaran un día de su dolor, que los sanos realizaran actos de abnegación, que los niños prestaran su intercesión irresistible, los creyentes su fe, su esperanza y su caridad, los incrédulos su solidaridad, su humanidad, y todos sus correspondiente contribución moral, con el propósito de responder con esta movilización general de los espíritus al llamamiento del corazón angustiado del dulce Pontífice Pío XII que quiere, con el concurso de las súplicas de todos sus hijos del mundo, alcanzar de Dios lo que aun no logra obtener de los gobiernos beligerantes, es decir: ¡la pacificación del mundo!

Discurso pronunciado durante la gran Concentración de Enfermeras, el día 21 de noviembre de 1941

19

LA LUCHA POR LA SALUD DEL PUEBLO

Si alguien se viera en el caso de contemplar sobre el suelo de la vieja e infortunada Europa, el cuadro dantesco de los hacinamientos de los condenados a trabajos forzados, de los apresados en campos de concentración, de las selvas repletas de prófugos, de las multitudes de niños y de ancianos vagando sin providencia o muriéndose de hambre, de frío y de pena, de los campos de batalla cubiertos de restos de máquinas infernales y de trozos de cuerpos de jóvenes soldados y, en fin, de las ciudades sustituídas por planicies cubiertas de ruinas y de escombros humeantes; y por encima de todo eso, levantándose un coro formidable de llantos, de alaridos, de quejas, de lamentos, de pedidos de auxilio... Si alguien, repito, después de contemplar estremecido de horror ese inmenso desastre, por un raro prodigio fuese trasladado instantáneamente a contemplar el panorama ofrecido por esta magna concentración, en la cual millares de enfermeras pertenecientes a todas las instituciones nacionales, municipales, oficiales y particulares, como lo atestigua la policromía de sus uniformes impecables; alistadas en diversas organizaciones simbolizadas por las cruces amarillas y azules y verdes y rojas, que con tanto orgullo ostentan en sus pechos y en sus frentes; oriundas de patrias diferentes y aun beligerantes, pero unidas por un amor que trasciende de las fronteras y alcanza a toda la humanidad, y que trasciende de la humanidad y llega hasta Dios, en cuya caridad eterna se alimenta; constituyendo una legión inmensa de existencias consagradas a la más dulce y angelical de las tareas que es la de aliviar el dolor de los hermanos; y de todo ese conjunto coronado de estandartes, emblemas de piedad y de paz, subiendo el coro de los cánticos que sus almas creyentes entonan a la Virgen que es reina y madre, pero que reina sonriendo, aliviando y consolando, porque es Nuestra Señora de los Remedios del alma y del cuerpo; ese alguien, bendiciendo a Dios ante el contraste, se vería precisado a repetir la misma frase que se le salió del alma a Pío XII cuando, en su carácter de Cardenal Legado, vió el espectáculo inolvidable del pueblo argentino congregado al pie de la cruz de Palermo: "¡Esto es un Paraíso!"

I

Un ejército para salvar la humanidad

Sí, señores, a pesar de la convulsión del mundo, esto continúa siendo un Paraíso. Y es el caso de añadir: ¡pero esto es lo que hace Dios con los hombres, y aquéllo lo que hacen los hombres sin Dios!

Bueno es, en presencia de este inmenso ejército, organizado no para destrozar la humanidad ni para matarla, sino para preservarla y para ayudarla a vivir, y formado por reclutas bendecidas por Dios y por los hombres, porque las banderas bajo las cuales se alistan, no son de las que llevan en sus pliegues el odio y la muerte, sino el amor y la vida, proclamar que la guerra es siempre un flagelo del cual la Iglesia que es madre, nos enseña a pedir que nos libre Dios.

No es el caso de entrar en salvedades o distinciones de guerra justa y de guerra injusta. En todo caso la guerra, aun cuando sea justa es un flagelo indeseable, y, cuando es injusta, es además un crimen abominable.

A los temperamentos combativos, les podríamos decir: si la beligerancia os place, si la guerra os seduce, venid con todo el heroísmo de que sois capaces a luchar con nosotros en una guerra que vosotros no advertís, única que debiera ser implacable: la guerra contra el dolor, y mejor aún: la guerra contra la miseria, contra la miseria del pueblo, o mejor dicho: ¡contra todas las injusticias que originan esa miseria!

II

Causas de la guerra: la concupiscencia

Las mismas causas que provocan las guerras son las que producen la miseria. Abro el libro de los libros; el más antiguo y el más nuevo de todos; el libro donde están consignados el origen y el fin de todas las cosas, abro el libro de Dios: la Biblia. Y en una de sus páginas leo esta pregunta: "unde bella et lites?", ¿de dónde proceden los litigios y las guerras?; y a renglón seguido la respuesta: "de vuestras concupiscencias". La avaricia y la ambición: avaricia de oro, ambición de poder.

Pero, entonces, ¿si la concupiscencia es la causa, siendo la causa permanente en la naturaleza humana, el efecto deberá producirse siempre? La historia humana desde el fratricidio de que fué víctima Abel, no ha sido otra cosa que la historia de la guerra y muchos temen que lo será hasta la consumación de los siglos.

Pero, ¿por qué no hemos de intentar que por lo menos sean inmensamente más espaciadas, al mismo tiempo que más breves y menos crueles?

¿Los hombres que se sienten armados de tanta sabiduría y dotados de tanta eficiencia, deberán resignarse a aceptar la fatalidad de una guerra mundial cada veinte años? ¿Qué perspectiva proponen a la pobre humanidad cuya suerte tienen en sus manos? ¿Qué aliciente le ofrecen para después de esta guerra?

¿Le dirán que vuelva al trabajo, que funden familias y que multipliquen los hijos para que sea numerosa la juventud irremisiblemente destinada a ser carne de cañón?

¡No, señores, no! La humanidad debe continuar su marcha ascendente. Debe perfeccionar su organización todavía deficiente. Debe lograr su culminación.

III

Hacia una Sociedad de Naciones

Así como las familias dentro de cada nación, deben armonizar la vida sin perder su autonomía, las naciones que son las grandes familias dentro de la humanidad, deben coordinar sus relaciones sin menoscabo de su independencia. Debe cultivarse como un ideal, la constitución de la sociedad supranacional. Todo depende de la conciliación de estas dos tendencias que sólo aparentemente parecen excluirse: nacionalismo e internacionalismo.

Es la única manera de alejar el peligro de las guerras, porque es el único medio de frenar la concupiscencia que es el germen de las hegemonías y los imperialismos. Si no se quiere que esta guerra sea algo más que una página manchada de sangre fratricida en la historia de la humanidad, deben aceptarse todos los renunciamientos que sean necesarios, hasta dejar escrito en ella con los hechos que al promediar el siglo

XX surgió un mundo nuevo de las cenizas del otro mundo del siglo XIX con el cual murió para siempre todo imperialismo.

IV

Condena del individualismo

Si se dijera que es fácil hacer esta afirmación ante una concentración de mujeres enfermeras, yo respondería que es la misma que hice ante representantes de grandes pueblos europeos y americanos, y frente a hombres que tienen en sus manos el gobierno de las naciones más poderosas de la tierra. Dije en esa oportunidad: "Hay que tener la valentía de condenar el individualismo donde quiera que se encuentre, no sólo en los hombres sino también en las naciones. ¡Y no solamente en las naciones débiles sino también en las fuertes, no solamente en las pequeñas sino también en las grandes!".

Es necesario crear el clima que vuelva imposible la repetición de Versalles, donde los hombres concertaron una paz excluyendo a Dios, cuyo inmenso vacío fué muy luego colmado, como era natural, ¡por el odio, la opresión y la venganza!

V

La fraternidad universal es conciliable con el amor a la Patria

Antes de partir para los Estados Unidos había dicho yo, que durante toda mi actuación trataría de conducirme como obispo católico y como ciudadano argentino. Nadie intentó —y nadie lo hubiese logrado— hacerme desviar ni en un ápice de esos dos principios, uno de los cuales me hacía tener constantemente presente a la humanidad y otro a mi patria. Tenía por lema el mismo que seguiré teniendo el resto de mi vida; el contenido en estas palabras de Pío XII: "No hay que temer que la conciencia de la fraternidad universal, se oponga al amor, a la tradición y a las glorias de la propia patria..."

Así como la ambición del poder engendra el imperialis-

mo de las naciones, la avaricia del oro causa el capitalismo en los individuos.

VI

El capitalismo engendra la miseria

El imperialismo promueve las guerras internacionales y el capitalismo engendra la miseria, germen fecundo en guerras sociales. Con la misma resolución debemos combatir al uno y al otro.

Las enfermeras que actúan en períodos de guerra, constituyen el mejor testimonio para comprobar los desastres de aquél y las que prestan servicios en tiempos de bonanza, para denunciar los efectos de éste. El salario insuficiente, el trabajo excesivo, la falta de oxigenación, la insalubridad de la vivienda, la falta de alimentación suficiente, la desnutrición, ¡constituyen otras tantas plagas, engendros de la concupiscencia, que al mismo tiempo que llena las arcas del avaro, empobrece la sangre de los pobres, mutila las familias y diezma los pueblos!

Las enfermeras denuncian a los posibles depredadores de afuera y a los reales demoledores de adentro; porque su ley suprema es la salud del pueblo.

VII

Para luchar por la salud del pueblo

Para luchar por la salud del pueblo forman asociaciones, aúnan esfuerzos, perfeccionan su técnica, retemplan su moral, y aguardan con saludable impaciencia la hora en que el gobierno y el pueblo concurran para que puedan saludar la realización de su ensueño en la "Casa de la Enfermera".

Y unidas por el vínculo de la solidaridad cristiana, asocian su petición a fin de que en breve plazo pueda celebrar la justa y humana reducción de los años para la jubilación, el personal constantemente acechado por la muerte, de los institutos de enfermedades infecciosas, que cuenta ya con tan buenos auspicios en la Intendencia Municipal.

Y ahora al pie de la imagen histórica de su Virgen de los Remedios, patrona de las enfermeras, salud de los enfermos, auxilio de los cristianos, consuelo de los afligidos, reina de los mártires, madre de los hombres y madre de Dios, las enfermeras presentes, representando a las ausentes, ofrecen su consagración y piden a los enfermos unidos en espíritu, el mérito de su resignación, y a todos cuantos las acompañan con su presencia o con su simpatía, la contribución de su plegaria, para obtener, al irresistible conjuro de este recurso filial, que ella consiga de su hijo Jesucristo la anticipación de la hora de la pacificación del mundo, cansado de sufrir y de llorar en este valle de lágrimas, en este lago de fuego y de sangre!

Discurso pronunciado el 20 de noviembre de 1942

20

¿ESTADO CORPORATIVO O DEMOCRACIA CORPORATIVA?

Hace unos meses navegaba por el océano, en las proximidades de Australia, un buque-hospital. En la oscuridad de la noche fué torpedeado imprevistamente por un submarino. Al fin que me propongo, no interesa la bandera del uno ni del otro. ¡Lamentemos las deficiencias de la humanidad! Tampoco interesa la nacionalidad de la protagonista que debo exaltar. ¡Bendigamos los atributos de la catolicidad!

Antes del hundimiento del barco, logró refugiarse en una balsa un número considerable de náufragos. Entre éstos, hallábase una enfermera católica. Su nombre no resulta indispensable. La denominaremos: heroína de la fraternidad. Durante un día y medio los náufragos anduvieron a la merced de las olas. La serenidad imperturbable de aquella joven cuya alma era más blanca que su uniforme, disipaba como con destellos de esperanza, el pánico de sus compañeros de infortunio. Dueña ya de su confianza, les pidió que la acompañaran en el rezo del rosario, práctica piadosa aprendida en el hogar y no interrumpida ninguno de los días de su vida.

El murmullo de la común plegaria elevábase sobre el ru-



Comedor en la colonia Cosquín.



Grupo de socias reunidas en la orilla del Río Cosquín, que corre en los fondos de la colonia.



Colonia veraniega "Sta. Teresita", en Capilla del Monte, Córdoba.



Aspecto que ofrece Casa Ve...
de la Empleada, ...

Un aspecto de los halls ubicados en cada piso de la Casa Veraniega de la Empleada.



'asa Veraniega
lar del Plata.

Otro ángulo de un hall.

Imagen de Santa Teresita, ubicada en medio de los jardines del campo de deportes de Castelar.

Grupo de socias.

mor del oleaje. De pronto quedó dominado por el estrépito de los motores de un hidroavión que, localizada la balsa por los haces luminosos de su potente faro, descendía hacia ella como acogedora providencia.

Los salvados fueron conducidos a un hospital. El primer acto de la heroína fué ordenar la celebración de una Misa Eucarística en la capilla del mismo. Noticias postreras anunciaban que los no católicos de los salvados, se hallaban preparándose para su conversión. La salvación había sido completa: ¡del cuerpo y del alma!

* * *

He aquí uno de los hechos que suelen ser frecuentes en las guerras: Es real: pero yo quiero valerme de él, haciendo que sea también simbólico. Nuestro mundo se halla amenazado de un naufragio. Las instituciones soportan el embate de olas encontradas, y peligran. La enfermera católica organizada en la Federación, que hoy se moviliza y se concentra como ejército de paz, encarna la realidad de la única salvación posible. Del cielo bajó la luz y le llegó la inspiración. Se han congregado bajo el patrocinio de la Madre de Dios y Madre de los hombres, ante la histórica y venerada imagen de Nuestra Señora de los Remedios. Y con el ejemplo nos están indicando la manera de salvarnos del naufragio. ¿De qué naufragio? Del que amenaza a la sociedad, sobre todo desde el momento en que termine la guerra.

Si con la debida premura, aconsejada por la lógica y los acontecimientos, no se procede a establecer la justicia social como base de la constitución del mundo nuevo, se corre el riesgo inminente de que la guerra internacional sea sucédida por una convulsión social. Los pueblos víctimas de inenarrables desastres, no se resignarán a volver a las angustias económicas ocasionadas por largos períodos de injusticias; angustias económicas que han de verse reagravadas al extremo.

Me causan lástima los que nos acusan de abrir los ojos a las multitudes al hablar de estas cosas. Ignoran cuán abiertos los tienen. Y no advierten que la reacción que experimentan contra nosotros, es porque ellos quisieran poder continuar manteniéndolos cerrados. A pesar de ellos, continuaremos denunciándolas. ¡Los peligros no se alejan con sólo cerrar los ojos!

* * *

Desde hace siglos el mundo ha venido moviéndose en sentido contrario al señalado por Jesús para el establecimiento de la verdadera civilización cristiana. Ha primado en el desenvolvimiento de la economía mundial, una inversión total de los principios. Nuestro Señor Jesucristo había ordenado que el principio fundamental para la evolución de la economía, es el de la justicia: "practíquese ante todo la justicia y todo lo necesario para la vida se tendrá como una consecuencia". Se ha venido adoptando un procedimiento diametralmente opuesto. Se ha procurado adquirirlo todo, posponiendo y conculcando la justicia. Los resultados se hallan a la vista y las últimas consecuencias se diseñan como fantasmas espectrales destinados a presidir el fin de un mundo y el comienzo de otro. ¿Qué hacer para evitarlas? Desandar el camino recorrido: remontar la corriente. Volver a la justicia. Iniciar el reinado de la justicia social. Y ello no por miedo a las represalias, ni por cálculos electorales, ni por conveniencias políticas. El pueblo con su instinto certero, descubre esos móviles y los desprecia. Hay que establecer el reinado de la justicia social, con abnegación, con desinterés, con sacrificio. No por cálculo, sino por amor a la justicia. El pueblo tiene que descubrir en nosotros aquella virtud, que es fuente de bienaventuranza. Tiene que poder comprobar que nosotros "tenemos hambre y sentimos sed de justicia". *"Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam"*. ¡Todavía el pueblo no ha descubierto en todos los que deberían tenerla, esta sed de justicia!

¿Pero cómo es posible iniciar el reinado de la justicia social? Yo no veo más que un procedimiento.

El procedimiento a que me refiero, es el de propender a las organizaciones profesionales. Sin organización no hay posibilidad de justicia social. ¿Cómo aplicarla en cada uno de los millares de millones de casos particulares aislados e inconexos? La profesión organizada es el único medio de lograr que reine la justicia.

En los últimos tiempos he comprobado con júbilo que se halla en marcha esta idea. ¿Y cuál deberá ser la posición del Estado frente a las organizaciones profesionales? No puede ser la del indiferentismo, ni mucho menos la del absorcionismo. La experiencia ha dado ya razón a nuestra doctrina. El libe-

ralismo de los dos últimos siglos, optó por la indiferencia y se consumaron todos los excesos. El comunismo primero y luego el totalitarismo se decidieron por la absorción y se derrumbaron todas las esperanzas. El liberalismo, al desconocer las organizaciones del trabajo, desautoriza su existencia. El comunismo y el totalitarismo al absorberlas, anulan su libertad.

El catolicismo en cambio se sitúa en medio de los dos extremos y legitima su existencia y defiende su libertad.

Y ¿cuál debe ser la posición de las organizaciones profesionales frente a las ideologías? Hay quienes sostienen que no deben tener ninguna. Yo estoy con los que afirman que deben tener alguna y perfectamente definida. Por una parte, es conveniente y aun necesario que sepan los gobiernos cuál es el espíritu que anima a las organizaciones que se mueven dentro de sus respectivas jurisdicciones y cuáles son los propósitos que persiguen. Y por otra, las organizaciones, sobre todo las que levantan bandera de justicia, deben tener también un alma; no basta que posean un cuerpo. Deben ofrecer una fundada garantía de que su reacción hacia la justicia, no las llevará hasta los extremos de la injusticia. Y así como las que procuran, en verdad, justicia, deben contar con toda la protección de la autoridad, las que pretendan llegar hasta la injusticia, deben ser contenidas, con toda la represión de la fuerza.

* * *

Dentro de estas normas considero que la tarea de esta hora histórica, es la de la organización de las corporaciones, con relación a las cuales las organizaciones sindicales son el primer paso que se debe dar. La enfermera católica al asociarse proporciona a la sociedad con el ejemplo, una segunda enseñanza de salvación. Toda civilización para afianzar su bienestar y promover su prosperidad, exige la colaboración conjunta de estos dos elementos: la tradición y el progreso. Soy partidario de éste y de aquélla. Pero dudaré siempre de la autenticidad de todo progreso que pretenda avanzar con menoscabo de la tradición. Así como el hombre puede y debe progresar en su perfeccionamiento individual pero sin perder jamás su propia personalidad, la sociedad debe fomentar todas las evo-

luciones progresivas pero conservando siempre el elemento que debe ser estable. y permanente, es decir: la tradición.

Siento como nunca la necesidad vehemente de decir estas cosas, porque nunca había tenido la pena de comprobar cómo se menosprecia la tradición, a un a riesgo de desfigurar la fisonomía de la patria.

La patria es indivisible y una, como una e indivisible es la bandera y como una e indivisible debe ser su historia. Cada patria tiene su historia, y si a ésta se la cambia, la patria en cierta manera deja de existir.

* * *

He aquí el ejército pacífico de las enfermeras católicas montando guardia ante esta efigie veneranda que es la evocación auténtica de la tradición argentina. La advocación de Nuestra Señora de los Remedios, objeto de un culto dos veces secular en esta imagen histórica, ha dado su nombre a madres, esposas e hijas de padres y próceres de la patria. Ha dado origen a la primera Hermandad de Caridad, al primer hospital y al primer asilo. Ha dado vida a las prístinas virtudes que informaron las puras costumbres de las familias de nuestros abuelos. Ha dado fuerza moral a las primeras abnegaciones, los primeros heroísmos y los primeros martirios. Ha sido el centro de atracción de infinitas invocaciones y de irradiación de gracias infinitas.

Los artistas han representado a la Madre de Dios y Madre de los hombres en imágenes que tienen por bóveda los cielos y por pedestal la tierra. Alrededor del globo de la tierra y como circundándola suele verse a la serpiente infernal cuya cabeza aplasta el talón inmaculado de la Virgen Madre. ¡Ah! ¡Nuestra Señora de los Remedios! El mundo de hoy está envuelto por la serpiente de la guerra: con su ponzoña envenena de odio las almas y mutila y mata los cuerpos. *Dissipa gentes quae bella volunt.* Aniquila las gentes que promueven las guerras. Aplasta bajo tus pies que evangelizan la paz, la cabeza de la serpiente infernal de la guerra.

Imparte, Señora, Reina y Madre, una de tus más amplias bendiciones sobre nuestra patria. Una bendición reconfortante sobre todos nuestros enfermos y sobre todos los desheredados y heridos y hambrientos del mundo. ¡Una bendición de pre-

ferencia en esta hora del poder de las tinieblas, sobre el Augusto Vicario de Jesucristo, mártir incruento de la guerra, cuya blanca figura patriarcal se eleva suplicante sobre la peana rota, quemada y ensangrentada de esta tierra poblada de hijos fratricidas que El con todas sus ansias quiere reconciliar!

Y otra bendición de maternal ternura para mis enfermeras, tus hijas, a quienes hoy quiero dar y por medio de ellas a todos los argentinos el santo y seña que debe servirles para contestar al "¡Alto! ¿Quién vive?" — "*¡Viva la argentinidad católica!*"

Discurso pronunciado en la Concentración de la Federación Argentina de Asociaciones Profesionales Católicas de Enfermeras, el 22 de noviembre de 1943

21

HACIA UN MUNDO SIN ODIOS

¡Ante el espectáculo de esta muchedumbre de mujeres tocadas de blanco que se han dado cita al pie del trono de esta Reina y Madre, no sé si estaría más acertado considerándolas, por la sublimidad de su vocación, como una prolongación de los coros celestiales rindiendo pleitesía a la Reina de los ángeles o como una caravana de hermanas de los enfermos, momentáneamente apartadas de su lecho, para retemplar su amor en una nueva visita a la Madre de los hombres!

Como quiera que sea, los acontecimientos actuales me proporcionan la oportunidad de erigir este conjunto de mujeres de toda ideología, de toda condición, de toda clase, de toda raza, de toda nacionalidad, que por virtud de su vocación humanitaria, funden todas esas diferencias accidentales en el crisol de un mismo amor universal, en la mejor tribuna para proclamar desde ella, la urgencia de poner en práctica los postulados auténticos de la caridad.

* * *

Durante el lustro anterior a la anterior conflagración del mundo, los hombres con responsabilidad temían el estallido de la guera. ¡Y tal vez no sospechaban con cuánta razón!

Ahora que parece entreverse la proximidad del fin, son muchos los que comienzan a temer otro estallido que, no obstante la aparente antinomia, podría denominarse: el estallido de la paz.

¿Por qué? El mundo de hoy más que nunca se asemeja al océano. Ambos contienen amarguras y esconden abismos.

En la actualidad está convulsionado por dos tempestades: una que con ser tan devastadora se desarrolla en la superficie; otra que, menos perceptible, viene avanzando en sus profundidades.

Los vientos huracanados del exterior están barriéndolo todo. Pero al mismo tiempo hay en los abismos del mundo un mar de fondo, cuya gigantesca corriente imprimirá a la humanidad un rumbo cuyo término puede ser ingratamente sorpresivo.

Esa gigantesca corriente que por venir de muy lejos y proceder de todas las márgenes ha de ser avasalladora, es el incontenible y general anhelo de justicia. Y es éste quien con mayor imperio que la misma guerra, impondrá la nueva modalidad al nuevo período de la historia.

Las demarcaciones de las épocas históricas en antigua, media y contemporánea, no han sido establecidas por los cambios en las formas de gobierno, ni por la iniciación o la abolición de las dinastías, ni por la aparición o desaparición de las naciones, ni por la modificación del mapa del mundo, sino por las profundas mutaciones del orden social.

Y esta mutación será impuesta por la corriente poderosa del incontenible y general anhelo de justicia, corriente formada con caudales que brotan en todas las regiones del mundo y que se nos viene encima. Y se nos viene trayendo en sus entrañas con una inmensa esperanza, una gran amenaza. Al empeñarnos por la realización de la esperanza, es necesario pedir a Dios una clara visión para descubrir la amenaza y un intrépido valor para denunciarla.

* * *

En la iniciación, ya lejana, de nuestro apostolado social católico, nuestra divisa "la justicia social", suscitaba recelos y provocaba oposiciones. Se intentó desvirtuarla para descalificarnos. Mas luego, la Iglesia, de la entraña de cuya doctrina había brotado, le otorgó carta de ciudadanía resolviendo clasificarla dentro de su terminología auténtica y oficial. Y ahora puede utilizarse como una limpia y atrayente bandera proselitista.

Pero, por fortuna, las cicatrices de aquellos martirios iniciales al paso que me inmunizan contra toda sospecha de vacilación o debilidad en la lucha por la justicia, me autorizan a llamar la atención contra sus posibles y fáciles excesos. Es necesario, es urgente tomar las debidas precauciones a fin de que el torrente, al hacer irrupción, rompiendo los diques del pasado, no cause una nueva catástrofe.

Hay que procurar que la justicia social evite los peligros congénitos de las grandes reacciones, para que no llegue a los extremos de transformarse en "injusticia social".

"Summum jus, summa injuria". ¡Lo sumo de la justicia puede degenerar en lo sumo de la injusticia! ¡Y sería un inmenso fracaso, si al fin todo se redujera a un cambio de posición de la injusticia! Si ha de morir un pasado, es necesario evitar que nazca con gérmenes de muerte el porvenir. ¡Es necesario que el histórico alumbramiento, no cause la muerte de la madre y la del hijo!

• • •

¿Cómo evitarlo? Con la contribución generosa de un elemento esencial. Casi nadie lo menciona y sin embargo para el logro del bienestar moral y material de la humanidad, es vital. Los economistas del mundo, los conductores de la guerra, los grandes hombres de Estado, los paladines de la justicia, las conferencias internacionales, no lo reclaman como factor indispensable; pero es lo cierto que sin él, no será posible ni el reinado de la justicia social, ni el establecimiento de una paz duradera.

Sólo una voz lo está proponiendo con insistencia, la voz más alta y augusta de la tierra, la voz del Vicario de Jesucristo, que desde el principio de su azaroso Pontificado comenzó a advertir al mundo, que urge para la pacífica con-

vivencia humana, la intervención del amor fraterno. "Charitas Christi urget nos".

* * *

El reinado de la justicia en el mundo no será posible implantarlo, prescindiendo del amor fraterno. Para implantar la justicia, es necesario sentir el amor de la justicia. El amor de la justicia por la misma justicia. El móvil, por lo tanto, no es, no debe ser la utilidad. Ni la utilidad propia ni la ajena. Ni la utilidad privada, ni la pública. Y la razón es, porque la utilidad algunas veces se halla en pugna con la justicia. ¡La suprema utilidad, propia y ajena, privada y pública, debe hacerse consistir en la incolumidad de la justicia!

Pero el reinado de la justicia por la justicia, exige muchos renunciamientos. Proceder uno mismo con justicia y hacer que los demás hagan justicia, en muchas circunstancias implica abnegación. ¡Y la única virtud que hace aceptar la abnegación es la del amor! "El amor, que es más fuerte que la muerte". La justicia, abnegadamente practicada y equitativamente distribuída, exige un temperamento de Juez y a un mismo tiempo, de mártir.

Hay martirios cruentos y los hay incruentos; hay torturas del cuerpo y las hay del alma; hay sacrificios materiales y los hay morales. ¡La caridad es la única virtud que ayuda al hombre a superarlos todos!

* * *

Sin el amor fraterno y sin fronteras, tampoco es posible el establecimiento de una paz verdadera, ya que no será verdadera si no es cristiana.

En una de sus magníficas y ardorosas proclamas de Navidad, el Papa ha dicho a todos los pueblos y a todos los gobiernos que no se puede aspirar a una paz basada en la justicia, ni al advenimiento de un mundo mejor, si no se resuelven a la conquista de cinco victorias. La primera es la victoria contra el odio. El odio tiene hoy envenenada el alma del mundo y tiene que ser desintoxicada por el amor.

Un comentarista dice: Trátase de reformar las costumbres nacionales e internacionales, invirtiendo la equivocada escala actual de los valores: urge reemplazar el odio con el

Un aspecto parcial del campo de deportes en Castelar.

Grupo de socias dispuestas a la práctica del tenis.

Pileta de natación del campo de deportes de Castelar.

Grupo de socias de las que habitualmente concurren a este campo de deportes.

amor y como consecuencias necesarias, la desconfianza con la fe, el utilitarismo con la justicia, la fuerza con el derecho, el egoísmo con la solidaridad. Cinco antítesis, cinco reformas, cinco programas de renovación.

Yo temo mucho por la suerte de una civilización, en cuya alma hay odio. ¡Y yo no la quiero para mi Patria! ¿Cuál es la nota auténtica de una sólida civilización cristiana? ¿El apogeo de la ciencia, el progreso de las artes, el perfeccionamiento de las letras, la cultura del espíritu, el refinamiento de la vida, la acumulación de la riqueza, la preponderancia de la fuerza? ¡No! Nada de eso da a conocer el auténtico cristianismo de una civilización. Todo eso puede coëxistir en una civilización puramente pagana.

La característica única y exclusiva de la civilización auténticamente cristiana, es la caridad de la fraternidad: "Conocerán que sois discípulos míos, si os amáis los unos a los otros". Si os amáis sin exclusivismos de sangre, de raza, de clase, de nacionalidad y ni siquera de religión.

¡He ahí el alma de la civilización que anhelo para mi Patria! ¡Alma de amor! Donde quiera que hay odio, hay germen de muerte y donde quiera que hay amor hay surgente de vida.

¡Y yo quiero que mi Patria viva, y que viva en comunión de vida con todas las patrias de la tierra!

* * *

Vosotras, enfermeras, sois su modelo. Vuestra ternura se vuelve sin excepción sobre todo ser humano doliente.

Comprobáis que sufre y eso os basta. ¡El sufrimiento crea un parentesco que vincula a toda la humanidad!

¡Y porque vosotras dais, prácticamente, esa lección tan necesaria al mundo en esta hora de decisiones tal vez irrevocables, la Patria os ha de ayudar y Nuestra Señora de los Remedios, vuestra Reina y Madre, os ha de bendecir!

Discurso pronunciado el Día de la Enfermera, durante la concentración del 21 de Noviembre de 1944

22

EL TRABAJO A DOMICILIO

I

Las circunstancias han facilitado la fijación de la fecha del 15 de mayo para la celebración de esta asamblea extraordinaria de las costureras. Y esto por sí solo es auspicioso. Es el aniversario de la proclamación de la encíclica *Rerum Novarum,* la carta magna del trabajo, la constitución insuperada para los pueblos que quisieron cimentarse sobre la paz social. Esa encíclica ha sido solemnemente ratificada y actualizada por la *Quadragessimo Anno.* Lo cual quiere decir que esta Asamblea puede considerarse convocada por los augustos llamados de León XIII y de Pío XI.

A las trabajadoras aquí congregadas les dice la Iglesia que tienen derecho de sumar sus fuerzas para obtener mejoras. Y a los patrones a quienes van a demandarlas, les dice que tienen el deber de otorgarlas. Compenetrado del espíritu con que Pío XI orienta las actividades católico-sociales, y formado bajo el magisterio de León XIII —de cuyos labios luminosos y paternales salía esta frase: "Id al pueblo"—, me he consagrado al pueblo. Desde el punto de vista de las ventajas humanas, no me ha resultado gananciosa mi consagración sin reservas. El final de un largo ejercicio ha quedado marcado con pérdidas. Y desde el punto de vista personal, se me llevó a la quiebra.

Pero lo que se ha salvado de la quiebra, son el corazón y el espíritu. Y con el espíritu retemplado y el corazón rejuvenecido abro un nuevo ejercicio y reinicio la marcha siempre en dirección hacia el pueblo. Me sitúo entre las justas reivindicaciones del trabajo y las explotaciones injustas del capital. No se me oculta que, colocado en el medio, las reacciones de los unos y de los otros me herirán de nuevo. No me interesa. Ahora tengo una nueva aliada: la experiencia. Ella me ha convencido de que si vuelvo a caer ha de ser como siempre, sin

daño, porque caería entre los brazos del pueblo y enarbolando la bandera de la Iglesia.

Mucho tiempo he empleado en difundir doctrinas y en denunciar errores. Hoy me presento señalando hechos y denunciándolos ante el tribunal de la opinión pública.

La influencia del espíritu sobre la materia y de la materia sobre el espíritu es prodigiosa en el hombre. Hay enfermedades físicas que para curarlas bastaría con sanar el espíritu; y hay tempestades del espíritu que para verse calmadas bastaría mejorar las condiciones del cuerpo. En la materia que estoy tratando no se puede llegar al espíritu sino a través de los cuerpos. Hoy la cruzada de la pacificación social está identificada con el mejoramiento social.

Apelo a la comprensión de los patrones: si el interés común no constituye para algunos de ellos un móvil eficaz, séalo su interés particular. Dejen de ganar algo, si no quieren perderlo todo. Un aumento de salario a la pobre costurera no mermará sus ganancias. Conocemos la táctica: el aumento se cargará en la cuenta no del vendedor, sino del comprador. En algunos, ese recurso será tal vez una nueva iniquidad; pero si en otros resultara indispensable, que se ejercite esa táctica. ¿No se aumenta, acaso, el precio de los artículos de consumo? ¿Y quién sufre más su consecuencia? Los mismos de siempre: ¡los pobres! Pues si es indispensable, que se aumente también el precio de las prendas. ¿Cuántas veces las almas buenas, al hacer sus compras y enterarse del precio irrisoriamente bajo de una prenda, sienten que les sangra el alma herida por esta reflexión que instintivamente les asalta: "¿Pero cuánto se habrá pagado a la pobre costurera?"

Son innumerables los casos en que trabajando una semana entera alcanzan sólo a ganar cinco pesos, con los cuales deben pagarse la vivienda, vestidos y alimentos, la obrera y sus pequeños hijos.

Suele decirse que en la República Argentina hay mucha religión. Es cierto. Y ojalá hubiese más todavía, sobre todo si se trata de una religión auténtica y sincera. Pero los que la tienen y los que no la tienen debieran coincidir en lograr que pudiera asegurarse que en la República Argentina hay humanidad.

Se suele afirmar con cierto orgullo, en presencia de las obras benéficas y de los subsidios oficiales y particulares: Bue-

nos Aires es la ciudad de la caridad. Es cierto, pero yo aspiro a que pueda decirse con el mismo fundamento: ¡Buenos Aires es la ciudad de la justicia!

Hay quienes piensan solamente en la fuerza como remedio eficaz. A esos podría decirles con el Cardenal Lienard: ni los elogio ni los recrimino. Puede la fuerza ser eficaz y aun necesaria para reprimir los excesos cuando se llega a la violencia. Pero la eficacia de la fuerza es nula cuando se trata de lo más prudente y de lo más fecundo, que es la preservación.

Bienvenida sea la fuerza cuando es para cumplir su sagrada misión de amparar a todos los débiles, de reprimir todas las invasiones y de hacer respetar todos los derechos. Pero si la fuerza ha de ser empleada para mantener un estado de opresión, para perpetuar el reinado de la injusticia y para reprimir reivindicaciones legítimas y justas, yo denuncio a la fuerza que se vuelve opresora y tiránica, y la repudio porque cuando se pone al servicio de todo eso, degenera y se prostituye.

Discurso pronunciado en la asamblea realizada el 15 de mayo de 1937

II

En nombre de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas; en el de la Asociación de la "Aguja"; en el de todas las costureras y en el mío propio, expreso públicamente nuestro bien sentido reconocimiento al Centro de Tiendas, Sastrerías y Anexos y a todos los patrones que han garantizado con su firma la nota comprensiva y promisora que acabamos de leer.

Queda de esta manera tan auspiciosa, iniciada en el país la era en que las organizaciones patronales y las obreras constituídas en personas jurídicas y compartida por igual la responsabilidad, solucionan sus conflictos con procedimientos razonables y pacíficos, alejando la posibilidad de tener que recurrir a los compulsivos y violentos. Llamo la atención sobre este nuevo triunfo de la F.A.C.E. y alentado por él hago votos para que se avecine la hora de la formación de los gremios patronales, a fin de que junto con los de los trabajadores pueda llegarse a la constitución de los tribunales de arbitraje y con ello al reino de las organizaciones profesionales.

Me complazco, además, en hacer pública la satisfacción que siento al tratar estos asuntos cuyas felices soluciones tanto pueden contribuir a la pacificación social, desde esta tribuna, que para estas materias es de las más autorizadas, por erigirse en el seno de una institución que con su sola existencia prueba cómo es posible traducir en hechos las enseñanzas pontificias y cómo estos hechos redundan total y positivamente en beneficio del pueblo. Siento una especie de orgullo al hablar a las hijas del trabajo desde esta cátedra levantada en el recinto de un templo del trabajo.

Al entrar en materia comienzo por afirmar que me corresponde la amarga satisfacción de dejar constancia de la veracidad integral de los datos denunciados acerca de la exigüidad inverosímil de los salarios de las costureras a domicilio y de la explotación todavía más inverosímil de ese indefenso trabajo femenino. Las revelaciones que hice en la anterior asamblea, conocidas por algunos e ignoradas por los más, causaron estupor. Pero ni para negarlas ni para ponerlas en duda se ha levantado ni una sola voz, poderosa o débil, de abajo o de arriba, de izquierda o de derecha. Queda, pues, evidenciada la realidad pavorosa. Y esa evidencia se ha vuelto meridiana con el leal reconocimiento por parte de tantas empresas y de tantos patrones. He ahí, pues, la primera victoria de la campaña emprendida: la de haber logrado la unanimidad en la comprobación del hecho denunciado.

Ahora vamos a dar un segundo paso. Tal es el hecho engendrado y propagado a espaldas de la moral y de la justicia y bajo las tinieblas en que opera la avaricia. Se ha logrado exhibirlo. Y ahora pregunto: ¿Será posible tolerarlo? Hasta ahora pudo apelarse a una disculpa: la de la ignorancia; pero si ahora no se procede a extirparlo, en adelante su existencia no podrá explicarse sino por la complicidad o la cobardía.

El segundo paso que estamos resueltos a dar nos coloca en el terreno de los hechos futuros, pero inmediatos. Lo indica esta pregunta: ¿Qué debe hacerse? Proceder inmediatamente a la elevación de los míseros salarios. Yo no dudo de la sinceridad de las promesas empeñadas de palabra y por escrito en las notas que acabamos de leer. Hago honor a la palabra y a los procederes de numerosos patrones a quienes no alcanza la tremenda responsabilidad que estamos denunciando. Pero a fin de que logren ponerse más al abrigo de ella,

los exhorto a que activen el cumplimiento de la misión confiada a la comisión paritaria.

Procediendo así despejarán de encima de sus cabezas la densa atmósfera de las inculpaciones y de los odios que acumulan con sus procedimientos inconfesables los patrones que desprestigian a su gremio. Procedimientos tanto más abominables cuanto más indefensas son las víctimas que los soportan. Y llegue a éstos la notificación de que si los hechos denunciados han causado estupor; los que hemos creído conveniente no revelar aún son más que suficientes para sublevar a cuantos tengan corazón en una indignación general cuyas resultancias difícilmente podrían soportar.

A la voz de la conciencia únese, para asegurar el éxito de esta campaña, la voz de la conveniencia, y al llamado de la Iglesia el mandato de la Patria. La Patria necesita un pueblo sano, un pueblo fuerte, un pueblo por lo menos relativamente feliz. Yo admiro y bendigo los esfuerzos de los filántropos y de las entidades privadas y de las reparticiones públicas mancomunándose por remediar los estragos de la tuberculosis. Pero, ¿cómo se pueden remediar, por ingentes que sean las erogaciones que se insuman, los males que constantemente producen las ganancias que engordan con el sudor y con la sangre de las víctimas? En los dominios de la tuberculosis, es inmensamente mayor el número de las víctimas que crea la avaricia que el que salva la generosidad. Elimínense las causas, si es cierto que no se quieran los efectos.

¿Qué pueblo puede prometerse la Patria si el mal se propaga así? Cada año la vergüenza colorea las mejillas de la Patria cuando llama a sus hijos a la conscripción. Llégase a constatar un sesenta y setenta por ciento de inaptos para el servicio militar. Es uno de los grandes castigos del pecado social. Los hijos son incapaces de defender a la sociedad, porque la sociedad fué incapaz de defender a sus madres.

Dije al principio que no se había levantado una sola voz que no fuese para unirse al coro universal de estímulo para esta campaña. Debo hacer una pequeña rectificación: ha habido alguna. Pero no precisamente contra la campaña, sino contra mí. Una voz un poco vergonzante que me place recoger, porque no es para reprobarla. No me ha tomado de sorpresa: la esperaba, o mejor casi, la deseaba. Se ha dicho: "Monseñor se ha puesto decididamente del lado del pueblo,

se ha vuelto comunista". ¿Que me ha puesto del lado del pueblo? ¡Pues vaya con el descubrimiento! ¿Se han olvidado entonces mis viejas afirmaciones desde el púlpito de la Catedral, y mi larga actuación en pro de las leyes obreras, de la Ley ferroviaria, del descanso dominical, del sábado inglés, de las casas para empleados y obreros? Dice mal. No me he puesto del lado del pueblo porque ya lo estaba. Lo estuve siempre, porque siempre traté de seguir las orientaciones de la Iglesia y los mandatos de los Pontífices que con León XIII nos decía: "Id al Pueblo". Pero me sorprende la lógica. Se ha puesto del lado del pueblo, han dicho; luego, se ha vuelto comunista. ¿De modo que aliviar el dolor, conjurar la miseria, repudiar las injusticias, mejorar las pésimas condiciones de la vida —ya que todo esto es ponerse al lado del pueblo—, es hacerse comunista? Por el honor de vosotros mismos no habléis así, porque argumentando de esa manera desprestigiáis al Cristianismo y hacéis la apología del comunismo.

Dije que al recoger esa voz no era para reprocharla. Es más bien para agradecerla y para bendecirla. Por eso añadí que la esperaba y hasta la deseaba. Durante mucho tiempo se ha venido diciendo desde abajo que los hombres de la Iglesia hallaban sus complacencias en ponerse del lado de los privilegiados, es decir, de los ricos y de los fuertes. Tiempo era ya que desde arriba comience a propalarse que se ponen del lado de los desheredados, es decir, de los débiles. Y si a fuerza de hechos —ya que hasta ahora no se logró a fuerza de doctrina— se lleva esta convicción a los de abajo, tal vez puedan abrigar esperanzas de salvarse los de arriba.

Para no volver sobre este punto quiero terminarlo con una anécdota: Entre los relatos de las cosas que acontecen en España, he leído el caso de una monja que se vió precisada a servir a los rojos. Encargada de preparar vestidos y alimentos a los niños y a los soldados, tratábalos como a hijos y hermanos. Acabaron por denominarla: "la roja". Alguien la interpeló diciéndole: "¿Por qué se deja llamar la roja?" Ella contestó: "¡Qué bobada! ¡Que se salve España, que Dios reine entre los hombres y que me llamen a mí como quieran!"

A cuantos sintieron tentaciones de llamarme socialista, comunista, izquierdista, demagogo, les adelanto una contestación idéntica: Que la Argentina se preserve de toda convulsión gracias a su bienestar generalizado, que haya más caridad y más

justicia, que reine la armonía entre los hombres y que a mí me llamen como se les dé la gana.

No debo terminar sin aludir a la nota con que el señor Presidente del Departamento Nacional del Trabajo tuvo a bien alentarme en esta campaña. Se la agradezco de todo corazón y procuraré hacerme digno de los conceptos con que me honra. En ella afirma la necesidad de las organizaciones sindicales para contribuir a la solución de los grandes problemas, que de lo contrario quedarían sin ella. Me complazco en puntualizar la perfecta coincidencia de mis convicciones al respecto. Y me resulta tanto más grato el hacerla notar, cuanto que ellas están en concordancia con las orientaciones supremas y terminantes de la Iglesia. No es culpa de la Iglesia si en nuestro país, que es de libertad, el campo de las organizaciones sindicales ha sido dejado a la discreción de quienes las crean sobre la base de la lucha y resistencia. La Iglesia orienta a las actividades católicas hacia la organización de las profesiones, habla, amonesta, grita, y no es de ella la culpa si quienes debieran escucharla se hacen los sordos. Soy partidario absoluto de las organizaciones profesionales y adversario irreconciliable de la lucha de clases. No porque quiera el mantenimiento de las clases, sino porque quiero algo más y mejor que la lucha fratricida entre ellas: quiero la institución paulatina de las clases por el establecimiento progresivo de las organizaciones profesionales para llegar a una más perfecta y dichosa nivelación de bienestar en toda la humanidad.

He dicho que quienes debieran oír se hacen los sordos. Y de ello deriva nuestra pavorosa realidad. Véase lo que ha contestado la estadística oficial del año 1936: Hay en la República Argentina 52 sindicatos autónomos con 72.834 trabajadores asociados y 221 sindicatos de tendencia marxista con 289.123 trabajadores afiliados. ¿Y de tendencia católica? Solamente en el sexo femenino, las que constituyen las asociaciones de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas.

Es el caso de advertir que los grandes castigos no están reservados con exclusividad a los pecados de comisión. Los hay también y a veces pavorosos para los pecados de omisión. Basta con señalar el drama dantesco de que está siendo teatro España. ¡Al resplandor del fuego está dando al mundo una lección escrita con demasiada sangre! Si en un país libre como el nuestro, católico como el nuestro, sobrevinieran catástrofes so-

ciales y se arrasara con las instituciones, no faltarían quienes se vieran tentados a decir: "Déjese que los muertos entierren a sus muertos".

Quiero dejar constancia de nuestro profundo agradecimiento al periodismo nacional. Sin el alcance y la penetración de su propaganda inteligente y generosa, no nos hubiera sido dado conmover la opinión del país, como ha acontecido. A ese poderoso elemento se deberá en gran parte la victoria.

En cuanto a mí, ignoro los sinsabores que pueda ocasionarme esta campaña. Cualesquiera que sean los daré por bienvenidos si con el auxilio de Dios puedo alcanzar la única aspiración a que anhelo, y es la que me proporcionará cada costurera que pueda decir: "Ahora puedo asegurar el techo a mis padres ancianos; ahora puedo dar a mis hijitos, cuando sienten hambre, el pan suficiente; ahora puedo nutrirme para continuar criándolos. Entra en nuestros cuartos un poco más de aire y de luz y en nuestras almas un poco de confianza. Sostenida por la fe y la esperanza en Dios, me siento reconciliada con la sociedad y con la vida; me siento amparada y tal vez pueda también yo llegar a gustar un día la alegría de vivir".

Discurso pronunciado en la asamblea realizada el 28 de mayo de 1937

III

En la segunda asamblea de las costureras, al iniciar la campaña pro aumento del salario, terminé mi discurso con estas palabras: "En cuanto a mí ignoro los sinsabores que pueda ocasionarme esta campaña. Cualesquiera que sean los daré por bienvenidos si con el auxilio de Dios puedo alcanzar la única aspiración que me alienta y es la que me proporcionará cada costurera que pueda decir: Ahora puedo asegurar el techo a mis padres ancianos; ahora puedo dar a mis hijitos cuando sientan hambre, el pan suficiente; ahora puedo nutrirme para continuar criándolos. Entra en nuestros cuartos un poco más de aire y de luz y en nuestras almas un poco de confianza. Sostenida por la fe y la esperanza en Dios, me siento reconciliada con la sociedad y con la vida; me siento amparada, y tal vez pueda también yo llegar a gustar un día la alegría de vivir".

¡Loado sea Dios! Acabo de ver colmada aquella aspiración. ¡Albricias!, pobres costureras; ya no os veréis obligadas, no diré a ganar, sino a gastar vuestras vidas ganando sesenta o setenta centavos diarios o seis pesos semanales. Acaba de ser sancionado el salario mínimo diario de *cuatro pesos con cincuenta centavos,* y ya han sido tarifadas las prendas correspondientes a la subcomisión primera. Las representantes de la Asociación de la Aguja, del Sindicato de la Acción Católica y de la Federación Obrera del Vestido han trabajado con inteligencia, con empeño, con abnegación, y gracias a su colaboración eficiente, ¡habéis obtenido con honor y en buena ley la primera gran victoria pacífica y fecunda! No las dividió la consideración de donde vienen, las vinculó la coincidencia de adonde van.

¡Ah! cuando con todos los fervores de mi juventud sacerdotal me volqué sin reservas hacia el lado del pueblo, tendiendo a la pacificación social, yo no sabía que tendría tanto que sufrir. ¡Pero bendigo a Dios porque tampoco sabía que con su bendición fueran tantos los desheredados a quienes llegaría a hacer gozar!

Nuestro empeño ha sido y será, no sólo en favor de las costureras de la Asociación de la Aguja, por ser nuestras socias, ni de las del Sindicato de la Acción Católica por ser católicas, ni de las de la Federación Obrera del Vestido por ser socialistas, sino en favor de todas las costureras quienes quiera que sean y como quiera que piensen, siempre que sean explotadas o que se hallen asociadas a la miseria.

¡Para nosotros, el trabajo las ciudadaniza, la explotación las consagra, el sufrimiento les confiere un parentesco y el desamparo una hermandad!

Ni cerramos los puños, ni levantamos la mano, sino que la tendemos horizontal a nuestro corazón para darla a cuantos quieran colaborar con nosotros sin reparar en diferencias sociales, políticas, ni religiosas, siempre que se trate de hacer el bien al pueblo, porque *salus populi suprema lex.* La salud del pueblo es la ley suprema.

Somos hijos de la Cruz y la Cruz no extiende sus brazos para polarizar a los hombres en la derecha o en la izquierda, sino para alcanzarlos a todos a fin de que se acerquen y se junten sobre su propio corazón.

El movimiento iniciado por nosotros con esos ideales, no

fué con el propósito de hacer ruido o de promover escándalo, sino, ¡Dios lo sabe!, para hacer el bien. Por eso le preparé en silencio, con perseverancia y con paciencia. Porque debí tratar con los patrones, no faltó quien me creyera *patronal;* porque debía departir con las obreras hubo también quienes me consideraron *obrerista.* Una vez más he demostrado que para el bien del pueblo soy lo que fuí y lo que seré; soy lo que es, lo que fué y lo que será la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas. Ni patronal, ni obrerista por sistema. No está ligada ni a los unos, ni a los otros, sino al derecho, a la caridad y a la justicia. De esa posición nadie ni nada nos podrá mover; ni la seducción ni la amenaza, porque a esas virtudes sociales nos ata la conciencia, nos liga el deber y por eso somos tan fuertes, porque el deber es más fuerte que el derecho. Se puede declinar un derecho, pero un deber, ¡jamás!

En nombre de Dios y por amor a nuestro hermano, que es todo prójimo, continuaremos impertérritos la marcha sin mirar a la derecha ni a la izquierda, sino siempre arriba y adelante.

Con el fin de amparar a aquellas a quienes la codicia intentara defraudar, funcionará una oficina permanente de aceptación de denuncias, manteniendo anónima a la víctima. Y con el fin de armarlas mejor para un más productivo rendimiento con menor desgaste, dotaremos de pequeños motores eléctricos a las máquinas que carezcan de ellos. La beneficencia privada de Buenos Aires acudirá a mi llamado para hacer posible esta gran obra de previsión social.

En último término, la misma sociedad será la más beneficiada. La mejor vacuna, la única para inmunizar al pueblo contra el virus comunista, ¡es su bienestar!

¡El ejemplo está dado! Queda advertido el país de que la inteligencia, la colaboración y la armonía son posibles y son benéficas. Las acritudes, en cambio, las extralimitaciones y las violencias son infecundas y son perjudiciales. ¡Y el ejemplo dado, ha nacido de abajo! ¡De abajo también y por las raíces sube la savia que vigoriza las ramas y las pueblan de flores y las coronan de frutos!

Termino diciendo que los éxitos que hoy celebramos, no hubiesen sido posibles, si las costureras no hubieran estado agremiadas. Porque no hubiesen tenido representación alguna,

no hubiesen existido jurídicamente y no se las habría escuchado. Sus lamentos se habrían evaporado como nubes oscuras, pero transitorias, y habrían permanecido sordos los oídos de mercaderes. Este ejemplo habla de esta manera: ¡Católicos del mundo, si queréis ser eficaces en vuestra aspiración de beneficiar al pueblo, si queréis contribuir al prestigio de la Iglesia y a la salud de la patria, uníos y organizaos!

Discurso pronunciado en la Asamblea de las Costureras, el día 30 de octubre de 1937

IV

Antes de entrar en materia quiero adelantarme a dar a quienes las necesiten algunas razones de mi activa intervención personal en esta campaña de tanta trascendencia.

Las diversas organizaciones obreras, y no precisamente católicas, que en los últimos tiempos se me han acercado a reclamarla, las recibirán complacidas.

Heme aquí desempeñando de nuevo el papel de vocero del más necesitado y más indefenso sector de mi pueblo: el de las costureras a domicilio.

¿Por qué? Porque soy asesor de una de las entidades sindicales de la costura, y porque las otras dos juntamente con ella, así lo quieren. Ocupo esta tribuna de la casa del trabajo por la voluntad expresa de los sindicatos de la Federación Obrera del Vestido, de la Aguja y de las Costureras.

¿Por qué más? Porque es ésta la segunda etapa de una misma jornada. Cuando inicié en público desde este mismo lugar la campaña pro aumento del salario, dije que no la emprendía para hacer ruido, sino para hacer bien. Y si este bien todavía no se ha logrado, la campaña quedaría trunca y no valdría la pena haberla iniciado. Quiero por lo tanto y debo llevarla hasta el fin; y heme aquí dispuesto a soportar, por la gracia de Dios, todo cuanto para ello sea necesario. Un poco más de bienestar para el pueblo, bien merece el sacrificio de un hombre.

El 21 de noviembre de 1936 la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas, en representación del Sindicato de la Aguja, elevó al señor Presidente del Departamento Na-

cional del Trabajo una nota pidiendo la constitución de una Comisión Paritaria con la misión de proceder a la tarifación de las confecciones de la costura, que aún no ha sido establecida. Esta comisión debía constar de representantes de los patrones y de las costureras.

La gestión obtuvo éxito, y poco tiempo después quedó constituída la Comisión, que venía a llenar un vacío lamentable.

La tarea de la Comisión ha sido intensa y ardua. Era necesario llegar a establecer en sus diversas categorías el número de prendas con sus accesorios que podían confeccionarse en el espacio de ocho horas de trabajo. Era necesario llegar a armonizar las pretensiones de los patrones y las exigencias de las obreras. Era necesario llegar a coordinar las diferencias de apreciación entre los sectores obreros. Y debo declarar con honda satisfacción que los explicables recelos emanados de ideologías diversas desaparecieron por completo, con lo cual se ha obtenido la primera de las victorias: victoria que era indispensable para la conquista de las demás. Esa victoria fué la de la mutua comprensión y de unificación de los esfuerzos.

Llegóse así a establecer cinco categorías de confecciones: Camisas y ropa interior de hombre; corbatas; batones; vainillas a máquina, y vestidos.

Hecha la promulgación por parte del Departamento Nacional del Trabajo, las nuevas tarifas se pusieron en vigencia y un rayo de luz entró en los humildes hogares de las costureras a domicilio. Muchas de las que sólo ganaban 60 y 70 centavos diarios, trabajando de día y de noche, podrían en ocho horas de trabajo ganar cuatro pesos con cincuenta centavos.

Pero pronto comenzó a cundir el desencanto. El trabajo se hacía, la entrega se realizaba, pero el salario se frustraba. Después de haber sido íntegramente ganado, se les entregaba cercenado, mutilado. La insaciable avaricia, acuciando su astucia, ha hallado el medio de burlar los justos y humanos propósitos de la ley.

Es la denuncia que vengo a hacer ante el tribunal de la opinión y ante el tribunal de los encargados de hacer justicia. ¡Yo acuso!

¿Con qué fundamento? Helo aquí. Según la última estadística oficial, existen 1.381 establecimientos que ocupan

24.943 trabajadores a domicilio. En su inmensa mayoría son mujeres. Y una gran cantidad de estas pobres mujeres se debaten en la miseria y en la burla de su miseria. ¿De qué manera? De muchas. Entre ellas figuran las más inverosímiles. Enunciaré algunas solamente de las más utilizadas. Se hace figurar como recibida una cantidad de trabajo menor que la real. Se hace anotar en el libro y en la libreta respectivos, como abonados, importes que no lo han sido y que según las falsas anotaciones se ajustarían a las tarifas reglamentarias.

Cuando se advierte la presencia de algún inspector, el cumplimiento de la ley se elude de las siguientes maneras: a) se abona el importe íntegro de los haberes anotados en los instrumentos de control, pero con cargo de devolver el importe en que se exceda lo que normalmente se les abonaba por las mismas prendas. ¿Quién puede medir la pena y la indignación con que la víctima alarga el brazo y abre la mano para devolver lo que es porción de su vida, lo que le es necesario para que no sufran hambre sus hijos, lo que es absolutamente suyo, para depositarlo en las manos usureras de su propio victimario? b) Se intimida a las costureras amenazándolas con no darles más trabajo si no restituyen lo que sus patronos manifiestan haberles abonado de más por la presencia de los inspectores. c) Existen en los establecimientos lugares ad-hoc distintos de los de entrega y recepción de trabajos efectuados, donde los interesados deben devolver inmediatamente después, so pena de represalias, la suma en que se ha sobrepasado lo que habitualmente se les abonaba por ellos, antes de haber sido tarifados.

¿Cómo son posibles estos intolerables abusos? A causa de la deficiencia de la vigilancia. Ella queda explicada, sin investigar otras causas, por la sola confrontación del número de establecimientos con el del personal de inspección. ¡Dos auxiliares técnicos y cuarenta empleados no técnicos para vigilar el cumplimiento de la Ley 10.505 en 1.381 establecimientos!

* * *

Los representantes de los sindicatos cuyos intereses defiendo, se han preocupado de hallar la solución y de proponer los procedimientos que deben adoptarse para defender a sus representados, de tan abominable explotación.

Consideran que debe procederse a multiplicar el número de inspectores, designando como tales a miembros de la Comisión Paritaria. Nadie como ellos que se han especializado en el estudio de las tarifas, velará con más competencia y celo por el cumplimiento de la reglamentación que tan directamente los afecta. Pero entre ellos figuran obreros y obreras que imperiosamente necesitan trabajar. Por ello, a fin de que el tiempo que deben restar a su trabajo para dedicarlo a la inspección no redunde en perjuicio suyo, se propone una compensación que, sin gravar el presupuesto, se extraería del diez por ciento de las multas que aplicaran a las contravenciones comprobadas.

* * *

Un fallo reciente concurre a facilitar la efectividad de la vigilancia en la forma que se propone. En la sentencia del Juez Correccional Dr. Miguel Echegaray, confirmando una resolución punitiva del Departamento Nacional del Trabajo, han quedado perfectamente reconocidos y establecidos la constitucionalidad y alcances de la disposición contenida en el Decreto 94.077, reglamentario de la Ley 10.505 de trabajo a domicilio, según la cual los empleadores que dan trabajo para ser ejecutados por obreros a domicilio, están obligados a señalar días fijos de pago quincenal. Alegada la inconstitucionalidad de esta disposición, la resolución suficientemente documentada deja establecido que la disposición cuestionada no ha vulnerado disposición constitucional alguna, y el Poder Ejecutivo ha podido dictarla de acuerdo con la autorización del artículo 86, inciso 8º de la Constitución Nacional. ¡Bendita Constitución la nuestra, que hace posible la liberación contra cualquiera de las formas del despotismo!

Pláceme dejar constancia de que la competencia y el celo del Presidente del Departamento Nacional del Trabajo, doctor Emilio Pellet Lastra, que tiene la pasión de la justicia, ha impartido ya las instrucciones del caso a fin de que los inspectores procedan con la indispensable severidad en los casos de violaciones comprobadas, dada la magnitud del problema social planteado alrededor de los abusos y transgresiones con que se ha venido perjudicando desde hace años a los numerosos trabajadores afectados. Y éstos, en su legítima aspiración

de asegurar el éxito del control, veían con agrado que junto con los días se preestablecieran las horas de pago de los salarios. Estos y otros eficaces procedimientos propuestos por las representaciones obreras, serán inmediatamente presentados por acta al señor Presidente del Departamento Nacional del Trabajo a fin de que gestione del Poder Ejecutivo las reformas que fueran necesarias al reglamento de la ley respectiva. ¡Quiera Dios que se conviertan en una realidad inmediata!

Réstame decir pocas palabras para enunciar sintéticamente algunas de las razones que justifican nuestro recurso y que reclaman el apoyo urgente y sin reservas de la legislación, de la justicia, del periodismo y de cuantos no se hallen colocados al margen, no diré del cristianismo, sino de la humanidad.

No somos revolucionarios sino para alzarnos contra todo lo que está incubando la revolución. Somos en este caso colaboradores de una dependencia del Estado a la cual ojalá se la invistiera de mayor autonomía, eficiencia y autoridad: del Departamento Nacional del Trabajo.

Estamos frente a violaciones flagrantes de preceptos humanos y divinos. La justicia humana es lamentablemente deficiente para impedirlas y para vengarlas. En el Decálogo divino hay una denominación para clasificar toda substracción de salario. Al acto de cercenar lo que corresponde, como al de substraer lo que se tiene, se le denomina: robo. Al necesitado que toma lo necesario para no morirse de hambre, se le castiga. Y el usurero sin entrañas que aumenta sus caudales con lo que roba a los pobres, ¿ha de quedar impune? Téngase presente que podrá burlarse de la justicia humana, pero no de la divina. A toda esa especie de explotadores van dirigidas estas palabras terribles de la Sagrada Escritura: ¡os estáis atesorando mucha ira para vuestros últimos días! El salario que defraudáis a los obreros clama al cielo: Y ese clamor penetra en los oídos del Dios de los Ejércitos".

* * *

La característica de mi predicación estrictamente evangélica es la caridad. ¿Pero cómo se puede hablar de caridad a los que violan la justicia? Mi Divino Maestro sacó del Templo a latigazos a los que traficaban con las víctimas destinadas al



Monseñor de Andrea hace uso de la palabra, al terminar la misa de campaña, en la concentración de la F. A. C. E., en julio de 1944.



Vista de conjunto, durante la concentración de la F.A.C.E., en la misa de campaña celebrada el 2 de julio de 1944, en la Plaza del Congreso

sacrificio. El Universo es también un templo que no debe ser profanado, y yo fustigo a los mercaderes que sacrifican a sus pobres víctimas. Hablar así no es faltar ni a la caridad, ni a la justicia. Todo lo contrario, ¡es tener caridad con las víctimas y hacer justicia con los victimarios!

La expoliación se vuelve tanto más inicua, cuanto más indefensas son las víctimas contra las cuales se ejercita. Son tratadas peor que los esclavos a quienes se negaba el derecho de propiedad de su trabajo, y peor que las bestias a quienes se da el alimento suficiente para que no perezcan de hambre. La Sociedad que tolera una abominación semejante tiene su castigo.

Comienzan a causar alarmas las actividades que despliegan agrupaciones de tendencias opuestas a las instituciones del país y los poderes públicos se disponen a reprimirlas. ¡Enhorabuena! Pero tan necesario y urgente como eso es impedir las exacciones de todos los explotadores del pueblo, sean ellos judíos o cristianos, extranjeros o argentinos, porque son ellos los principales causantes del malestar y el descontento y por lo mismo los más fatales incubadores de la perturbación del orden, y, llegado, el caso, de la revolución social.

* * *

¿Habré provocado con las palabras que acabo de pronunciar algunas reacciones patronales? Si así fuera lo lamento, pero no porque las tema. Ellas sólo servirían para ratificar la justicia de mis acusaciones. Porque procederían de los patrones deshonestos. Los patrones honestos me las aplauden y las suscriben por dos razones: Porque se sienten perjudicados por la competencia desleal y porque se sienten incómodos por la complicidad que injustamente se les atribuye.

No hay, por lo tanto, nada que pueda detenernos en la pacífica marcha de la victoria que hemos emprendido. Termino incitando a todos a que con toda lealtad aunemos voluntades, arrimemos los hombros y nos demos la mano. No nos preocupemos de dónde venimos. Miremos solamente a dónde vamos: a la conquista patriótica y cristiana del mayor bienestar del pueblo, base única y firme de la paz social.

Discurso pronunciado en la asamblea realizada el 13 de mayo de 1939

23

LA CASA DE LA EMPLEADA EN MAR DEL PLATA

La fundación de la F.A.C.E. ha obedecido al propósito de no incurrir en el pecado de omisión que comporta el dejar libradas a su sola suerte, a las innumerables mujeres que deben desposar sus vidas con el trabajo para salvar a sus familias al salvarse ellas.

No es el caso de enumerar todos los medios de que para ello nos estamos valiendo. Correspóndeme hoy destacar el destinado a satisfacer una de las primeras exigencias del organismo de los que trabajan y en especial del de la mujer. ¿Cuál es? La de un descanso reparador. El organismo humano no es de acero. Y aun las máquinas con el uso continuado se desgastan y se quiebran. Era lógico, en consecuencia, que la segunda encuesta realizada entre las socias, diera por resultado la aspiración general a la posibilidad de disfrutar de un reposo restaurador. Vino luego la ley de las vacaciones. Pero, ¿a qué quedaba reducido el beneficio práctico de la ley, aun cuando impusiera las vacaciones pagas, si no se pone al alcance de las interesadas la posibilidad de aprovecharlas? El organismo material necesita, como del pan, de un cambio de medio, de ambiente, de clima. Y como no sólo de pan vive el hombre, el espíritu lo reclama también. Tan necesario como reparar las fuerzas físicas para poder continuar trabajando, es restaurar la moral. No basta tener lo indispensable para vivir; la persona humana no es una bestia de carga y debe disponer de lo necesario para proporcionarse algo de lo que contribuye a la alegría de vivir. No hay que conformarse con que se dediquen al trabajo resignadas; es necesario lograr que puedan realizarlo sanas y contentas.

Pero hasta hace poco las sierras y el mar eran artículos de lujo. Estaban reservados a los pudientes. Eran el privilegio de los que no necesitan trabajar. Y ello contribuía poderosamente a acrecentar la desigualdad, y en consecuencia, el odio de clase. Era urgente cambiar ese funesto estado de cosas y lograr que las playas y las montañas comenzaran a ser consideradas como artículo de primera necesidad para el pueblo que trabaja y elabora la riqueza de la Nación. Así se hace patria.

Así se engrandece la patria. En cambio, permitiendo que el pueblo se desgaste en la debilidad, en la privación y en el agotamiento, se la disminuye y se la deshace.

El descanso reparador es, pues, una necesidad social. Pero, ¿cómo llenarla? Por medio de la creación de colonias veraniegas climáticas. Si se tiene en cuenta por un lado el costo de los transportes y alojamientos y por otro la exigüidad de los sueldos, los quince días de mar o de montaña constituirán un sueño constantemente acariciado, pero jamás alcanzado por el mundo de los asalariados.

De tal manera es esto una verdad evidente, que aun poseyendo la F.A.C.E. dos colonias veraniegas en las sierras de Córdoba, y esta tercera en la playa, hay muchas de sus socias a quienes las exigencias de su presupuesto familiar las priva de la posibilidad de disfrutarlas. ¡Y cuánto las añoran!

Esta penosa comprobación hizo surgir otra bella iniciativa. ¡Cuántas riquezas permanecen ocultas en el corazón humano, aguardando la hora en que las oportunidades las descubran! Acaba de establecerse la formación de un capital cuya renta proporcione a las empleadas constreñidas a eternas privaciones, la posibilidad de disfrutar del descanso reconfortable, tal vez más necesitado por ellas que por nadie. ¡Bienvenidas sean! ¡Benditas sean estas contribuciones, que yo llamaría "becas de la salud del pueblo"!

La evidencia que brota luminosa de esta exposición teórica, ha quedado autorizada por nuestra experiencia de 17 años. Desde que me puse en contacto inmediato con el mundo de las empleadas, de tal manera me convencí de la necesidad y de la urgencia de las colonias veraniegas, que antes de resolverme a trabajar para construir la Casa de la Empleada, me consagré a adquirirles una colonia veraniega. Así es cómo la Casa de la Empleada se comenzó a construir en 1930, y ya desde 1926 disfrutaban de la amplia y hermosa quinta Santa Teresita en las inmediaciones de Cosquín.

Cábenos hoy la satisfacción inefable de asistir a la bendición de ésta que acaba de construirse en el flamante pueblo Peralta Ramos, frente a la mejor de las playas del presente y del porvenir de Mar del Plata.

Séame permitido cumplir con un deber de justicia, al dejar constancia de que la gloria de esta magnífica creación edilicia corresponde por igual al genio del arquitecto Gelly Cantilo y a la competencia y honorabilidad de la empresa Arturo

Lemi y Hermanos. Y siento a la vez una necesidad imperiosa de exaltar la asiduidad afanosa de todos los trabajadores que han intervenido, porque como ellos lo decían, construían una obra para la salud y el solaz de sus hermanas.

Tengo ya una larga experiencia de la vida y obra en mi haber cierto lote de realizaciones. Puedo, en consecuencia, y y debo salir al encuentro de algunas posibles apreciaciones poco benévolas, aun cuando sean bien intencionadas. Por fortuna puedo anticipar las correspondientes justificaciones, porque aquéllas serán una nueva edición de las que se vertieron al inaugurarse la Casa de la Empleada.

Dirán algunos: esta construcción casi monumental, es excesiva para descanso de las empleadas. Les respondo: ¡no! Si me hubiese sido posible, la habría realizado aún más amplia y más confortable. ¿Por qué? Por muchas razones fundamentales. Expondré solamente algunas. Todo aquel que conoce un poco de psicología, tiene noción del poder incontrastable del medio. Y es necesario que el medio no sólo corresponda, sino también eleve y dignifique a las mujeres que trabajan.

Además, todos saben y todos lamentan la fascinación que ejercen, principalmente en las juventudes inexpertas, las atracciones malsanas que están desorbitando las costumbres modernas. Y se hace por ello necesario competir victoriosamente con atractivos de adentro, la influencia poderosa de los de afuera.

Tercera razón: se invierten caudales en la erección de hospitales y asilos. Bien está. ¡Y ojalá pudieran acrecentarse! Pero, ¿por qué no han de invertirse también en la construcción de edificios que reduzcan la necesidad de asilos y hospitales? ¿Acaso no tiene, por lo menos, igual importancia la previsión que el remedio? ¿Acaso interesa menos prevenir que curar? Puedo asegurar que la previsión es más trascendental. La patria necesita más de luchadores que de vencidos. Predomina un falso concepto de la beneficencia. No es la más sabia, ni la más previsora y, agregaré, no es tampoco la más meritoria, la beneficencia que se prodiga merced a la influencia que ejercen los impulsos emocionales de los sentidos. Ya lo vienen advirtiendo desde hace siglos los libros sagrados. Uno de los salmos empieza con estas palabras: "Beatus qui intelligit super egenum et pauperem". No aclama bienaventurados a quienes hacen beneficencia impelidos por la sensibilidad y por el co-

razón; sino a los que la realizan utilizando la inteligencia y la reflexión.

Cuarta razón: ¿No es oportuno, conveniente y necesario que donde se emplazan palacios monumentales en que las gentes se divierten, danzan y juegan, en que el azar merma las fortunas de los ricos y devora los ahorros de los pobres, se levanten también construcciones, aun cuando no resulten tan monumentales, para que sirvan de "ciudadelas de la previsión", en las cuales se preserven del debilitamiento que los acecha, el vigor de la raza y la riqueza de la sangre?

Y, en fin, la gran razón general, actualizada como nunca por los acontecimientos del día: la del egoísmo individual y social, porque ya no puede ignorarse que si al terminar la guerra, nuestro país, como todos los países del mundo, quiere ganarse la paz, no lo logrará sino procurando que los pueblos puedan vivir relativamente satisfechos y contentos.

Sin miedo a ser rectificado, puedo afirmar que esta Casa Veraniega de la Empleada, que hoy recibe la bendición de la Iglesia y la consagración de la patria, nos beneficia y ennoblece por igual dentro y fuera del país. Cuando hace algunos años, un emisario de la Oficina Internacional del Trabajo, establecida entonces en Ginebra y ahora en Montreal, visitaba las naciones para comprobar en cuál de ellas se preocupaban más por la eficiencia de la legislación de vacaciones, comprobó que era en la nuestra, porque mientras en las demás se iniciaban en campamentos transportables y provisionales, la F.A.C.E. poseía ya en propiedad dos colonias modelos. Y desde hoy podrá afirmarse, puedo asegurarlo, que no existe en América ni en Europa un edificio destinado a descansar del trabajo y a restaurar energías, comparable a éste que señorea sobre esta loma privilegiada, como una bendición de la Providencia, descendida sobre las hermanas del trabajo, que son a la vez o serán madres de nuestro pueblo.

Señores: Cuando el hombre se concentra, calla; cuando se expande, habla, y cuando se entusiasma, canta. Nos ha llegado la hora de cantar. Y ¿qué cantaremos? El canto oficial de la Iglesia para expresar pública y solemnemente la gratitud a Dios: el "Te Deum laudamus". ¿Por qué? Porque necesitamos confesar públicamente que tenemos el convencimiento de que sin la intervención directa y permanente de la Divina Provi-

dencia no habríamos coronado la obra que hoy con tan buenos auspicios inauguramos.

El precio del terreno, rebajado a nuestro alcance, fué una providencia; la donación de la suma necesaria para adquirirlo, fué una providencia; la ofrenda del santuario. ⸢ué una providencia; el obsequio de la estatua de Santa Teresita, fué una providencia; la ley del primer subsidio votada sin excepción por legisladores de todos los partidos, fué una providencia, y la contribución generosa del actual gobierno de la Nación es una providencia. Y también una providencia el auspicio y el estímulo que nos proporciona, sin discrepancias, todo el periodismo del país.

Es, en fin, una providencia la acogida benévola del señor comisionado municipal y de sus colaboradores eficientes, porque, merced a ellos, se ha podido hacer resaltar el edificio sobre el pedestal verde y tendido de parques y jardines, y realizar su bendición en medio de los acordes musicales en un ambiente condecorado de flores y banderas. Y lo es también la colaboración constante y eficaz de las damas que constituyen nuestra comisión local, y este conjunto impresionante en que se confunden patrones y empleadas, simbolizando el abrazo que al fin han de darse, después de tantas discordias, el capital y el trabajo, para iniciar el reinado del bienestar y la paz y en que se ven igualmente confundidos pueblo y gobierno, como presagio de la tranquilidad y la colaboración para mayor bien de la patria. Todas estas providencias son otras tantas notas majestuosas y conmovedoras que compondrán el himno de nuestra gratitud. Gratitud que desborda de mi pobre corazón emocionado, haciendo que mis ojos vean, en cada una de las personas aquí congregadas y de las colectividades aquí representadas, otras tantas flores atraídas por la Divina Providencia. Con todas ellas formo un inmenso ramo que con la variedad de sus colores alegra mi mirada y con la exquisitez de sus aromas me perfuma el alma, y lo pongo devotamente al pie de Santa Teresita, nuestra predilecta hermanita, nuestra angelical patrona, cuya intercesión incesante nos hace merecer esas ininterrumpidas providencias del Señor, a las cuales se debe toda la vida, y todo el progreso de nuestra institución.

Discurso pronunciado en oportunidad de la inauguración de la Casa de la Empleada en Mar del Plata, el 21 de febrero de 1944

SUMARIO

I

EL CATOLICISMO EN LA SOCIOLOGÍA

II

EL CATOLICISMO EN LA CULTURA

III

EL CATOLICISMO EN LA ACCIÓN GREMIAL

I. — Cómo nació la F. A. C. E.

II. — Su obra social

INDICE ANALITICO

CH

D

E

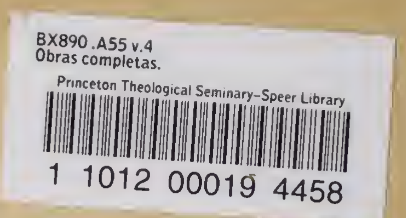
F

G

H

I

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos "JOSE MANUEL ESTRADA" Soc. de Resp. Ltda., Humberto 1º 1050, Buenos Aires, el día 21 de junio de 1945





PRECIO $ 3.00 M/ARG.

Impreso en la Argentina
Printed in Argentine